FRANCISCO COLOANE

EL CAMINO DE LA BALLENA

Una inusitada tormenta arrebata la infancia al joven Pedro Nauto. De un día para el otro el chico protegido de su madre debe hacerse cargo de su vida y decidir el rumbo que seguirá a futuro. Tras realizar labores de la tierra y luego como buzo, se arriesga por lo que siente su destino: embarcarse en busca del «camino de la ballena». Una novela de iniciación y aventuras, en la que Francisco Coloane rinde homenaje a su tierra natal, la isla de Chiloé, y a la arriesgada vida de los cazadores de ballenas en las peligrosas aguas antárticas. Un relato que describe la magia que resulta de la combinación de la belleza de los paisajes del extremo sur y la solidaridad, la rudeza y sacrificios de sus habitantes para sobrevivir.

Francisco Coloane

El camino de la ballena

ePub r1.0
Titivillus 13.05.2024

Título original: *El camino de la ballena*
Francisco Coloane, 1962
Prólogo: Luis Sepúlveda
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Eliana
A la memoria de los capitanes
JUAN COLOANE y ENRIQUE BARRA

Mi pensamiento se escapa entre las olas del mar,
vagando muy lejos, más alla del país de la ballena…
Ávido y hambriento, mi espíritu clama, pájaro solitario…
Me incita a seguir el camino de la ballena
irresistible, por sobre la extención de las aguas.

De un poema anónimo.

Prólogo

La gran literatura del mar

¿Cómo empiezan las grandes novelas? ¿De qué manera se provoca esa irresistible seducción que arrastra al lector desde las primeras líneas? Cada vez que me formulan estas preguntas regreso a tres comienzos de novela, para mí los más formidables de la historia de la literatura de mar.

«Cuando abandonó por primera vez en su vida la estrecha y rígida senda del deber, lo hizo con el sincero propósito de volver al camino de la virtud tan pronto como aquella extraña excursión hacia el Mal hubiera producido el efecto deseado». Así empieza Joseph Conrad su novela *El vagabundo de las islas*.

«Era un viejo que pescaba solo en bote en el Gulf Stream y hacía ochenta y cuatro días que no cogía un pez. En los primeros cuarenta días había tenido consigo a un muchacho. Pero después de cuarenta días sin haber pescado, los padres del muchacho le habían dicho que el viejo estaba definitiva y rematadamente *salao*…» Así empieza Ernest Hemingway *El viejo y el mar*.

«Esa noche ocurrieron cosas bastante extrañas en el pequeño puerto maderero de Quemchi. No fue tanto la tempestad que se desencadenó a media tarde e hizo zozobrar un bote cargado de leña, pues la gente del archipiélago está acostumbrada a soportar las furias de las grandes depresiones atmosféricas que vienen rodando desde el lejano suroeste». Así empieza Francisco Coloane *El camino de la ballena*.

Referirme a esta novela, o a cualquiera de las obras de Coloane, me es particularmente grato y difícil. Grato, porque es un enorme privilegio el de presentar a este coloso de la literatura, heredero y practicante del antiguo arte de contar historias a través de las aventuras y peripecias de personajes perdurables, que se instalan para siempre en el imaginario del lector y se transforman en referencias morales, éticas, definitivamente constructivas. Y me es al mismo tiempo difícil, porque soy —orgullosamente— uno de los tantos narradores influidos no sólo por su forma de hacer literatura, sino también, y sobre todo, por su manera de afrontar el sentido de su condición de hombre mediante una rigurosa actitud ética frente a la vida, y el sentido de su condición de artista mediante una impecable actitud estética frente a la literatura. Al hablar de Coloane no puedo ni quiero tener la castrada objetividad del crítico o comentarista literario, y sólo puedo hacerlo con la misma pasión con que él irrumpió en el panorama de las letras americanas hace ya más de cincuenta años. La pasión nobleza del Chilote Otey. La desgarradora pasión del navegante que ve pasar el cadáver de un indígena congelado en «El Témpano de Kanasaka» y entiende su mensaje. La trágica pasión del piloto Yáñez, que bañado en sangre se arrodilla en el castillo de proa porque ha matado a una ballena recién parida, y «¡eso no lo debe hacer nunca un ballenero que se precie!» La tosca, silenciosa pasión de los tripulantes del *Leviatán*: «Ninguno de esos hombres arredraba; parecía como si estuvieran alimentados con aquella sangre que venía a rociarlos hasta en la misma cubierta…»

La gran epopeya de Pedro Nauto comienza aquella noche en que «ocurrieron cosas bastante extrañas en el pequeño puerto maderero de Quemchi», noche en vela por «el angustioso piar de pájaros errantes buscando refugio entre los aleros», noche preámbulo de la aparición de siete delfines muertos, porque «siete son, siete son, en el profundo océano siete son» los que fueron o pudieron ser desertores del *Caleuche*, en ese momento vigías de una mujer alejada para siempre del amor y de las islas.

A los trece años se inicia el gran viaje de este argonauta que conocerá las profundidades del odio y la fraternidad, que se moverá entre los fluidos arrecifes de la ira y las turbulentas aguas del despertar sexual, hasta arribar a la verdad definitiva del naufragio.

El camino de la ballena, como toda la obra de Francisco Coloane, está edificada con los imperecederos materiales que nos legó la Saga, y luego la literatura de aventuras tal como la escribieron Conrad, Melville, Stevenson, Salgari, Verne, mas con el vital agregado del conocimiento directo, de la experiencia personal, de los frescos recuerdos del aventurero.

La prodigiosa imaginación de Francisco Coloane corre paralela a su conocimiento de las gentes del mundo austral, del fin del mundo, de su vegetación, fauna, geografía. La rica jerga marina de sus historias es su lenguaje coloquial. La intensidad del ritmo narrativo es consecuencia de su ligazón con el mar. Y sus personajes rezuman su amor y partido por el bando de los sufridos, de los humildes, de los condenados a la miseria pero que jamás serán miserables. Francisco Coloane es pionero de la nobleza, de la amistad, de la solidaridad, de la fraternidad, es decir de aquellos valores tan presentes en su literatura, y que son inmortales, como sus obras.

Qué gran fortuna para los lectores de Chile y América Latina el tener esta nueva edición de *El camino de la ballena*. Ahora que los grandes cetáceos casi han desaparecido y la caza industrializada de la ballena es condenada por la emergente conciencia ecologista de la humanidad, esta obra nos permite asomarnos a un mundo en el que los hombres se enfrentaban a las fuerzas naturales con humildad y sabiduría para servirse de ellas conforme a sus necesidades, y en ningún caso para sacrificar la vida de los mares y el futuro de la humanidad.

Los invito entonces a leer *El camino de la ballena*, de Francisco Coloane, de don Pancho, de este gran Capitán de la Mar del Sur.

Luis Sepúlveda

París, junio de 1995

Primera Parte

En la isla

1

Esa noche ocurrieron cosas bastante extrañas en el pequeño puerto maderero de Quemchi. No fue tanto la tempestad que se desencadenó a media tarde e hizo zozobrar un bote cargado de leña, pues la gente del archipiélago está acostumbrada a soportar las furias de las grandes depresiones atmosféricas que vienen rodando desde el lejano suroeste. Los hechos curiosos fueron los que sucedieron a esos nocturnos rafagales [1] de agua.

El bote a vela venía doblando el pequeño promontorio de Pinkén cuando fue dado vuelta de campana por una de esas traicioneras ráfagas, Su único tripulante, un modesto padre de familia que había ido a buscar leña para su hogar, se subió sobre la quilla y, montado sobre ella como en el lomo de un cetáceo, se aferró con uñas y dientes a su única tabla de salvación.

Cuando se creyó que nadie se atrevería a salir en rescate del náufrago, debatiéndose entre la vida y la muerte en medio del mar, a la vista de todos surgió el bote de Raúl Carnot, un pescador, que sorteando hábilmente la restinga [2] de Pinkén con sólo la vela de foque, llegó hasta el bote dado vuelta, que se mantenía a flote como un tronco por la carga de leña, y rescató a Pedro Santana, cuya mujer corría desesperada por la orilla con su rebozo negro como las alas de un cuervo batientes entre las olas.

Todo el pueblo de Quemchi sintió un gran alivio con este gesto de Carnot. Los hombres, sobre todo, pudieron acostarse más tranquilos aquella noche, pensando que al día siguiente podrían mirarse las caras con la misma franqueza de antes, sin la huella vergonzosa que en ocasiones suelen dejar las tempestades.

Sin embargo, no pudieron dormir muy tranquilos; pero por otra causa: en la alta noche fueron despertados por un angustioso piar de pájaros errantes que habían buscado refugio entre los aleros. Muchos vecinos salieron tratando de iluminar la tempestuosa intemperie con hachones de lino; mas sólo pudieron atisbar bajo las tejuelas de alerce unas escurridizas sombras cenicientas, del color

mismo de la tempestad, que aleteaban piando ateridas, aunque sintiéndose más seguras allí que entre la desflecada cabellera del bosque, remecido de raíz a copa por el vendaval.

Nadie pudo reconocer por el clamoroso piar la clase de pájaros que habían sido cogidos por la tempestad y lanzados entre aquellas techumbres salvadoras. La tormenta se acabó antes del alba, y la bandada partió tan misteriosamente como había llegado.

Un sol rutilante se levantó en medio de una calma de cristal al día siguiente, y fue iluminando las islas, de follajes relavados, como nuevas, y el mar tranquilo empezó a lamer sus costas con la suavidad de un inocente niño, ignorante de su reciente depredación.

Como frutos de sus desmanes, quedó sobre las playas una inmensa varazón de jibias muertas, y tiernas holoturias que semejaban miembros viriles descuajados de su arenoso lecho.

Pero lo que conmovió más hondamente al pueblo, de unos ochocientos habitantes, fue el cadáver de una mujer encontrado entre los huiros de las cercanías de Pinkén. El blanco cuerpo estaba amoratado y todo magullado por los embates del mar; el rostro, irreconocible por los machucones recibidos contra los roqueríos costeros. Piadosamente, un pescador la colocó sobre el empalletado [3] de su bote y cubrió su desnudez con una lona raída, por entre cuyos agujeros aparecía la piel como un nácar entre las grisáceas profundidades del mar.

Doña Jecho, una vieja comadrona de la punta, alarmó al vecindario propalando que detrás de Pinkén había visto de madrugada a un hombre de poncho negro que desmontando de su caballo había lavado en la cascada un pañuelo blanco con sangre. Por allí mismo habían varado siete delfines entre las jibias. La gente supersticiosa se quedó pensativa, suponiendo que el «Caleuche», el «buque de arte», el errante navío fantasma de los mares isleños, tenía que ver algo con eso.

Los siete delfines estaban casi alineados unos junto a otros, con sus estilizados cuerpos espejeantes de blanco y azul. También los asociaban al «Caleuche», pues se decía que los tripulantes que desertaban del buque fantasma se transformaban en esos cetáceos, que se tiraban contra las playas al ser perseguidos por el «Caleuche», el buque embrujado que navega entre dos aguas, con sus cubiertas relucientes como escamas de pejerrey y su tripulación

endemoniada, contrahechos como sus almas, con uno de sus pies pegado al espinazo y la cabeza dada vuelta, como mirando siempre hacia su tenebroso pasado.

Siete son, siete son,
en el profundo océano siete son,
engordando en el cielo siete son,
en el profundo océano se criaron,
ni macho ni hembra son,
son como la errante ráfaga,
no tienen esposa ni engendran hijos,
no conocen la merced ni la piedad,
no escuchan oración ni súplica.
Son como los caballos del mar,
criados entre sus colinas.
Son los espíritus del mal.
Siete son, siete son.
¡Señor, mi Dios, conjúralos!

Así musitaba entre dientes doña Jecho, alarmando a los de la comarca.

Pedro Nauto, un muchachito de trece años, oyó con desgano las murmuraciones macabras. No porque su joven y curiosa alma no saltara por ir a ver lo que pasaba allá en la punta, en las cercanías de Pinkén, sino porque era un día sábado y tenía que agarrar su caballo, un mampato alazán, en un potrero del alto. Debía ensillar cuanto antes y partir hacia la casa de su madre, allá en Puerto Oscuro. Su curiosidad también iba a satisfacerse cuando pasara por Pinkén, hacia el estero de Tubildad, camino del hogar.

Finalizaba el último año de la escuela primaria de Quemchi, que sólo tenía hasta el cuarto, y diariamente tenía que hacer el viaje a caballo desde el lugar en que vivía, cuando no en su chalana, a dos remos, si el mar le permitía atravesar por la bocana del profundo estero.

Puerto Oscuro quedaba frente a frente del promontorio de Pinkén, y en chalana no había más de un cuarto de hora; pero de a caballo esta distancia se cuadruplicaba.

El sábado era un día feliz para Pedro Nauto, pues podía demorarse en el viaje cuanto quisiera, entreteniéndose con las cosas

del camino, ya fuese por mar o por tierra. Sobre todo cuando a veces por mar se topaba con una foca amiga, que a sus silbidos seguía como un perro detrás de la chalana, aunque en ocasiones se atemorizaba, al verle los oscuros ojos con un reflejo casi humano. Se acordaba del «Caleuche» y emprendía con más vigor sus remadas.

El caballo alazán, con una estrella blanca en la frente, levantó la cabeza al verlo acercarse con un cabestro de crin. Se dejó enlazar mansamente. Al tratar de montarlo en pelo, para ir en busca de sus aperos que guardaba en un rincón de la escuela, vio de pronto entre el follaje cercano una avecilla plomiza, del tamaño de una torcaza, con la cual primero la confundió; pero por debajo era tan blanca como los gaviotines. Al instante desenguaracó su honda de junquillo, cargándola con una de las piedrecillas que siempre llevaba consigo; apuntó y lanzó el pedrusco, que fue a dar en un ala del pájaro. La avecilla cayó aleteando, Parecía estar como atontada, pues no hizo amago de volar cuando el cazador se le acercó en descampado. Le torció el cogote para acabar con su sufrimiento y la guardó en su bolsón, donde llevaba sus libros, un poco de pan y sierra seca ahumada.

El viejo cuidador de la escuela tampoco reconoció a la avecilla.

—Parece ave de mar —dijo, mostrando las membranas natatorias entre las pequeñas patas rojas.

—Pero estaba sobre un avellano, a la orilla del monte —explicó Pedro Nauto.

—Anoche pasaron raras cosas… —replicó el cuidador, por todo comentario.

—Sí; dicen que encontraron una mujer muerta y siete toninas [4] a la orilla de Pinkén. Pasaré a verlas. Ayer no pude salir para Puerto Oscuro con ese aguacero, Me quedé donde mi apoderado, don Lorenzo, y en la noche tuvimos que salir a ver qué pasaba entre el techo. A lo mejor eran de estos pájaros. Este se quedó perdido en el monte.

—A lo mejor…

En cuanto hubo ensillado, partió al galope por las embarradas calles del pequeño pueblo costero. A la salida de la calle larga que daba a la punta se encontró con un compañero de escuela.

—¿Supiste? ¡Una mujer muerta y siete toninas varadas en

Pinkén! Dicen que a la mujer la mató un hombre de poncho negro, que iba en un caballo negro. ¿Sabes que los que tienen animales negros tienen pacto con el «Caleuche»? Dicen que el juez, don Custodio Ramírez, se va a llevar las toninas para hacer jabón. ¡No cree en brujos el juez, ja, ja!

Pedro Nauto taloneó su pequeño corcel sin contestar al lenguaraz. El mampato corría veloz, a pesar del arenal que precede a la playa de laja de Pinkén.

Frente a la casa del viejo Rogel divisó un grupo de gentes y hacia allá dirigió su caballo.

Estaban allí como presididos por el viejo policía Zúñiga, a quien los muchachos llamaban «Caña del Medio», por la manera de tocar el pito cuando se armaba algún escándalo y anunciaba la llegada de su autoridad. El juez Ramírez también estaba allí con sus bigotes de coipo, y doña Jecho, que seguía rondando al grupo con sus semipaganos juramentos.

El muchacho detuvo su cabalgadura, desmontó y, plegándose las haldas de su pequeño poncho amarillo, se acercó a curiosear.

El empalletado del bote, en forma de trapecio y con su rejilla de madera entrecruzada, estaba sobre la arena. En el centro de él había un bulto cubierto por una lona tan deslavada como la madera del empalletado. Por los raídos hoyuelos se adivinaba algo más terso y blanquecino.

La lona cubría totalmente aquel cuerpo, que destapaba de vez en cuando algún curioso que quería dar su testimonio o saciar su morbosa inquietud.

Se apiñaron una vez más a la llegada del muchacho.

—¡A ver, tú —dijo el juez—, dime si has visto alguna vez a esta mujer!

«Caña del Medio» tomó la lona por una punta y descubrió el rostro irreconocible por las magulladuras contra los acantilados.

Pero todos, en vez de mirar el cadáver, detuvieron sus ojos en la cara del muchacho, que, espantado, gritó:

—¡Es mi madre!

Una pálida transparencia descendió por su rostro moreno hasta sus apretados labios, y como si se envolviera en un nudo, con su desgracia toda, se quitó el poncho amarillo y lo puso sobre la lona, tratando de cubrir las desnudeces que se adivinaban por entre los

jirones.

—¡Voy en busca de mi abuelo! —gritó, sin llorar aún, y subiéndose de un salto al caballo, clavó sus talones en los ijares y partió como abrazándose al cuello de su animal.

—¿Será posible?

—¿Qué?

—¡Que sea Rosa Nauto, la de Puerto Oscuro! ¡Y nosotros sin darnos cuenta!

—Y con toda su desgracia, no lloró frente a su madre muerta —comentó alguien.

Las primeras lágrimas de Pedro Nauto empezaron a brotar a borbotones en cuanto hubo traspasado el promontorio de Pinkén; pero el viento, en su carrera, se las iba secando, como si tampoco llorara.

Sobre la arena de Pinkén quedaba su poncho de lana teñido por las manos maternas con la raíz de un espino llamado «mechay» [5], como una extraña flor amarilla sobre la lona, tan oscura y desgarrada como la tempestad.

2

En un bote de cinco bogas fue trasladado el cuerpo de Rosa Nauto desde Quemchi al alto de Tubildad, donde se encontraba la casa de su padre, Don Santiago Nauto, a pesar de su apellido indígena, era, así, rumboso como un caballero español. Aunque muchos decían que su verdadero apellido era Álvarez, y se lo había cambiado para quedarse con un lote de tierras cuando sobrevino la legalización de las pertenencias de los indios de la isla grande de Chiloé.

Había exiliado a su hija en esa lengüeta de tierra de Puerto Oscuro por haber tenido «un hijo natural» hacía trece años y ahora la recogía muerta y la ponía en su mejor bote, el de cinco remos.

Algo se habría trizado en el corazón del viejo cuando en persona conducía el bote, sentado a la caña del timón. Sobre el empalletado iba acomodado el ataúd de tabla de mañío, y en el remo de popa, más corto y liviano que los otros, bogaba Pedro Nauto, incómodamente con las piernas encogidas, para no afirmar irrespetuosamente sus pies en el cajón mortuorio. Cuatro peones de don Santiago componían el resto de los remeros, de vigoroso e isócrono bogar.

Pedro Nauto iba como atontado, escuchando sólo el acompasado crujido de los remos sobre las chumaceras. Su propio remo se hundía más profundamente que los otros, de vez en cuando, dejando con su paleteo una interrogante más honda en el agua.

A veces le parecía que sus ojos traspasaban la madera del ataúd y veía a su madre envuelta en la negra mortaja con que la encajonaron; pero, de pronto, la veía también como fue antes, erguida, segura, algo luminosa en su agraciado rostro de ojos con chispitas, como las pecas que se repartían por su faz angulosa y mate. También la veía como se la mostraron en la playa de Pinkén. Fue una visión de extraño horror que no se le borraría jamás: cuando el policía levantó la lona, lo primero que sus ojos apreciaron fueron los blancos senos que lo habían amamantado, que por un

milagro habían quedado sin magulladuras, y después ese rostro sanguinolento, como borrado por el oleaje, cual una mata de huiro azotada contra los acantilados. Fue un mazazo cuyo dolor lo recorrió del pelo a las uñas, y ni supo lo que dijo, cuando partió en su caballo. «Voy a buscar a mi abuelo», había dicho; pero huyó aterrorizado, esa fue la verdad…

El bote doblaba el promontorio de Pinkén, y desde lo alto del ramaje de un tique[6] se dejó caer al agua un martín pescador, con su plumaje tornasolado, del mismo color de las bromeliáceas que coronaban el peñón. El pájaro cayó como un rayo de arco iris bajo el agua, y después emergió más allá con un pejerrey que se debatía espejeante en la espátula del pico. Luego ascendió hasta su matojo de bromelias, y, semiescondido, atisbaba de nuevo hacia las profundidades.

Pedro Nauto conocía ese martín pescador, tanto como a la foca que seguía tras sus silbidos. Hasta creía que esperaba el paso de su chalana cuando iba o volvía de la escuela, para hacerle sus demostraciones de pescador. ¡Cuántas veces él había cruzado los remos, quedándose pairo, para ver la zambullida de su amigo!

En ocasiones la foca también salía con un robalo entre las fauces, como un brazo rutilante que abofeteara desesperado. Otras veces se quedaba como un perro con las narices olfateando fuera del agua. Entonces él la silbaba peculiarmente, y el lobo seguía tras la estela de la chalana unos doscientos o trescientos metros. Más de una vez la había esperado levantando los remos; en una oportunidad habían estado muy cerca, pero cuando su sombra se levantó por la popa, el lobo desapareció presto por un embudo de agua.

Así como a su martín pescador, le hubiera gustado ver esta vez a la foca, pero no apareció. Pensó que posiblemente le atemorizara el ruido de aquellas cinco bogas. En su chalana, remando suavemente, solo, los dos estaban más cerca en el corazón del mar.

—Vamos a dejar a la finada en tu casa, Nibaldo —dijo viejo Santiago Nauto a uno de sus inquilinos.

—¿No la va a velar en la suya?

—No, porque el juez va a pedir instrucciones a Ancud para hacer una autopsia… Dicen que no es muerte natural… ¿Cuándo va a llegar un médico de Ancud para eso? Yo necesito mi casa para

almacenar el trigo…

Una vez más, Pedro Nauto sintió enojo por la mezquindad de su abuelo. Había conocido los sufrimientos de madre por causa de él. Sus trabajos en esa lengüeta de tierra de Puerto Oscuro, que el viejo le había asignado para que no se muriera de hambre. En cambio, el viejo vivía como un gran señor. Después de los Cordaro, don Santiago Nauto era el segundo terrateniente de las comarcas de Quemchi y Tubildad.

En la playa del fondo del estero, de légamo y cascajo, una carreta de horcones con una yunta de bueyes esperaba al sarcófago. Acomodado en esa especie de trineo, emprendió el camino tortuoso por una empinada cuesta, entre ramazones de chilcas, petas [7] y poleos; ya estaban en las tierras de don Santiago, que iban de Tubildad a Huite, una faja de trescientas cuadras entre dos puertos. Eran tierras de suaves lomajes y llanadas muy breves, sembradas de trigales y papales, unas cincuenta vacas y bueyes y unas quinientas ovejas que pastoreaban en los claros que dejaban los manchones de buen bosque para madera y leña. Un lago alargado se ubicaba entre dos suaves hondonadas, cubierto de renovales de tepúes en los extremos, donde se cazaban nutrias y coipos. Las aves marinas, sobre todo los cheyes [8] y gaviotas, lo habían escogido también para sus empolladuras, lo que daba a la región una bullente y hermosa vida.

Entrada la noche, llegaron a la casa del inquilino Nibaldo Cárcamo. Era un caserón techado de alerce y de paredes de tablas de laurel tingladas; un fogón rústico, cuartos de dormir en el sobradillo y una sala grande que ocupaba la mayor parte de la construcción. Allí había vivido antes don Santiago Nauta, en los años en que empezaba a amasar dinero y tierras. Después se había construido la casa de dos pisos, a dos cuadras del viejo caserón, más de acuerdo con su fortuna ya consolidada, Su inquilino de confianza, Nibaldo Cárcamos ocupó entonces la antigua casa patronal, que utilizaba, además, de comedor para sus trabajadores, en tiempo de cosechas y siembras.

La sala, de paredones tinglados, oscuros, con gruesas vigas de madera labrada y renegrida por el tiempo, adquirió el aspecto de una tosca nave de iglesia con su féretro al centro. Los postigos fueron entornados y un grupo de vecinas se arrodilló alrededor,

iniciando un rosario que una de ellas dirigía con voz tonante mientras las otras le hacían coro. En la penumbra producida por cuatro cirios de esperma, la voz monótona de las rezadoras adquiría un tono solemne y dramático. Sobre todo cuando en medio tic las oraciones, la que dirigía clamaba a la «Señora de los mares…, estrella matutina…, bondadosa madre, etc.», dadas las circunstancias en que fue encontrada la muerta.

A medianoche fue llegando más gente, y los grupos se alternaron en los rezos, que se volvieron más dramáticos con la voz grave de los hombres. De tarde en tarde se producían grandes silencios, hasta que un rostro se levantaba en la penumbra e iniciaba otra vez el primer padrenuestro de un rosario, que todos coreaban en voz baja, con murmullo de extrañas abejas encerradas en una sonora colmena.

En el día, el cadáver quedó abandonado, porque todos tuvieron que retirarse a sus labores de labranza; pero en la noche siguiente llegó más gente, y las salmodias continuaron en la misma forma monocorde, Sirvieron cazuela de cordero y un pan grande de trigo centeno. Algunos bebieron aguardiente aromado con bayas de murtas y otras mistelas.

Pasaron dos días y tres noches y ni el médico ni el juez llegaban para la autopsia. Entonces, por acuerdo unánime, se inició el rezo de un novenario. Estas novenas duran nueve noches y en ellas se alternan las oraciones con cánticos sagrados, por el descanso del sepultado, pues se realiza algunos días después de los funerales; pero en esta ocasión se aprovechó la circunstancia de no poder enterrar a la muerta.

Don Santiago Nauto, para no pecar de hereje ni mezquino, aceptó el acuerdo de los vecinos; pero a regaña dientes, pues es deber del deudo principal seguir ofreciendo una buena merienda a los concurrentes. Así, casi toda la comarca, sin otras distracciones que su labor diaria en el campo, se dejó caer a rezar el novenario en casa del inquilino Nibaldo Cárcamo, como si fuera una fiesta. Cuanto más abundante era la comida, más rezadores acompañaban en el novenario, y, por lo tanto, el alma de la difunta tenía más probabilidades de llegar al santo cielo; pero para don Santiago Nauto aquellos grupos de almas piadosas eran como manadas de coipos devastándole sus trigales.

Era la primera vez que Pedro Nauto se enfrentaba con la muerte y su secuela de liturgias entre los vivos, Su aguda inteligencia le hacía comprender que aquellas buenas gentes, más que a rezar por su madre, venían a comer, En más de una ocasión se encontró con su abuelo refunfuñando. Este había dado orden de servir carne y pan en abundancia, «para que no salieran pelando», pero en el fondo porque se trataba de vecinos que en su mayoría necesitaba para sus trabajos de siembra y cosecha.

Todas las noches, Pedro Nauto concurría a ayudar a servir a los orantes, que se retiraban poco antes de la medianoche. Después tomaba su alazán, atravesaba lomajes y bosques por los desechos y se iba a acostar a su pequeña casa solitaria de Puerto Oscuro. Su abuelo le había pedido que se quedara en casa de él o del inquilino, pero él no aceptó.

La primera noche que durmió solo en su casa tuvo mucho miedo. Un miedo cerval e infinito que lo hizo temblar en su cama, cuando el viento removió las trancas de puertas y ventanas, Le parecía ver a su madre rondando en torno de la casa, empujar la puerta, forcejear en la playa para arrastrar el bote fuera del alcance de las olas, extender el trasmallo remendado. Varias veces salió a la intemperie, donde se estaba mejor. De pronto le parecía que su madre había entrado en la casa, y en la mañana se despertó con su voz que le gritaba como de costumbre: «Pedrito, al bote, que ya es hora de ir a la escuela»…

La tercera noche en que llegó a su casa solo, al encender el mechero a parafina, le pareció que lo esperaba acostada en su cama y faltó poco para que echara a correr despavorido por los campos; pero tensó los nervios como cuando una ola grande iba a dar vuelta su chalana y se quedó.

«¡No tengas miedo, Pedrito!» se dijo a sí mismo, imitando la voz de su madre, y se acercó a la cama. Eran las frazadas que, sin extenderse, habían quedado revueltas simulando un cuerpo humano. Las apartó y con cuidado empezó a arreglar las blancas sabanillas de lana tejidas en el telar por las manos maternas. Puso las frazadas y se acostó bajo ellas en la misma cama de su madre. Desde esa noche, fueron disminuyendo los temores y las visiones, Sólo de vez en vez, cuando se levantaba mar gruesa y en la alta marea una ola grande retumbaba contra el cercano acantilado, se le

venía a la memoria el cuerpo de su madre envuelto en la lona sobre el empalletado, y su rostro mutilado se le dibujaba y desdibujaba como un alga muerta traída y llevada por las olas entre las rocas. Entonces hundía la cabeza angustiada entre las cobijas, y lloraba, lloraba con un murmullo de agua soterrada, largamente hasta que se dormía como llevado por una ola más negra…

A la cuarta noche del novenario, Pedro Nauto se dio cuenta de un tragicómico suceso que le dejó a maltraer su fe en los hombres y más aún en Dios. El sentimiento religioso le había sido inculcado desde niño por su madre y dos o tres misiones de jesuitas que pasaron por Huite y Quemchi; pero a temprana edad, por hechos al parecer pueriles, se le había terminado la seguridad en los santos y otros socorros divinos. En efecto, perdió una vez el dinero con que debía comprar el café y el azúcar en el pueblo. Lo buscó un día entero rezando avemarías y padrenuestros. Les dio un plazo a Dios y a la Virgen para que se lo hicieran aparecer; renovó sus oraciones sin el menor resultado, y ya agotado, fue como si les hubiera dado las espaldas a ambos. Nunca más recurrió con rezos para conseguir hacerse perdonar algo. La costumbre de persignarse sí, no la abandonaba desde que era muy pequeño, cuando su madre lo hacía arrodillarse entre sus polleras sobre el empalletado del bote cargado de leña o papas, que amenazaba con zozobrar. «Reza a Dios, hijito, pidiendo salvación»…, y muchas veces, en medio de un temporal, no había más recurso que ese, al parecer, pues sólo por milagro se habían salvado. Este recuerdo de arrodillarse entre las polleras maternas, rezando ambos en medio de las olas que se encapillaban en el bote, lo llevaba en la sangre, y en un momento de peligro angustioso, como el miedo de esas noches, hacía que instintivamente se llevara la mano a la frente y al pecho, persignándose.

Ahora, después de la cuarta noche de rezos y cánticos, asistía a la canallesca cazurrería de su abuelo, quien había aprovechado la circunstancia de la insepultación del cadáver de su madre para beneficiarse.

Fue Isaías Cárdenas, un vecino de Huite, quien dio la voz de alarma:

—La gente se está arrancando del novenario, don Santiago…

—Ya se habrán llenado, déjelos no más.

—Es que el cuerpo de la finada se está descomponiendo… Ya nadie aguanta adentro por el olor…, menos cuando tienen que merendar.

En la quinta noche ya había disminuido considerablemente el número de fieles. Un grupo de los que quedaban firmes junto al cadáver se acercó al viejo ricachón y le propuso trasladar el ataúd a otro lugar.

—¿Por qué? —inquirió con maléfica sonrisa.

—¡Porque ya hiede!

—¿Y a dónde quieren llevarlo? ¡No se olviden de que es mi hija y yo dispongo de sus restos!

—En el campanario [9] del frente… Se coloca en el altillo donde se guardan los manojos de trigo… Y el novenario se reza como siempre, dentro de la casa…

—¡Ah…, no! ¡Sería profanar los restos de un cristiano! ¿Cómo se les ocurre meterlo en el lugar donde se encierran los animales?

—Es que ya no se aguanta adentros don Santiago…

—Así es como se prueba la fe… Si no, ¿para qué tanto rezo?

Y la fe se probó con la desbandada general, pues los orantes huyeron algo avergonzados, sin dar término a sus nueve días de rezos, cánticos y comilonas.

En cuanto se hubo producido la desbandada, Santiago Nauto sacó el cadáver y lo puso donde mismo lo había propuesto el vecindario. Allí, a la intemperie, bajo la cúpula techada de paja ratonera, donde se encerraban vacas y ovejunos, permaneció un tiempo más, hasta que el juez de distrito ordenó su sepultación, en vista de que no llegó el médico legal para la autopsia.

Pedro Nauto vio que algunos búhos y gallinazos, atraídos por el olor sobre el campanario, fueron los últimos acompañantes de los restos de su querida madre.

Antes de la sepultación tuvo que asistir a los interrogatorios del juez de Quemchi.

—Estoy seguro de que mi mamá murió ahogada al tratar de levantar el trasmallo con la chalana. Ambas cosas aparecieron después en la punta de arenas —habíale respondido desde un principio al juez Ramírez.

—¿Y cómo no salió tu madre en esa misma orilla, sino que vino

a parar a la playa de Pinkén?

—La corriente, señor juez…, la corriente… En esa parte hay muchos remolinos con la creciente. Esos remolinos deben de haber tirado la chalana y la red para esa orilla mientras que el cuerpo se ha hundido y vino a parar a Pinkén.

—¿Vivía sola tu madre? ¿Únicamente contigo?

—Únicamente conmigo…

—¿Y aquel hombre de poncho negro que vio doña Jecho detrás de Pinkén, lavando un pañuelo con sangre?

—Todo lo he averiguado, señor. Y lo saben los vecinos. Fue Emilio Perancán, que esa madrugada iba camino a Tubildad en su caballo negro y con su manta de castilla. Pasó a lavarse la cara en la vertiente y después se secó con un pañuelo. Pregúntele a él; yo le pregunté y me dijo que era así.

Interrogado Perancán, confirmó la aseveración del niño.

Pedro Nauto sintió un gran alivio cuando todos estos trajines humanos y divinos pusieron fin al drama de su madre.

Su abuelo lo llamó cuando estuvieron de vuelta de Quemchi.

—¿Y tú, que piensas hacer ahora?

—Quedarme en Puerto Oscuro hasta que se coseche lo que sembramos con mi mamá.

—¿Y después?

—Venderé las papas y el trigo, y me iré de aquí.

—¿A dónde?

—No sé. Tengo que devolver algunos días de trabajo que debía mi madre entre sus vecinos, Después, puede que encuentre embarque en alguna lancha o goleta. O trabajaré en la chalupa de José Andrade, pescando ostras. Ya vendrá la temporada para esa clase de mariscos.

El viejo Santiago Nauto se sintió algo perplejo con la decisión del muchacho.

—Mira —le dijo, después que lo hubo escuchado—, ¿por qué no te quedas conmigo en casa? Terminas tu escuela y después me ayudas a llevar las cuentas y a vigilar a la gente en el trabajo. ¡Al fin, tu madre ya es muerta, y que Dios la perdone por todo lo que nos hizo!

—¿Qué nos hizo?

—Casi nada…, deshonrar a toda la familia.

—¿Cuál es la deshonra?

—Tenerte sin padre… Nunca nadie supo quién fue el hombre que la deshonró de esa manera.

—Si soy una deshonra para usted, menos puedo quedarme aquí.

—Tú no tienes la culpa de lo que hizo tu madre con el bribón que no se supo quién fue… Ni yo tampoco, ni tu pobre abuela, que murió de sufrimiento. Al fin y al cabo, tenemos la misma sangre y puedes quedarte aquí como si esto fuera tuyo.

—No; no me quedo con usted.

—¿Por qué diablos?

—Porque usted hizo sufrir a mi madre y usted me va a tratar siempre como un huacho aquí.

—Mira —exclamó el viejo en tono airado—, nadie te ha dicho huacho aquí. Eso es cosa tuya. Además, ¿quién le dio ese pedazo de tierra a la Rosa para que no se muriera de hambre? ¿Quién sino yo, su padre? La iba a mandar a estudiar a una escuela normal del norte cuando se le hinchó la panza por culpa tuya… ¡Perdóneme Dios si no sé lo que digo! ¡Ahora tú me resultas como un cuervo para que me saques los ojos!

—Todavía no se los he sacado —replicó el muchacho, con rabia.

—¡Vete, diantre, antes que te desarme a palos!

—¡Me voy! ¡No necesito nada de usted! ¡En cuanto saque mis siembras, le dejaré su porquería de tierra!

Montó y partió en veloz carrera. Afuera había viento y una ligera llovizna que le refrescó la cara. Atravesando hondonadas y lomas, entre follajes y sombras, llegó hasta la cuesta que daba a su casa de Puerto Oscuro. Bajó por el angosto sendero cubierto casi totalmente de helechos, avellanos y palquis. Abajo, en la lengüeta de tierra que encerraba una diminuta rada, el mar reía, como siempre, mostrando sus dientes de espuma contra el roquerío.

3

Las bromelias del morro de Pinkén se habían tornado purpurinas desde aquella trágica noche de fines de agosto en que había fallecido su madre. Ahora, cuatro meses después, las dejaba atrás bogando en su chalana y llevando en su bolsón el certificado final de sus estudios en la escuela primaria de Quemchi.

El mar estaba en calma, la marea baja y un grupo de delfines nadaba tan cerca de la costa que sus bufidos semejaban a los de los bueyes mansos.

Hermosos animales son estos cetáceos que la gente del lugar llamaba «cahueles»[10] o «toninas». A veces retozan como jugando, y más de alguna pareja salta al aire, dejándose caer como espejeantes tirabuzones.

Pedro Nauto avanzaba en su chalana al impulso de sus dos remos, en medio del brazo de mar que queda entre Puerto Oscuro y Pinkén, contenido por los altos cantiles de la isla Caucahué, cuyo nombre huilliche quiere decir «lugar de dos gaviotas». Don Elías Yáñez, el buen vecino del alto de Tubildad, le había dicho que quería decir «dos gaviotas en una soga», porque esa es la forma que tiene la isla. También podría ser «lugar de muchas gaviotas». Las gentes inventaban nombres o daban interpretaciones a los nombres. Eso de las dos gaviotas en una soga le recordó un juego que vio hacer a dos pícaros muchachuelos de la edad de él. Había sido en la piedra puntuda, en la playa de Quemchi: los muchachos habían puesto dos anzuelos en los extremos de una larga lienza, con carnadas de holoturia, allí llamados «pinucas»[11], y dejándolas entre las gaviotas, dos de estas se tragaron los anzuelos y se echaron a volar desesperadas. El espectáculo le había impresionado por su crueldad. Las dos hermosas aves se tironeaban de lo lindo en las alturas, y otras veces, como si se dieran cuenta de sus destinos entrabados por la soga, volaban como al unísono, tratando de no tironear la soga, hasta que cayeron aleteando sobre el mar.

Al avistar la casa del viejo Machado, un exmarinero portugués

que vivía en la punta arenosa de la isla Caucahué, recordó que el veterano vivía de lo que le daban el mar y el bosque, además de un pequeño manzanar y una siembra de papas y hortalizas. Pensó que a lo mejor era bueno vivir solo como ese exmarino, sin otra gaviota que tironee desde otro anzuelo.

Recordó que una vez había atracado su chalana a la playa de «Lu Machado», como le decía la gente, remedando su acento portugués, y el veterano de larga barba blanca estaba amarrando un venado en el gancho de un manzano.

—¿Quieres ayudarme a carnearlo? —le había dicho, agregando —: Después te convido un pedazo de costillar para asado.

Él se había quitado el poncho y ayudó a colgar el animalito. Era un venado nuevo, de piel tostada como la greda rojiza, de grandes ojos negros, húmedos y tiernos, y unos cachitos reventando en el cuero de la frente. Quedó colgado de las dos patitas en el garfio del manzano, ya en flor. El viejo le dobló el cuello sobre su rodilla, y buscando la tráquea, se la cercenó. El animalito baló y se estremeció como si fuese todo una herida, El balido se volvió gutural murmurio entre los borbotones de sangre, que el anciano recogió en una fuente de greda.

Después le ayudó a desollarlo. Las luengas barbas se salpicaron de sangre.

—¿Quieres «ñachi»? [12] —le dijo.

—¿Qué es eso?

—La sangre con cebollita picada y verduras…

—Bueno.

—¿Quieres ser tan corredor como un venado?

—¿Cómo?

—Vas a ver; es un secreto de naturaleza.

Antes de preparar el ñachi, el viejo tomó un puñado de sangre y masajeó con ella las rodillas del muchacho.

—Ahora anda y corre, y si es posible, salta el cerco —le dijo.

Él lo había mirado un poco asombrado, creyendo en una broma; pero notó que el veterano lo decía en serio. Para no defraudarlo, corrió por la huerta, saltó un cerco hacia un potrero, y luego regresó al pie del árbol con la misma agilidad.

Después comieron ambos de la fuente de greda, bajo el manzano, cuyo perfume se confundía con el extraño sabor de la

sangre, ya coagulada como un queso veteado de cebollas, perejil, hierbabuena y otras yerbas.

—Supe que murió tu mamá —dijo el viejo mientras comían.

—Sí; la encontraron muerta. Se la llevó el temporal de agosto hace unos meses.

—¿Y qué has hecho?

—Cuidar las siembras y estudiar en la escuela.

—¿Y qué rumbo vas a tomar después?

—Después de cosechar, me preocuparé de eso… Tal vez me embarque o trabaje con el buzo Andrade.

—Embarcarse…, ¡hem!… No sabes lo que es la vida de a bordo… Es mejor quedarse en tierra… Yo navegué por los siete mares y vine a parar pobre aquí, en esta punta de arenas.

—Peor es vivir solo. En un barco uno va con otros compañeros, como hermanos.

—¡Hem!…, ¡como hermanos! —exclamó el viejo riendo—. No sabes lo que son los hombres cuando se encuentran como en una jaula a bordo… La agarran con uno y si uno no se sabe defender a tiempo, se lo montan no más.

—Ya sé lo que es defenderse.

—Quédate en tu tierra mejor, y trabaja tu huerta como yo la mía… ¿Quieres que la veamos?

El viejo y el muchacho cruzaron bajo las arboledas, el uno con la barba florecida como los manzanos jóvenes, y el otro taciturno, como un joven árbol apolillado. Cruzaron almácigos y tablones de tierra grumosa donde despuntaban lechugas, coles y rábanos. Detrás de un guindo, sobre un cuadro de tierra cernida, un zorzal se banqueteaba comiendo gusanos bajo un zuncho que tensaba una red. Cautelosamente el viejo tiró un cordel junto al tronco del guindo y el zorzal aleteó prisionero en la malla. Después avanzó tranquilamente, cogió el zorzal por el cuello y le dio un par de vueltas, matándolo.

—¡También caen tordos, pero hay que echarles trigo! —comentó.

En el granero le repletó los bolsillos de manzana candelaria, una poma blanca, alargada y huesuda, con olor de paja de trigo mezclado a su aroma. Le enseñó un ingenioso mecanismo de cordeles, como una maroma marinera, con que abría y cerraba su

puerta sin moverse de su cama y carabina Winchester del 44, cual el bastón de su vejez junto a su lecho. El viejo la tomó, la rastrilló, le mostró su carga de balas, como si tuviera interés en que el muchacho difundiera la presencia del arma.

Le obsequió una paleta con algo de costillar y lo acompañó hasta la playa. La marea estaba en su punto más bajo, y la chalana había quedado en seco. El viejo le ayudó a echarla al agua; pero antes vio que de entre las piedras recogía un espinel con tres pequeños robalos.

Ahora mientras bogaba frente a la punta de arenas donde se levantaba la casa del anciano marino portugués, Pedro Nauto pensaba en la vida solitaria de aquel exnavegante. No tenía a nadie, como él, y sin embargo vivía feliz entre sus espineles, trampas para zorzales en su jardín y para venados en los bosques cercanos. Sin embargo, algo frío y huraño emanaba de aquel viejo solitario, que no le agradó. Pero algún día pasaría de nuevo a verlo; no para que le untara las rodillas con sangre y lo hiciera correr como un venado sino para oírle las historias de sus andanzas.

Al llegar a su casa de Puerto Oscuro una oleada de tristeza lo embargó, pues le hubiera gustado encontrar a su madre para mostrarle el certificado final de sus estudios. Sin embargo, lo sacó de su bolsón de bastimento y libros y lo leyó por tercera vez. Le había sido fácil aprender todo lo que se le había enseñado en el colegio y siempre había obtenido una de las más altas promociones. «¡Está bien, hijito, ahora hácete hombre!», le pareció que le decía la voz de su madre desde alguna parte.

Pensó que se había hecho bastante hombre durante esos cuatro meses de dura soledad. Primero venciendo los temores cuando caía la noche con esa especie de tristeza que llegaba como de la superficie del mar para encontrarse con la de la sombra de los bosques. A veces se despertaba sobresaltado por un golpe de ola contra los acantilados y la visión de su madre sobre el empalletado en la playa de Pinkén resurgía atormentadora. Daba un puñetazo entonces contra la pared y su propio ruido hacía que se adormeciera de nuevo.

Hizo fuego en el fogón. Descolgó una sierra ahumada y la asó sobre las brasas. Después de comerla y tomar un poco de café se acostó. Le gustaba llegar cansado a su casa para dormirse luego y

no seguir pensando en la ausencia de su madre. Una bauda [13], ese pájaro agorero del mar, desgranó su grito, un «huaac» como el de un zorro, sobre el techo de la casa. Le pareció ver el pájaro pardo, grande como una pava, con sus tres plumas sedosas, en forma de trenza tras el cogote largo.

Antes de dormirse cogió de su velador el almanaque «Bristol» y a la luz de la lámpara de parafina se fijó en la fecha: 18 de diciembre de 1917. Hacía justamente cuatro meses y tres días que había fallecido su madre, Rosa Nauto. Se quedó contemplando el dibujo de la contratapa. Siempre le gustaba mirar ese paisaje impreso en el papel amarillo, casi dorado: se trataba de un jinete que había detenido su caballo a orillas del mar, enmarcado por una floresta exótica; medio afirmado en la montura, con los estribos sueltos, contemplando el sol que se hundía en lontananza, El astro rey al perderse en el océano trazaba un sendero de luz sobre las aguas, que llegaba hasta las patas del caballo como si lo invitara a galopar.

Muchas veces él había llegado en su caballo hasta detrás de la punta de arenas que encerraba la rada de Huite para ver salir el sol tras la cordillera, o la luna, cuando rielaba sobre el horizonte del golfo de Ancud. Había sentido lo mismo que parecía sentir el hombre del almanaque: cierta tristeza de no poder seguir galopando por el reguero de luz hacia el mar abierto…

«Para eso están los barcos —se dijo—. Algún día seguiré por ese camino hacia el mar abierto…»

Desvelado por el café o la emoción de su certificado, empezó a recorrer su cercano pasado, que para su mente adolescente le parecía tan lejano…

Sus primeros pasos en la escuela mixta de Huite, que sólo tenía dos cursos para aprender a leer y escribir. La escuela estaba al fondo de la rada, a unos tres kilómetros de Puerto Oscuro, detrás de la punta de la Culebra, donde decían que fondeaba el «Caleuche». Los dos cursos se hacían en una sola sala. La señorita profesora dejaba a unos en tareas, mientras enseñaba en voz alta a los otros.

Para él y sus compañeros esa escuela había sido mejor que la de Quemchi. Hasta allí llegaban casi todos montando en sus mampatos. Sólo las muchachas iban de a pie, aunque algunas también solían llegar a caballo. Eran pequeños corceles alazanes, zainos, rosillos y blancos y uno que otro negro como los cuervos

marinos.

La escuelita estaba en el extremo de una pequeña península que casi cortaba el mar en la alta marea, dejándola como una isla; en medio de una pequeña pampa donde pastaban sus caballos y jugaban en los recreos; circundada en parte por matorrales de chilcones[14], petas, palquis y poleos. En la pleamar las aguas penetraban tierra adentro por detrás de la escuelita, llegando hasta el borde del bosque, muchas de cuyas raíces sobrellevaban una vida anfibia. En la vaciante salía como un río, dejando toda la ensenada con su lecho al desnudo, cubierto de algas, y de vez en cuando algunas jibias que se aventuraban corriente adentro sin dar después con la salida.

Desde la época de los más antiguos navegantes este lugar fue usado como dique para carenar fondos de buque, pues allí se juntan las corrientes que penetran del Pacífico por el golfo de Corcovado y el canal de Chacao o Desaguadero, —como lo llamara don Alonso de Ercilla, produciéndose con el encuentro de ambas las mareas más altas que se conocen en el litoral sudamericano. En las sicigias estas mareas alcanzan más de siete metros de desnivel. Junto a la escuela, aún se podía ver la estructura de una pesada nave española enterrada allí en el légamo por los años. En sus gruesas y desmochadas cuadernas, los muchachitos se encaramaban en los recreos para jugar a los piratas.

Frente a la puerta de la escuela, que permanecía entreabierta la mayor parte del tiempo, se extendía una punta de arenas que en algunas horas se cubría de pájaros marinos, como quetros, patos liles, pájaros niños, cheyes, gaviotas y gaviotines, que venían a solazarse estirando sus alas al sol. Los sordos graznidos de las patrancas[15] se mezclaban al estridente piar de los cheyes, y todos los demás emitían sus propios gritos como si se tratara de otra escuela de pájaros que hubiera venido a aprender a silbar.

Recordó la inquietud que siempre los embargaba poco antes de salir para el recreo. Muchas veces la profesora tenía que cerrar la puerta para poder hacer sus clases, pues en cuanto tocaba la campanilla la bandada de muchachos y muchachas salían a todo correr en pos de la otra bandada. A veces lograban acorralar un pájaro niño o un quetre y la algarabía que se armaba en su torno hacía intervenir a la profesora para evitar cualquier crueldad.

En ese tiempo recién su madre le había comprado el mampato alazán para ir a la escuela como los otros niños. El caballito chilote había salido tan bueno como los mejores que llegaban de la comarca de Huite a Tubildad hasta la escuela. Después de las clases los muchachitos armaban carreras, topeaduras y toda clase de pruebas de a caballo. En el verano se echaban en tropilla al mar, sobre todo en la alta marea, cuando se llenaba la ensenada detrás de la escuela. Parecían pequeños centauros nadando entre dos aguas, o a veces se deslizaban por un costado, para aliviar al caballo y ayudarle a nadar. Más de alguno se caía o se rezagaba saliendo a la playa agarrado a la cola de su animal. Así muchos aprendían a nadar.

En la tropilla había tordillos, zainos, alazanes, oscuros y blancos, de tal manera que cuando iban todos armoniosamente nadando, aquello parecía un cardumen de extraños delfines o focas de diferentes pelos relucientes al sol.

En más de una ocasión, mientras ellos nadaban ensenada adentro, con sus cuerpos desnudos sobre sus pequeños corceles, las muchachas de la escuela se escondían para espiarlos entre los matorrales. De la manada de centauros sólo se divisaban las cabezas alargadas de los caballos, avanzando como a marejadas, y las redondas y negras de los niños cabrilleando sobre las aguas. Muchas veces se hacían los lesos dando una gran vuelta para apenas tocar tierra salir disparados hacia las muchachuelas, que huían despavoridas por entre el follaje. Más de un merecido castigo debe haber ocurrido alguna vez entre los misteriosos ramajes.

Apagado el mechero a parafina se fue quedando dormido con esta última visión de los recuerdos de la escuelita de Huite, donde aprendió las primeras letras y las primeras diabluras de la vida. La resaca afuera semejaba un rumor de cascos lejanos.

4

Los días se deslizaban para Pedro Nauto con esa monotonía y al mismo tiempo con la variedad del mar y de la tierra chilotes, donde casi no hay uno igual. Cubiertos de nubes y sombríos algunos; rasgados a grandes claros brillantes otros, con aguaceros breves o prolongados y más de algún temporal de vez en cuando, para terminar en una calma despejada. Generalmente las brisas del suroeste empujaban los mundos de nubes más allá de Huite y del faro del morro Lobos, que señalaba la entrada a los marinos por la boca norte del canal Caucahué. Al desplazarse sobre el extenso golfo de Ancud, a mar abierto, caían en el horizonte formando ciudades fantásticas, de algodonosas catedrales, que se volvían tornasoladas con las puestas de sol, confundiéndose a veces con los lejanos contrafuertes de la cordillera de los Andes, allá al otro lado del golfo.

En los feraces bosques, sobre los altos tepúes y en los muermos viejos, se abrían el gargal[16], llamado también repollo del monte[17], y el dulce fruto de una bromelia llamada «poe»[18]. El repollo del monte era una especie de hongo de sabor tan delicado como el de una callampa.

El mar también sentía el paso de la primavera hacia el estío: cardúmenes de sierras jóvenes llegaban a vararse en los corrales de pesca. Estos corrales estaban hechos con varas trenzadas de luma, canelo, avellano y cachigua[19], formando cercos de media luna al borde del límite de la baja marea. El agua los cubría por entero en la pleamar, y al escurrirse por entre sus ramas en la vaciante, dejaban acorralados en seco robalos y sierras. Estas últimas a veces abundaban tanto que los vecinos que habían construido el corral en comunidad se las repartían por carretadas.

Las algas también abundaban: el luche, el cochayuyo, tan comestibles como las lechugas de una huerta, y la verde hoja de la lamilla, abono nutricio para las siembras de papas.

En medio de esta naturaleza, Puerto Oscuro era un pequeño

ancón con una lengüeta de tierra muy feraz. En su restinga interior se formaba una pequeña ensenada en forma de bolsa, bordeada de cantiles abruptos cubiertos del follaje de la luma, el laurel y el canelo, como de la extensa variedad de flora chilota, destacándose en sus umbrías los helechos y el pangue, de donde se extrae el tierno y sabroso tallo de la nalca. Frente a la lengüeta de tierra se levantaba un cerro sombrío, cuya espesura, reflejada en las transparentes aguas, daba motivo para el nombre del lugar.

La arenisca y el cascajo de la lengüeta de tierra se confundían en la bajamar con las playas rocosas donde abundaban la ostra, los picos, en trechos arenosos el choro y la cholga y más allá extensos mantos de «quilmahues»[20] o choritos. En el subsuelo se anunciaban con su característica espichada la almeja o taca, el huepo[21] o navajuela y la holoturia o pinuca.

Pedro Nauto no tenía más que sentarse en una de esas piedras y con su «palde»[22], especie de espátula de hierro, empezar a sacar ostras y otros moluscos.

Un día en que estaba fisgando en la punta Millahuilo (culebra), que quedaba detrás de su casa, al tratar de ensartar una cholga con la fisga, le llamó la atención un reflejo extraño en la grieta de una roca. Creyó al comienzo que se trataba de un congrio colorado, cuyo ojo salía a aguaitar; pero al acercarle el tridente, no se movió. Entonces se quitó las ropas y se zambulló. Incrustado en la grieta, se encontró un anillo de oro, que le costó bastante desprenderlo. Era un gran anillo de oro macizo, finamente tallado, con dos leones que se entrelazaban por la cola y en las melenudas fauces sostenían un escudo con las iniciales «J A».

Abandonó la pesca y se volvió con el anillo a casa. Allí, lo refregó con ceniza, con lo que el oro se tornó más brillante. Se lo probó y le quedaba grande. Miró y remiró repetidas veces la hermosa joya, y luego lo guardó en un cofrecito donde su madre tenía un par de aros y un prendedor de un oro al parecer inferior al encontrado.

«¡Jota Aaa!» exclamó en voz alta. ¿A quién podrían pertenecer esas iniciales? ¿Cómo fue a para esa anillo allí? ¿A causa de un naufragio? ¡Pero el oro era más pesado que las piedras y las arenas para venir rodando hasta ese lugar! Tal vez a alguien se le cayó en la punta Millahuilo, donde a veces pasaban embarcaciones menores

a hacer agua en la pequeña cascada que quedaba dentro de la cueva.

De pronto surgió en su memoria el nombre de José Andrade, el buzo que vivía en Tubildad. A lo mejor era de él.

Volvió a sacar el anillo, se lo guardó en el bolsillo y fue a buscar su mampato alazán al potrero. Le iza rienda con el mismo cordel y poniéndole un pellón, partió en pelo hacia donde Andrade.

Mientras iba al tranco de su caballo por la costa, volvió a sacar una y otra vez el hermoso anillo, admirando lo bien hechos que estaban los cuerpos de los leones, y, sobre todo, las enlazadas iniciales. ¿Podría ser de José Andrade, que se le hubiera caído buceando? ¡Difícil que hubiera ido tan enjoyado al fondo del mar! Recordó haberlo visto una vez sacando cholgas y picos en la punta Millahuilo. Se acercó en su chalana para ver la faena y parecía un fantasma blanco bajo las aguas, mientras su mujer y un chiquillo daban vueltas a la manivela de la bomba de aire. ¡No era para andar con anillo en esos trajines!

¿De algún capitán sepultado en el mar? Pero recordó que el mismo Andrade le había contado cómo sepultaban a un capitán: lo ponen dentro de un saco de lona cosido y embreado por el contramaestre del buque. Le colocan luego el timón de respeto en el pecho, la rueda chica que puede remplazar a la grande en caso de emergencia, y con un peso de fierro en los pies lo echan al fondo para que se quede así parado. Las madréporas recubren pronto la lona, que queda oscilando con su capitán adentro en el lecho marino. «La tripulación quiere que hasta después de muerto su capitán aguante de pie…», ¿y para qué quieren la rueda del timón de respeto si su capitán ha muerto?, había agregado el buzo Andrade.

¿Y si no era de Andrade? Bueno, entonces vería lo que iba a hacer con el anillo. Posiblemente mandaría a borrar esas iniciales y a regrabar las suyas… ¡Quedarían bien la P y la N en vez de la J y la A!…

Con el despacioso tranco de su caballo sobre la playa a trechos de tosca y a trechos de cascajo, se le iban y venían los reflejos de conciencia ante el resplandeciente oro del anillo… ¿Por qué no se llamaría, por ejemplo, Juan Alvarado en vez de este Pedro Nauto?

Miró hacia el mar, sereno, mudo. Al doblar la punta que lleva

hacia Tubildad, vio el morro de Pinkén en la otra margen del estero, y, sin querer, volvió a pensar en su madre. Sobre todo porque había muerto sin revelarle el secreto de su origen. Cierto rencor asomó en su pequeño corazón… ¿Por qué no se les decía toda la verdad a los niños?

Más de una vez le había preguntado quién había sido su padre, en especial cuando la palabra «huacho» resonaba como un latigazo en sus oídos. En la escuela de Huite ya le habían gritado, cuando muy pequeño, «huacho culebra», por vivir en la punta Millahuilo. En otra ocasión, alguien le había gritado que era hijo de un caleuchano, ya que se decía que el buque de los brujos solía fondear en esa misma punta de Puerto Oscuro.

«Cuando seas más hombre te explicaré todo eso —le había dicho su madre en cierta oportunidad en que llegó llorando después de una pelea a trompicones por culpa de la palabra "huacho"—. Ahora no sacarías nada en limpio…, no comprenderías…»

En sus oídos aún resonaban la risa de su madre y el metal de su voz cuando una vez, siendo muy niño, le dijera: «¡Mi pequeño querido, eres hijo del mar!»

Tiempo después él le había preguntado si eso era cierto y ella ya no rió… A veces también la encontró llorando.

«Hijo del mar…», no, eso no; era una broma para entretener a un niño…; pero…, ¿quién había sido su padre?

Volvió sus ojos a las aguas ensombrecidas por una nube que se desplazaba hacia el este; pero el mar del estero de Tubildad estaba tan en calma, que parecía el pecho de un monstruo respirando hondamente desde su profundidad; un pecho acerado, despiadado, gris; un pecho que no podía ser el de un padre…

Enterró los talones en los ijares de su alazán y los cascos ligeros resonaron por el cascajal hacia el fondo del saco del estero de Tubildad.

En casa del buzo Andrade se encontró con que estaban comiendo caldo de chancho con harina tostada y lo convidaron a su mesa.

—¿Es suyo este anillo? —le dijo, poniéndoselo delante de los ojos.

José Andrade no pudo reprimir un gesto de sorpresa, lo mismo que Elvira y hasta los tres chicos que comían con el padre.

—No; no es mío —respondió luego que hubo pasado la sorpresa.

—¡Qué bonito! —exclamó Elvira, con ojos codiciosos.

—¿Dónde lo encontraste?

—Bajo el mar, en la punta Millahuilo.

—Bueno, es tuyo entonces… Todo lo que se encuentra en el mar, sin dueño, es de uno, dicen las leyes… Menos iba a andar yo con un anillo así entre las piedras…

Después que el anillo hubo pasado de mano en mano, Pedro Nauto volvió a guardárselo cuidadosamente.

—Esperaré hasta encontrar a su dueño —profirió.

—¿Para qué, Pedrito? Si Pepe dice que es tuyo.

—Me gustaría dar con su dueño… por pura curiosidad.

—Si sigues preguntando así, no va a faltar quien diga que es suyo al ver sus iniciales… No debes preguntar más, y guárdatelo.

—Voy a hacer una cosa; cuando me quede bien, me lo voy a llevar puesto, y de repente alguien puede reconocerlo… ¡Sería curioso!

—Todo puede suceder… —dijo Andrade, sentenciosamente, agregando—: Una vez en Punta Arenas, en el Bar Seeman, llegaron tres marineros de tres barcos distintos que estaban fondeados en ese puerto. Al conocerse en el mesón, uno de ellos convidó un trago porque dijo que era su cumpleaños. «¡Bah, qué raro!, dijo otro, yo también cumplo hoy años». «¿Cuántos?», dijo el tercero. «Treinta y tres»… ¡Los tres tenían la edad de Cristo y los tres habían nacido al mismo tiempo en diferentes lugares de la tierra para ir a reunirse por casualidad en ese bar de Punta Arenas!

—Así puede ser que algún día, cuando ande embarcado, encuentre yo al hombre que perdió este anillo…

—¿Qué piensas embarcarte?

—Sí, en cuanto pueda…

—Si puedes, hazlo en un barco de alta mar, al tiro… Para andar caleteando, más vale no navegar.

—¿Por qué dejó los grandes barcos, don Pepe, para dedicarse a buzo?

—Porque la marina es buena hasta mientras tanto uno no tiene familia. En cuanto uno se casa, tiene que cuidar de la mujer y de los niños. Es la verdadera vida del hombre.

—¿En qué barcos anduvo?

—En varios… En el «Fresia» hice un viaje hasta el Japón, donde estuvimos varios meses.

—¿En el Japón?

—Sí, llevamos un cargamento de salitre desde Antofagasta hasta Yokohama. Desde allí teníamos que traer un cargamento de armas para el ejército; pero hubo dificultades en el embarque. No lo entregaban hasta que se pagara por adelantado el cargamento a la firma Sosuki Hermanos…, todavía me acuerdo el nombre… Había ocurrido algo raro con el cargamento anterior: el barco que lo traía se había hundido a la salida de los mares del Japón, A nuestro capitán, que era un chilenazo muy gallo, se le ocurrió contratar un par de buzos para ver si podía rescatar algo, y cuál no sería la sorpresa al descubrir que había piedras dentro de los cajones en vez de fusiles o ametralladoras. A uno de los buzos japoneses le pasó un accidente, y yo, que algo sabía, me ofrecí para reemplazarlo… Abajo el barco estaba escorado sobre poco fondo y seguimos sacando cajones con piedras en vez de armas. Habían hecho leso al gobierno chileno… Creo que un cónsul o algo así también estaba mezclado en el asunto… La pelotera que se armó fue grande; pero yo terminé así en aguas japonesas mi aprendizaje de buzo. De vuelta nos pescó el temporal más grande que he pasado en mi vida. Una noche y un día enteros nos pasamos maniobrando en cubierta para no hundirnos. El «Fresia» era un cuatro palos que se había encontrado desarbolado en el cabo de Hornos y se había vuelto a aparejar para hacer ese viaje. Allí sí que vi lo que era ser hombre de mar de capitán a marinero. Yo le ayudaba a Cerón, un viejo contramaestre, también chilote. Hombre que a puro cuchillo tuvo que rifar algunas velas para que no nos diéramos vuelta.

—¿Qué es eso de rifar? —inquirió Elvira, mientras trajinaba.

—Romperlas a cuchillo, para que pase el viento y no hagan tanta fuerza. A veces, cuando son viejas, las rifa el mismo viento; pero corríamos como demonios. En esos dos días hicimos lo que habíamos hecho en una semana. Cerón era un gallo; el capitán Farfán, un hombre alto y fornido, le decía «mi brazo derecho», y en los momentos de peligro siempre estaban juntos, aconsejándose.

La casa de José Andrade estaba sobre una pequeña plataforma entre la playa y la escarpada colina por donde subía un sendero de carretas hacia el alto de Tubildad. Lugar apropiado para sus labores

de buzo y pescador, que él y su mujer habían cultivado con esmero.

Él era un hombre de unos cuarenta años, mediano, fuerte, musculoso, sin asomo de obesidad; de rostro enérgico, acerado por el grisáceo claro de unos ojos de mirar cordial. Elvira, un poco más alta, era una mujer blanca y de cabellera como ala de cuervo, atada generalmente con un cintillo en la nuca, Dos chicos y una chica de pocos años completaban el matrimonio, cuyo jardín, junto a hortensias, camelias y manzanos, frutillas, parras y frambuesas, era el más hermoso de la comarca, debido a un inesperado regalo del mar al poco tiempo de haberse instalado la pareja en la playa de Tubildad.

En efecto, una ballena enferma o arponeada había sido llevada por las corrientes hasta la playa del estero, donde su hedor afectó a todo el contorno. Sólo Andrade se atrevió, a hacha y cuchillo, a descuartizar la gran mole de carne que pronto fue limpiada por el oleaje y los pájaros de tierra adentro, como jotes y tiuques, y los del mar. Pero el buzo Andrade había aprovechado ingeniosamente la osamenta de la ballena, arreglando el frente de su casa y su jardín con asientos hechos con las vértebras del cetáceo y las costillas como respaldos. El pintoresco lugar llamaba la atención por esas grandes osamentas, blanqueadas por el tiempo, distribuidas entre flores y árboles frutales.

—Estoy comenzando una red —dijo de pronto Andrade, levantándose en busca de un rollo de malla tejida y un gran ovillo de lienza. Con ellos bajo el brazo, salió al jardín, seguido de Nauto y los niños, que se pusieron a juguetear.

—¿Le ayudo? —se ofreció el muchacho.

—¿Sabes tejer red?

—Con mi madre lo solía hacer.

—¡Qué falta te hará la madre!

—Sí; me siento bastante solo.

—Pero qué le vas a hacer… ¡Hay que salir adelante con el destino!

—¡Salir avante, eso es todo!… —profirió Nauto.

—Y de una bordada, sobre todo cuando es la primera…

El hombre y el muchacho se sentaron en sendas vértebras de ballena, el uno frente al otro, y empezaron por cada extremo a tejer en la comenzada red. Era una malla de más o menos una pulgada

cuadrada para una red de las llamadas «de lance», que se arroja desde un bote con un «aguatero»[23] que tiene que halar un cabo desde la playa.

Uno de los muchachitos que retozaba cayó de bruces y se puso a llorar desconsolado. Elvira corrió a levantarlo y aprovechó para entrar a todos sus críos en casa. Una suave brisa de diciembre rumoreaba apenas en el mar en la cercana playa de cascajo en plena creciente, pasaba entre los manzanos con un rumor más suave de hojas y dejaba cierto frío en el rostro y las manos de los dos tejedores de red.

—Así creo que hay que empezar la vida, Pedrito —dijo de pronto José Andrade—, como una malla bien anudada de un principio… ¿Has visto cómo teje la suya la araña? ¡En forma de campana o de embudo, para que no se le vayan las moscas! Si un nudo queda suelto, se enreda todo,… Yo aprendo mucho mirando lo que hacen los animales y los pájaros… No dan puntada sin hilo, como se dice.

—¿Y cómo cree usted que esta ballena vino a parar aquí? —dijo Nauto, palpando, maravillado, la vértebra en que estaba sentado.

—Habrá muerto enferma o arponeada por los balleneros de punta Calvario, y después las corrientes la trajeron por el canal de Chacao.

—¿Dónde queda esa punta Calvario?

—Después de la desembocadura del canal, por el lado del norte, cerca de Corral. Las ballenas tienen también que buscar su comida cerca de la costa y al pasar de sur a norte, salen a cazarlas allí, en punta Calvario. Por las costillas se ve que esta era una ballena chica, pero una alfaguara[24] tiene hasta treinta metros.

—¿Alfaguara?

—Sí; también se llama ballena azul…

—Dicen que los balleneros son los mejores marinos que hay…

—Sí, son buenos marinos; pero llevan una vida de perros.

—¿Por qué?

—Navegar y navegar detrás de las ballenas, en eso se pasan la vida… Prefiero sacar choros o echar al mar esta red…

—Yo creo que hay que ser hombrecito para cazar un animal de estos… Nunca he visto una. ¿Cómo será?

—Imagínate una tonina de treinta metros de largo y casi tan alta

como esta casa.

—Puchas.

—Así son…

—Me gustaría ser ballenero… —exclamó Pedro Nauto, como en un suspiro.

—Quédese en tierra, mejor; a orillas de playa. Si necesitas trabajar, te puedo dar algo yo…

—¿De veras, don José?

—Sí; eso del anillo me gustó. Se ve que eres muy honrado.

—No es tanto, don Pepe. Siempre había pensado trabajar con usted, y a lo mejor lo hice nada más que para congraciarme… Pero si usted quiere, le regalo ese anillo que lleva sus iniciales…

—No, niño; en un momento dado te va a hacer más falta a ti… ¿Para qué quiero yo eso?

—¿Cuándo comenzamos a trabajar juntos?

—En cuanto tú puedas… Elvira ya no puede salir conmigo; cada vez se le hace más difícil dejar los chicos encargados donde un vecino.

—En cuanto arregle lo de las cosechas, y pague algunos días de trabajo que debíamos con mi madre, me tiene usted por acá.

—Trato hecho —profirió el buzo Andrade.

Y se dieron la mano, de despedida.

La alta marea llegaba hasta el borde de los acantilados boscosos, y tuvo que regresar por el camino del alto de Tubildad. La tarde caía cuando emprendió el regreso por el mismo sendero de carretas por el cual llevaran el cadáver de su madre. Era un camino oscuro, que repechaba abruptos cerros de piedra laja, bordeado de avellanos, petas, robles y canelos. En un muermo viejo divisó un hermoso repollo del monte, de blancas y tiernas hojas. Bajó del caballo y trepó a cogerlo. Se lo llevó bajo el poncho, pensando en su sabor a umbría, a tierra chilota macerada por la lluvia y las tempestades.

5

Durante aquel verano, Pedro Nauto tuvo que ir de un lado para otro devolviendo a sus vecinos los días de trabajo que habían dado cuando su madre estaba viva. En una tierra pobre y muy subdividida, era costumbre que los vecinos se ayudaran en sus labores agrícolas y de pesca. Más que el dinero, lo que allí valía era el trueque de un día de trabajo. Cuando un vecino estaba en apuros para sembrar o cosechar, lo corriente era que saliera a «suplicar gente», es decir, a recorrer su comarca viendo quiénes podían ir a ayudarle. A su turno, tendrían que devolver él y sus familiares el día o los días de trabajo que le habían prestado. De esta manera, en contraste con las ciudades u otras partes, una familia numerosa era una bendición en esa tierra, y una de escaso número, un problema para su propia subsistencia y la de sus vecinos.

Con el fallecimiento de su madre, Pedro Nauto se vio con una doble carga para devolver los días de trabajo a sus comarcanos. Sin embargo, poco a poco fue dando cumplimiento, a medida de sus fuerzas, Había tareas duras, como las de cortar fajina en el bosque, ayudar a hacer un cercado, recoger lamilla para abono o aporcar los papales. Pero había otras que eran agradables, como la de ir a las moliendas de trigo en el molino de Aucar.

Este molino estaba ubicado en un paraje donde se habían dado hermosa cita todos los elementos de la naturaleza isleña. Quedaba en la desembocadura de un río detrás de la isla Aucar. Esta isla pequeña tenía el encanto de unirse a la isla grande de Chiloé por medio de un banco de arena o restinga submarina que quedaba en seco en las grandes mareas, permitiendo a sus habitantes comunicarse de a pie por tierra.

Un día tuvo que ir con Hilario Nahuelquén, el vecino cercano que tanto había ayudado a su madre, a moler en compañía de sus hijas Rosalía y Fidelia, más o menos de la misma edad que la de él. Entre todos descargaron los sacos de trigo del bote.

Pedro Nauto respiró con fruición el olor a trigo y molienda que

se desprendía de las piedras del molino, accionadas por una caída de agua ingeniosamente dirigida en un canal de madera sobre una rueda de hierro con paletas curvas.

Una vez que estuvieron instalados, Hilario fue a tratar con el dueño del molino el valor de la maquila, para de vuelta desviar el agua hacia la compuerta que la llevara a la rueda impulsora.

Estaba en el molino con las dos niñas, cuando de pronto escuchó desde la lejanía boscosa un fragor como si vinieran rodando suaves piedras. Era el primer turbión de agua que venía de la bocatoma, desbordándose por el cauce pedregoso y, luego, encajonado por la mano del hombre, descargándose hacia el molino. La avenida embistió por debajo del piso del molino. La redonda piedra empezó a moverse en torno de su eje y el trigo a caer por el hoyo abierto en el extremo del cono, regulado por la tara billa. El molino crujió por entero e inició su molienda, como un pequeño monstruo de piedra agitado por la fuerza de las aguas, de rodar silbante, modulado por el parloteo de la tarabilla vibrando sobre el lomo de la roca.

Rosalía encendió el fogón, situado en un extremo de la pieza, con leña que había salido a recoger. Esta era la hermana menor, de unos catorce años, delgada, morena, con algo de los huesudos pómulos de su padre indígena, y unos ojos glaucos, rastro de alguna ascendencia extranjera.

Hicieron café, y pusieron sobre las brasas una de esas grandes bolas de chuño, fécula de papa, llamadas «tropón»[25]. El fuego empezó a dorar una costra que luego fue desprendida hábilmente por Rosalía. Fidelia derramó sobre esta costra asada manteca de chancho caliente y chicharrones. Así, los cuatro, Hilario Nahuelquén, sus dos hijas y Pedro Nauto, se sentaron alrededor del fogón a saborear el apetitoso manjar, mientras el tropón iba dándose vueltas en el fuego y descascarándose como una bola de nieve que en cada vuelta disminuyera de tamaño.

Se organizaron en turnos para atender la molienda, que iba a durar dos días con sus noches, de manera que la tolva tuviera siempre trigo para moler y retirar la harina que se iba depositando alrededor de la piedra de abajo, que permanecía fija a un entarimado.

Pero nadie quiso acostarse esa primera noche en el molino. Era una noche tibia de fines de enero, con una luna en creciente, que

había salido detrás de la isla Caucahué, dibujando sus contornos sobre el mar de plata bruñida. La pleamar había echado a navegar a la pequeña isla Aucar, que quedaba casi al frente del molino, y la aguda torre de su iglesia semejaba el mastelero de un fantástico navío, cuyo velamen se hubiera convertido en frondosa ramazón, por donde la brisa del suroeste pasaba también plateando las hojas.

Pedro Nauto y Rosalía fueron al río a lavar los utensilios de cocina. En el contorno de donde venía el agua para el molino, una quebrada umbrosa conservaba su oscuro corazón selvático en medio de la reluciente noche de estío, Después de lavar los utensilios, los muchachos se quedaron sentados sobre las piedras.

—Es un lugar como para que salga el camahueto[26] —dijo de pronto Rosalía.

Pedro Nauto volvió la cabeza y fijó su vista en la umbría.

—¿Crees tú que hay camahuetos? —le dijo.

—Ya lo creo. A mí me dieron agua de camahueto cuando tuve un susto…; era más chica.

—A mí también —replicó Pedro Nauto—; pero no creo en eso.

—¿Qué gusto tenía?

—Nada más que a hierbas.

—¿Sabes cómo la hacen?

—No.

—Raspan el cacho del camahueto, y a esas raspaduras se les agregan «huilipinda»[27], la hierba talluda para el susto; unas florcitas de «
boche-boche
»[28], buena para la anemia de las niñas en desarrollo; un poco de «hualco»[29], raspadura de la «bola del torbellino de la tierra»[30] y un parcito de «aguas que brincan»[31]…

—Pero primero habrá que agarrar el camahueto —dijo Pedro Nauto, asombrado de la sabiduría precoz de Rosalía Nahuelquén.

—Claro… Para agarrarlo se necesita un lazo de sargazo, y hay que lacearlo antes que amanezca. Duermen cerca de las vertientes, en quebradas como esa. También puede salir en noches de luna. Lo han visto bañarse en las cascadas, escondido entre los helechos. Dicen que es como un ternerito negro…

Pedro Nauto se quedó mirando a Rosalía. Le gustaba más Fidelia, porque la encontraba más delicada y seria, con algo que le

hacía recordar a su madre; pero Rosalía, más dicharachera, era entretenida. Sus catorce años, sin embargo, parecían más desarrollados que los quince y medio de su hermana. Eran un poco abultados ya sus pequeños senos, fuerte de piernas y una nariz algo ñata, de fosas nasales que parecían dilatarse cuando respiraba el aire del mar; ojos glaucos oscuros y unos mechones desordenados que le daban el aire de un animalillo saliendo de las aguas.

—Parece que sabes muchas cosas… —le dijo Pedro Nauto.

—¿Te atreverías a acompañarme a ver si vemos al camahueto? —profirió la muchacha por toda contestación.

—¿Por qué no? —repuso el muchacho.

Se levantaron y avanzaron por la margen del río. Pasaron el pequeño tranque que desviaba las aguas, y se internaron por un bosque entre dos lomas. En las hojas de los avellanos centelleaba la luna haciendo lentejuelas de plata. Sus rayos, a veces, traspasaban la umbría, bajando por los grandes helechos como los pálidos flecos de algún ropaje fantasmal.

La muchacha, de pronto, lanzó un grito y se echó tan súbitamente para atrás que su cabeza dio en el pecho de Nauto. Este se agarró a ella para que ambos no cayeran.

—¡Ahí está, ahí está! —volvió a gritar fuera de sí.

—¿Qué viste? —inquirió el muchacho, con rabia.

—¡El trauco[32], ahí, nos está aguaitando!

Pedro Nauto atisbó con aguda mirada hacia el rincón umbroso, herido por un débil cendal de luna. Entre la fronda de grandes helechos, rodeado de hojas de pangue y de «costilla de vaca»[33], entre musgos y siemprevivas, se vislumbraba una especie de enano vestido de un reluciente y tembloroso traje blanquecino, con un sombrero en forma de cono, del color de los árboles descortezados. En su escondido rostro, dos ojillos temblorosos parpadeaban como heridos por el rayo de la luna.

—Parece ser… cierto… —balbuceó Nauto.

—Es…, es el trauco… —musitó la niña, y agregó—: ¿No lo creías?

—Pensaba en el camahueto.

—Pero nos salió el trauco… ¡Volvamos, por favor, Pedrito!

—No; yo quiero ver hasta el fin de qué se trata.

Pedro Nauto avanzó entre temeroso y decidido, a pesar de las

protestas de la muchacha asustada. Desgajó un grueso gancho de avellano y se internó cautelosamente en la umbría en dirección al pequeño gnomo, cuyos ojos relucientes permanecían fijos.

—¡Toma, maldito! —gritó el muchacho, descargando el garrotazo sobre el sombrerito cucurucho. El blanco cuerpo del enano se hundió con un quejido apagado, Dio dos palos más sobre el derrumbado cuerpecillo blancuzco. Lo pinchó una y otra vez, y alzó toda una madeja de lianas de quilinejas. Levantó la punta del palo bien en alto, sacudiendo las lianas, que ondearon en la umbría como una bandera enlunada.

—¿Ves? —dijo—. ¡Eso era todo! ¡Una mata de quilineja florida!

—¿Y los ojos que nos estaban mirando?

—Son como esos… —agregó Pedro Nauto, señalando otras gotas de rocío que espejeaban a la luz de la luna sobre largos tallos leñosos de la enredadera con que los pescadores acostumbraban hacer sus cordeles. La quilineja es una planta parásita, de un fino y fuerte tejido como un alambre vegetal, que se cubre de florecillas blancas en primavera y verano, para dar unos frutos rojos en el otoño.

Posiblemente sólo ella constituía el famoso trauco de la mitología chilota, el duende violador de doncellas, cuyo traje, cambiante del pálido rosa al blanco y al rojo coralíneo, cruzaba como una llamarada por entre el boscaje chilote.

Rosalía y Pedro Nauto caminaban al día siguiente por la playa, riendo de los pueriles temores de la noche pasada. Andaban mariscando tacas y navajuelas en la faja limosa cercana a la isleta Aucar. La taca es una almeja pequeña, que apenas queda en seco lanza un fino chorro de agua que la denuncia. Los dos jóvenes caminaban de aquí para allá llevados por esos hilillos de agua, donde enterraban sus paldes para sacar las tacas y navajuelas.

—¿Y si no fuera más que eso el trauco? —dijo Rosalía, parándose frente al mar.

—¡Claro que no es más que una mata de quilineja entre helechos! ¿Quién ha agarrado un trauco alguna vez?

—Yo vi uno de verdad cierta vez.

—¿En día claro?

—En día claro.

—¿Y por qué no lo agarraste a palos como yo anoche?

—Porque, como anoche, casi me caí de susto y arranqué. Fue a la entrada de un monte alto; tan alto que el canto del chucao y los picotazos de los pájaros carpinteros en los palos secos se oían como colgados. De repente oí una risa como si alguien estuviera riéndose de mí. Creí que era un «coo»[34]; pero no había ninguno.

—Los coos y las lechuzas no andan en día claro.

—Sí andan. Se quedan parados y no ven.

—Es muy raro.

—Ya llevaba media canasta de avellanas recogidas, cuando de repente vi algo como una llama que atravesó de un gancho a otro en la copa de un árbol… Creí al principio que era el bonete de un pájaro carpintero; pero era el trauco. Se me cayó el canasto y las avellanas se desparramaron por el suelo. Yo caí sentada; me levanté sin recoger el canasto y arranqué… Estuve como dos días en cama viendo traucos por todas partes… Hasta que me dieron agua de camahueto y me mejoré.

—¿No habrá sido una mata de quilineja que se bandeaba de una parte a otra con el viento?

—No había viento; era el trauco…

—En tiempo de las avellanas, las quilinejas están llenas de corales.

—No era quilineja, como la de anoche… Era el trauco…

—Debió haberte agarrado entonces…

—¿Qué quieres decir?

—Que el trauco agarra a las muchachas que andan solas por el monte y les hace un trauquito —dijo Nauto con picardía.

—¿Un trauquito?… —profirió Rosalía, mirando de soslayo.

—Sí; un chiquillo…

—¡Tú serás hijo del trauco!…

Rosalía caminaba delante, con una pollera verdosa, color del musgo y de las algas por el uso, y una blusa de lana amarilla. Pedro Nauto iba con el pantalón de mezclilla arremangado y grueso jersey de lana cruda. De vez en cuando miraba las pantorrillas de la muchacha cuando esta se agachaba a enterrar su palde en la arena. Había algo atrayente en ella, y arisco en el muchacho. La cabellera hirsuta de Rosalía se partía en dos trenzas en la nuca, con el color de la piel del venado. De pronto, algo desató los brazos del

muchacho como si hubieran estado mucho tiempo contenidos, amarrados, y adelantó las dos manos como si fuera realmente a coger un cervatillo. Rosalía se sobresaltó, pero quedó aprisionada por la cintura entre las manos del muchacho. Lanzó un grito. Dejó caer su canasto. Las tacas y navajuelas se desparramaron por la arena, y hubiera echado a correr, como ese día en el bosque, si las manos que la aprisionaban no la hubieran atraído hacia el cuerpo de Nauto. Se debatió entre ellas como un venado; pero el muchacho buscó anheloso su boca y le dio un beso como un tarascón.

—¡Hijo del trauco!… —le gritó, limpiándose la boca. Recogió su canasto y se echó a correr hacia el molino. Pero un raro sabor le quedó en los labios.

Pedro Nauto permaneció como aturdido, sin darse bien cuenta de lo que había hecho. Nunca le hubiera pasado por la imaginación faltarle en esa forma el respeto a Rosalía, la hija de don Hilario, a quien tanto respetaba por lo bondadoso que había sido con su madre. ¿Qué fue lo que lo impulsó a tomar de esa manera la cintura de la muchacha?

Tuvo rabia contra sí mismo. Recordó, haber sentido una desazón semejante una vez que estaban los dos al pie de un barranco cubierto de grandes nalcas. Ella trepó para cortar un «guiñacho»[35] una especie de nalca muy sabrosa y tierna que nace debajo de la arena, y él, sin querer, al levantar la vista, tropezó con la entrepierna desnuda de Rosalía. Se agachó, avergonzado, tratando de retirar la mirada; pero volvió a atisbarla, mientras la muchacha retorcía el guiñacho para arrancarlo. La desvió disimuladamente cuando ella, triunfante, le mostró la tierna raíz en sus manos; la partió y le ofreció la mitad. Comieron; pero algo oscuro había surgido en su interior; un guiñacho sombrío que se retorcía como una culebra negra por su sangre, en su corazón. ¡Raíz como las de la umbría de la cueva de Millahuilo, mitad en el mar, mitad en la arena, pero enterrándose en la tosca para salir a la superficie terrestre en un avellano florido o en un laurel frondoso!

«Hijo del trauco», se repitió para sus adentros… Sólo después de un rato que Rosalía había partido se dio cuenta cabal del insulto. ¡Sí, lo merecía! ¡Eso nada más era él! ¡El hijo de algún trauco errante por la superficie de la tierra o del mar!…

Se mordió el labio con amargura. Dejó el canasto de navajuelas

y tacas sobre unas piedras y echó a andar sin rumbo por la orilla de la bajamar.

La brisa que venía de mar afuera lo serenó un poco, y al rato se dio cuenta de que había llegado junto al bajío que a esa hora unía la tierra con la isla. Caminó por el banco de arena hasta que llegó a la isla. Grandes árboles marginaban un sendero que conducía a un gran claro de pampa, en cuyo fondo se levantaba la torre de la iglesia. De pronto, desde uno de los árboles alguien lo miró. Era un santo tallado en el mismo tronco. Sus barbas se confundían con la corteza. Más adelante descubrió otro, y otros rostros de diferentes santos de la Iglesia. Eran caras talladas a cuchillo, generalmente aprovechando el nudo de un árbol para hacer el volumen del rostro. En otros, la misma madera nudosa les ponía ojos. Había visto santos y Cristos de palo en otras iglesias de la comarca; pero estos tenían una particularidad: parecían vivos, y miraban como si las hojas verdes les dieran cierta luz, la tranquila luz de sus savias.

Salió al claro de pampa, dándose vuelta a mirar, no sin cierta inquietud, hacia aquellas imágenes talladas en el bosque, marginando el sendero que cruzaba en dirección a la iglesia. Esta tenía un portal de gruesas columnas y sobre ellas un campanario de alerce bastante tosco, pero que terminaba en una aguda torre y una cruz, que era lo que se divisaba desde el mar. La puerta estaba entreabierta y la iglesia vacía le infundió cierto temor. Buscó la pila de agua bendita para persignarse, pero estaba seca. Se puso a contemplar la nave, sostenida por gruesas columnas de coigüe labradas a azuela. El cielo era de avellano machihembrado, las paredes de mañío, y en el centro, colgantes, había diversos veleros en miniatura; algunos con su velamen auténtico y otros más pequeños sólo simulados en la misma madera. Goletas, lanchas, bergantines y hasta navíos de cuatro palos. En las hornacinas y en el altar, Cristo y sus santos, la mayoría de yeso repintado y dorado, algo parecidos, pero sin la viveza impresionante de los tallados en los troncos del bosque.

Estaba admirando el aparejo de un perfecto bergantín, con sus jarcias y motones hechos como si fueran de verdad, cuando sintió pasos a su espalda. Un hombre bajo y rechoncho se acercaba.

—¿Te gusta el barco? —le dijo.

—Sí; está bien hecho… Yo también sé hacer, pero apenas

lanchas.

—Los vienen a dejar, de tarde en tarde, los marinos en cumplimiento de sus promesas… Esa barca grande, por ejemplo, la de cuatro palos, es «La Sebastiana», que naufragó hace años frente a las playas de Cucao. Uno de los que se salvaron la hizo en promesa, y se la vino a dejar a la Virgen del Carmelo.

—Afuera, entre los árboles, también vi santos…

—Esos los hice yo…

—¿Usted los hizo? —dijo Nauto, sorprendido.

—Sí; por afición. Primero hice uno y me salió bien; después fue más fácil hacer los otros… Hubiera llenado de santos el bosque; pero cambiaron al cura párroco y el nuevo me lo prohibió.

—¿Por qué se lo prohibió?

—Dijo que era una herejía… Que la gente podía empezar a adorar a los del monte igual que a los de la iglesia, por encontrarlos tan parecidos… Yo le alegué que precisamente los había hecho para que dejaran de creer en el imbunche[36], en el trauco, la Pincoya[37] y otras brujerías…

Pedro Nauto se despidió del sacristán tallador de santos. Después, al recorrer la isla, supo que le decían «managua»[38], sobrenombre que dan a los marinos de la Armada de Chile, pues el sacristán en sus mocedades había pertenecido a un barco de la marina de guerra. Desde la cubierta de un navío había pasado a cuidador de una iglesia en esa diminuta isla que, en el fondo, era como otro navío…

La molienda terminó al anochecer del segundo día, pero como soplaba un fuerte viento de travesía, Hilario decidió pasar esa última noche en el molino, para zarpar de madrugada. Los jóvenes hicieron esa noche «trapaleles»[39], especie de delgados panes, hervidos y untados con abundante miel de abeja silvestre. La harina recién molida les daba un exquisito sabor fresco. La playa había regalado navajuelas, tacas y otros mariscos, y la carne de chancho ahumada había matizado aquellas meriendas del molino.

Hilario estaba contento con el resultado de la molienda; tendría suficiente harina para atender a sus vecinos en las faenas de las próximas cosechas.

Rosalía no había dejado traslucir en absoluto el incidente con Pedro Nauto, aunque de vez en cuando cambiaba unas miradas que el muchacho no sabía si eran de afecto o reproche. En el corazón de este la frase «hijo del trauco»… flotaba como una ligera sombra.

Pedro Nauto sentía dejar aquel ambiente del molino. Después que terminaron de ensacar la última molienda, aspiró una vez más ese olor a trigo recién molido. Las grandes piedras que lo habían triturado habían vuelto a su silencio sin vida; el cierre de las compuertas había terminado con la fragorosa voz del agua, y sólo un hilillo monocorde se deslizaba bajo las enormes piedras en reposo.

Las llamas del fogón iluminaban a grandes trazos la oscura pared de añosa tabla tinglada. Otros molenderos habían dibujado en esas tablas, a cuchillo o con carbones, algunos toscos rostros, barcos y peces. En medio de ellos, una gran ballena imponía su cola con las aletas levantadas y de su trompa surgían dos chorros de agua, sobre los cuales se habían tallado dos estrellas, como si aquella respiración del animal marino llegara hasta el cielo.

Al verla, Pedro Nauto se levantó en busca de su cuchillo, lo afiló contra el borde de la misma piedra del molino y en un espacio libre de las renegridas tablas empezó a tallar también algo.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo Fidelia.

—Un trauco… —dijo, mirando de soslayo a Rosalía, y dirigiéndose a Hilario, agregó—: ¿De qué porte será un trauco?

—Dicen que de una vara de alto.

—¿Usted lo ha visto?

—No; pero me han dicho que así es.

—¿Y usted cree en eso?

—Bueno…, no sé si creer o no creer; en muchas cosas sucede lo mismo. Yo no he visto nunca un trauco, para qué voy a mentir; pero otros dicen que lo han visto, lo mismo que al imbunche, la Pincoya o el camahueto. Puede que existan…, no sé; pero los que lo han visto lo han pintado tan bien…

—El imbunche es el más horrible de todos… —dijo Rosalía, arrellanándose en el rústico madero que servía de banco a la orilla del fogón.

—¿Cómo es, papá? Cuéntenos… —intercedió Fidelia.

Hilario Nahuelquén miró a sus hijas y sonrió bondadosamente, y

carraspeando, dirigió una maliciosa mirada a Pedro Nauto.

—Bueno —empezó—, dicen que el imbunche es el portero de la cueva de Quicaví, el lugar donde vive el jefe de los brujos, el que los manda y los contiene en todas sus fechorías. Dicen que es un niño hijo de brujos entregado al nacer para que lo críe una gata. Le quiebran la pierna derecha y se la pasan por el cuello. Cuando grande se alimenta de cadáveres. No habla, se hace entender por señas. Por señas indica el lugar y el momento para tirar un maleficio. Si se niega, lo azotan. Pueden azotarlo solamente en las noches sin luna. El que se topa con un imbunche se vuelve loco. Cuando en noches oscuras se oye el lamento del imbunche, porque lo están azotando, hay que cerrar todas las puertas para evitar el maleficio.

—¡Por Diosito, que tremendo es el imbunche! —exclamó Fidelia, levantándose a trancar la puerta del molino, pero volviéndose a arrellanar como solazada por la historia del brujo.

—¿Y a esos de la cueva de Quicaví no hay quién los ataje? —profirió Pedro Nauto, mientras continuaba tallando.

—Yo creo que son ellos los que inventan todo eso para asustar a la gente y sacarle plata o comida —le replicó Hilario, y agregó—: El jefe se hace pasar por adivino, y dicen que es porque tiene emisarios en todas partes que le anuncian la llegada de una persona o lo que le ha sucedido antes de que lo sepan sus parientes.

—¿Y la Pincoya? —inquirió Fidelia.

—Esa no tiene nada que ver con los brujos… Es una mujer muy bella, pero que en vez de pies tiene aletas. Se maneja por los ríos y va hasta el mar. Usa un peine de oro para arreglar su cabellera en las noches de luna. Es caprichosa, y cuando se enoja ahuyenta la pesca. Entonces los pescadores tienen que hacer una fiesta con muchachas hermosas y alegres y a la Pincoya se le pasa el enojo y llena las redes de peces. Si un pescador la ve con la cara vuelta hacia el mar, debe salir a la pesca; pero si su cara está vuelta hacia la tierra, entonces no hallará pesca.

—¿Y el camahueto?

—Vive en los traiguenes[40] o en donde nace un río. Es plomizo o negro, con manchas blancas en el lomo o en la frente. Nunca se deja pillar por un leso o un limpio; sólo un brujo puede lacearlo con una soga de sargazo. Tiene un solo cacho, que le sirve para hacer el

bien o el mal. Si se quiere que un muchacho salga valiente, se le da raspadura de cacho de camahueto; pero un acamahuetado cambia muy ligero de carácter, se le mancha el cuero y pelea. Si un brujo quiere vengarse, entierra un pedacito de cacho de camahueto en un lugar. En veinticinco años nacen allí un camahueto y un río, que arrasan con siembras, cercados y hasta con las casas del lugar. El brujo lo espera antes de que el camahueto y el río lleguen al mar, lo lacea con sargazo, le saca el cacho y lo vuelve a enterrar, donde quiere que en veinticinco años más ocurra otro daño.

—¿Y el caballo marino? —preguntó en un suspiro Fidelia.

—Es el correo de los brujos. Puede ir de una isla a otra galopando entre dos aguas. Se alumbra con un farol que en vez de parafina está llenó de sangre humana. Es tan grande que puede llevar doce brujos en su lomo. Los brujos lo llaman con un silbido y sale inmediatamente del mar; lo montan, le dan dos palmadas y desaparece con ellos.

—¿Pero usted ha visto personalmente a un brujo? —intercedió Pedro Nauto, suspendiendo por un instante el acabado de su talla.

—¡Mi papá una vez pilló un brujo! —saltó Rosalía.

—Sí, es cierto —carraspeó Hilario, ratificando a su hija—; en cierta ocasión, con otros jóvenes pillamos un brujo, Pero no lo divulguen, porque ese brujo vive todavía…

—¿Quién es, papá?

—Hermeregildo Barría.

—¿El viejo Meje?

—El mismo: en otros tiempos se las daba de brujo: pero una noche nos pusimos tres amigos a aguaitar al brujo que tenía asustada a toda la gente que pasaba por el desecho de Huite, cerca del cementerio. Esa noche uno de nosotros se adelantó como un caminante cualquiera, y al llegar al desecho le salió del monte una figura blanca que parecía que volaba con una luz en el pecho; pero nuestro amigo en vez de arrancar se le fue al encuentro y nosotros salimos de las matas donde estábamos escondidos y nos acercamos corriendo por la espalda. Entre los tres lo acogotamos. Era el viejo Meje, en ese tiempo joven, con una sabanilla blanca que sacudía al viento y con un farolillo en el pecho. Le dimos allí mismo una buena zurra para que no volviera a asustar a la gente. Creo que desde entonces dejó de ser brujo…

Pedro Nauto había terminado de tallar una pequeña figura humana, contrahecha por la inhabilidad o la intención del tallador; su sombrero cucurucho, entre tajos que parecían nalcas o helechos, era lo que más se destacaba en ese mundo de estrellas, barcos y peces que era la pared del molino.

En medio de bostezos, las niñas se acurrucaron junto al padre entre sus cueros de oveja y frazadas. Desde otro rincón, por el rabillo del ojo, Pedro Nauto atisbaba una sombra que parecíale sonreír con el rostro de Rosalía.

6

Los ochocientos habitantes de Quemchi fueron despertados muy de madrugada por una banda de músicos y un tiroteo a fogueo de viejas escopetas cargadas por la boca, que hacían recordar los trabucos del tiempo de los piratas.

Se trataba del transporte del santo patrono de la iglesia, San Antonio, que era llevado en andas desde su altar hasta la tarima levantada en la popa de una chalupa ballenera que a cinco bogas lo conduciría a Huite, donde se celebraba la fiesta de la Candelaria.

De Quiterquén, Colo, Choen, Aucar, Aucho y otros lugares, también venían los respectivos santos patronos en lanchas o botes que esperarían a la altura de Tubildad la partida para entrar todos juntos, en una especie de regata animada por tiroteos y música de vihuelas, bombos, tambores y acordeones, hasta la rada de Huite, para rendirle honores a la Virgen del lugar.

La banda de Quemchi estaba dirigida por «Calilo», un marinero viejón, muy alto y desgarbado, con un solo ojo que tocaba el bombo. Luego venían dos cornetas viejas, una flauta, dos acordeones, una mandolina, tres guitarras y una vihuela. Era el orgullo de Quemchi esa pintoresca murga pomposamente llamada banda. Sobre todo por la imponencia del viejo marinero tuerto, que desde su gran bombo daba el compás hasta a los más finos instrumentos, como son la mandolina y la vihuela. «Calilo» había recorrido mundo, y seguramente había visto verdaderas bandas en otros litorales; pero allí sólo había logrado reunir el acompasado rumor de esas caracolas lugareñas dirigidas por el mazo de su bombo, fabricado por sus manos con dos grandes cueros de ovejas, como asimismo los tambores que, como rodantes piedras, apagaban el tierno clamor de aquellas débiles cuerdas.

El santo era venerado por las gentes del pueblo más para encontrar cosas perdidas que para curar calenturas o pedirle marido, pues, según el decir de las quemchinas, «daba sólo maridos borrachos»…

Por eso entre las invocaciones al embarcarlo y despedirlo en su ballenera, la más escuchada era la siguiente:

San Antonio bendito
que al Sinaí fuiste
y al Niño Jesús viste;
tres cosas le pediste:
que lo perdido fuera hallado;
lo olvidado, recordado;
y lo alejado, acercado.

La mañana de estío se levantó con un sol pleno, de aguas tersas y doradas, rizadas a veces por algunas brisas sueltas del suroeste. Era como si toda la naturaleza se hubiera adecuado a la fiesta de la Candelaria.

Por el horizonte del sur empezaron a surgir otras flotillas de embarcaciones menores. A medida que se acercaban, sus empavesados iban llenando el mar de colores que empezaron a competir con la flotilla que les salía al encuentro desde Quemchi. Las músicas también comenzaron a competir y a entremezclarse en medio del canal Caucahué. Para la gente que quedaba en tierra, con pesadumbre por no haber podido concurrir a la fiesta, aquella música adquirió desde la lejanía una infinita y celestial armonía. Banderas chilenas, gallardetes de todos colores, orlas doradas bajando desde los mástiles, franjas moradas y amarillas en las regalas, arcos de musgo, siemprevivas y otras flores sobre los santos aumentaban el colorido del peregrinaje sobre el mar.

Desde el bisel de las aguas, las embarcaciones parecían navegar suspendidas en el aire, como por arte de magia. Los barrancos reverdecían de arrayanes, lumas y otras mirtáceas; en las oquedades se abrían los helechos gigantes y las nalcas con sus hojas como grandes manos implorantes. De tarde en tarde, un muermo florido sobresalía de todos los demás árboles, poniendo su perfumada nota blanca. Los trigales, ya maduros, los papales y huertas cuadruplicaban las colinas, donde la floresta agreste señalaba los linderos de los predios vecinales.

Pedro Nauto bogaba de proel en la ballenera que conducía al santo de Quemchi, e iba recogiendo con viva emoción el aire de fiesta que se esparcía por los ámbitos.

Al pasar por el promontorio de Pinkén, trató de ver al martín

pescador, pero este había escapado de su escondrijo entre las bromelias, asustado tal vez por tanta algarabía. Lo mismo la foca, que no apareció por ninguna parte. La ausencia de sus viejos amigos le hizo pasar de la euforia a la melancolía, sobre todo al recordar cómo iba bogando por ese mismo lugar con el cadáver de su madre dentro del bote de su abuelo. Se sintió bastante solitario y extraño a todo aquello. En especial a ese santo, que lo miraba desde su altura con sus ojos tan inexpresivos. Era un San Antonio de cerca de un metro y medio de alto, con la cabeza redonda como una gran papa, orlada de una corona oscura que simulaba el resto de cabellera alrededor de la calva. La boca era pequeña y fruncida; las cejas y las pestañas estaban pintadas como por carbón. Era una tosca talla hecha en cancagua, esa arenisca de la época terciaria, de la cual están formadas casi todas las islas del archipiélago.

A la altura de Puerto Oscuro, las embarcaciones con los santos patronos se pusieron a la cuadra esperando la señal de partida. Esta la dio el cura párroco de Quemchi por intermedio de un escopetero que lanzó al aire un disparo. Luego se oyeron varias descargas a fogueo y la gritería de los que animaban a sus respectivos santos. Las flotillas acompañantes se distribuyeron tras las aguas de sus favoritos, guardando una prudente distancia, con lo cual la regata adquirió un carácter colectivo. Era como si cada comarca empujara sobre las aguas a su propio santo.

A la entrada de la bocana de Huite empezó a destacarse el Cristo de Quiterquén. Una imagen tallada en madera de avellano con tres gruesos clavos que la sostenían en la cruz. Tendría un poco más de un metro de alto; pero lo que la hacía impresionante eran la peluca y las barbas de cabello natural que le habían puesto. Parecía un oscuro chilote herido, de negros y tiesos bigotes. En aquel rostro sufriente había algo de la dureza de la raza hulliche, cuyo origen, polinésico o asiático, se confunde con la noche de los tiempos. Para la región era un Cristo tan milagroso, que a menudo dejaba su isla y se iba haciendo milagros por los lugares en que lo solicitaban, pagándole, por supuesto, cuantiosas o sustanciosas mandas que los lugareños se repartían con el cura.

San Sebastián, de Aucar, fue el que se quedó más atrás, debido al pesado lanchón en que iba, y que gobernaba el managuá, el sacristán. Como su isla, era el más pequeño de todos, y su

cuerpecillo, sólo cubierto por un precario sayal a la cintura, estaba amarrado a un tronco de árbol que parecía haber crecido a propósito para su martirio. Tenía clavada una flecha en el corazón.

San Jacinto, de Choen, ceñudo y narigón, defendiendo la cruz de un enemigo invisible que venía desde lo alto, llegó segundo a la playa de Huite. Los siguió San Antonio, de Quemchi, Santa Rosa, de Tubildad, con un manojo de sus perfumadas hermanas en el pecho, llegó cuarta, y así los otros.

El triunfante Cristo de Quiterquén inició la ascensión por un camino cubierto de boscaje que llevaba a la iglesia, ubicada muy arriba de un cerro. Aunque los músicos venían tocando cada uno para su santo, la procesión adquirió cierta unidad y solemnidad, destacándose por sobre la columna en marcha las imágenes en andas.

Cuando la procesión llegó a la pampa alta, en cuyo término se encontraba la iglesia, adornado en su frente con arcos de ramas y flores, los tiroteos de los escopeteros arreciaron. Impresionaron aquellos hombres maduros, padres de familia, muy serios, que se adelantaban a los santos y con gran circunspección sacaban sus pequeños tarros de pólvora en forma de cantimploras rojas, medían con la tapa la cantidad de pólvora, la introducían por la boca de la escopeta, taconeándola con una baqueta, disponían el fulminante y, levantando el arma, la disparaban ceremoniosamente al aire.

El padre cura hizo su entrada a la cabeza bajo los arcos triunfales y fue vitoreado por la gente del lugar. En el pórtico lo esperaban el «fiscal» y los «cabildantes», y los vecinos más importantes de la comarca, que venían a presentarle sus parabienes.

La tradición de este fiscal data del tiempo de los encomenderos, en que por orden del gobernador colonial quedaban libres de todo servicio personal y no podían ser alejados de su residencia por ningún encomendero, para que permaneciera así al cuidado de la capilla. Desde entonces este cargo fue muy apreciado, pues él se encarga de la limpieza, conservación y adorno de la «casa de Dios», ayuda a bien morir, sepulta a los muertos y remplaza al cura en algunas oraciones.

Allí estaba formado jerárquicamente todo el cabildo, compuesto de diez hombres y tres mujeres: supremo, gobernador, primer coronel, segundo coronel, regidores, primer abanderado, suprema,

primera y segunda princesa.

Después que los santos patronos visitantes quedaron en tarimas en el centro de la nave, frente al altar de la Virgen de la Candelaria, el sacerdote se vistió en la sacristía y ofició la misa.

Después, subiéndose al púlpito, les habló así:

—Todas las islas de los contornos están representadas aquí por sus santos patronos para rendirle homenaje a la Virgen de la Candelaria. Así el espíritu de la Santa Iglesia Católica atraviesa mares y continentes para llevar su mensaje de salvación en la tierra y en el cielo… Conmemoramos hoy la purificación de la Santísima Virgen después del parto de Jesús, y la presentación de su santo hijo en el templo… Así nos cuenta San Lucas el acontecimiento: «Y como se cumplieran los días de la purificación de ella, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor. Como está escrito en la ley del Señor: todo varón que abriere la matriz será llevado ante el Señor. La ley de Moisés consideraba impura por siete días a la mujer que había dado a luz un varón, y treinta y siete días después de los siete debía concurrir al templo a purificarse… La madre debía llevar un cordero y un palomo en holocausto al Señor. Si era pobre, dos pichones. Hecha la ofrenda, y con el rezo del sacerdote, la impura quedaba purificada. La Virgen María era pobre y pudo llevar sólo dos tórtolas… Y he aquí que había un hombre en Jerusalén llamado Simeón, y este hombre, justo y pío, esperaba la consolación de Israel… Y el Espíritu Santo era sobre él… Y había recibido respuesta del Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Cristo del Señor… Y vino por espíritu al templo… Y cuando metieron al niño Jesús sus padres en el templo, para hacer por él conforme a la costumbre de la ley, entonces él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, y dijo: Ahora despide, Señor, a tus siervos conforme a tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu salvación».

El sermón continuó con algunas interpretaciones personales del cura para hacer claridad en sus rústicos fieles sobre la necesidad de llevar a Cristo como «hachón encendido». Con voz ronca y vigorosa entonó el rezo: «Todopoderoso y sempiterno Dios, rogamos humildemente a Vuestra Majestad, que así como vuestro unigénito hijo fue presentado hoy al templo vestido de nuestra carne, así nos concedáis la gracia de presentarnos a vos con la pureza que

debemos. Por Jesús Nuestro Señor, amén».

Terminada la misa, y como ya había avanzado el mediodía, se sirvió al señor cura y sus acompañantes un suculento almuerzo en la «casemita»[41], pequeña casa adosada a la capilla para hospedarlo.

En esta misma casemita el cura párroco procedió a recibir las «primicias», consistentes en seis almudes de trigo, uno de papas, uno de manzanas, un cordero y un vellón de lana por cada agricultor de la comarca. Los chilotes atribuyen las ruinas de las cosechas a castigos que Dios manda a los que no han pagado estas primicias…

En la tarde se efectuó la procesión alrededor de la iglesia, con cánticos y música, tras el arco adornado de cintas, campanillas, espejuelos y flores de papel que portaban las «princesas», marchando en el centro la «suprema», vestida de blanco y cubierta de chaquiras y espejuelos. La «suprema» empuñaba un cetro y la seguían una corte de niñitas vestidas también de blanco. Más atrás avanzaba el «supremo» con una banda y un gorro de lana azul con pompón colorado, llevando un estandarte del cual pendía una campanilla que se mezclaba con sus sones a la música. A su derecha iba el «gobernador» sosteniendo uno de los tirantes del estandarte, y a su izquierda el «primer coronel»; así los otros cargos dirigidos por la «maestra de ceremonias». Seguían la Virgen de la Candelaria con sus atavíos, banderas y estandartes portados por el «servicio de la capilla»; luego el Cristo de Quiterquén, por ser el primero en llegar a la playa; y luego los otros santos patrones con sus respectivas cortes de músicos, cantores y escopeteros. La fiesta de la Virgen de la Candelaria había alcanzado su apogeo religioso; porque el otro se desató en cuanto el cura y sus acompañantes se hubieron marchado con las primicias.

En efecto, los lugareños habían levantado ramadas de avellano junto al bosque que bordeaba la pampa, y los visitantes, con las velas de sus lanchas, carpas donde se prodigaban la comida y los licores.

Otros se dedicaron a visitar las tumbas de sus deudos en el cementerio, que con la iglesia cerraban los límites de la pampa. El camposanto era notable por sus cruces musgosas, su gran cruz en el centro y un avellano de frutos ya morados que levantaba su gran

fronda dominándolo.

Hasta allí llegó Pedro Nauto para ver la tumba de su madre con la cruz blanca donde se leía en letras negras: «**Rosa Nauto. Q. E. P. D. 2-II-1877 † 15-VIII-1917**». Su madre había nacido en el mismo día de la Candelaria. Ahora recordaba que en una ocasión le había dicho que su nombre completo era Rosa Candelaria.

Ya algunos deudos habían llevado coronas de juncos, clemátides, siemprevivas y musgos que adornaban las cruces, pintadas algunas de blanco o de negro, y amarillas o verdosas otras por la intemperie y los líquenes. Otras tumbas tenían sus rectángulos adornados con diversas conchas marinas, entre las que sobresalía la blancura tornasolada de los choros y cholgas. El avellano cargado de frutos, el concherío espejeante al sol y el rumor de las abejas y mosquitos libando entre las flores naturales del cementerio imponían la vida sobre aquel reflejo estático de la muerte. En la noche había caído un ligero chubasco, y el olor a tierra mojada reafirmaba esa nota de vida entre las tumbas.

Un hombre, frente a una de las cruces, rezaba un rosario de rodillas. Su voz suplicante armonizaba con el parpadeo moribundo de sus ojos enrojecidos por el tracoma. Un coro de tres deudos le replicaban en la oración. Después elevó algunos cánticos llorosos que la brisa esparcía por el bosque:

Los arroyos de sangre
de la corona,
como están entre espinas,
parecen rosas.
Alcanzad, Gran Señora,
que estas espinas
saquen de nuestros ojos
lágrimas vivas.

Era un rezador profesional, al cual se le pagaba especialmente por sus cantigas.

Pedro Nauto contemplaba el césped que ya había crecido en la tumba de su madre, y por unos instantes le pareció penetrar con sus ojos hasta el fondo de aquella tierra como en busca de algo: pero los hizo volver a la superficie, apretándose el ceño con el pulgar y el índice, y como un relámpago circular, la vio como tantas veces la había visto en su vida, desde que sus ojos se levantaron a su rostro

desde el regazo maternal.

A sus oídos llegó, grave, la voz del rezador:

Eva y Adán, delincuentes,
se hicieron por el pecado,
y como herencia han dejado
la muerte a sus descendientes.

Allá, en otra colina, divisó un potrero arado, y de pronto la pareció ver la imagen de su madre envuelta en su pañolón oscuro, y se hallaba de pie, como si hubiera estado viva con la sangre de la tierra.

Al salir del cementerio se tropezó con Rosalía Nahuelquén.

—Vamos a buscar gente para rezarle a doña Rosa —le dijo la muchacha, que lo había estado observando por entre el cerco del camposanto.

—¡No! —le replicó enérgico.

—¿Por qué?

—Ya recé yo, bastante.

—Así te vi, pero no movías los labios.

—Rezo por dentro.

—¿Y cómo?

—¡Ah, tú no sabes!…

Se miraron. Había una luz profunda y viva en los ojos de la muchacha, como el reflejo de algunas aguas emboscadas.

—¿Irás a ayudarnos para nuestra cosecha? —le dijo en voz baja.

—¿Cuándo cosechan el trigo?

—De aquí a una o dos semanas dice mi papá.

—Dile a don Hilario que cuente conmigo —le replicó.

Frente a la carpa del buzo José Andrade estaban destapando un gran curanto[42]. Pedro Nauto fue llamado para ayudar a sacar los «tepes»[43], trozos de césped que cubrían el montículo de piedras calientes donde se habían cocido almejas, choros, picos y otros mariscos. Después de los tepes venía una capa de helechos y hojas de pangue que envolvían chapaleles, «milcaos»[44], carne de chancho y otros comestibles. El vapor del jugo de los moluscos había cocido sabrosamente todo esto.

En otras ramadas la escena se repetía, y los viandantes iban y venían, convidándose de aquí y de allá con comida, licores y sobre

todo con chicha de manzana.

Tres días duraron las festividades de la Candelaria, con carreras de caballos, bailes y otras diversiones. Al tercero, la gente ya estaba agotada, y una reyerta que se originó por un mal fallo dado en una carrera de caballos vino a poner fin a la fiesta, pues se convirtió en una batalla campal.

Un grupo de parientes, a caballo, se dejaron caer sobre dos ramadas, arrasando con lo que encontraban a su paso. A caballazos derribaron mujeres, hombres y niños indefensos, rompiendo guitarras y utensilios domésticos. Ello dio la señal del éxodo general. Los santos fueron embarcados por la gente más responsable y conducidos a sus parroquias, solitarios, sin la apoteósica alegría de la llegada.

Un temporal del sur vino a empeorar la faena del traslado de los santos patronos, que para que no se los llevara el mar hubo que amarrarlos a los botes y cubrirlos con lonas para que no se deterioraran, especialmente los de yeso.

La banda de «Calilo» llegó dispersa a Quemchi, en diferentes botes. El corpulento director todavía venía borracho y con los parches de su gran bombo rotos en una pelea que tuvo en el bote a remazos. Esta vez, los que a la partida se habían quedado tristes en la playa de Quemchi, estaban contentos de no haber ido a la fiesta de la Candelaria de Huite.

7

Las faenas de cosecha donde Hilario Nahuelquén comenzaron con la corta de trigo en los campos que quedaban en lo alto de Puerto Oscuro. Para concurrir a ellas Pedro Nauto tenía sólo que repechar de a caballo o a pie la escarpada colina que se alzaba frente a su casa.

La laboriosidad de Nahuelquén era ejemplar en la comarca. Sus tierras eran pocas y pobres, contrastando con las feraces extensiones de su vecino, el abuelo de Pedro Nauto; pero a fuerza de hualato[45] y arado, había logrado convertirlas en un vergel próspero.

A Pedro Nauto le agradaba la casa de Hilario, construida casi toda por sus manos y las de algunos vecinos. Era una casa en cuya obra gruesa y tablazón se combinaban el mañío, el tepú, el avellano y el laurel, cortados en los mismos bosques vecinos y acarreados por yuntas de bueyes, con la paciencia de una hormiga, durante meses y años, porque primero hizo una pieza y después completó otra y otra hasta que terminó la casa entera.

Un pequeño río que pasaba cerca del predio había sido aprovechado ingeniosamente por Nahuelquén para aserrar su madera y la de sus vecinos. Se trataba de un aserradero de invención primitiva: una sierra trozadora había sido colocada en un marco de madera, verticalmente; este marco ascendía y bajaba accionado por un cigüeñal que impulsaba una rueda de paletas de madera semejante a la que se usaba en los molinos. Un banco sobre rodones llevaba el árbol adonde la trozadora entraba de arriba abajo como movida por un brazo gigante; era como si el brazo de Hilario se hubiera convertido en eso, ayudado por las aguas que bajaban accionando el ingenioso artefacto.

La casa estaba protegida de los vientos por una loma donde se destacaba un manzanar silvestre, de la especie ácida llamada camuesa. Había confort y limpieza en ella, en su madera sin pintura, pero lavada y refregada; en su fogón humeante, oloroso a

sierra ahumada. Para Nauto era un placer llegar allí de madrugada a desayunar con leche caliente y harina tostada en un cuenco de madera o de greda, que llamaban «ulpada»[46].

Nahuelquén y su mujer lo habían hecho todo con sus propias manos y alguna ayuda de sus vecinos aborígenes, algunos de los cuales continuaban viviendo en sus pobres ranchos de madera techados con paja ratonera. Se destacaba no sólo por su casa, sino por su manzanar, ese aserradero, el campanario para guardar sus animales, y sobre todo por la limpieza de sus acciones, de sus ropas, claras y alegres en Rosalía, Fidelia y doña Encarnación, la madre; en esas ropas hiladas finamente por el huso familiar y tejidas amorosamente en el telar casero. A sus colores iban prendidas las anaranjadas flores del mechay, él rojo sangre del «coicupiú»[47], el café oscuro del «raral»[48], el morado del «huique»[49], el gris de su cáscara o de la «barba de palo»[50], o el amarillo de la flor del «palguín»[51], todas raíces, cortezas, hojas o pétalos que madre e hijas combinaban para obtener sus matices en los teñidos de la lana. Sólo el padre llevaba pantalón de lana burda, llamado en jerga lugareña «de carro», y grueso jersey de oveja negra, por donde corría el agua como por una tela impermeable. De su tosca vestidura emergía la cabeza de Hilario como la de un fuerte y sonriente carnero negro; era una sonrisa tierna, algo filosófica, como a la espera de algo.

Aquella mañana daban término a la siega de un último retazo de trigal, que bordeaba un cierro natural de matorrales. Hilario, dos vecinos y Pedro Nauto habían quedado dando término a la faena de la siega con sus echonas. Atrás, en el rastrojo, iba quedando trochada un poco más de una cuarta de caña de trigo, tiesa y punzante, donde sólo algunos instantes antes se levantaban las maduras espigas. Pedro Nauto, de vez en cuando, echaba una mirada a aquel potrero talado que, sin la mies, tenía una melancolía desolada. Las echonas chirriaban con su dentado filo, y las mujeres iban recogiendo las gavillas que dejaban los hombres y las ataban con «boqui»[52], una liana como una soga natural del bosque. En gruesos manojos serían conducidos después hasta la era, en espera de la trilla.

Esta dio motivo a interesantes faenas preparatorias, como el rodeo de las yeguas propias y de los vecinos. Pedro Nauto facilitó su

mampato, y ayudó a encerrar las tres bestias de Hilario y cuatro que prestó su abuelo, a cambio de días de trabajo. Se juntaron así unas doce yeguas y caballos.

De todos, no se pudo enlazar un potro negro que, acorralado por una jauría de perros, hombres, mujeres y niños, cruzó haciendo retemblar los tremedales, saltando cercas, y se emboscó bufando, perdido definitivamente para la trilla.

Esta comenzó con las yeguas y los montureros en torno de la era, de cercado circular, en cuyo centro se levantaba una parva de trigo que los cascos de los caballares iban invadiendo y triturando, a medida que trotaban en su derredor. Atrás de la yeguada un hombre hacía restallar el látigo de vez en cuando sobre las ancas al grito de «¡ah yegua…, ah yegua…, ho, ho, ho!» Las bestias se encabritaban levantando entre sus manos manojos de heno y más de alguno trataba de atravesar la era por medio, como si embistieran una ola.

Pedro Nauto contemplaba entusiasmado el espectáculo de la trilla y le dieron ganas de correr junto a los caballos. No se necesitaba ser muy experto en la faena y se ofreció para remplazar al trillador. Corrió de a caballo halando detrás de las yeguas chúcaras, ya algo cansadas por el tráfago. Las más chúcaras trataban a cada rato de huir de la era o de atravesar por la mitad del pajar. Así se cansaban más que los montureros y había que disminuir el ritmo de la trilla por su culpa. En cambio, los mansos iban aparejados, unos detrás de otros, con acompasado trote, sin causar mayores molestias. Avanzada la tarde, se paró la trilla y se empezó a retirar el trigo desgavillado. La yeguada estaba con la cabeza gacha, desmadejada, triscando con desgano algunas espigas sueltas.

Las mujeres recogían el trigo en grandes cestas planas, llamadas «alitas»; las levantaban por sobre sus cabezas y aprovechando el viento dejaban caer el grano al aire, cuyo peso lo hacía desprenderse de la cáscara, que, desbrozada, era llevada por las rachas de aire.

Cinco días había durado la trilla, y, al final de la cosecha, se recolectaron las manzanas, tanto silvestres como cultivadas y se hizo chicha.

Las manzanas se majaron en un gran dornajo [53] hecho del

tronco cavado de un muermo gigantesco. Las canastadas eran vaciadas en el dornajo, y cuatro hombres, dos en cada extremo, con sendas varas de luma, empezaron a descargar garrotazos triturándolas hasta que el jugo comenzó a escurrirse hacia unas tinajas de madera.

La maja de manzanas era una faena acompasada, rítmica. Las dos varas de cada pareja subían y bajaban al unísono, alternadas, para que no se tropezaran los varazos. No se dejaba de golpearla, hasta que la fruta quedaba convertida en un charco chirle[54]. Entonces, el caldo espeso se colocaba en grandes canastas de junquillo flexible y se las ponían debajo de unas prensas de madera, cuyos torniquetes apretaban el junco hasta exprimir las últimas gotas de jugo, quedando sólo el orujo en el interior del canasto.

Hubo chicha fresca y de guarda para celebrar el final de la trilla. Se carnearon dos corderos y vino gente de los alrededores para la comida. Nahuelquén y su familia eran sobrios, pero generosos en sus fiestas de cosechas sobre todo cuando había sido buena, sin lluvias que amenazaran la siega o la trilla.

Se comieron asado, milcaos y se bebió de la chicha nueva y vieja. Después, en la noche iluminada por una luna creciente se jugó en el pajar al «buque arte» o un símil del «Caleuche». Era un juego pueril, inventado por algún lugareño, en el que los hombres se burlaban del temido buque fantasma, el barco errante, de tripulación endemoniada, que tenía contacto con la tierra sólo a través de los brujos.

Hombres, mujeres y niños, y hasta los perros a su alrededor, se arrodillaron unos y en cuclillas otros, formando la obra muerta de una nave. Era la superestructura del «buque de arte». Por la popa tenía que subir el futuro tripulante del «Caleuche», el recién embrujado, caminar sobre el heno esponjoso con un solo pie, con las manos a la espalda y una de ellas sosteniendo al otro pie apegado a la nalga y con la cabeza mirando hacia atrás, tal como se decía que iban los tripulantes del buque errante. A saltitos caminaba, y si lograba atravesar de popa a proa era admitido en el «Caleuche», y si no, era botado por la borda entre grandes risas. Fueron muy pocos los que lograron atravesar el montículo de heno en esa forma; los más cayeron.

Pedro Nauto fue uno de los que cruzaron a grandes saltos la

nave, sin caerse, y de paso mirando soslayadamente a Rosalía, que en su maliciosa sonrisa parecía decir: «Hijo del trauco…»

El juego del buque tenía otras variantes, como su llegada a puerto, su fondeo, donde más de un concurrente era echado de cabeza al mar, con sus brazos abiertos, sirviendo de ancla, y las piernas de arganeo. Todo aquello como un símbolo del fantasmal «Caleuche» y de las faenas marineras del archipiélago llevadas con infantilismo al corazón del heno; del trigo recién arrancado de la tierra que daba para comer.

Otros juegos siguieron después, como aquel del «yique yique», tomado de una pequeña ave del bosque cuyo grito se remedaba en esa forma. En rueda, uno tomaba un haz de espigas y las doblaba simulando el pájaro. Luego, con la vista vendada, iba de uno en otro imitando su grito y enterrándole el ave de espigas en el abdomen, para hacerlo reír y reconocerlo.

A Pedro Nauto le correspondió reconocer inmediatamente a Rosalía, cuya risa se desgranó como una tierna gavilla en medio de la noche enlunada, cuando el pájaro de heno la tocó en el pecho. Pedro Nauto había bebido algo de ponche de huevos con chicha de guarda, y aquella risa de la muchacha, al escucharla con los ojos vendados, le trajo vívidamente la escena del pangal con Rosalía cortando el guiñacho, el tallo de la nalca surgiendo de la arenisca.

La chicha nueva de la tarde, majada y estrujada por sus propias manos, le había dado una alegría fresca, vital.

Corría por la madera del dornajo como la savia del muermo a borbotones vivificantes y pródigos; tenía ese gusto de la agria manzana salvaje, la camuesa, como si el pomo hubiera sintetizado la sangre de todas las maderas. Pero aquel ponche dulzón, hecho con la vieja chicha guardada en barriles, le había hecho dar vueltas la cabeza como la yeguada trillando en la era. Todo en un momento estuvo dándole vueltas como en una trilla; hombres, mujeres, niños, caballos, perros, bosque, lomas, el vestido de percal de Rosalía, hasta que cayó un polvillo plateado de la luna y la grupa de la noche cubrió a la tierra. Después, entre los juegos del pajar, se le asentó un poco la cabeza; pero al vislumbre lunar, la fantasmagoría humana del «Caleuche», con sus grotescos brazos y piernas cayendo entre las olas de heno, seguía dándole vueltas.

Al filo de la medianoche empezaron a retirarse los mayores, y

quedaron sólo los jóvenes jugando, cantando, correteando como otros animalillos cerriles en torno de la era.

Hilario y su mujer también se acostaron después que despidieron a sus amigos.

Pero los muchachos volvieron a recalentar carne asada y a comer. Hicieron más ponche y bebieron. Algunos se dirigieron a sus casas agrupándose por caminos, y otros, más cansados, se quedaron en la misma paja para dormir, como era costumbre después de una trilla.

Pedro Nauto hizo un hoyo profundo en el heno, se cubrió con un fardo de paja dejando sólo una ventanilla de cañas entreveradas, por donde aparecía la luna como otra era reluciente. Algunas nubes blancas la rondaban como una yeguada vagarosa, y se durmió arreándolas…

… Un bosque verde se ha venido sobre él. Un bosque de gruesas lumas y un follaje desflecado por el vendaval. El viento sacude al bosque y parece levantarlo… Lo levanta como para dejárselo caer encima. Pero no es él el que camina en medio del bosque y el vendaval. Es su esqueleto. Un andamio de huesos que anda. El suelo está lleno de charcos, y entre los charcos, coronas de siemprevivas, de musgo oloroso a la tierra del cementerio de Huite. ¡Ah!… Pero ¿cómo puede andar si es sólo un esqueleto? ¡Claro! ¡Un esqueleto de mondos huesos blancos! Anda, porque aún lleva el corazón como una campana colgante bajo una arquería. Se dobla el andamio al impulso del viento que silba entre los huesos como si fueran flautines, Se empantana en un charco, y cae. Pero el corazón le habla: «¡Levántate! —le dice—: ¡Anda!»

El pobre andamio de huesos se levanta a duras penas y obedece. «¡Camina! —le acicatea el corazón—. ¿Por qué me acercaste tanto a los fuegos de la tierra?» El viento sigue silbando y haciéndole estremecer; pero el esqueleto avanza a tropezones. La lluvia cae y cae sin llegar a la tierra. El bosque es una sola cabellera verde arremolineada por el vendaval. No le queda otra salida: se agarra al follaje de un árbol que se inclina hasta sus manos batido por el viento, y aprovechando un remolino, se empina y asciende, llevado en medio de una tromba verdeante que asciende y asciende como en tirabuzón, hasta que… sale a la mano de Rosalía, que le está pasando su pañuelo mojado por la frente.

—¿Qué pasó?

—Nada, estabas borracho, sentí que te quejabas como un chancho apaleado y vine a verte…

—Una pesadilla, ¡qué horror!, ¡andaba como un esqueleto! —profirió Nauto, apartando el fardo de gavillas de su pecho.

—Es que se te había caído un montón de paja sobre el cuerpo. Yo tuve que sacártelo.

—¿Qué?

—Chiist, habla más despacio.

—¿Por qué?

—Podemos despertar a los otros.

—¿Qué otros?

—Hay varios durmiendo en el pajar, tirados por todas partes, por encima, por debajo…

—¿Y tú?

—Yo dormía allí, cerca de ti…; pero desperté con tus quejidos debajo de la paja.

La luna había avanzado bastante en su camino hacia el oeste, e iluminaba de soslayo el rostro de Rosalía. A su difuso resplandor, aparecía tan blanca como ella; pero de una blancura olivácea, matizada por el resplandor de sus propios ojos, siempre con ese misterioso reflejo de aguas emboscadas.

Pedro Nauto la miró de frente y vio en esos ojos una vez más una extraña sugestión, una atracción irresistible, como si todo su ser quisiera saltar de sí mismo para hundirse en ellos, sin importarle desaparecer en sus misteriosas aguas, como en un remolino mar adentro.

Sólo su fuerza de voluntad frenó el impulso de una especie de bestezuela que pugnaba por saltar hacia la muchacha. Se acercó y la miró fijamente, como hundiéndole sus propios ojos.

—¿Qué me miras? —inquirió Rosalía, como si hubiera sido el murmullo del viento en el pajar.

—Tus ojos…, hay algo en tus ojos.

—¿Qué pueden tener?

—No sé; me dan ganas de meterme por dentro de ellos, o arrancártelos, para llevármelos.

—Todos los ojos son lo mismo… —dijo Rosalía aparentando indiferencia.

—Los tuyos no…; tienen algo.

Poco a poco Rosalía fue haciendo un hueco con su cuerpo junto al de Nauto; suave y casi imperceptiblemente, como se hunde la sombra entre el pasto.

El muchacho sintió la tibieza de aquel contacto. Sus piernas se entrecruzaron a lo largo. Era una extraña atmósfera amparada por esa esponjosa frazada de heno que caía sobre ellos. Sólo la penumbra de la luna en creciente, traspasando el ámbar pajizo de las cañas de trigo, contrastaba un poco con su frío sideral.

—Tengo como ganas de llorar —susurró ella.

—¿Por qué?

—La noche está fría.

—Acurrúcate aquí —le dijo ofreciéndole el pecho.

Rosalía puso su cabecita enlunada sobre el pecho de Nauto.

—Qué fuerte se escucha.

—¿Qué?

—Tu corazón…, parece un tambor.

Se quedaron así un rato, como escuchándose en medio de la noche. El pajar recién trillado despedía su aliento de sementera. Era como si el aliento de la tierra se hubiera mezclado al de la luna, o al del sol, cuyo resplandor cósmico se reflejaba en su media cara.

Rosalía gimoteó, quedamente.

—¿Por qué lloras?

—¿No te dije que tenía ganas?

—Por eso te ofrecí mi pecho…, no debes llorar.

—Es que… no me abrazas.

Pedro Nauto la estrechó confundiéndose sus alientos. El anca de una nube cubrió de pronto la luna en creciente, y, por unos instantes una raíz de sombra se retorció por sobre el heno oloroso.

8

Al finalizar el verano, Pedro Nauto había ya cumplido con la mayoría de las obligaciones contraídas con sus vecinos, hasta con las de su abuelo, con quien había comprometido varios días de trabajo a cambio de la trilla a máquina de su trigo. El viejo había hecho el intercambio más por tratar de conquistárselo definitivamente para sus labores. El muchacho hubiera preferido trillar a yegua donde Hilario Nahuelquén, pero quería terminar cuanto antes con las faenas agrícolas para dedicarse con el buzo José Andrade a la pesca de cholgas, choros y ostras.

La máquina de trillar, única en la comarca, hacía en un rato lo que la manada de yeguas en días; pero a Pedro Nauto no le agradaba esa ancha boca mecánica, de relucientes dientes de acero, que se tragaba simultáneamente varios manojos de trigo, triturándolos en el fondo de su garganta por medio de un cilindro rodante, movido por dos grandes volantes que impulsaban los brazos de cuatro hombres. Al final, era como si hubiera remplazado a las bestias por hombres, claro que con un rendimiento mucho mayor.

El abuelo se comportó bien con la trilla de su trigo, y tal vez lo hubiera conquistado a no mediar un incidente que, al devolver los días de la máquina, tuvo con el viejo en la cosecha de papas.

—Tú solamente debes estar vigilante para que la gente no se dedique a sacar la vuelta —le había dicho, agregándole con énfasis —: ¡Y de a caballo, porque el hombre sobre su animal se vuelve más respetable!

Al comienzo le hizo caso al viejo, y recorrió los papales vigilando a los trabajadores montado en uno de sus buenos caballos. Mas lo que no pudo soportar fue tener que estar parado en medio de los papales, mirando desde la cabalgadura cómo laboraban esas mujeres, hombres y niños, que su abuelo hacía trabajar por un salario muy mezquino y la comida. Le hizo recordar una impresionante fotografía que había visto en una revista de la Gran

Guerra en la casa del abuelo; un emperador, el Kaiser, revisaba sus tropas. Estaba de a caballo, imponente, y los soldados con una rodilla hincada en el suelo, como ante un Dios, y los fusiles terciados sobre sus mochilas.

Así estaba él ahora vigilando el trabajo de esa gente inclinada en los camellones de los papales con sus hualatos.

Desde el caballo se abarcaba en toda su extensión el oscuro sembradío, con sus hojas y sus flores ya secas y caídas. Entre los muchachos y las muchachas había varios compañeros de escuela de él, y entre los mayores muchos vecinos con quienes su madre había intercambiado días de trabajo a la usanza chilota; también pequeñas ayudas de comestibles, cuando recíprocamente estaban en apuros. Él mismo, con su finada madre, había estado muchas veces inclinado en sus papales, como ellos ahora, pero sin que nadie los vigilara como presidarios desde un caballo. Era una ayuda mutua, alegre y voluntaria, sin salarios.

Un día se descargó un aguacero, y los papales se convirtieron en lodazales. Los trabajadores, con sus mojadas ropas pegadas al cuerpo, parecían sombras movedizas entre la lluvia y el barro. Pedro Nauto no pudo soportar más su papel de vigilante y se bajó del caballo a ayudar a cargar las carretadas de papas, para terminar cuanto antes con el trabajo. Renació en él la alegría al verse mezclado de nuevo entre sus compañeros de trabajo, que recogían las papas que emergían como grandes dedos sonrosados de la fecunda, pródiga mano de la tierra.

Pero, sin su vigilancia, los trabajadores del otro extremo del papal abandonaron sus labores y se fueron a escampar el agua bajo unos matorrales. En esos precisos momentos el viejo Nauto llegaba de a caballo por ese lado del papal y sorprendió a la gente acurrucada bajo las matas.

—¿No te puse, badulaque, a vigilar la gente? —le gritó el viejo desde un caballo rosillo y sillón, y continuó, colérico—: ¡Mientras tú te metes en lo que no te corresponde, los otros se tiran bajo las matas! ¡Pedazo de bruto!

—¡Sí, pedazo, pero usted es el resto del bruto haciendo trabajar a la gente con este aguacero! —respondió presto el muchacho.

El viejo se sintió paralizado ante la falta de respeto de su nieto. Las gentes dejaron de recoger papas y se pusieron a mirar

expectantes.

—¡Hijo de…! —alcanzó a decir el viejo, espoloneando a su caballo para echárselo encima al muchacho. Pedro Nauto dio un manotazo al caballo en la trompa para que no lo atropellara. El viejo lo espoloneaba enfurecido, pero el muchacho continuaba defendiéndose a manotazos en la trompa del animal, hasta que este se encabritó, se paró en dos patas y trató de bolearse. Entonces el viejo cayó de espaldas en el barro, revolcándose, mientras el animal salía disparado. Surgió del Iodo hecho una calamidad, con el rostro y las manos cubiertos del barro removido por los hualatos. Los trabajadores no pudieron contener la risa ante el espectáculo, y el viejo empezó a vociferar y a manotear como un espantapájaros.

Aquel incidente puso fin a sus relaciones de trabajo con el abuelo; pero permaneció siempre en su casa de Puerto Oscuro, porque al viejo le convendría más que un inquilino al sembrar esas tierras. Lo dejaría vivir allí; pero ya no se metería más en su vida ni en sus asuntos.

Para Pedro Nauto esto fue la liberación, y a la mañana siguiente fue a comunicárselo al buzo José Andrade, para dedicarse definitivamente a las labores, del mar. Sintió como si se hubiera desprendido de la tierra, y después de la muerte de su madre, el acontecimiento le pareció como dar vuelta la hoja y empezar otra página en el libro de la vida; de su vida, ahora totalmente libre.

El buzo lo recibió contento, pues la temporada de pesca de choros y ostras ya se iniciaba y necesitaba cuanto antes la ayuda del muchacho.

—Fíjate bien, Pedrito, lo que vas a hacer; no vaya a ser cosa que te arrepientas después de haber peleado con tu abuelo —díjole cuando el muchacho le hubo contado el incidente y su determinación.

—¿Y qué tiene?

—La plata hace mucho…

—¿Acaso no voy a ganarla en la pesca?

—No será mucho, y el mar es más sacrificado que la tierra. No te olvides de que tu abuelo es el más rico de estos lugares. Hizo su plata, claro, corriéndole los linderos a la gente y hasta dicen que, siendo de origen español, se cambió al apellido indio para quedarse con unas tierras… Si lo aguantaras, a lo mejor te dejaba tierras y

plata cuando se muera.

—Lo he pensado —replicó el muchacho—, y ¿quiere que le diga, don Pepe?, no me importa un comino. Estar aguantando cosas al viejo en espera de que me deje plata cuando se muera me parece una porquería. ¿Vivir toda la vida para eso? ¡He visto tantas cosas feas por interés desde que murió mi madre, que le tengo asco a la plata!

—Sin embargo, con ella se vive.

—Se vive con el trabajo; sin trabajo no hay papales ni trigo, ni vacas ni ovejas.

—Pero no siempre los que trabajan tienen papales y ovejas… Los que tienen más son los que precisamente no trabajan y hacen trabajar a los otros… ¿No te das cuenta?

—También lo he pensado; no se crea, don Pepe, que no lo veo. Por eso mismo me hago a la mar, y si después puedo dejar estos lugares, los dejo.

—En todas partes vas a encontrar lo mismo… ¡La gente trabaja por plata y los que la tienen hacen trabajar para ellos!

—Lo he aprendido a ver desde que murió mi madre…

—No veías la vida porque tu madre te la ocultaba entre sus polleras. ¡Bastante apollerado que eras vos antes! ¡Sólo ahora te has despercudido! Te crió un poco ocultándote de la vida, porque ella sola se metía en todo, y lo aguantadora que era, como buena chilota. Ahora que está muerta, ¿por qué tú vas a botar su trabajo en ese pedazo de tierra de Puerto Oscuro? Le pertenece a ella más que al viejo. Ella lo rozó y lo sembró. Antes que llegara ella allí todo eso estaba perdido. Cuando tú viniste al mundo, el viejo la echó de la casa; tuvo que refugiarse donde los vecinos, y después acampó en la lengüeta de tierra.

—Dígame una cosa, don José —dijo el muchacho desviando hacia un tono de preocupación—. ¿Por qué dijo que mi madre me crió ocultándome de la vida?

—Lo dije porque ella aguantó todos los temporales por cuidarte. Recuerdo que una vez la encontramos en su bote a dos remos, contigo envuelto en su pañolón en la popa, sobre el empalletado. Rezaba en medio del temporal frente a Pinkén, pero no abandonaba los remos. Yo los pasé a mi bote y trajimos el otro a remolque.

—Yo también recuerdo varios temporales pasados con ella en el

bote. Me ponía entre sus polleras, hincado, y me hacía rezar padrenuestros y avemarías. Yo rezaba, y nos salvábamos.

—Se salvaban porque ella era como un hombre para el remo. Una vez que le llevábamos su trigo para venderlo en Quemchi, nos sorprendió un temporal que casi nos echa a pique. Cuando el bote empezó a encapillar olas, en vez de rezar, ella se puso a achicar con un balde y eso nos salvó mientras nosotros remábamos emproando el mar. Sólo dejaba el balde de vez en cuando para persignarse.

—Yo había entendido otra cosa, don José.

—¿Qué?

—Que me había ocultado a mí, por vergüenza.

—¿Por qué iba a tener vergüenza de ti?

—Porque vine al mundo sin padre.

—¡Bah…, eso no es ninguna cosa del otro mundo! ¡En cambio tuviste una madre de la cual puedes estar orgulloso!

—Dígame, don José, ¿usted ni nadie ha sabido nada de quién pudo haber sido mi padre?

—Nadie…, fue un secreto que la finada se llevó a la tumba.

—¿Cree usted que sería alguno de los de por aquí?

—No creo. Tu madre era buena moza, y siendo hija de un ricachón se habría casado al tiro. Ella, por darte un nombre, no lo hubiera despreciado…

—Un nombre… —murmuró Pedro Nauto, pensativo.

—Quiero decir por arreglar eso de la iglesia y del registro civil…, porque la gente jode tanto con eso… —dijo el buzo, un poco confundido, y agregó—: ¿Y crees tú que es necesario tener padre para poder vivir?

—¡Hasta los pájaros cuidan a sus hijos!

—A un mal padre, más vale no tener nada. ¡Ahí tienes a tu abuelo ricachón! ¡Acabas de mandarlo al diablo! Lo mismo habrías hecho con tu padre si hubiera sido un bribón… Yo, al mío, ni siquiera lo conocí. Murió ahogado cuando yo andaba todavía en el vientre de mi madre… ¡Y aquí me tienes!

—Pero siempre hay algo raro cuando uno no sabe quién es su padre… Usted lo sabía, aunque murió. Pero yo…, ¿vine del aire, acaso?

—Mira, Pedrito —profirió el buzo en tono sentencioso—: los árboles dan sus cogollos sin importarles la cáscara vieja de donde

nacieron.

—Esos son los árboles, pero no los animales, y menos los hombres… La gente se pasa mirando los cogollos de reojo y escarbando en las cáscaras…

—Eso ocurre aquí, en nuestra tierra llena de gente lesa; pero en otras partes…, a donde vayas valdrás sólo por lo que tú sepas hacerte valer.

—Por eso es que quiero irme de aquí. ¿Lo comprende ahora? ¡Ir a donde nadie me conozca ni me pregunte quién fue mi padre!

—Hácete hombre primero aquí…, la vida afuera se vuelve muy dura… lejos de la tierra en que se nació…, donde nadie lo conoce a uno.

—¿Sabe, don José? ¡Le voy a contar un sueño que tuve la otra noche!

—¿Qué soñaste? ¡Los sueños a veces nos anuncian algo! ¡Por lo menos alguna preocupación!

—Soñé que mi padre era un capitán de barco… Lo veía muy alto, fornido, con una gorra azul y un ancla dorada en la visera, como los marinos mercantes. No podía verle bien la cara, porque estaba envuelto en sombras. Me llevaba de la mano…, era una mano fuerte y grandota. Subimos por un camino hasta lo alto de una loma de donde se divisaba una tierra muy hermosa. Llena de ríos y boscosos «hualhues»[55], con caminos, que se perdían lomas adentro. Invitaba esa tierra como a correr hacia ella. ¡Era tan bonita! Pero mi padre, apretándome de repente la mano, me dijo: «¡Volvamos al mar!» Yo me di vuelta a mirarlo al oír su voz; pero había desaparecido… Me quedé solo, muy triste, con ganas de llorar… No sabiendo si irme tierra adentro o hacia el mar, por donde se habían perdido la voz y la sombra de mi padre… Por eso mandé al diablo al viejo de mi abuelo con sus papales y trigales… No quiero seguir escarbando la tierra… Desde que tuve ese sueño, lo único que quiero es irme al mar… ¡Como si hubiera escuchado la voz de un padre!

—De un padre cruel.

—Aunque sea cruel, es nuestro padre.

—Y la tierra es nuestra madre; esa sí que tiene corazón cuando la escarbas.

—¿Y acaso usted no llega hasta el corazón del mar para sacarle

sus cholgas, sus mariscos?

—Sí, es cierto. El viejo salado es sólo malo por encima. Abajo, parece una tranquila pradera en noche de luna.

—Entonces vamos al mar —exclamó el muchacho, entusiasmado.

—Vamos al mar… —repitió José Andrade, como un eco.

9

—¡Algún día daré con un banco de ostras que tenga leguas de largo para taparles la boca a esos hocicones! —exclamó Andrade, mientras se recostaba en la caña del timón de su ballenera, que avanzaba con la vela mayor y la trinquetilla desplegadas a todo viento.

—¡Quizás tengan razón, no es lo mismo sacar choros con una «fisquia»[56] que con una máquina de buzo! —replicó Pedro Nauto, que sostenía la escota de la mayor a doble vuelta en un tolete.

Hacía dos temporadas que ya andaban juntos, a veces acompañados de Elvira, del niño mayor de Andrade o de algún otro. Recorrían canales, bahías, pequeños golfos, sacando del fondo marino choros y ostras que ensacaban y embarcaban en lanchas o vapores del cabotaje hacia Puerto Montt.

Desde Vancouver, en el extremo norte del Pacífico, no existe otro mar interior más hermoso y apacible que el del archipiélago de Chiloé. Las islas se desgranan como collares, y la más grande, la que da el nombre a la región, es un prolongado y alto bastión que protege a sus hermanas menores de las furias del Pacífico. Es un formidable trozo de la cordillera de la Costa dispuesto a manera de rompeolas gigantesco en medio del océano.

Todo el resto de la dilatada costa occidental americana es un desolado cantil, con algunas grandes bahías y desembocaduras, triturado por la erosión constante de la marejada del Pacífico, cuya ola es dos metros más alta que los de cualquier otro océano; pero esta isla grande de Chiloé levanta su protección de roca y arenisca terciaria, formando ese mar interior, cuyas desembocaduras son el canal de Chacao y el golfo de Corcovado. Por el este, se levanta la majestuosidad de la cordillera de los Andes, que en muchas partes cae también triturada a pique en el mar. Hay senos, canalizos, fiordos y plataformas donde los ventisqueros de la edad glacial dejaron sus morrenas y limos fecundos.

Sobre todas estas numerosas islas crece una tupida selva, que ha

ido formando con los milenios una gruesa capa vegetal, donde se dan la patata, naturalmente, ya que este tubérculo es originario de Chiloé; el trigo, con cierto abono obtenido del mar, y otras legumbres y frutales, como la manzana, la guinda, la grosella y la frambuesa. El mar posee un plancton nutricio, abonado constantemente por las sales minerales que acarrean los ríos cordilleranos. Su lecho no es de característica oceánica, sino más bien de poco fondo, generalmente limado también por la erosión de los glaciares milenarios, cuyos dedos geológicos fueron formando sus redosos[57], excavando bahías profundas, canalizos estrechos pero hondos, golfos y esteros como si la mano de un niño caprichoso hubiera hecho su distribución fantástica, un poco asustado de esas dos inmensidades planetarias: el Pacífico y los Andes.

Los primitivos isleños, la raza huilliche, no se sabe de dónde vinieron. Tal vez de Oceanía o del Mar de la China, dando paso tras paso como los cangrejos, de roca en roca, hasta dar vuelta con los siglos toda la cuenca del Pacífico.

Cuando Alonso de Ercilla atravesó por primera vez el canal de Chacao, al cual llamó Desaguadero, ya usaban la «dalca», una embarcación de fondo plano; cultivaban la papa y el maíz y domesticaban el «chilehueque»[58], una especie de llama, de cuya lana hacían sus vestidos.

Con herramientas primitivas, como el hualato, azadón de madera y luego hecho de hierro con la llegada de los españoles, arrancaban a la tierra algunos productos, sobre todo las diversas especies de papas. Con la fisga sacaban del mar los innumerables crustáceos y moluscos, entre los que se destacan la jaiba, el erizo, la cholga y el choro, la centolla y diversos cangrejos, la almeja, la navajuela, el quilmahue, especie de chorito que queda en seco por kilómetros durante la bajamar; la ostra, etc.

Los procedimientos rudimentarios, como el de la fisga, llamada por los lugareños fisquia, tridente de madera de cuatro puntas en un extremo para encajar moluscos en el fondo marino; el corral de piedras o de varas, levantado en la linde de la bajamar; la red sostenida desde la playa por un aguatero y arrastrada en círculo por un bote; el simple espinel de carnada extendido entre las rocas; todo ello permitió siempre mantener un equilibrio entre esos tesoros del

mar y su consumo. Con poco esfuerzo, el chilote encontró su comida en el mar, para él y su familia, e incluso para exportarla.

Pero poco a poco empezaron a industrializarse esos productos marinos. Las fábricas de conservas comenzaron a instalarse en lugares estratégicos; la pesca de arrastre llegó para las ostras. Los buzos se multiplicaron con sus chalupas. Hubo empresas que los tuvieron por docenas, y así, poco a poco, fueron exterminándose los bancos de mariscos y la vida de los isleños se hizo cada vez más dura. Nadie se preocupó de remplazarles esta producción natural de alimentos por otra. El lucro, la rapiña, entraron a dañar definitivamente la pródiga vida chilota.

Aunque era del mismo lugar, José Andrade nunca fue bien mirado por su calidad de buzo profesional, y a pesar de que alegaba que su pesca la hacía en aguas más profundas, donde no podía alcanzar la fisga, más de alguien lo había encontrado buceando donde otros fisgaban.

—¡Y ha de ser para nosotros solos, Pedrito, el día en que demos con un gran banco de ostras o de choros! —exclamó el buzo, mientras ponía proa hacia la punta del morro Lobos.

El alto peñón del morro, con su faro en la cumbre, señalaba en el extremo nordeste de la isla Caucahué la entrada al canal del mismo nombre y la salida al mar libre del golfo de Ancud.

En ese mar libre y navegando hacia el sur, el buzo conocía una larga restinga de arrecifes submarinos que corrían paralelos a la acantilada costa externa de Caucahué.

—¿Te has fijado, Pedrito, que la mar se ve más en calma por ese lado de la costa?

—Sí; parece que por allí hubiera un barranco de mar.

—Eso es a lo único que le tengo miedo, Pedrito; esos malditos barrancos de mar son difíciles para trabajar.

—Yo también les tengo miedo. Una vez me metí por uno de ellos, y aunque me zambullí para poder nadar mejor, algo me chupaba para abajo. Tuve que aletear fuerte para poder salir.

—Pero yo tengo ganas de tantear al otro lado de ese barranco de mar. ¿Quién nos dice si allí no hay un buen fondo… y algo más? —dijo el buzo guiñándole un ojo a su ayudante.

—¡Quién se va a meter allí! ¡La verdad que da no sé qué!

—En todas las cosas hay que pillarla, Pedrito. Por eso nadie se

ha metido por allí; todos le tienen miedo al barranco de mar.

—Es que allí es donde dicen que fondea el «Caleuche» de día…

—¿Tú crees en el «Caleuche»?

—Yo no lo he visto; pero cuentan tantas cosas de él, que estoy por creerlo. Mi madre misma, que no creía en leseras, contaba que mi abuela lo había visto fondeado frente a Puerto Oscuro. Dijo que era largo como un pejerrey, y como sus escamas de reluciente. A bordo tocaban música y se veía gente que bailaba. Los tripulantes subían y bajaban con la cara torcida para atrás y la pata derecha pegada al espinazo. Era una noche de luna, y una chalupa con seis remeros y un patrón desabracó del barco y se dirigió a la cueva que hay en la punta Millahuilo, y allí se vieron, al parecer, con otros brujos.

—Yo no creo en eso, Pedrito. Puede ser una visión de tu abuela que confundió un barco de pasajeros con el «Caleuche». Algunos barcos pasan a hacer agua en la cascada de la punta Millahuilo, y tienen que embarcar el agua en chalupa. Se lo contó a tu madre cuando era niña; lo dio ella por cierto y te lo pasó a ti.

Pasado el morro Lobos, el viento del suroeste amainó, y tuvieron que arriar las velas para avanzar a remo. Nubes lejanas empezaron a formar grandes catedrales en lontananza, o ciudades fantásticas, que parecían flotar sobre el bisel del mar. Un arco iris cubrió aquella fantasmagoría de parte a parte, y el mundo luminoso se volvió más, verdadero y acogedor, como si invitara a los dos tripulantes de la chalupa a entrar en él.

—¿Ves? —dijo el buzo.

—Sí; como un pueblo verdadero —replicó Nauto.

—Anda y métete en esas iglesias como si fueran el «Caleuche».

—Con la chalupa, sí.

—Si es un pueblo verdadero, puedes entrar de a pie por sus calles…

—Algún día me iré de aquí y encontraré pueblos tan lindos como ese.

—Ten cuidado de que no estén sobre el mar.

—La mitad de Quemchi está sobre pilotes en el mar —replicó, testarudo, el muchacho; pero luego, dejando el remo y mirando con los ojos sorprendidos por la proa, exclamó—: ¡Mire, don José, allí hay un barco de guerra!

El buzo Andrade se restregó los ojos para comprobar si era cierto lo que veía. Sobre un trecho luminoso, como un espejo tendido al borde del acantilado de la isla, coronado de frondoso follaje, se veía al pairo un gran buque de guerra.

—Acerquémonos a ver —sugirió el buzo, tomando su remo.

—Es un crucero —dijo Nauto, poniéndose a su vez al remo.

Bogaron de pie, cargando el cuerpo sobre el remo, para no perder de vista al luminoso barco acoderado junto al umbroso acantilado de Caucahué; pero, de súbito, cuando ya estaban sobre él, algo tembló, fue como un cambio de luz producido por el viento sobre las aguas, y el barco desapareció.

—¡Qué diablos fue eso! —exclamó Andrade.

—¡Estaba reciencito allí!

—¡Sí, yo también lo vi, era un gran acorazado!

—Estaba encima del barranco de mar… ¿No sería el «Caleuche» que se ha metido allí?

—Sí —continuó Andrade, como si le picara pimienta en los ojos —, estaba sobre el barranco de mar…

Después de un rato de boga llegaron al lugar donde estaba fondeado el barco. Sólo las aguas se volvían más profundas y espejeantes en aquel rincón de la costa de Caucahué.

Siguieron de largo hasta el redoso donde conservaban algunos sacos de choros dispuestos para el embarque. Los recogieron y emprendieron el regreso.

Ya era de noche cuando doblaban el morro Lobos con su carga de choros. El viento había vuelto a salir y voltejeaban en la entrada del canal Caucahué, cuando oyeron el grito de un hombre. Luego otro como una saloma. En una virada por avante poco más allá del morro, avistaron una fogata casi escondida entre el acantilado. Andrade contestó con otro grito.

—Parece el bote de Remigio Cárdenas —dijo Pedro Nauto, que iba al timón.

—Deben andar pescando… Saben que llevamos choros y por eso nos saloman.

—¿Atracamos?

—Bueno; gobierna hacia la fogata.

Remigio Cárdenas y Raúl Carnot salieron a encontrarlos y les ayudaron a varar la ballenera. Andaban con otros dos compañeros

en la pesca de robalos.

—Hemos echado tres veces la red y apenas si hemos sacado para el lance del pescador —dijo Remigio Cárdenas, un hombre alto y huesudo, refiriéndose a la tradición de comerse los primeros peces que caen en la red.

Los pescadores habían hecho fuego al pie de una gran caverna, donde Mancilla y Gonzalí asaban algunos robalos abiertos por el lomo y puestos en un madero en cruz junto a las brasas. Pusieron dos robalos más para los recién llegados, y estos fueron a buscar a la chalupa los mejores choros, grandes como zapatos, que enterraron en la arena caliente para que se asaran. En torno a la hoguera se sentaron los seis hombres a aspirar el delicioso perfume de los choros y los robalos asándose.

—Fuimos a buscar unos sacos de choros que teníamos fondeados detrás de Caucahué —dijo Andrade, y agregó en un tono algo jocoso—: ¡Y no van a creer ustedes lo que nos pasó!…

—¿Qué? —preguntó Carnot.

—Nos topamos con el «Caleuche».

—¿El «Caleuche»? —inquirió Mancilla.

—¡Madre de Dios! —exclamó Gonzalí.

—El «Caleuche» o algo parecido…

—Tenía la forma de un acorazado, con cañones y todo —intercedió Nauto.

—Entonces no sería el «Caleuche»…

—Dicen que toma diferentes formas, sobre todo cuando se ve perseguido.

—Pero ustedes no lo perseguían.

—Pero lo sorprendimos en su guarida… Estaba sobre el barranco de mar que hay detrás de Caucahué.

—¿Cómo fue? ¡Cuenten, cuenten! —pidió Carnot, un exmarinero de la Armada que después de haber recorrido medio mundo se había quedado en Quemchi acompañando un tiempo a su madre viuda.

José Andrade, con su corpachón dorándose de medio lado al resplandor de las llamas, contó con lujo de detalles la aparición y desaparición del barco misterioso, agregándole un ancla de oro colgante, mientras con la otra estaba fondeado. De rato en rato miraba a Pedro Nauto, quien confirmaba las aseveraciones del buzo;

pero cuando este llegó a lo del ancla, permaneció callado, tal vez porque él no la había observado.

—Hace años; cuando navegábamos en maniobras por el sur, nos sucedió algo parecido —dijo Carnot, después de un rato en que todos parecían rumiar su asombro.

—¿También vieron el «Caleuche» convertido en un acorazado?

—O un acorazado convertido en «Caleuche»… —replicó Carnot con cierta ironía.

—Íbamos —prosiguió— en una escampavía cruzando el paso de los Elefantes, rumbo al ventisquero de San Rafael, cuando de repente, en medio de la especie de laguna que allí se forma, vimos un acorazado… A todos nos extrañó que un barco de su tonelaje se hubiera metido en un lugar de tan poco fondo, y sobre todo que hubiera podido cruzar el paso de los Elefantes, que es tan angosto y zigzaguea por entre una serie de islotes entreverados. Yo iba al timón, y con el oficial de guardia fuimos los primeros en verlo. Comprobamos una y otra vez que se trataba de un acorazado. Después lo vio casi toda la tripulación; pero… cuando nos acercábamos, de repente no más se nos desapareció…

—¿Era el «Caleuche»?

—No; precisamente no era el «Caleuche»… Después, el oficial de navegación reunió a toda la tripulación en cubierta y nos explicó el fenómeno. No recuerdo exactamente las palabras de él; pero voy a tratar de explicárselo como yo lo entendí… Es algo así como un espejismo —prosiguió Carnot, aplanando con su mano la arena en su derredor y haciendo un dibujo sobre ella—. Resulta que en otra parte navegaba un crucero en mar calma y tan espejeante que lo reflejaba tal cual era en contra de una pared de nubes que hacía de espejo. Estas, a su vez, volvían a reflejarlo en otro lugar. Todo esto se confirmó después cuando la escuadra en maniobras se reunió. Efectivamente, a esa misma hora un crucero navegaba por mar afuera a la altura del ventisquero de San Rafael, cuando nosotros lo avistamos en la laguna. Las nubes que hacían de espejo tal vez cambiaron de posición o el crucero con su andar dejó de reflejarse, desapareciendo a nuestra vista…

—¡Ah!… —profirieron con desgano varios de los pescadores, como si no hubieran entendido bien, o al comprender aquella explicación científica, hubieran quedado un poco desencantados…

Acaso habrían preferido que el «Caleuche» fuera una realidad.

En cuanto los choros empezaron a despedir su vapor desde el rescoldo caliente, fueron sacándolos y comiéndoselos. Sus conchas parecían pequeñas fuentes alargadas con el sabroso molusco, de carne oscura o amarillenta, cocido en su propio caldo. Los robalos frescos, dorados al lento fuego de las brasas, también estaban deliciosos.

De tarde en tarde, algún pescador echaba un vistazo furtivo hacia el techo de la cueva, de cancagua en su mayor parte, y al aleteo de las llamas no dejaba de recordar el derrumbe que había ocurrido hacía unos años antes al pie del morro Lobos, aplastando a tres pescadores que capeando un temporal se habían refugiado en una de esas oquedades.

Había papas, también cocidas en la ceniza, y, así, mezclaron en su merienda la blanca fécula abierta como una flor, del seno de la tierra a la rezumante valva del choro que, como un rayo de sol, se cruzaba en el seno nacarado de la concha. Terminada la comida, se sirvieron jarros de café y se liaron unos cigarrillos. Fuera de la débil llama de la fogata, sólo hería a la noche el resplandor intermitente del faro que se levantaba en la cumbre del morro Lobos.

Antenor Mancilla, el más viejo de todos, se levantó en busca de una brazada de leña para alimentar el fuego. Era leña de costa, troncos de quiscales asoleados o palos sueltos dejados por la pleamar.

—Don Antenor, que ha vivido bastante más que nosotros, debe recordar más de un sucedido de sus buenos tiempos… —dijo Andrade, invitando a la charla.

—¿De qué me voy a acordar… que los tiempos de antes eran mejores que los de hoy? ¡Para eso no vale la pena!

—¿Serían mejores?… —interrumpió Andrade en tono de duda.

—Sobre todo que no había máquinas de buzos como la tuya, que están dejando sin choros las playas donde antes se fisquiaba.

—Yo saco choros a profundidades donde no alcanza la fisquia.

—Habría que bajar a ver dónde te metes…

—El hecho es que antes era mejor para unos y ahora es mejor para otros —comentó Gonzalí.

—Así es —dijo el viejo—. Todo se ha echado a perder desde que aparecieron estas máquinas… Lo mismo que las de esos vapores,

que vinieron a quitarnos todo el trabajo que teníamos antes en Quemchi con los veleros… Antes no cundían los lesos a bordo, ahora cualquiera puede ser marinero en esas bateas con máquina.

—No vaya contra el progreso, don Antenor —intercedió Carnot —; con esas máquinas el hombre puede andar debajo del mar y con los vapores se anda más rápido y se entra en cualquier parte.

—Por eso —alegó el viejo—, los veleros antes tenían que esperar mar afuera para que nosotros los remolcáramos por el canal con nuestros botes. Ahora, cuando llega un velero, entra con un remolcador apegado a la guata. Hay que ver los tiempos esos, en que esperaban más allá del morro Lobos bergantines, corbetas y fragatas, como el «Pelícano», la «Vanora», la «Josemite», la «Silurián», la «Juan de Dios Navarro», la «Hidra», la «Klondike», que venían de Australia, California y Europa para botar al mar su lastre, cuando no traían arroz, trigo u otros productos, y cargar nuestro ciprés, roble y mañío… El barco en que llegó tu finado padre, que también se llamaba Raúl Carnot, tuvo que ser remolcado como ésos, a punta de remo, para que pudiera entrar por el morro Lobos. Era un cuatro palos, el «Denderah», que había cruzado a pura vela el cabo de Hornos…

A Raúl Carnot se le removieron los sentimientos a la mención de su casi desconocido padre, pues tenía sólo uno o dos recuerdos imprecisos del que fuera su progenitor, un marinero francés que, enamorado de una hermosa joven chilota, se había quedado en Quemchi. Después, capitaneando el bergantín «Eulalia», construido en los astilleros de Quemchi, había perecido con toda su tripulación a la altura de la isla Guafo… Así, el recuerdo más patético que le vino de súbito desde su lejana infancia fue cuando tomado de la mano de su madre llegaron hasta la punta del muelle a esperar el barco que se suponía traía a los náufragos. Llegó sólo con la noticia de que ningún tripulante se había salvado. El muelle de Quemchi se llenó de gritos y lamentos. Él no entendía mucho todo eso y tuvo que hacer un esfuerzo para imitar a su madre en el llanto. Todas las viudas se abrazaban a sus pequeñuelos sollozando. Volvieron después a la casa y su madre había puesto cintas negras en las cortinas de las ventanas que daban a la calle. Ocho o diez casas de Quemchi estuvieron durante mucho tiempo con crespones negros en las ventanas. Toda la tripulación del «Eulalia», como el barco

mismo, eran del pueblo…

Mientras en la mente de Carnot interfirieron fugazmente estos lejanos recuerdos, despertados por la mención del padre, el viejo Mancilla proseguía con los suyos propios en voz alta:

—¡No saben ustedes lo lindo que era todo eso! Allá afuera, en pleno golfo, quedaban los veleros al pairo, y media docena de botes y chalupas salían a encontrarlos. Nos pasaban las espías y a fuerza de remos entrábamos por el canal Caucahué con el barco a remolque. Era una verdadera fiesta… Todo el pueblo salía a ver el arribo del barco. Ganábamos todos por igual en el remolque. Era una buena paga. A veces había que remolcar hasta tres o cuatro barcos en un día… Todo eso se terminó con los vapores…, como tú seguramente con tu máquina de buzo vas a terminar con nuestros choros —concluyó el viejo dirigiéndose a José Andrade.

Pero Gonzalí, tendido al borde de la fogata, con una pregunta lo incitó de nuevo a la charla, a la cual el viejo era bastante dado una vez que abría las compuertas de su pasado.

—Yo no vi ese combate de Tubildad entre los españoles y los chilenos; pero me lo contó Ventura Yáñez, que en ese tiempo dice que tenía once años y lo vio todo escondido detrás de una mata de quiscal… Dice que llegaron el «Numancia» y el «Villa de Madrid», el primero fondeó en el estero y el segundo frente a Pinkén, y desde allí empezaron el baleo contras las tropas chilenas venidas de Chacao. Una iglesia con techo de paja en la vega de Huite fue lo primero que incendiaron. Después continuaron arrasando con todas las casas de la costa, como en tiempo de los piratas; pero no se atrevieron a desembarcar. Después del combate, uno de Caucahué fue a vender gallinas y huevos a bordo y lo tomaron preso. Lo dejaron de práctico y lo llevaron hasta España. Allá estuvo algunos años y después lo largaron y se vino de nuevo a su isla.

—¿Y cómo fue eso del barco con los esqueletos? —inquirió Gonzalí, que parecía el más interesado con los relatos del viejo pescador, que también había sido marino de veleros.

—Eso lo vi yo por mis propios ojos —prosiguió—, cuando íbamos en un bricbarca que cazaba ballenas para una factoría de Corral. Fue frente a Toltén, que en idioma araucano quiere decir «tierra que anda», tal vez porque por allí ha habido siempre muchos temblores y hasta terremotos.

»Todos vimos eso porque era día claro todavía. El mar se puso a hervir, y después se vino recogiendo de la costa hasta dejar buena parte del fondo en seco. Nosotros, aunque íbamos bastante mar afuera, casi naufragamos porque fuimos arrastrados también por la ola que se formó con la recogida de mar. Después el mar se hinchó y una inmensa ola subió de nuevo por la costa y se metió hasta los montes. Volvió a bajar y a subir dos o tres veces hasta que se fue calmando. Debe haber arrasado con todo lo que alcanzó en tierra. A bordo estábamos todos asustados. Nunca habíamos visto algo igual; pero si el susto de la salida de mar fue grande, no fue menos cuando avistamos un barco medio negro y oxidado que se nos puso a la cuadra. Era el casco viejo y desmantelado de un vapor de gran tamaño. Y cuando nos acercamos a media vela, vimos dentro de ese casco podrido una tremenda cosa. ¡No lo creíamos ni nosotros mismos restregándonos los ojos para no ver visiones! ¡Estaba lleno de esqueletos! ¡Esqueletos grandes y chicos por todas partes!

»El capitán cambió de rumbo inmediatamente y nos alejamos del siniestro barco negro con sus esqueletos; pero al tiempo supimos en la capitanía de Corral, al dar cuenta nuestro capitán del caso, que se trataba de un barco de pasajeros que hacía muchos años se había ido por ojo[59] en un temporal, y la salida del mar, al dejarlo primero en seco, lo había vuelto a reflotar… Pero no podré olvidar renunca ese cargamento de esqueletos…

Un silencio algo pesado recayó en torno de la fogata, Gonzalí ya no incitó más al viejo a hablar, y algunos comenzaron a atisbar la marea que empezaba a subir, iluminada de vez en cuando por el ramalazo de luz del faro. Otros hundieron sus ojos en la oquedad cavernaria, cuyo techo de cancagua se entenebreció con la extinción de la fogata. Uno tras otro los seis pescadores se levantaron, tomaron sus cosas y se dirigieron a la orilla.

Cuando la chalupa del buzo se separaba del bote pescador, un leve cabrilleo se vislumbró entre las aguas, y la red robalera fue echada con presteza. Desde la orilla, Gonzalí hacía de aguatero, sosteniendo con el agua hasta la cintura el alar, un cable de quilineja trenzada que amarraba la red por un extremo, mientras se iba largando el resto de la malla en una especie de semicírculo.

Después, sólo se percibieron los varazos que los pescadores descargaban sobre el mar para asustar a los peces y acorralarlos en

el seno de la red. Era como si alguien desde las sombras estuviera castigando al océano.

10

—Ahora mi vida va a estar en las manos de ustedes… —dijo Andrade, en tanto preparaba su traje de buzo para descender a las profundidades.

—Ten cuidado, José —advirtió Elvira, ayudando a su marido a ponerse el grueso jersey de lana rústica con que solía bucear.

En la región, Andrade era el hombre que más sabía de las cosas del fondo del mar. Era mirado con cierto recelo por sus actividades submarinas. El hecho de que fuera el único que se metiera bajo el agua y caminara por sus simas le confería una reservada admiración y un prestigio casi diabólico que sólo era superado en la comarca por las habilidades de los brujos. El mar muestra siempre un rostro activo, pero hermético. En calma, a veces se ve plácido, franco como un espejo; la brisa lo hace sonreír; el viento, mostrar los dientes, y en la tormenta adquiere su expresión más despiadada y hosca. Sólo los brujos, que podían cabalgar en los siete lomos del caballo marino, y Andrade tenían el privilegio de meterse por ese rostro tan impenetrable para el resto de los mortales.

Casi frente a su misma casa, en el estero de Tubildad, José Andrade mantenía un barco de choros cual si se tratara de un huerto familiar. En un redoso de cieno azulado, bajo aguas tranquilas, se desarrollaban grandes y pequeños moluscos como en un almácigo. Andrade había maniobrado astutamente para asegurarse en cierto modo la propiedad de aquel pequeño banco de choros.

En efecto, como pescaba en parajes apartados del puerto de Quemchi, desde donde se embarcaban los mariscos para el norte, acarreaba los choros en sacos hasta la Tubildad y allí los fondeaba en el légamo nutricio junto a los que se desarrollaban naturalmente. La gente de la comarca consideraba el lugar como una propiedad particular del buzo y se abstenía de fisgar choros allí.

Sin embargo, aquel banco era bastante pequeño para las ambiciones del tenaz buzo que deambulaba de un lugar a otro con

la esperanza de dar alguna vez con un banco de choros o de ostras que colmara su anhelo de dinero.

—¿Viste algo hoy? —era la pregunta con que siempre Elvira lo recibía al ascender después de una cabuzada [60].

—Nada, mujer, nada…; pero un día de éstos ya me lo encontraré —solía responder, después de andar por el lecho del mar como un hortelano por sus prados.

Conocía los roqueríos como los callos de su mano, menos aquel que producía los insidiosos rompientes al otro lado de la isla Caucahué, especie de escollera sumergida que precedía el barranco de mar donde los lugareños creían que anidaba el «Caleuche».

Por fin, aprovechando esa mañana de sol y de calma, el buzo había decidido sumergirse allí para explorar sus contornos.

Protegiéndose la cabeza y los pies con un gorro y medias de lana burda, se introdujo en su traje de caucho como un niño en su mameluco de dormir. Aseguró los puños para impedir el paso del agua, y avanzó pesadamente, como un gran oso polar, tranqueando con sus gruesos zapatos de suela de plomo hasta la escalerilla de fierro enganchada en la regala de la chalupa. Pasó lentamente primero un pierna, luego otra, y se hundió hasta medio cuerpo en las aguas. Sólo allí se colocó a la cintura las dos planchas de plomo de lastre. Descendió un peldaño más en la escalerilla y esperó que Pedro Nauto le trajera el enorme casco de bronce para atornillárselo en el peto metálico en que terminaba el traje de goma. Era una bola de bronce oxidado, verde amarillento, con tres mirillas u ojos cuadrados, dos adelante y uno atrás, dos asas que parecían orejas y una boquilla para conectar la manguera del aire. El muchacho levantó la esfera de bronce tomándola de las orejas y empezó a atornillarla, completando así la estructura de aquel fantasma blanco. Conectada la manguera de aire y amarrada a su cintura la cuerda para las señales, se hundió como el sol cuando entra en el ocaso, mientras Pedro Nauto empezaba a dar vueltas al volante que accionaba al mecanismo de doble efecto, absorbiendo el aire y enviándolo por la manguera de goma hacia los pulmones del hombre en las profundidades. Elvira sostenía la soga de señales en sus manos, como un cordón umbilical del cual dependía la vida de su marido, mientras dos quetros domesticados se movían inquietos, como perros falderos, tratando de lanzarse al mar. Unas burbujas de

aire que ascendían a la superficie eran el único rastro del hombre que había penetrado en la parte más viva y misteriosa del planeta.

—Con una mano puesta en la válvula para renovar el aire viciado, adosada a la derecha del casco, Andrade fue regulando su descenso, moviendo las piernas pausadamente, en un avanzar etéreo, como entre nubes. Aumentó un poco el volumen de aire en la escafandra y quedó unos instantes flotando en un equilibrio estable; probó el ascenso y estaba perfecto, equilibrando también el lastre. Los rayos del sol refractados por la transparencia movediza de las aguas diéronle una visibilidad espectral. Una sombra aureolada con un leve matiz de los siete colores elementales se arremolineó en su torno y se deshizo en una corriente de rayos undivagos. Era el desplazamiento de su sombra en las aguas…

Arriba, el mar se movía como un cielo tembloroso, y como surgiendo de este temblor, bajó una sombra plateada y luego otra, que empezaron a nadar en torno de la escafandra. Luego volvieron a su cielo tembloroso, para bajar de nuevo y rondar en torno a los grandes ojos del fantasma blanquecino. Eran los dos quetros que habían sido lanzados al mar por Elvira. Estas aves marinas no vuelan, son pesadas y tan grandes como un ganso; pero levantan el cuerpo aleteando sobre el mar, mientras sus membranas natatorias van produciendo una veloz estela de espumas, por la cual también se les llama «patos a vapor». Andrade había encontrado estos dos quetros cuando eran polluelos y los había criado junto a una pata doméstica, saliendo con ellos después al mar. Los «patos a vapor» no se escaparon, y, al contrario, continuaron junto al buzo en su faena. Él los recompensaba dándoles pequeños peces de piedra que recogía en su «chinguillo»[61] y que a menudo solía dárselos en las profundidades con sus propias manos.

De allí las idas y venidas de los quetros desde su amo hasta la superficie, a respirar aire para sus zambullidas, José Andrade y Elvira los miraban como a sus pájaros de la suerte.

Tal vez por eso, en cuanto vio rondar frente a la mirilla sus quetros, presionó confiadamente en la válvula y descendió varios metros más. Luego, sus grandes zapatones de plomo se posaron suavemente sobre un suelo rocoso. Era agradable andar sobre las piedras con las suelas de plomo; no se resbalaban y el peso de ellas podía aumentarse o disminuirse con la presión de aire en la

escafandra. Acaso éste fuera uno de sus mayores placeres de buzo: sentirse ingrávido como una onda marina, deslizarse como un gran pez o aferrarse con sus gruesos pies de plomo a las rocas cual un pesado molusco.

Un haz áureo se presentó de pronto frente a su vista, y luego estalló en todos los colores del arco iris cual un fuego de pirotecnia: era un cardumen de pejerreyes sorprendido en su nidal de roca. Las grandes algas de color ámbar o sepia estaban también a menudo aureoladas con pálidos reflejos del espectro solar.

Trató de ver la roca en que estaba pisando, y se arrodilló para ello, palpándola. Era como una enorme rosa de piedra burilada por las corrientes marinas y aureolada asimismo por la azulosa luz lejana. Pensó que al borde de uno de esos pétalos él se vería seguramente como un picaflor monstruoso sosteniéndose sin alas en la densidad de las aguas. Resbaló suavemente por el borde del pétalo, y descubrió que la cadena de arrecifes descendía como otros grandes rosales de piedra, abotonándose algunas, más abiertas otras, pero todas redondeadas como un juego de ondas pétreas que bajaban a los abismos caracoleando. De vez en cuando algún oscuro pez piedra saltaba de un cantil a otro. Todo era vida y color hasta donde penetraban los rayos del sol; pero una vida silenciosa, sin el más leve rumor.

Maniobraba con cautela entre los peldaños rocosos, ya descendiendo de costado, casi horizontal a veces, para no quedar encajado entre las grietas. Apartando algas, de donde siempre se escapaban furtivamente alguna jaiba, peces, cangrejos y hasta pequeños pulpos, llegó abriéndose camino hasta un hondo claro entre las rocas. Penetró por él flotando como un blanco fantasma. Abajo, el fondo era de limo con guijarros. Palpó unas pequeñas aristas filudas. Tomó entre sus dedos una especie de guijarro, pero no era tal, sino una ostra. Enterró las manos en el limo y sus dedos palparon más ostras. Rodeó con ambos brazos las rosas de piedra, y sus dedos volvieron a palpar otra vez más ostras… Ostras en la piedra y ostras en el limo. Sus manos continuaron palpando el ruedo de las rocas, erizado de las pequeñas aristas filudas de las ostras. Algo ocurrió dentro del traje de caucho, un latido surgió del interior de la cabeza broncínea y recorrió como un latigazo jubiloso el ramaje sanguíneo del gran gusano blanco. Quiso decir unas

palabras; pero la ansiosa respiración se lo impidió. Las palabras las repitió una y otra vez mudamente su lengua, tal vez hasta sus ojos, la cabeza toda encerrada como un cerebro dentro de ese cráneo de bronce… ¡Ostras! ¡Ostras! ¡Ostras de piedra y de fondo!… Y la escafandra espectral se abrazó a la piedra como a un oscuro corazón.

Así permaneció unos instantes, reclinado, adhiriéndose con manos y piernas a la dura roca donde había florecido la vida en lo profundo, y la riqueza, en forma de ostras. Allí estaba, como un gran pulpo de cabeza metálica, como un sol reluciente, de cuatro tentáculos blancos inflados y desinflados con el agitado entrar y salir del aire nuevo o viciado. Sólo burbujas de aire que subían a la superficie mostraban la huella del hombre lejos de su elemento terráqueo.

Junto con la entrada del aire renovado, empezó a percibir el funcionamiento de sus pulmones. Nunca antes se había dado cuenta tan sensiblemente de ellos: eran como dos agallas, como las branquias de un batracio, como dos bolsas inflándose y desinflándose en la misma forma que la escafandra de caucho, cual un blanco pesado pulmón errante bajo las aguas. Eran como dos aletas también cuyos rítmicos aleteos, rozándole las costillas, le permitía el vuelo de la vida, aun bajo el mar.

La cabeza de bronce se recostó, a su vez, sobre la roca, como si el monstruo pretendiera besarla. Y así se quedó, con el asa afirmada, tal cual una oreja tratando de percibir un lejano rumor.

De pronto las dos aletas infladas empezaron a volar agitadamente como si trataran de escaparse hacia la superficie. Se había olvidado del escape del aire viciado. Un relámpago súbito circundó su mente como una corona de fuego centelleante, y en ella vio, con la simultaneidad de un horizonte en redondo, toda su vida, la pasada y la presente. Un pasado tan vivo que casi anulaba la luz del presente. Con la mano convulsa atinó a presionar la válvula renovadora de aire, y el desesperado aletear de los pulmones se fue apaciguando. El gran gusano blanco, de cuerpo de goma y cabeza de bronce, se desprendió de la roca y fue ascendiendo despaciosamente, controlado por aquella mano guiada por el relámpago ya en paz. Volvía a su mundo para que lo que hiciera la naturaleza en millones de años no fuera a reventar como otra

burbuja en un segundo.

La emoción lo debilitó. La presión de varios kilogramos sobre cada centímetro cuadrado de la escafandra lo agobió. Se había asustado el hombre; pero al mismo tiempo se guió por el cordel de señales al subir, trepando pesadamente de nuevo por la escalerilla colgada en la borda de la ballenera. Elvira con presteza desconectó la boquilla de la manguera de aire, y Pedro Nauto dejó de bombear acudiendo a descabezar al monstruo, que ya se afirmaba con las dos manos en la regala.

—Parece que te fuiste muy abajo, viejo —le dijo Elvira.

—Sí, me di cuenta… No pude aguantar más tiempo allá abajo. ¿Cuánto anduve?

—Cerca de media hora —replicó Nauto.

—No puede ser tanto —intervino la mujer.

—A mí me pareció un siglo —aseguró Andrade, secándose el sudor que perlaba su frente. Con delicia respiró una vez más a pulmón lleno el aire de la superficie marina. Luego entró en la chalupa.

—¿Qué viste allá abajo? —inquirió Elvira, inclinándose a secarle el sudor. Era una mujer alta, algo fofa, de pelo negro, cara blanca y unos grandes ojos que hacían recordar la mansedumbre de una oveja.

—Muy poco alcancé a ver… eran unas ostras de piedras y algunas en el barro… Tú sabes, el tiempo debajo del agua se hace pesado y uno no alcanza a ver nada… Pero voy a dar luego otra cabuzada.

Lo que agitaba al corazón del buzo no era tanto el cansancio producido por la presión del mar sobre su cuerpo, sino los indicios del hallazgo que tanto tiempo había anhelado. Sus suposiciones empezaban a salir ciertas… Había recorrido tantos canales, golfos y bahías en pos de los choros y de las ostras; conocía la naturaleza del lecho del mar donde crecían; el color y las formas de las piedras donde se asentaban; las aguas tranquilas donde con mayor abundancia se desarrollaban; las formas de los redosos en las cercanías de los fiordos o de los ríos; la clase de algas, en fin, que anunciaban su propagación.

Esos bajíos del otro lado de Caucahué, en el borde del golfo de Ancud, habían incitado siempre su imaginación. Pensó que podían

ser el ruedo de un acantilado submarino, una herradura de varias millas, encerrando una bahía de fondo limoso, tal cual se las veía en la costa, donde la acción de las olas y de las corrientes estaba disminuida por la regulación del paredón submarino. Pero el barranco de mar que surgía al borde de la costa de la misma isla le desmentía sus apreciaciones, y por ello, como también por cierto temor a esa oscura e insondable sima, no se había decidido hasta aquel día a explorar la escollera sumergida. Lo que había encontrado en la primera inmersión lo llenó de júbilo, pero era sólo un indicio de lo que aquello podía ser y significar en su vida, en su destino de buzo.

Por eso dijo acezando: «eran unas ostras de piedra y algunas en el barro…» Se sentó a descansar en un banco de la chalupa, contestando con evasivas a las ansiosas preguntas de su mujer. La fuerte emoción que sufriera abajo lo embargaba aún por entero. En las profundidades la sintió por primera vez; pero allí había también algo más poderoso que la ambición: los cuatro o cinco kilos de presión cargando sobre cada centímetro cuadrado de la escafandra… Aquello lo había obligado a abrazarse a la piedra, como para aliviar la sobrecarga que vino con aquella emoción del encuentro de lo que tanto se ha buscado. En cambio, ahora que resoplaba a pulmón lleno en la seguridad de la chalupa, empezaba a surgir esa emoción solitaria, la codicia lejos del temor; pero todavía no podía hablar, hablar libremente ni con su propia mujer… Quizás sí era mejor esperar, bucear una, dos, tres, seis veces más, y comprobar hasta dónde llegaba todo aquello.

—Casi me jodo abajo —dijo, suspirando.

—No hiciste ninguna señal con la soga.

—Es que… fue como un relámpago. Parecido a lo que me pasó una vez en un naufragio… No se puede decir cómo es; pero vi toda mi vida, sí, mi vida; te vi a ti también y a los chicos como los dejamos jugando, en ese relampagueo. Fue como si me hubiera querido ahogar…, no sé por qué diablos me olvidé de la válvula. ¡Quizás sí ya estaré viejo para bucear!

La mañana estaba radiante sobre el mar; en la lejanía del golfo de Ancud, por el este, se elevaba azulada la albura de los Andes, destacándose de sus cumbres algunos volcanes, como el Calbuco, el Yates y el Hornopirén. Las aguas despedían reflejos de azogue,

causados por su leve ondular al sol, ya que ni una brisa venía de los contornos. El alto acantilado de la costa de Caucahué se levantaba por el oeste con su arenisca parda, coronado de selvática cabellera. Al norte, se divisaban los suaves arenales de la isla grande que avanzan hacia el río Aucho. Sólo los quetros rompían aquella paz retozando ruidosamente en torno de la chalupa.

—Avancemos un poco más y prepárenme otra vez el chinguillo para bajar —ordenó Andrade.

Elvira y Nauto tomaron los remos y bogaron alrededor de una milla mar adentro. Ella preparó la soga de señales y el canastillo de alambres, mientras Pedro Nauto volvía a atornillar el casco de bronce sobre el traje de caucho al borde de la chalupa, disponiéndose después a bombear. Andrade empezó a descender nuevamente, acompañado de las zambullidas de los dos pájaros de la suerte. Ahora, después de muchos metros de descenso, llegó a pisar otra vez un fondo cenagoso. Sus zapatos se enterraron en ese limo. Se agachó y sus manos volvieron a palpar algo así como pequeños guijarros desperdigados. Sus dedos tomaron las aristas y reconocieron las grandes ostras envueltas en el limo. Inmediatamente empezó a llenar la cesta de alambre. Luego, cuando el chinguillo estuvo repleto, dio la señal con la soga. Elvira empezó a recogerla desde la chalupa. Andrade esperó su vuelta abajo; cuando le fue devuelta avanzó de nuevo con ella entre las manos por el fondo limoso. Tropezó con un acantilado, desenvainó su cuchillo de buzo y con el lomo golpeó contra las rocas: todo estaba cubierto de ostras, sólo de vez en cuando alguna que otra lapa o loco. Llenó una y otra vez el canastillo de alambre, que subía y bajaba desde la chalupa, sostenido por Elvira, mientras Pedro Nauto, continuaba bombeándole el aire.

Aquello era un redoso de rocas sueltas entre el limo, y tanto en el fondo como en los cantiles, en gran profusión la gran ostra de cieno y la diminuta y verdeante ostra de piedra.

Subió a descansar dos veces más en la chalupa. Ya estaban en pleno mediodía y comieron del bastimento que llevaban.

Por la tarde dio tres cabuzadas más hacia el extremo nordeste de los arrecifes. Una fue sólo de quince minutos, pues le pareció llegar a una profundidad cercana a los cuarenta metros. La última vez estuvo cerca de una hora bajo el agua reconociendo aquellos fondos

marinos. Fue al final y en el extremo de los bajíos cuando se dio cuenta cabal de la inmensa riqueza que aquello representaba.

Sólo después que se hubo quitado la escafandra y que se puso a desentumecer a sus miembros envarados por la presión y el frío pudo hablar algo más descansadamente. Pero antes miró en su derredor al mar y ya no lo encontró tan impávido; algo muy grande había debajo de él, por lo que palpitaba su corazón. Embarcó en la chalupa sus quetros, de los cuales se había olvidado; les desconchó de su mano unas lapas, luego los acarició y le dio un beso a cada uno en la cabeza plomiza. Los quetros se refugiaron a descansar debajo del empalletado de proa. Entonces, recién miró a su mujer y la abrazó, reclinando su entrecana cabeza sobre el hombro de ella. Así se quedaron un rato, mientras Pedro Nauto arreglaba los aparejos de la chalupa para zarpar.

—¡Somos ricos, Elvira! —musitó por fin, y en los ojos se le cuajaron unas lágrimas.

Pedro Nauto contempló, algo extrañado, el llanto que por primera vez veía asomar en el rostro de aquel hombre, y no se lo pudo explicar…

Una brisa de travesía se levantó de pronto y rizó las aguas jaspeando de luz y sombra al mar.

—¡Somos ricos, Elvirita! —volvió a exclaman ya más sereno.

Pedro Nauto, aprovechando la salida de la brisa, izó mayor y trinquetilla. El buzo Andrade tomó la caña del timón, mientras Elvira lo contemplaba algo extrañada con sus grandes ojos de oveja.

Durante el trayecto hacia Tubildad les fue describiendo la enormidad de aquel banco de ostras. Tal como lo había previsto, aquel redoso contenía una verdadera riqueza, pues toda una bahía de fondo limoso protegida por el ruedo de arrecifes que corrían de norte a sur, estaba repleta de ostras. El secreto de toda esa riqueza estaba ahora en sus manos. Por fin, después de bucear tras todas las escolleras del archipiélago, había dado con el banco de ostras más grande con que se encontrara en su vida, ostras de piedra y ostras de limo.

—¡Había que ser tonto para no darse cuenta de esto! —declaró, riendo fanfarronamente—. Si había tanta ostra antes en el interior de la bahía de Huite; si la había todavía en la pequeña ensenada de Puerto Oscuro, y si abundaba por millas y millas en esa enorme

bahía de Ancud, ¿cómo no iba a haber al borde de ese barranco de mar rodeado de cerros escondidos debajo del agua para tranquilizar las olas y las corrientes y con el suelo limoso dejado por los ventisqueros milenarios?

—Así tendría que ser —dijo Elvira, parpadeando al ver a su marido como iluminado.

—Así tenía que ser… —exclamó Pedro Nauto, que casi no había abierto la boca dando vueltas al volante de la bomba de aire durante toda la mañana y la tarde.

—¡Ah, pero ni una palabra a nadie! ¿No es así. Elvirita? ¿No es así, Pedrito? —dijo con energía mirando fijamente a una y otro.

—¡Ni una palabra a nadie! —repitió, como un eco sumiso, la mujer.

—¡Quién lo va a saber! —contestó, con seguridad, Pedro Nauto.

—¿Quién? —exclamó con extraño acento Andrade—. ¡Pues como se ve, Pedrito, que todavía no eres un pescador de experiencia! Sólo el mar conserva sus secretos. Los hombres no son capaces de andar mucho tiempo con uno adentro.

—Como el mar no es de nadie, todo el mundo se cree con derecho a sacar lo que hay en él —dijo Elvira.

—Sí; pero no tengo yo por qué reventarme las agallas descubriendo bancos de ostras para otros. ¡Y un banco como éste! ¡Si ustedes supieran lo que hay debajo del agua!

—Allí no pueden pescar con fisquia —exclamó Nauto—. Ninguna vara, por larga que sea, alcanzaría esa hondura.

La cara del buzo se ensombreció de pronto. Miró a su mujer y a su ayudante con desagrado, como si la seguridad simplona de ellos le hubiera abierto de pronto los ojos ante futuros peligros.

—¡Fisquia!… —repitió, riendo con desabrimiento, y agregó hosco—: Acaso van a venir con fisquias… ¡Otros buzos vendrán si se dan cuenta de esto! ¡Y hasta rastras pueden venir! ¡Rastras como redes de alambre con uñas, que se largan a cualquiera profundidad y las tiran desde arriba con barcos a vapor como si fueran rastrillos repasando un rastrojo! ¡No dejan nada, nada en el fondo! ¡Arrasan con todo!

Al caer la tarde entraron al saco del estero de Tubildad. Allí la brisa amainó y tuvieron que llegar a remo hasta la casa del buzo, donde Pedro Nauto se quedaba a alojar a menudo. La baja marea

había dejado al descubierto el fondo bituminoso del estero que, iluminado por los rayos del sol poniente, semejaba una cancha de plata donde se deslizaban las gaviotas y los cheyes en busca de su alimento.

—¡Mire allá! —dijo Pedro Nauto a Elvira, indicándole una ronda de pájaros de patas largas, pecho blanco y lomo plomizo.

—Son liles que están haciendo un juicio —explicó Andrade.

—¿Un juicio?… —inquirió Elvira.

—Sí. ¿No conocías lo que llaman «el juicio de los liles»?

—No.

—Pues se trata de eso. Están juzgando a uno de ellos.

—¿Por qué lo juzgan?

—Nadie ha podido saber todavía por qué… Algunos dicen que porque está enfermo o ha llegado a viejo, otros sólo porque tiene las plumas sucias.

La mujer y el muchacho caminaron un poco para ver la curiosa escena de aquellos pájaros, mientras el buzo desembarcaba sus implementos de la ballenera. Era una bandada de pájaros liles parados uno junto al otro, formando un círculo con sus alas abiertas. Aquella reunión parecía tener un extraordinario sentido, más allá de lo que puede acontecer en un pájaro. En una circunferencia perfecta, de alas desplegadas, como si fueran personas tomadas de las manos, habían dejado al centro un pájaro solitario, alicaído y con el pico gacho. De pronto la ronda empezó a mover sus alas con aleteos paralíticos, como si tuvieran tercianas, y, de súbito, se lanzaron todos sobre el que permanecía en el centro, cubriéndolo con sus picotazos.

—¡Ay, cómo lo matan! —exclamó Elvira.

La revoltura de alas y picotazos cesó casi tan rápidamente como se había desatado, y la bandada emprendió el vuelo como un pedazo de playa que huyera hacia el horizonte. En el bisel bituminoso de la orilla quedó el enjuiciado como un pequeño montoncillo desprendido del ya oscuro plumaje del crepúsculo.

—¡Ese es el juicio de los liles!… —comentó Andrade cuando se hubo acercado a Elvira y a Nauto, y agregó sentencioso—: Todos se tiran de piquero contra uno…; así también ocurre a veces con los hombres.

11

—¿Y de dónde sacaste tantas ostras, José?

—Debajo de la chalupa, pues…, ¿de dónde las iba a sacar? —respondió el buzo a uno de los que lo veían embarcar afanosamente una partida de sacos de ostras en el barco que recalaba en Quemchi.

Era ya la sexta o séptima carga de diez a quince sacos que el buzo despachaba en pocos meses a Puerto Montt, adonde su consignatario, Manuel Videla, que las embarcaba en tren hacia Santiago y otras ciudades del norte del país. Tanta ostra recogida por un solo individuo empezó a despertar curiosidad entre las gentes del puerto.

—Habrá pactado con el «Caleuche» —dejó caer doña Rosario, la madre de «Calilo», el director de la banda, cuya casa sobre pilotes se levantaba a la entrada del muelle de Quemchi, como un permanente barco acoderado.

—Pronto lo veremos como aquel finado Tocho Oyarzo, con pavos, gallinas, ovejas y vacas negros… —comentó otra vecina envidiosa.

—Así, pues… El que se enriquece con el «Caleuche», tiene que tener todos sus animales negros; porque así lo desembarcan del «buque de arte», de ese color…

—A lo mejor hasta esas ostras son negras.

—Sí, dicen que son de barro.

—Son más grandes y gordas.

—Pero no tan buenas como las de piedra.

—A los que hacen pacto con el «Caleuche» les dura poco la riqueza…

—Un día de estos a lo mejor va a reventar no más debajo del agua; está ya viejo y gordo para bucear.

—Tiene vendida el alma al diablo.

—Así no más es…

Pero José Andrade, ayudado sólo de Pedro Nauto y su mujer, siguió enviando partidas de ostras hacia los mercados del norte. Sin

embargo, a medida que los comentarios fueron creciendo, las dificultades se hicieron mayores para pescar tranquilamente en el rico banco descubierto detrás de la isla Caucahué. Por suerte, la costa de la isla que daba al golfo de Ancud era poco frecuentada por pescadores, pues en el mar abierto no abundaban el robalo, el bonito ni el pejerrey, en la forma que aparecía en los canales y bahías resguardadas.

—Parece que le hubiera robado a alguien este banco de ostras y lo hubiera escondido debajo del mar para mí solo —repetía a menudo, fastidiado de no poder explotar tranquilamente y a su antojo el fruto de su descubrimiento.

Por fin, después de algunos meses de fructífera pesca, especialmente de la ostra de limo, enormemente grande por los años de desarrollo, decidió viajar a Puerto Montt junto con una partida de veinticinco sacos. Como premio a sus esfuerzos, llevó también a su ayudante, para que conociera ese puerto.

—Allá hay gente de recursos, Pedrito —dijo a su ayudante, mientras el «Huandad», un vapor caletero chato y ancho como una batea, surcaba las aguas del golfo hacia el norte, y añadió—: Hay gente para todo allí. Videla mismo era hasta hace pocos años un pobre diablo, buzo como yo, en su chalupa ballenera. Fue a la capital y allá un futre lo ayudó a conseguirse un préstamo. Compró una goleta. Contrató otros buzos, construyó otras chalupas y se puso a pescar en las Guaitecas, después en Puerto Edén, al otro lado del golfo de Penas. ¡Quién lo ve ahora…, sentado en su chalet de Angelmó como un gran señor, despachando choros, ostras, almejas, maltones y cholgas para el norte! Ganando plata a diestro y siniestro, comiendo y tomando de lo mejor. La última vez que lo vi no le cortaba nadie la cabeza por menos de un millón de pesos. «¡Que se mojen otros el traste por mí, que yo ya bastante me lo mojé!», me dijo con aires de patrón.

El «Huandad» llegó de noche a Puerto Montt y Pedro Nauto sólo pudo ver un collar de luces que se extendía en forma de herradura a la orilla del golfo de Reloncaví. Al barco no le fue posible atracar al muelle por la fuerte marejada del viento sur, y tuvo que internarse hacia la isla Tenglo, alta, frondosa y oscura como la noche, protegiendo de los peores vientos a una pequeña bahía, Angelmó, donde otros barcos, goletas y lanchas estaban fondeados como en

una tranquila poza.

—Es mejor que se guarde la plata y no entre más a jugar —dijo Pedro Nauto a Andrade, después que hubieron terminado de comer en el Restaurante Sin Envidia, de Angelmó.

—Déjame no más…, es plata ganada en el juego y me come en los bolsillos —replicó el buzo, levantándose para volver a una trastienda del restaurante.

Hacía ya dos días que se encontraban en Puerto Montt; habían entregado y cobrado la partida de sacos de ostras y el buzo empezaba a darse una largona.

El Restaurante Sin Envidia estaba en una casa de madera de dos pisos de donde se dominaba todo el panorama de la bahía de Angelmó, con sus veleros acoderados al molo o fondeados secando sus velámenes al sol. Sobre todo, al fondo del saco de la bahía se veía un hacinamiento de chalupas, lanchas y goletas con productos del mar y de la tierra que traían de las islas. Propiamente la bahía no tenía saco, pues un angosto canal, de poco fondo, la comunicaba con el mar abierto por el sur, hacia donde salían las embarcaciones de poco calado.

Puerto Montt es el fin del Valle Central de Chile; este se hunde en el mar allí, y deja numerosas islas que parecen flotar en el horizonte como grandes jardines. La isla grande de Chiloé es un trozo gigantesco de la cordillera de la Costa, más antigua que la de los Andes. El canal de Chacao es el tajo que separa el archipiélago del continente, y los golfos, senos, bahías y canalizos fueron formados por catástrofes geológicas o excavados milenariamente por los ventisqueros de épocas remotas.

El puerto es, pues, una activa frontera de los hombres y las cosas de los mares del sur y del continente. Hasta su ribera llegan ululando los trenes que vienen de la capital, Santiago, y de otras ciudades de los ramales ferroviarios. Llegan también desde los grandes barcos que cruzan por el estrecho de Magallanes hasta las goletas madereras de las Guaitecas, barcos del cabotaje que traen ganado del Aysén y pequeñas lanchas con mariscos y pescados, ya frescos, ya ahumados, que se desbordan de las numerosas islas.

La actividad a veces se vuelve pululante cuando la gente y las mercaderías pasan de los trenes a los barcos y viceversa. Se descargan todas las categorías humanas sobre la ciudad, de unos

treinta mil habitantes, y los fleteros, cargadores, estibadores, vendedores, mezclan sus voces y sus gritos como de pájaros a ese tráfago constante. Es una pequeña y hermosa ciudad que hace recordar las de los grandes puertos; deja una impresión duradera y hasta una cierta nostalgia que invita al regreso.

El bien y el mal también se mezclan allí más profusamente que en las bucólicas islas que anclan al frente. El Restaurante Sin Envidia, de Angelmó, como otros tantos, recibía y daba de todo al pasajero, marinero o comerciante de tránsito.

Más de algún viajero adinerado se metía a veces en él equivocándolo con un buen hotel; renegaba al comienzo de su habitación, pero al ver las ostras, las centollas y los choros abiertos sobre el mesón, se quedaba atraído por aquellos platos del mar, frescos, baratos y suculentos. Pavez, su dueño, un exmayordomo de barcos de pasajeros, ágil y comedido, de sonrisa pícara y chiste presto, atendía aquel recinto como un Noé en su arca. Pero en la trastienda, sobre todo, mantenía el principal atractivo de su negocio: un garito para el juego clandestino. Su clientela estaba formada especialmente de comerciantes y abasteros del lugar; arrendatarios de potreros donde descansaban los ganados después de sus agotadoras singladuras; mayordomos y camaroteros de trenes y buques, pescadores de ostras y choros, enriquecidos a veces por el azar.

—Partiremos mañana al amanecer —dijo Andrade a su ayudante, y agregó mirando la lluvia que empezaba a caer sobre Angelmó—: ¡Va a estar muy malo el tiempo hoy! —Después entró seguido del muchacho al especie de tugurio que servía de sala de juego. Dos faroles de bote, a parafina, iluminaban una larga mesa rectangular. Una veintena de hombres se agrupaban, unos sentados y otros de pie, alrededor de aquella mesa de sebosa madera. En la cabecera, repartiendo cartas, un banquero dirigía el juego de «lado y lado». A menudo se jugaba allí el monte, con naipe español; pero el que hacía de banquero era del norte y había pedido un naipe inglés.

La atmósfera, cargada del humo del tabaco, era pesada y densa como un manto de neblina. Algunos parroquianos levantaban de vez en cuando sus vasos de vino, cerveza o coñac, entre juego y juego. Los vidrios empavonados de una ventana, amarillentos por el

tiempo, completaban la lobreguez del recinto repleto de hombres de diferente calaña. La lluvia empezó a descargarse afuera como en oleadas por el ventarrón, y el chorro de una canaleta, cayendo a borbotones sobre un techo cercano, semejaba una salmodia atormentada.

—¡Déme carta! —dijo un hombre grueso, que veía sus cartas por el lado derecho.

—¡No quiero cartas! —habló, avizorando su juego, el del lado izquierdo.

Los que estaban de pie se agruparon, a mirar por sobre los hombros el resultado del juego.

—¡La banca siete! —gritó el de la cabecera, tirando sobre la mesa un cinco de tréboles negros y un dos de corazones.

—¡Vaca! —profirió el derecho.

—¡Un seis! —dijo el otro.

De ambos lados fueron pasando los billetes jugados hacia la banca.

—¿No ves? —dijo José al muchacho—. ¡Yo no jugué; pero ahora la pesco!

—¡Juego! —gritó el de la banca, mientras dejaba caer una mano, con sutileza, sobre el mazo de cartas—. ¿Quién pone más plata para darle las cartas?

—Aquí, yo —respondieron de lado y lado.

—Cartas…

La operación de repitió, y ganó el lado donde había apostado el buzo. El juego siguió con sus acostumbradas alternativas; perdiendo unos y ganando otros. Pavez, de cuando en cuando, entraba a la sala y sacaba su segura ganancia formada por el «pozo», un plato ubicado en el centro de la mesa. Era un hombre vivaz, sonriente, que iba constantemente de acá para allá, sirviendo a sus parroquianos, contándoles chistes, consolando con filosóficas salidas a los que perdían y halagando a los gananciosos.

De pronto se levantó de la mesa de juego un hombre flaco, pálido, que había perdido, y desapareció apresuradamente por la puerta de entrada. Pavez lo atisbó por la hoja entreabierta, y volvió la cara maliciosa y sonriente hacia la concurrencia.

—¿Qué es lo que hay más rápido que el pensamiento? —interrogó solemne.

El banquero barajaba el naipe, y sonrió también con malicia a la pregunta. Los otros levantaron la cara para mirar al cantinero.

—¡La diarrea! —exclamó con una risotada, dando un portazo y desapareciendo, mientras todos reían de la alusión.

Andrade se sentó en la silla que había dejado el que salió para el excusado. Era un rostro más, como la cara de una carta de naipe, revuelta entre aquellos otros rostros, taciturnos unos, de ojos acerados otros, mascando el cigarro, escupiendo con rabia o encajándose entre las mandíbulas un vaso de tinto.

—¿Por qué no juegas, Pedrito? —dijo el buzo, pasándole generosamente algo de su ganancia.

—No sé jugar.

—Mira y aprenderás. Es muy simple. Cartas a lado y lado y a la banca. El que suma más, hasta nueve, gana; claro que cuando pierde un lado, el banquero paga con eso a los del otro, y cuando gana él, se lo lleva todo.

Pedro Nauto dejó de observar poco a poco a aquellos hombres para concentrarse cada vez más en la salida de las cartas. Había una atracción confusa en esas cartas dadas vuelta, un imán debajo de sus caras ocultas, un misterio que desaparecía súbitamente con el gesto del que las tiraba mostrándolas sobre la mesa. Los billetes pasaban de unas manos a otras. A cada rato, aquellos hombres hundían las manos en los bolsillos de los pantalones y sacaban fajos de dinero, que iban poniendo junto a sus cartas. José seguía ganando.

—¡Juega! —le dijo otra vez.

Pedro Nauto, ahora, no contestó nada. De repente, un hombre de chaquetón de cuero café que estaba frente a él se levantó, hurgó sus bolsillos, dio vuelta los forros y sacudió las manos con cansancio, azotándolas hacia suelo. Miró al banquero, titubeante, y echando mano atrás sacó violentamente un revólver de caño grueso y largo, y lo tiró sobre la mesa hacia el de la banca.

—¿Cuánto?

—¡Mil quinientos!

—Mucho. Mil doscientos.

—No, me ha ganado bastante.

—Bueno, mil quinientos; pero con la cartuchera —dijo el banquero.

El hombre se desabrochó el cinturón y sacó una cartuchera de cuero repujado, de mala gana, como si con ese objeto entregara lo último de sí mismo. Se sentó a jugar, y al rato, perdido, se levantó como una sombra, sin hacer mayor ruido, y salió.

—La suerte es como las putas —exclamó otro, y agregó—: Se va con otro cuando uno más la necesita.

Pedro Nauto puso un billete de cinco pesos junto a la suma que había apostado Andrade, y perdió. Sintió una sorda rabia para sus adentros, y esperó las nuevas cartas poniendo diez más. Esta vez ganaron los del lado con una tendida de nueve. Dejó los veinte y ganó cuarenta. La rabia sorda había desaparecido y un cosquilleo jubiloso lo recorrió por dentro. Siguió jugando, perdiendo y ganando, con la misma alternativa de ánimo, rabia, oscuro dolor, alegría, placer. De pronto el constante cambio de suerte lo fastidió. «¡No juego más!» se dijo; pero depositó con rabia un manojo de billetes que le quedaba. Andrade tomaba las cartas.

—¡Nueve! —exclamó el buzo, tirándolas sobre la mesa. Habían ganado. José, una buena suma; él, el doble de lo que le quedaba, ciento cuarenta pesos.

—¡No juguemos más, vámonos! —díjole el muchacho.

El buzo empezaba a levantarse para abandonar la mesa de juego, cuando irrumpió en la sala un individuo de regular estatura, más o menos bien vestido, con traje de ciudad, modales finamente amanerados, cara alargada y sonriente, acompañado del dueño del restaurante.

—¡Buenas noches, caballeros! —saludó con exagerada cortesía, inclinándose como un actor ante el público. Se frotó las manos elevándolas al cielo, y con ellas juntas en lo alto, como un sacerdote en oración, exclamó solemnemente—: ¡Remato la banca!

El que la tenía había empezado a perder sus ganancias después que se había marchado el hombre del revólver. Quedaba, el arma sobre la mesa y algunos billetes como saldo de su racha de buena suerte.

—¡Dos mil! —contestó el banquero.

—¿Con el revólver, por si acaso?… —dijo el rematante, dejando caer sus manos en un gesto de abandono cómico.

—Si usted lo quiere vale otros mil quinientos.

—¿Cómo, tres mil con la banca?

—No, tres mil quinientos. No estamos aquí regateando mariscos en las lanchas. Estamos jugando plata —dijo con sorna el de la banca, algo amoscado con los modales del recién llegado.

—Bueno, remato la banca y quédese con el trabuco ese, que yo no lo necesito. ¡No acostumbro andar con armas! —Exclamó con gesto de suficiencia.

Algunos lo miraron de mala gana; otros con simpatía expectante; pero nadie se levantó de la mesa, ni se fue. Andrade se volvió a sentar en la silla que acababa de dejar, y Pedro Nauto se recostó en el respaldo atraído por la curiosidad que había producido aquel individuo.

—¡No, con esos naipes no! —dijo, tomando la usada baraja—. ¡Tráigame unos naipes nuevos!

—¿Me los paga?

—Una casa como esta debiera poner naipes nuevos cuando se remata una banca —díjole al dueño del garito, como enseñándole su responsabilidad.

Trajo Pavez otros naipes empaquetados.

—Antes de que los pague y los ponga en juego quiero que los caballeros, si lo son, y si no nada se pierde…, miren bien las fajas de los seguros, porque yo soy muy honrado y me gusta también lo sean conmigo.

Los mazos de naipes empaquetados en cajas de cartón y sellados con fajas de impuestos pasaron de mano en mano. Algunos los revisaron y los más no lo hicieron, tirándolos despectivamente sobre la mesa, como si quisieran terminar cuanto antes con la espectacularidad de aquel chistoso banquero.

Pedro Nauto notó cierto fastidio en la concurrencia; pero al mismo tiempo observaba con extrañeza la manera cómo el recién llegado se iba imponiendo con sus dichos y gestos sobre aquellos hoscos individuos. ¿Eran esos chistes, sus graciosas alusiones? Le parecía que no; que era más bien una curiosidad ante las desfachateces de esa especie de mequetrefe con tanta verba. ¿Qué iría a suceder? ¿Tendría mucho dinero o sólo un poco más de ese con que había rematado la banca?

Aquel hombre de tan falsas y aparatosas apariencias incorporó su rostro como una nueva y desconocida carta entre ese mazo de jugadores. Era una incógnita, y había despertado tanta inquietud

como el juego mismo. Era un doble juego el que hacía ante sus posibles víctimas: el de los naipes y el de su propio arte de farsantear, desagradando a algunos y agradando a otros, pero siempre dividiendo las opiniones en medio de las cuales parecía equilibrarse con placer.

Barajó con una elegancia afectada, asombrando a los concurrentes con el abanico de cartas que se abría ante su rostro en cada barajada. Las cartas de los dos naipes, uno de reverso rojo y otro de azul, pasaban a cada rato frente a su cara, ya tapándola, ya descubriéndola, como las alas de una paloma bicolor. Las cartas se abrían y replegaban, asimismo, con un sugestivo frufrú de alas.

—¡Está listo, caballeros; ya, alcen! —dijo, pasando el mazo a los concurrentes. Varios de ellos cortaron el mazo de naipes repetidas veces.

—¡Alcen, alcen no más cuanto quieran, porque para eso estamos…, para alzarnos… hasta la plata si podemos!

Tomó el naipe alzado, sacó una caja de fósforos de su bolsillo, la puso ceremoniosamente sobre la mesa, reclinó en ella el mazo y lo alisó como quien acaricia un pájaro encantado que va a echarlo a volar.

—¡Ahora, caballeros, sólo mil pesos tiene la banca! —dijo, extendiendo cuidadosamente un billete sobre la mesa, muy junto a su pecho—. ¡Mil pesos que pueden irse a ustedes de un viaje! ¡Y si no…, bueno, si no me lo ganan ustedes, les aseguro que yo no me levantaré de aquí hasta que los billetes me lleguen a la barba, o si no hasta que ella me salga esperando!…

Hicieron las apuestas por lado y lado. La hosquedad de aquellos hombres se había atenuado un tanto, como si a través de las cartas hubieran tomado a sus contrincantes como un toro por las astas. En cambio, el banquero perdió un poco de su desfachatez graciosa ante la primera jugada.

—¿Van?

—¡Van! —dijo alguien.

Dio con seriedad las cartas; una al lado derecho; otra al lado izquierdo, y la tercera para él. Dio la segunda carta, y se quedó con el índice parado sobre las dos de él, como diciendo: «Aquí está». Y allí estaba.

—¡Cartas! —dijo uno de la derecha.

—¡No quiero! —rechazó con seguridad el de la izquierda teniendo sus dos cartas que sumaban ocho.

Todos quedaron pendientes, casi sin respirar, de ese dedo índice del banquero puesto ceremoniosamente sobre las suyas, como el de un juez sobre un código, como el de un sacerdote sobre una Biblia, como diciéndoles a todos: «Aquí está».

Un lado no tenía juego y pidió más cartas; el otro ya se había tendido con un ocho. El dedo del banquero, dedo largo, de una mano delgada y fina, permaneció así sobre las suyas hasta que la atmósfera pareció hacerse insoportable.

—¡Hasta cuando jode! —exclamó el que se había tendido con un ocho.

—¡Hasta nueve!… —replicó el audaz, sin dar aún vuelta sus cartas, como si adivinara su cifra, y cuando pausadamente dio vuelta un seis de cuadros colorados sobre la mesa, todos contuvieron la respiración. Al rato, con la misma desesperante parsimonia, dio vuelta un tres de corazones. Había ganado exactamente con un nueve.

Abandonó su exagerada gravedad, y con la misma presteza y alegría con que había empezado a ofrecer cartas, recogió todo el dinero que había en la mesa. La veintena de jugadores se revolvió en sus asientos como una manada guasqueada por un mal viento. Algunos le clavaron la vista fijamente, como si lo apuñalaran; otros miraron esas manos alargadas con desconfianza, con más desconfianza que a las mismas y azarosas cartas.

—¡Juego, caballeros, juego! —dijo, sacándolos de la perplejidad en que se encontraban, y agregó burlón, llevándose la mano a la barbilla—: ¡Ya les dije… que no me levantaba de este lugar hasta que los billetes me llegaran a la pera!…

Los hombres, ya con franca cólera, volvieron a hacer sus apuestas sobre la mesa. Andrade duplicó su jugada.

Pedro Nauto volvió a poner cinco pesos; pero ya el juego mismo había perdido cierto interés para él. Acostumbrado a columbrar el cielo y los horizontes para prevenir el tiempo, las yemas de los árboles para calcular el fruto, el cabrilleo del mar para atisbar sus cardúmenes de primavera, le parecía que aquellas cartas guardaban sus secretos más diabólicamente que cualquier elemento de la naturaleza. Era como un adivinar en vano, pero algunas veces

también el azar respondía como por arte de magia a los anhelos. Eso volvía a atraerlo hacia el juego; pero luego, frente a ese hombre que parecía tener el don de amaestrar las cartas, el juego había perdido su interés, y su atención pasó del naipe a esa cara, a esas manos, a sus gestos, a esa pícara sonrisa que parecía acompañar mágicamente a los azares de la suerte.

El juego continuó como un sostenido duelo entre aquella veintena de parroquianos del Sin Envidia y el dudoso banquero, desagradable para algunos, chistoso para otros, pero siempre reinando y aumentando rápidamente sus ganancias.

—¡Falta apenas una cuarta! —dijo, cuando ya era pasada la medianoche poniendo el dedo meñique sobre un gran montón de billetes y el pulgar en su barbilla.

Pero esta cuarta no disminuía a pesar de que seguía aumentando la ruma de billetes, pues con gesto burlón estiraba el cuello distanciando aún más la barbilla del dinero. Aquello era desesperante; muchos habían perdido ya todo lo que tenían, pero no se levantaban ni se iban, atraídos por saber en qué iría a parar todo eso.

En cada barajada, continuaba dialogando con su auditorio. Nunca se sabía claramente cuándo hablaba en serio o en broma, si decía una verdad o una mentira, si daba un consejo o lanzaba una burla. Pavez mismo, el dueño del restaurante, quedó apagado como genio chistoso del recinto, se le agrió la sonrisa y se quedó expectante como sus parroquianos.

—¿Sabe usted, compadre, quién es? —díjole al oído Manuel Videla, un buzo bajo y moreno, que explotaba una goleta chorera y una flotilla de chalupas balleneras con escafandras en Puerto Edén.

—¡No sé, compadre, si parece el mismo diablo!

—¿No cree usted que saldrá mal de aquí?

—¿Por qué? ¡Ha jugado limpio, los naipes son nuevos, yo mismo los traje de a bordo del «Cautín», se los compré al mayordomo!

Pocos eran los que continuaban jugando; pero el resto no se había levantado esperando el fin. El rencor también había desaparecido en muchos de los que habían perdido su dinero y, como una ironía de la naturaleza humana, se inclinaban a ver perder a los últimos parroquianos dominados por el triunfador. Tal vez en la antesala de sus oscuros pensamientos esperaban que todos

fueran desplumados como lo fueron ellos, como si fuera un acto justo el éxito de aquel burlador.

—¿Quién sabe algo de la suerte?… —dijo uno como suspirando.

—¡La suerte es como Dios, está en todas partes; pero sólo algunos elegidos la ven!… —dijo con extraño acento filosófico el tallador.

—¡Que se dejen de habladurías y a jugar! —gritó uno de los que continuaban haciéndole frente a la banca.

—¡Qué vas a seguir jugando, si te están estafando!

—¡Que se vaya!

—¡Está borracho!

—¿Borracho de la suerte?

—¡No, este desgraciado que quiere seguir jugando!

Intervino el dueño y sacó a un marinero grandote, apaciguándolo, como un sacerdote a un infiel del sagrado lugar.

El incidente vino a bajar la tensión del juego; más bien del duelo que finalizaba con sólo media docena de parroquianos. El banquero también parecía cansado de sus humoradas.

—¡Parece que en vez de billetes van a ser puñetes!… —exclamó con sonrisa desabrida.

Los empecinados jugaron un rato más, pero el entusiasmo había decaído en toda la concurrencia, pues estaba claro que ya nadie podría desbancar aquel formidable mazo de tantos miles de pesos. Se hicieron algunas posturas más, y al rato los jugadores se levantaron cansados y se dio por terminado el juego.

—¿Nadie remata la banca? —dijo de pronto, reaccionando de nuevo con su pícara sonrisa.

Nuevamente muchos lo miraron como guasqueados por la broma, pues estaban todos desplumados por aquel pájaro de cuentas.

—¿Nadie? ¡Pues así se termina el juego entre caballeros…, aun cuando los billetes no me hayan llegado todavía a la pera! —exclamó, riendo jocundamente.

Nadie le siguió en el chiste; hubo una mirada sorda y colectiva de soslayo. Se guardó el montón de billetes y se despidió con un «buenas noches» que le brotó como el filo de un cuchillo entre los dientes. Salió directamente, sin tratar de ver lo que dejaba o le podía venir por la espalda, como una carta dada vuelta que hubiera

desaparecido de pronto, marcada por el destino, de su mazo de naipes.

—¿Cuánto perdió usted? —inquirió Pedro Nauto.

—Todo… —repuso Andrade con amargura, agregando—: ¡Todos los veinticinco sacos de ostras!

Afuera la lluvia ya había escampado, pero el gorgoreo gutural de la canaleta continuaba como una monótona y nocturna salmodia de la vida.

12

—¡Para nunca más meterme en esas leseras de juego! —exclamó Andrade, mientras caminaba en la mañana siguiente por la costanera de Angelmó.

—¡Menos todavía con lo que yo vi después que nos acostamos! —replicó Pedro Nauto, mientras sus ojos se detenían en un velero que, acoderado a un malecón, tenía algo de perro mojado, tan renegridas y húmedas se le veían las velas después de corrido el temporal.

—¿Qué fue lo que viste?

—Anoche algo me hizo mal, y después que nos acostamos me levanté por una necesidad… Estaba en el patio cuando de repente escuché a medias una risa que me pareció conocida… Era la risa del gallo ese que había rematado la banca; risa jodida, que se me quedó pegada a las orejas. Me acerqué a la pieza de donde venía y por la rendija de un postigo me puse a aguaitar… Allí estaban el gallo con el dueño del restaurante, contando los billetes. Los dos reían y tomaban trago. Después apareció la mujer del dueño con un gran bife a la plancha y huevos fritos, y el gallo se puso a comer y a tomar. El dueño se guardó una buena parte de los billetes… A lo mejor estaban de acuerdo y entre los dos desplumaron a toda esa gente. Me acordé allí mismo que fue el dueño el que trajo los naipes.

—Sí; pero todos los revisaron y estaban cerrados y nuevos —dijo Andrade, como atontado.

—¿Y por qué entonces se repartían la plata?

—Bueno, por algo sería…, a lo mejor tenían los naipes marcados. ¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente anoche?

—¡Usted roncaba como un chancho y ya qué íbamos a sacar!

—Se lo diré al compadre Pavez…

—¿A quién?

—Al buzo Videla; es su compadre, y también perdió toda su plata anoche.

Después de la lluvia, la mañana estaba asoleada y el mar espejeante. Una patranca como un negro y grueso pato estiraba sus alas al sol y escarbaba con su pico entre las plumas, desperezándose. En la punta del muelle de Puerto Montt se sentaron en una banca color celeste, cuyas maderas tenían grabadas iniciales, corazones atravesados por flechas y anclas cruzadas como si se tratara de un pergamino. Bajo el muelle, grupos de sombras de algas vagaban entre la transparencia de las aguas. De pronto, el buzo y su ayudante se pusieron de pie y afirmados en la baranda atisbaron, con ojos de expertos, otras sombras más finas y veloces que de vez en cuando atravesaban por entre los montículos de algas. En seguida descubrieron, como relámpagos plateados, un cardumen de robalos que retozaban. A algunos se les notaban claramente las aletas como curiosos capuchones en los hombros. Pensaron que la pesca allí también sería fácil, pues no habría más de diez o quince metros de profundidad.

Al frente del muelle, en lontananza, se recortaban las verdeantes islas sobre el azogue del mar. Detrás de la isla Tenglo, alta como una montaña boscosa, cerrando la bahía de Angelmó, se veía la diminuta y alargada isla Lagartija, tan espejeante y tornasolada como aquel reptil sobre las aguas. Por el este se divisaba el mogote del Reloncaví, que marca la entrada al seno homónimo, profunda excavación hecha por un remoto ventisquero que abrió esa senda de agua hasta el corazón andino. Brillantes al sol, sobre verdeantes y azuladas cumbres, sobresalían los copos del volcán Osorno, el Calbuco, Tronador, Yates y Hornopirén.

Desde las islas se veían venir pequeños veleros, lanchas o goletas, que entraban por las dos bocanadas de la bahía de Angelmó. Un remolcador llevaba tras sus aguas dos grandes chatas o barcazas repletas de madera. Una vieja torpedera mostraba sus cuadernas mohosas al sol, cual esos esqueletos de caballos que a veces se encuentran en los caminos desérticos. Boyas, de fondos descascarados, pintadas de azarcón o con el verde de los líquenes, mostraban su opulencia tanto en la playa como en el mar. En el fondo de la bahía pululaba ya la gente que se acercaba a las lanchas a comerciar, o bien los pasajeros que de algún tren pasaban a los barcos que zarparían hacia el sur.

—¡Es lindo este Puerto Montt! —exclamó Pedro Nauto, haciendo

resbalar sus ojos por todo el amplio panorama.

—¡No tengo ojos para nada, Pedrito! —refunfuñó Andrade, malhumorado, decaído, y levantándose, agregó—: Vamos a buscar a Videla, que ya debe estar en pie.

Encontraron a Manuel Videla en su casa; era un hombre bajo, rechoncho, moreno, con una sonrisa entre maliciosa y bonachona, algo agitada por la obesidad.

—¿Viste bien tú todo eso? —díjole a Pedro Nauto, una vez que Andrade hubo terminado de contarle lo que el muchacho había observado en la noche desde el patio.

—Sí, lo vi bien; estaban juntos el dueño, su mujer y el gallo flaco ese que nos birló todos los pesos.

—Casi no lo puedo creer; puchas que sería fregado entonces este compadre Pavez. Con otros es diablo, pero nunca creí que me la jugaría a mí… Le he dejado tanta plata en su cantina… En fin, pero vamos andando para allá, a ver qué me va a decir.

Partieron los tres en dirección al restaurante.

—Oiga, Videla, he quedado muy fregado con lo de anoche —dijo Andrade a poco de andar.

—¿Por qué?

—Perdí todo anoche… Toda la venta de los veinticinco sacos de ostras.

—Por la flauta, yo creía que era más sosegado usted… Por suerte tiene más plata en mi poder… Todavía no hemos liquidado dos partidas anteriores a la que usted trajo… ¿Y dígame, amigo Andrade, de dónde saca tantas ostras y tan bonitas? Son casi tan grandes como las de criadero, y las de piedra no le desmerecen en nada, todavía.

—Por ahí no más, amigo Videla; escarbando como se puede debajo del mar.

—Si usted ha dado con un lugar así, sería bueno conservarlo y poner allí un criadero de ostras como hicieron los franceses en la bahía de Quetalmahue… Ahora son millonarios esos, y tienen una Compañía que pesca con rastras por todas partes… Yo hice un ensayo al final de Tenglo, pero no me dio un resultado productivo… ¿De dónde saca usted esas ostras?

—Por ahí no más…; usted es buzo viejo y como yo sabe que los lugares en que se descubre pesca son secretos profesionales.

—Sí, tiene razón; es tan vivaza la gente ahora…

Caminaron en silencio; Pedro Nauto observaba a hurtadillas el rostro de aquellos hombres: despreocupado, pletórico el de Manuel Videla; preocupado, vacilante el de José Andrade.

—Quién sabe si algún día yo pudiera…

—¿Pudiera qué?

—Explotar en mejor forma ese banco de ostras…

—¡Ah…, es un banco! ¿Dónde se encuentra?

—Es que…, bueno, si yo tuviera más elementos… se podría aumentar la producción.

—Bueno, bueno, amigo Andrade, una mano siempre lava a la otra…

—Tengo una sola chalupa y una máquina…

—Ternero que no bala no mama…; es cuestión de hablar no más… Yo tengo amigos políticos en el norte; sería cuestión de conseguir la concesión de la playa cuanto antes para que no se le meta otro y luego veríamos eso de los elementos… Yo tengo una goleta con algunas chalupas en Puerto Edén, al otro lado del golfo de Penas… Sería cosa de ponerse de acuerdo y traerse unas cuantas máquinas… Podríamos intentar una sociedad…

—¿Cree usted que se me puede meter alguien más si no sabe dónde está el banco?

—¡Para la plata siempre hay mil ojos! Hay que pedir cuanto antes la concesión de esa playa, porque si no…

—Pero es que…

—¿Cuál es el pero?

—No es precisamente una playa donde están las ostras.

—¿Cómo diablos es eso?

—Están mar afuera, a la entrada de un golfo, en un redoso que lo forman varias escolleras sumergidas… Sólo yo conozco eso; es como una tranquila bahía protegida por cerros de piedra debajo del mar.

—¡Caramba, caramba; es la primera vez que oigo hablar de algo así!

—Sí, es bien raro que haya ostras en esa forma, pero allí están en plena mar afuera, algunas en el fondo y otras pegadas a las piedras.

—Si es así, lejos de la playa, no se podría pedir la concesión, es

cierto… Sería como solicitar un pedazo de mar o de golfo. Eso no debe estar en las leyes. ¿Por qué diablos irían a salir ostras allí?

—¡Eso mismo digo yo! ¡Bueno, pero si no fuera así, tampoco las tendría yo tan seguras!

—¿Tan seguras, dice? ¿Y el día que alguien lo aguaite y pase el dato?

—¡Adiós banco de ostras! ¡Lo sé, lo sé, y por eso tengo que pescar como si estuviera robándole a alguien, para que nadie sospeche de dónde las saco!

—A ver…, a ver…, cómo diablos es eso. ¿No podríamos formar una sociedad para explotarlo luego de modo más conveniente?

—Bueno, pues, amigo Videla —exclamó Andrade, abandonando sus vacilaciones—, si usted quiere nos hacemos socios…

—Las están dando, amigo Andrade; si es así como usted dice, hago traer mi goleta chorera de Puerto Edén, con todas las máquinas de buzo, y le metemos duro y parejo hasta que acabemos con su famoso banco de ostras.

—¡No hay más remedio! —dijo el buzo Andrade suspirando, y añadió con decisión—: ¡Trato hecho!

—¿Por qué me dice que no hay más remedio? Yo no lo obligo, mi goleta y las chalupas trabajan todo el año a plena producción; cuando no son choros son cholgas, almejas, centollas y hasta choritos que saco para las fábricas.

—¡Quise decir que no hay más remedio que explotar ese banco de una sola vez, y cuanto antes mejor!

—Entonces, trato hecho —replicó Videla, dándole una especie de abrazo.

Ya estaban en la puerta del Restaurante Sin Envidia; entraron, acomodándose en la cantina.

—¿Quiere un buen «chuflay»[62] para componer el cuerpo, compadrito? —ofreció detrás del mesón, Pavez.

—Tráigamelo, pues, bien arreglado como siempre, compadrito —repuso Videla con cierta ironía.

—A mí una cerveza —pidió Andrade.

—Yo una limonada —pidió Pedro Nauto.

—¿Oiga, compadre, y qué pasó anoche?

—Anoche… ¿Qué?

—¡Que el pije ese nos sacó las escamas a todos! Aquí, a mi

amigo Andrade, se le fueron nada menos que el valor de veinticinco sacos de ostras. ¡Más de quince mil pesos!

—¡No debió meterse entonces, con tanta plata en el bolsillo, en una cosa así! —replicó Pavez, con cara de zorro corrido.

—A lo mejor el gallo ese se había fabricado los naipes, porque al parecer los había amarrado tan bien.

—No, compadre; esos naipes los traje yo mismo de a bordo del «Cautín»; se los compré a Velásquez, el mayordomo, y los sellos estaban intactitos. Además, todos los revisaron.

—¿Y para dónde cortaría el traro ese?

—Anoche mismo se fue; no le he visto más. Las olió que estaban jugando adentro y se metió en el juego. ¿Qué iba yo a hacer?

—¿No lo vio más entonces anoche después que nos descamó?

—No —dijo Pavez con voz dudosa—. ¡Ni un trago siquiera me gastó!

—¡Bah…, y me dijeron que lo vieron entrar en su pieza, compadre, y contar con usted toda la billetada!…

Pavez levantó la cara hacia el cielo raso y se quedó un rato como buscando una salida por el techo.

—De veras…, se me había olvidado… estuvo un rato en la pieza; quería contar cuánto había ganado, y allí me posó unos billetes más para el «pozo».

—Puchas, compadre, cómo es que se le vuela la memoria con una cosa así.

—Bueno, el que se mete en estas cosas de juego es porque es harto hombrecito… ¡No hay amigos en esto del juego!…

—Ni siquiera compadres… —agregó con sorna Andrade.

—Así parece que tiene que ser, menos todavía conocidos… —replicó con intención Pavez, mirando de soslayo al buzo.

—Compadre —le dijo Videla.

—¿Qué hay, compadre? —respondió Pavez, limpiando más afanosamente que nunca sus vasos detrás del mostrador.

—Debe cambiarle de nombre a su restaurante.

—Sí, ¿por cual?

—«Sin Amigos» debe llamarse, en vez de «Sin Envidia».

—A la pieza esa en que a usted le gusta jugar le puede poner un letrerito así; pero el restaurante no tiene nada que ver con eso.

—Lo que es yo, en adelante, voy a tener mucho cuidado de

poner los pies aquí.

—Usted lo ha de ver, compadre, siempre tiene su casa… Lo mismo que los amigos que lo acompañan.

—¡Es como un pulpo el gallo este —comentó Videla una vez que hubieron salido—; se resbala envuelto en su propia tinta!

En un par de días quedó constituida la sociedad de Videla y Andrade para explotar la pesca de ostras en las inmediaciones de la isla Caucahué. Inmediatamente Videla dijo que comunicaría por un barco del cabotaje que la goleta y cinco chalupas con máquinas de buzo se trasladaran a Quemchi a las órdenes de José Andrade, para empezar cuanto antes la explotación.

—¿No ves cómo se le cambia a uno la naipada en un puerto grande como este? —dijo el buzo a su ayudante, cuando dejaban su alojamiento para emprender el regreso en el mismo barco que los trajera.

—No me hable de naipadas —replicó el muchacho—; si no tuviéramos ostras, estaríamos fritos con las naipadas del gran puerto.

—Tienes razón; al fin, todo se lo debo a mi esfuerzo, a nuestro banco de ostras… Si no, todavía estaría enterrado en el fondo de Tubildad sacando cuatro choritos. Pero estoy contento, Pedrito; es cierto que perdí veinticinco sacos de ostras por meterme en esa chambonada del juego, pero en cambio Puerto Montt me dio un socio con plata y elementos, con lo que nos vamos a ir ligerito para arriba.

Manuel Videla quiso darse cuenta por sus propios ojos del lugar en que se encontraba el banco de ostras, para saber las perspectivas del negocio en que se había metido, y viajó también con su nuevo socio en el «Huandad».

Antes de embarcarse, Pedro Nauto quiso echar una última mirada por ese rincón de Puerto Montt que es Angelmó. La tarde estaba cayendo y la marea baja había estrechado increíblemente el canal que separaba la isla Tenglo del continente; la isla era ya casi un murallón de sombras verdinegras que se había dejado caer sobre el resplandor de las aguas.

En las innumerables lanchas y goletas varadas, los tripulantes habían encendido fuego en sus braseros de cancagua, donde cocinaban sus meriendas. En una goleta, en cuya popa se leían el

nombre de «Elvira» y el lugar de matrícula, «Linao», una mujer envuelta en un rebozo negro ahumaba un robalo en una fogata hecha bajo el castillo de proa. Mientras daba vuelta el pescado sobre el humo con una mano, con la otra atendía a un chiquillo en su regazo. Humo, madera y humedad de pez impregnaban la atmósfera.

En las playas cercanas se mezclaban el grito frío de las gaviotas a los tijeretazos alegres de los pequeños cheyes. Uno que otro jote, negros como la noche que se avecinaba, escarbaban los desperdicios arrojados de las lanchas. Un esbelto velero blanco de tres palos se acoderaba al molo, y otro de cuatro había largado sus anclas en el centro del canal; su aparejo era de fragata. El «Junín» y el «Lemuy», un vapor argentino y otro del cabotaje, acababan de atracar a los muelles.

Con la caída de las sombras, los braseros y las fogatas tanto dentro como fuera de las goletas, dieron animación a la noche. Pedro Nauto se quedó un rato parado frente a una lancha en cuya borda un hombre subió a sentarse con una guitarra. Empezó a afinarla, mientras otros dos lancheros se acercaron a escuchar. Las notas se desgranaron tan destempladas como el grito de cheyes y gaviotas, pero luego se fueron elevando en un vuelo armonioso y una tonada chilota llegó a sus oídos como a retazos:

Dicen que borracho vengo,
borracho no vengo nada,
que si borracho viniera,
por Dios que me bambaleara…

Se le trizó un poco el ánimo al escuchar aquellos versos. Durante casi una semana de estada en el puerto había visto muchas cosas bonitas, pero también otras desagradables, como las borracheras en las casas de remolienda. De las novedosas, la mayor de ellas había sido una película muda, «Las dos niñas de París», historia de dos huérfanas que le había conmovido profundamente, pues era la primera vez que veía un invento así. Quedaban también en sus oídos el cotidiano vocear del diario «El Llanquihue», que los niños vendedores gritaban con voces de pájaros; el pito de los trenes y de los barcos, que llegaban y partían; el tránsito de sus pasajeros de uno a otro mundo. Mundos variados y desconocidos que se

insinuaban más allá de los horizontes, detrás de las islas.

Pero por otro lado, ¡qué distinta la gente de su terruño! Allá paz, sinceridad, cordialidad y ayuda, y aquí desconfianza, inquietud, traiciones y bajezas.

«Si parecen otra clase de hombres y mujeres», pensó. Le pareció que antes no se había dado cuenta de que la gente era así. Estos del puerto eran más vivos, cierto, y lo obligaban a mantenerse a uno tan despierto como ellos; pero al mismo tiempo, y a cada rato, parecían sacar los colmillos como perros que fueran a dar un tarascón, o cerdos. «¡Qué mujeres!»…, pensó cuando recordó las que había visto en las casas de remolienda, y, por contraste surgió en su mente, clara, limpia, armoniosa entre helechos y cascadas, la figura de Rosalía, con sus ojos glaucos como las avellanas cuando empieza a promediar la primavera.

José Andrade también había cambiado un poco ante sus ojos. Había notado el cambio poco después que el buzo empezó a explotar en grande el banco de ostras; pero en Puerto Montt, después que se había bebido unos tragos y delante de otros, empezó a tratarlo como a un sirviente. En todo se las daba ahora como un gran patrón.

Pero el cambio que más le molestó fue que se olvidara hasta de su mujer y de sus hijos, costeando juergas enteras en las casas de remolienda. Parecía no importarle el dinero ni las responsabilidades familiares que había dejado en Tubildad. El «Pedrito» cariñoso había desaparecido de sus labios remplazándolo por «el muchacho»…, el muchacho que tenía para los mandados. «¡Cómo será después cuando se vuelva rico!» pensaba.

El primer pitazo de advertencia del «Huandad» lo sacó de sus reflexiones. Quedaban tres cuartos de hora para zarpar, y se fue acercando hacia el muelle donde debía embarcarse. Allí se encontró con Andrade y Videla, y luego los tres estuvieron a bordo.

Cuando el barco empezó a doblar la punta de Tenglo, la alta y frondosa isla se fue corriendo como un telón sobre las iluminadas casas de Puerto Montt. El collar de luces a la orilla del mar fue lo último en desaparecer, y con ello la realidad y el encantamiento del hermoso puerto sureño. El «Huandad» era también una especie de casa reluciente que se había desprendido de los molos, en la que dominaban el verde y el rojo de los faroles de posición, como dos

noctilucas avanzando a través de la noche marina hacia el dédalo de islas y canales del sur.

13

El desapego que Pedro Nauto iba sintiendo por los nuevos aires que se daba el buzo se acentuó en los días en que el socio Manuel Videla permaneció en Quemchi. Los agasajos de Andrade para con él continuaron con asados al palo, curantos y remoliendas al estilo de Puerto Montt. La gente del pueblo estaba algo escandalizada por esta nueva vida de José Andrade, y seguía murmurando de una posible intervención del «Caleuche» o de algún «entierro» que proveía los dineros de la nueva vida del buzo. Mas luego la noticia de que se había hecho socio con un hombre de Puerto Montt que tenía toda una flota de chalupas con máquinas de buzo y una goleta pesquera se esparció por todo el pueblo y la gente comprendió que las remesas de ostras eran las que estaban proporcionándole esos nuevos aires.

La goleta «Llanchid» arribó una mañana para confirmar con su presencia el nuevo giro de las actividades de Andrade; pero sólo traía una sola chalupa a remolque, pues los otros buzos con sus equipos iban a ser embarcados en Puerto Edén por un barco de la ruta del estrecho de Magallanes, que tenía que pasar a cargar maderas en Quemchi.

—No empecemos hasta que se encuentre aquí la flota completa —le había dicho rumbosamente Videla al despedirse de regreso a Puerto Montt, advirtiéndole especialmente—: No se meta otra vez solo con su chalupa a sacar ostras, porque lo pueden ver, y no hay nadie que prohíba que se nos deje caer alguien encima.

Pero transcurrieron los días y los buzos con sus chalupas no aparecían. Pasó más de una semana, y José Andrade empezó a sentir cierta inquietud.

—A lo mejor el barco se ha retrasado, o por falta de tiempo no ha recalado en Puerto Edén —díjole el patrón de la «Llanchid», y agregó—: ¡Son tan mañosos a veces esos capitanes, que por un flete así no quieren molestarse!

—Yo creo que debemos comenzar no más con las dos chalupas,

mientras tanto —replicó, impaciente, Andrade.

—Tengo orden de no empezar a pescar hasta tener aquí todas las chalupas.

—Pero estamos perdiendo tiempo y dinero…; las órdenes que dan los de tierra a veces no se hacen caso a bordo.

—Empiece si usted quiere con su chalupa, yo no mando en ella, pero mando en la goleta.

—Comenzaré entonces por mi cuenta si de aquí a dos días no llegan sus chalupas —dijo Andrade, algo amostazado.

—Haga lo que usted quiera; lo que es esta chalupa no me sale a pescar hasta que no estén las otras…; cumpliré hasta el fin las órdenes de don Manuel.

Más que apuro por sacar las ostras, lo que inquietaba a José Andrade era que hacía tanto tiempo no iba detrás de la isla Caucahué a visitar los lugares donde se ocultaba el banco de ostras. Le hubiera gustado permanecer noche y día junto a él, como un avaro durmiendo sobre su tesoro, o por lo menos rondando a menudo por sus cercanías para su mayor tranquilidad. Pero Manuel Videla le había advertido íntimamente: «Cuídese sobre todo del farero; estos llevan un libro de bitácora como en un barco, donde anotan todo lo que ven sobre el mar…»

Pero tal como se lo advirtiera al patrón de la «Llanchid», a los dos días José Andrade aparejó su chalupa y, llevando a su ayudante y a su mujer, se dirigió al otro lado de la isla Caucahué, no tanto para pescar como para echar un vistazo sobre las aguas que cubrían el banco.

Tantas veces había maldecido la impavidez del mar, esa superficie ya verde, azul o gris, tan hermética ante los tesoros que ocultaba. Pero ahora lo bendecía por guardarle el secreto del banco de ostras ante los ojos de los lugareños, de los barcos y lanchas a vela que de vez en cuando por efecto del viento podían pasar por sobre esa costa, aunque las rutas acostumbradas estaban muy adentro del golfo. Pero nada encontraba seguro después de lo que le había dicho su socio de Puerto Montt. ¡Hasta de la floresta y el viento tenía sospecha, cuando con su agitación podrían descubrir el secreto que guardaban sólo el mar y él!

Navegaron de un largo hasta el morro Lobos. Fastidiado por el atraso de los buzos con sus chalupas; José Andrade iba hosco y

silencioso en la caña del timón. Soplaba un fuerte viento del suroeste, que había convertido al mar en un jardín de espumas. Al doblar el cabo del morro, se dejaron caer algunos chimpolazos [63] que parecían venir de lo alto de los acantilados, y la lona de la trinquetilla llameó resonando como un sordo tambor.

—Ayer vi otro juicio de los liles… —dijo, de pronto, Elvira, como para sacar a su marido de su ensimismamiento.

—¿Un juicio de qué…, dices?

—De los liles…, esos pájaros que la otra vez picoteaban a uno de ellos cerca de la casa.

—Son leseras esas que inventa la gente… ¡Qué juicio van a tener los liles para ajusticiarse!

—Ayer también mataron a un compañero a picotazos… ¿Por qué vendrán a hacerlo frente a la casa? ¡Antes nunca los había visto!

—¡No hables leseras, mujer…; los liles están en todas partes! —exclamó el buzo con desabrimiento.

La chalupa empezó a dejar a la cuadra el morro Lobos. Pedro Nauto recogió la escota a medida que la embarcación emproaba el viento.

—¿Qué es eso, Dios mío? —gritó de súbito José Andrade, parándose a medias en la caña del timón, mientras ponía una mano a modo de visera para otear el horizonte.

Al grito del buzo, Pedro Nauto y Elvira se dieron vuelta y sus ojos pudieron ver allá en lontananza a un grupo de embarcaciones menores que se movían en torno a un barco grande, como unos polluelos junto a la gallina.

Andrade se había puesto pálido como un cadáver; sus ojos parpadeaban y se agrandaban, como si no creyeran lo que estaban viendo: lanchas, botes y chalupas avanzaban y retrocedían junto al barco, que, al parecer, hacía lo mismo en forma más lenta. Era el despliegue de una intensa faena de pesca de arrastre sobre las aguas de su oculto banco de ostras.

Andrade abandonó la caña del timón y corrió hasta la proa. Allí, arrodillado sobre el pequeño empalletado, empezó a agitar las manos como poseído de una extraña locura. Estiraba el cuerpo y la cabeza como si quisiera echarse a correr sobre el mar o emprender un vuelo. Luego, en su impotencia, levantó los puños al cielo y los bajó sucesivamente, pegando una y otra vez puñetazos sobre el

reborde de la chalupa, como si abofeteara al mar.

Pedro Nauto tomó la caña abandonada y trató de gobernar hacia el barco y su flotilla que maniobraban con las rastras ostreras; pero el viento empezó a pegar más fuerte por la proa y se vio obligado a dar de voltejeadas para alcanzar el barco.

José Andrade a ratos dejaba de maldecir y gesticular; cerraba los ojos en hoscos gestos, mientras Elvira abría los suyos, que iban de su marido al barco y a la flotilla intrusa, como si no alcanzara a comprender.

—¿Qué pasa, Pedrito? —susurró temerosa al oído del muchacho.

—Están sacando las ostras con rastra.

—¿Y se las llevarán todas?

—¡Sí, todas… las sacarán estos malditos! —gritó desde la proa José Andrade, gesticulando siempre contra el cielo y el mar.

Después de varias voltejeadas, Pedro Nauto logró atracar la chalupa al costado del barco, ancho y plomizo, con su chimenea humeante. Al pasar por la popa sus ojos se llenaron de asombro al leer el nombre y el lugar de matrícula: «Caleuche» - «Ancud».

—¡Y llamarse «Caleuche»! —exclamó Pedro Nauto.

—¿Cómo? —rugió José Andrade, que no abandonaba la proa.

—¡«Caleuche»…, sí, como el «buque de arte» que vimos en este mismo lugar!

Cuando la chalupa hubo atracado a la borda, José Andrade subió por una escala de gato a la cubierta.

—¿Qué le pasa a usted? —díjole con calma el capitán, al tratar de entenderle sus primeros balbuceos.

—Es que… este es mi banco —alcanzó a articular, acezante.

—¿Qué?… ¿Su banco?

—Sí; mi banco de ostras… ¡Yo lo descubrí, yo lo tenía para mí!

—¿Para usted? ¿Que se ha vuelto dueño del mar?

—Del mar no; pero de este banco de ostras sí; yo lo descubrí después de bucear mucho tiempo por aquí… ¡Ustedes no tienen derecho!… —profirió con la voz un tanto trizada.

—Me parece que es usted el que no tiene derecho… Oiga, contramaestre, despache a este hombre, que parece gotearle el techo —dijo el capitán, retirándose con indiferencia.

Acudió un hombre bajo, pero con unas espaldas tan anchas y un cuello corto y grueso que parecía un pequeño toro en actitud de

embestida.

—¡Cálmese! ¿Qué le pasa?

—Nada, que ustedes me están robando mis ostras…

—¿Robando… qué ostras?

—Las que están rastreando… Son mías, mías; yo descubrí este banco.

—¡Váyase mejor, se lo recomiendo!… —dijo en tono agresivo el contramaestre; pero al ver el desamparo del hombre junto a la escalerilla de gato, agregó en un tono más suave—: Nadie puede hacerse dueño de un banco de ostras que está en medio del mar, hombre… Ni siquiera en la playa, que hasta cincuenta metros más arriba de la alta marea es de todos…

—¿Pero cómo supieron ustedes que había ostras aquí?

—Estábamos pescando en la bahía de Quetalmahue cuando recibimos orden de trasladarnos con todos los pescadores aquí.

—¿Orden… de quién?

—De la Compañía, pues… ¿Orden de quién va a ser?

—¿Qué Compañía?

—La dueña de este barco… La Sociedad Pesquera del Sur…

—Yo también tenía una sociedad… para explotar este banco de ostras…, una sociedad que formamos en Puerto Montt.

—¿Sociedad…, usted? —dijo el contramaestre, con tono incrédulo al oír al hombre tan desvalido, y agregó—: ¿Por qué no empezaron a sacar ostras entonces? ¡La Compañía tal vez no se les hubiera entrometido!

—Mi socio esperaba sus chalupas de Puerto Edén.

—¿Quién es su socio?

—Manuel Videla, de Puerto Montt.

—¡Bah…, ese también trabaja para la Compañía!

—¡No es cierto, trabaja por su cuenta con varias máquinas y una goleta!

—La goleta y una máquina son de él, pero el resto es de la Compañía.

José Andrade volvió a quedar paralizado. Ahora le parecía oír y no entender… ¿Era capaz Manuel Videla de hacerle tamaña traición?

—¿Y sus chalupas van a venir también a trabajar aquí? —alcanzó a decir como en un ronco lamento.

—¿Para qué van a venir?

—Para sacar ostras…

—Eso de sacar ostras con buzos ya pasó de moda; ahora la pesca sólo se hace con rastras…

Hasta sus oídos llegaba el rumor de los botes y chalupas que rastreaban sacando ostras del fondo marino. El mismo barco, con lento andar, subía de vez en cuando por una grúa de proa una enorme red cargada de barro y de moluscos. Andrade vio sus ostras de limo y de piedra como si alguien, de pronto, hubiera echado una red en la Vía Láctea y recogido de una vez todas las estrellas. Abajo, aferrado al extremo de la escalerilla de gato, Pedro Nauto aguantaba la chalupa, mientras Elvira, desolada, continuaba dando vueltas sus grandes ojos de oveja sin comprender mucho. ¡Parecían tres náufragos que hubieran ido a pedir auxilio a un barco en medio de un temporal!

—Cálmese, amigo —díjole el contramaestre en tono ya francamente compasivo—. ¡Nadie todavía ha podido adueñarse del mar y en él pesca el que puede!

—Es que… yo era el único que sabía esto.

—Alguien más tendría que saberlo también cuando llegó a oídos de la Compañía.

—Mi socio…, Manuel Videla…, lo sabía también.

—¿Nadie más lo ha visto sacando ostras aquí?

—Solamente mi mujer y mi ayudante, que están allí.

—Tal vez su ayudante puede haber pasado el dato.

—Ese niño no; es incapaz de una maldad así.

—¿Y el farero, lo vio alguna vez sacando ostras?

—No sé —dijo Andrade, dirigiendo la vista hacia las lejanías del morro Lobos.

—Más de alguna vez puede haberlo visto… Informan a las capitanías de puerto, y los capitanes siempre son amigos de la Compañía.

—Puede que haya sido Manuel Videla el que me ha traicionado; pero ¿entonces para qué mandaría su goleta con una chalupa hasta Quemchi? —se interrogó en voz alta.

—¿No le dije que eso era lo único que tenía por cuenta propia?

—¿Y qué podré hacer yo ahora? ¿Ir a Puerto Montt, demandarlo al juez o meterle una bala?

—¿Cómo va a comprobar que él fue el que pasó el dato a la Compañía?

—Pasó el dato… —profirió Andrade con triste sarcasmo—. ¡Se vendió a la Compañía querrá decir!

—Bueno, paciencia, en el mar siempre el pescado más grande se come al más chico.

—Y en tierra también…

—A veces…, cuando los chicos se dejan comer —dijo el contramaestre, y con una enérgica mirada de soslayo añadió—: ¿Por qué no toma el toro por las astas y se pone a sacar ostras también?

—¿Qué ostras?

—Estas, las que usted descubrió.

—¿Y para qué?

—Para la Compañía, pues, hombre, como están haciendo todas las embarcaciones que usted ve.

Como si hubiera recibido un mazazo en la frente, el buzo José Andrade se dio vuelta atontado y empezó a bajar la escalerilla de gato sin pronunciar palabra. Sostenía el cuerpo fuertemente asido de las manos a las cuerdas, pues al afirmar los pies en los peldaños sintió una blandura algodonosa en las rodillas, mientras algo como una piedra se le atravesaba en la garganta.

—¡Y si se decide, venga a bordo para que lo contratemos! —le gritó el contramaestre desde la cubierta del pesquero. José Andrade lo miró como un estúpido, por última vez, y no supo si lo que le decía era en broma o de buena fe.

No habló hasta que la chalupa estuvo otra vez a la cuadra del morro Lobos.

—¡Este maldito también pudo haberme vendido! —exclamó, dando una mirada al faro.

—¿Vendido? ¿Quién? —dijo Elvira, que con Pedro Nauto no habían abierto la boca respetando el amargo silencio del buzo.

—Sí, un carajo me vendió el banco de ostras…

—¿Cómo lo iban a vender si era tuyo? —dijo la mujer, contrastando con su calma al grito iracundo de su marido.

—Todo lo que hay en el mar es ajeno…, o del primero que llega.

—Tú fuiste el primero que sacó ostras aquí.

—Pero no las saqué todas al tiro, como lo está haciendo la

Compañía.

—¿Quién pudo haber pasado el dato? —interfirió Pedro Nauto.

—¡Ese carajo de Manuel Videla creo que fue el qué me vendió; pero el contramaestre dice que también pudo haber sido el cuidador del faro! ¡A lo mejor todos estos sinvergüenzas se pusieron de acuerdo contra mí!

—Como en el juicio de los liles, frente a la casa… —suspiró Elvira, mientras su marido la miraba con rabia, sin comprender por qué se acordaba tanto de eso.

La chalupa venía navegando viento en popa; pero al doblar el morro Lobos volvió a ponerse de un largo. El buzo, con frases entrecortadas, anonadado aún, contó todos los detalles de su entrevista con el capitán del barco y su contramaestre. Pedro Nauto, mientras mantenía la escota cazada, no dejaba de comparar aquella voz, triste y desflecada por el viento, con la que otrora le escuchara en Puerto Montt.

Cuando bordeaban por los manzanares del viejo Machado para penetrar al saco del estero de Tubildad, desde la playa cercana llegó una especie de risa entre el confuso rumor de las olas.

—¿Sientes, Pedrito? —dijo Elvira, con ternura maternal.

—Parece que alguien se estuviera riendo —replicó el muchacho.

Los tres se pusieron a escuchar. De entre el rumor de las olas al morir en la playa se desprendía un acento extraño, casi humano, cual si el mar se convirtiera a ratos en una persona que riera escondida entre las rocas. A veces se apagaba el tono humano, cual si se hundiera en la garganta del mar, y luego surgía sutil, hasta que se fue destacando plañidero y lacerante.

—Qué risa más rara —dijo Elvira.

Desde la playa se destacó, ya clarísima, una carcajada que levantó su tono por sobre las olas y luego en cascada fue decayendo como en un llanto musical.

—¡Es el viejo «Lu Machado»! —exclamó Elvira.

La chalupa bordeaba la puntilla, y por entre las rocas asomó de pronto la blanca barba del exmarinero portugués, como si las espumas de una ola se le hubieran prendido al rostro. Levantó los brazos, gesticulando, haciendo señales, mientras su risa continuaba resbalando por sobre el mar.

Al ver las desesperadas señas atracaron la chalupa a la playa.

Andrade y Nauto se acercaron al anciano, que continuaba llamando y riendo. Sus blancas barbas temblaban, sacudidas por el viento cada vez que subía y bajaba la encanecida cabeza. Era como si esa extraña carcajada tomara aliento en la altura y cayera desgranándose más opaca entre el suelo rocoso; abajo, quedaba unos instantes, con un hipido gutural, de garganta soterrada. El pobre viejo se apretaba el estómago no se sabía si de dolor o de risa, agachado, agotado, sudoroso. Así permanecía el sordo murmullo, mezclado al llanto o a la risa; pero de pronto volvía a levantarse aquella loca cabeza hacia lo alto para tomar aliento y caer nuevamente en su convulsiva carcajada.

Andrade y Nauto tomaron al viejo Machado entre sus brazos; temblaba todo entero como un saco en el que se hubiera encerrado la risa, Así temblando, entre risas e hipadas, trataron de conducirlo cuidadosamente a través del manzanar que resguardaba su casa. Acudió también Elvira a ayudarles.

—Parece que está loco —le dijo Andrade por lo bajo.

—¿Loco?

—Loco de risa, mujer… ¿No dicen «se volvió loco de risa»?

Elvira no supo si su marido decía aquello en serio o en broma, y, tal vez aflojando la tensión nerviosa acumulada, soltó también la risa, una risa histérica, de tono más agudo y chillón, que se mezcló al sordo y gutural reír del viejo.

—¡Cállate, mujer de mierda! —le gritó iracundo, mientras que con Pedro Nauto intentaba cargar al riente anciano. Pero Elvira no se pudo contener, y, separándose del grupo, fue hasta las rocas libremente a reír, apretándose el estómago.

Pedro Nauto miró un rato asustado tanto por la risa de la mujer como por la del viejo; pero, luego, también empezó a reírse por lo bajo, a borbotones contenidos. Entonces José Andrade dejó de forcejear y se volvió hacia la orilla, como si tratara de conservar el último resto de juicio. Una olilla corta vino a morir a sus pies, entre las piedras, produciendo asimismo una especie de risita vivaracha. Agachó la cabeza y no supo si era también risa o llanto lo que se le metía oscuramente garganta adentro, corazón adentro, sacudiéndolo como el viento hace con una trinquetilla suelta en el momento de una virada por avante.

Esperó que pasara el ataque de risa de su mujer y del ayudante,

y, luego, los tres otra vez trataron de ayudar al viejo, que continuaba con su trastorno.

Tres días estuvo el exmarinero portugués agonizando así, entre hipidos y risas. Vino el cura de Quemchi a tratar de ayudarle a bien morir; pero casi no pudo cumplir su misión ante el grotesco estado del anciano. Vino también una curandera, que trató de darle unos brebajes que la misma risa constantemente expulsaba. Al final, cuando el viejo Machado se hubo tranquilizado con la muerte, la curandera sentenció:

—Comía tantos pajaritos, que Dios por eso debe haberlo castigado.

14

Pedro Nauto detuvo su caballo al borde de un suave remanso y le aflojó las riendas para que pudiera beber a su antojo. Una lluvia de primavera había aumentado el caudal del arroyo que serpenteaba entre matas de arrayanes, petas y chilcas, y el remanso se había desbordado por sobre el claro de pampa, dejando el pasto sumergido bajo su movedizo cristal. Algunas gotas, como burbujas, se quedaban prendidas al borde de las hojas de la hierba sumergida, produciéndose con su brillo una mágica y tierna mirada de la naturaleza.

El caballo sopló suavemente sobre las cristalinas ondas y hundió los belfos sorbiendo a largas gargüeradas; su cabeza alazana, iluminada por una mancha blanca en la frente que se alargaba hacia la nariz, se hacía y deshacía reflejándose en el agua. Pedro Nauto miró unos momentos su propio rostro junto a las patas del animal, y se incorporó un poco sobre los estribos para darle mayor facilidad en el beber.

De súbito, el alazán dejó de tomar agua y levantando la cabeza movió las orejas hacia las ramazones que cubrían la armoniosa hondonada. De sus belfos continuaba desprendiéndose el agua, cual si la masticara con delicada fruición; pero en seguida hundió de nuevo la trompa y se puso a beber a ruidosos sorbos.

Pedro Nauto, que lo miraba, complacido, vio de pronto cómo un pétalo blanco era atraído por los remolinos producidos por la succión y pasaba a los belfos del caballo en un sorbo.

—¡Bah…, tú también comes flores!… —le dijo riendo.

Pero los pétalos continuaron llegando, unos pasando de largo y otros atraídos por los sorbos del corcel. Entonces Pedro Nauto levantó las riendas y taloneándolo lo metió por las ramazones. Voluntarioso, el alazán, se abrió paso por entre chilcas y arrayanes hasta que desembocó en otro claro de pampa donde Rosalía, al borde del arroyo, continuaba deshojando grandes flores de «huella»[64], ese árbol frondoso que florecido es capaz de perfumar

toda una quebrada.

—¡Rosalía! —exclamó el muchacho, frenando su cabalgadura.

—¡Pedro! —respondió ella, dejando de arrojar las flores al agua.

—Tanto tiempo… —díjole, desmontándose.

—Sí, tanto tiempo… ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

—Mi caballo me trajo; comía tus flores.

—Estaba echando flores de huella en el agua.

—¿Para qué?

—Fui donde una amiga que está aprendiendo a machi y me dijo que era bueno para que a uno se le vaya la pena.

—¿Que has tenido pena?

—Sí; últimamente me he llevado soñando contigo… No sé qué me has hecho, pero no te puedo olvidar —dijo la muchacha, bajando los ojos como avergonzada.

—He estado trabajando en la pesca de ostras… Fui hasta Puerto Montt.

—Así supe… También soñé una vez que me pedías auxilio desde el mar y yo me acercaba a la playa y el mar se retiraba y nunca podía llegar donde tú estabas… Le pregunté a la machi qué podría ser eso y me dijo que era porque yo te quería y tú no.

—Rosalía…, tú sabes…, te quiero; pero ¿por qué tienes que ir a preguntarle todo eso a una machi? ¡No debes meterte con brujos!

—¡Blanca Vidal no es bruja! —replicó exaltada, y agregó en tono más suave—: Está aprendiendo para hacerle remedios a la gente en contra de las enfermedades y de los males que tiran los brujos.

—Siempre me ha parecido un poco rara esa mujer…, no deberías andar con ella.

—Sabe muchas cosas Blanca Vidal; de las plantas saca colores que son una maravilla para los hilados de lana. Ayuda a bien morir, y canta como nadie las oraciones en las fiestas y los novenarios.

—Pero haciendo remedios contra los brujos puede terminar como los brujos también.

—Tú eres el que menos debiera hablar de eso…

—¿Por qué?

—Bueno, tú lo sabes mejor que yo; sin embargo, a pesar de eso te quiero.

—Si es por compasión, no necesito tu cariño… Una vez me insultaste diciéndome que era hijo del trauco… Bueno, soy hijo

natural, sólo de mi madre, y, por último, no me importa saber quién fue mi padre.

—Te lo dije esa vez en broma.

—¡Qué bromas!… En la escuela también me gritaban por broma «huacho», «hijo de caleuchano»…

—No te enojes… te quiero…

—Sí, me quieres, pero me sacas a cada rato eso de que soy huacho o «hijo del trauco». Creía que tu amor podía hacerte diferente del resto de la gente, pero veo que no es así. Aquí todos son iguales: si no son los brujos, son las machis o los curas los que le meten cosas en la cabeza para hacer más desgraciada a la gente… ¿Qué culpa tengo yo de que mi madre me haya parido sin casarse? ¡Por eso me voy a mandar a cambiar de aquí; de esta tierra de brujos, de ricachones como mi abuelo que han hecho plata robándoles la tierra a los indios, haciendo trabajar a las gentes por la comida y unas cuantas chauchas!… A mí me hacía pagar ochenta centavos por día de trabajo a la gente… Lo que cuesta una sarta de navajuelas que se saca en un rato; pero en tiempo de hambruna la gente tenía que trabajar por la comida más que por las chauchas…

—¿A dónde te piensas ir?

—No sé; si puedo me iré a Puerto Montt; allí aprendí en una semana lo que no había aprendido en toda mi vida.

—¿Qué aprendiste?

—Que la gente es mala y traicionera…, que por un par de pesos es capaz de todo. A José Andrade lo hicieron leso como quisieron… Le quitaron hasta su banco de ostras, donde estábamos haciendo bastante plata.

—¿Ya no trabajas en las ostras con él?

—Hace más de un mes que lo perdió todo… No ha podido saber todavía si fue un socio que encontró en Puerto Montt o el farero del morro Lobos que dio el dato a una compañía que vino con redes de arrastre y está arrasando con todas las ostras que encontramos. Andrade se fue a pleitear a Puerto Montt; pero después tuvo que ir al Juzgado de Ancud, y en todos estos trajines no ha podido sacar ni un choro ni una ostra, teniendo que vender su máquina de buzo y hasta la chalupa para poder vivir. Yo también hace más de un mes que ya me fui porque no tenía en qué trabajar con él. Ahora vengo a venderle mi caballo a don Francisco Montet, de Huite, que me lo

compra para uno de sus chicos.

—¿Y qué vas a hacer sin tu caballo?

—¿No te digo que me iré en cuanto pueda para el norte o para el sur? Ahora, para poder mantenerme estoy trabajando de fletero en Quemchi, en un bote chico que me prestó Arturo Gonzalí, el pescador.

—Pero si vuelves algún día lo puedes necesitar.

—En cuanto consiga un embarque ya no saldré más del mar.

—Vas a ser marinero.

—Sí, marinero.

—Llegarás a viejo, no podrás navegar y tendrás que morir como el viejo «Lu Machado», que lo castigó Dios por comer tanto pajarito y animalito del monte.

—Rosalía, no me queda otro camino que el mar… Aquí vive bien sólo el que tiene tierra, y mucha tierra y plata para que otros se la trabajen. Con las cuadras que cultivábamos con mi madre en Puerto Oscuro, apenas si teníamos para no morirnos de hambre. Por eso me voy, porque esta tierra y la gente se han portado mal conmigo… No le mendigaré aquí un pan a nadie, lo haré en otra parte.

—¿No dices que en Puerto Montt la gente que viste es mala?

—Sí; pero también hay buena y mucha clase de trabajos. Además, mi propósito no es quedarme en Puerto Montt, sino embarcarme, ya sea para el norte o para el sur…, y te digo que me voy de esta tierra porque aquí ya no puedo vivir, no tengo trabajo y todos me miran como a un «huacho perdido».

Mientras Pedro Nauto hablaba apasionadamente, Rosalía pensativa, miraba correr el agua del arroyo a sus pies. El gajo de huella había quedado desnudo de flores, como en invierno; el caballo alazán pastoreaba la tierna hierba remojada por la reciente lluvia. Grandes nubes blancas se abrían y cerraban como pétalos en el cielo dejando a ratos paso a la semilla del sol que recorría colinas, quebradas, pampas y florestas, con arrastrados trancos de luz. Un silencio cargado se interponía entre ambos jóvenes.

—Me dejas y te vas al mar… —dijo Rosalía con voz queda, y como en un suspiro agregó—: Antes por lo menos te veía de vez en cuando.

—Ya te dije por qué me voy… más que nada porque para todos

soy un poco extraño aquí, un hijo sin padre…

—¿Y algún día volverás?

—Si vuelvo y estás soltera, me casaré contigo. Te llevaré siempre en mi corazón.

—Ten confianza en Dios…

—Si hubiera Dios no habría tanto mal…

—Es que estará viejito el pobre, y no ve nada…

Los glaucos ojos de la muchacha se detuvieron en las pupilas cafés de Pedro Nauto, sobre todo en una especie de chispitas ardientes que burbujeaban como las gotas del rocío cuando quedan prendidas a la opacidad de la tierra. Fue un largo y raro mirar, como si por los ojos se adentraran a los cuerpos, por la sangre, hacia la mente, al corazón. La cara del muchacho se afiló de pronto extrañamente y la de ella tembló como el césped bajo la lluvia. Sus manos se tomaron, se agrandaron sus ojos en un último resplandor, y, ciegos, cayeron en un largo beso que fue acogido por las ramazones con suave rumor.

15

Pedro Nauto entraba a galope tendido por la calle de la punta; pero de repente tuvo que sofrenar su caballo por la gente que salía de su casa y corría hacia la «casa de trato». Sin embargo, no le extrañó el tumulto que había frente a ella, pues era corriente que se armaran grescas en la cantina adonde llegaban a beber los hombres de los barcos surtos en el puerto.

La «casa de trato» de don Sixto Mansilla estaba en un extremo de la calle de la punta, casi junto al muelle de carga. Se la llamaba aun así porque en los antiguos tiempos había sido la agencia donde se contrataban marineros para los grandes buques de vela. El propio don Sixto era el que adelantaba el «socorro» a los hombres del lugar cuando emprendían largos viajes, o daba el dinero de las viudas y de las madres cuando ocurría algún naufragio. Pero de su antiguo esplendor quedaba muy poco; era más bien una simple cantina, con saloncito y comedor, a donde llegaban también las dos o tres mujeres de vida alegre que había en el puerto, a ver a los marineros.

La reyerta debía ser grande por la cantidad de gente que se agolpaba entre la «casa de trato» y la Barraca Oelkers. Pedro Nauto dejó su caballo amarrado en un callejón, junto a unos botes, y se acercó a curiosear.

Un marino negro, alto y flexible como un cochayuyo, peleaba a puñete limpio con un blanco, más bajo y grueso. Estaban desnudos de la cintura para arriba, y los cuerpos se destacaban en el ruedo que había hecho la gente con dramáticos reflejos producidos por el sudor y la sangre, pues, al parecer, hacía rato que peleaban.

Las mujeres de las casas cercanas habían salido a mirar a sus puertas y ventanas; de la cantina, todo el marineraje de los tres barcos que se hallaban en la bahía.

La pelea se estaba dirimiendo entre un marinero negro de la «Nelson», un tres palos que había traído sal al puerto y cargaba madera, y otro del «Pingüino», un ballenero que iba rumbo a Caleta

Samuel, una base de caza de la ballena ubicada en la isla Guafo.

El negro arrollaba a ratos al blanco con sus largos brazos y sus hábiles bofetadas. Este resistía barajando a codazos; pero más bien parecía un lento buzo luchando contra un pulpo, tantos parecían los brazos con que multiplicaba sus bofetadas el negro.

Pero el tronco del blanco, grueso como un muermo sin corteza, avanzaba de vez en cuando con la potencia de un ariete y entonces el negro tenía que retroceder. Y así iban y venían entre el griterío del marineraje borracho; jadeando, bufando, con las caras y los cuerpos cada vez más golpeados y ensangrentados. En la piel del blanco la sangre se destacaba más que en la del negro; parecía haber sido echada a puñadas. En cambio, en el cuerpo del negro semejaba sólo estrías violáceas. Mas, cuando arreciaban las mutuas bofetadas, los brazos entrecruzándose relampagueaban con el sudor y la sangre como los rayos en el oscuro cielo de una tormenta, ya rojos, ya pálidos.

Todo iba bien en esta feroz lucha entre los dos hombres más o menos parejos; pero alguien, de pronto, hízole una zancadilla por detrás al ballenero, que cayó revolcándose en el suelo. El negro del velero se le lanzó encima; mas, al instante, se interpuso otro, y, luego, la reyerta se hizo general entre los hombres de ambos barcos. La noticia llegó hasta el velero y el ballenero en la bahía y vino más gente de a bordo, de uno y otro bando, hasta convertir aquello en una verdadera batalla campal.

La calle se hizo estrecha para contener a las dos tripulaciones peleando. Las mujeres se retiraron con sus chiquillos al interior de sus casas, asustadas por el sordo rumor de los puñetazos, como el oleaje cuando pega en los socavones de los acantilados.

De súbito, ocurrió algo que conocía la gente del pueblo pero que para los marineros fue del todo inesperado: don Sixto Mansilla acostumbraba poner fin a las reyertas que se formaban frente a su casa soltando a un fiero mastín que siempre mantenía amarrado.

El perro, de color cáscara, grande y grueso como un ternero, se lanzó de golpe con las fauces abiertas en medio de la pelea, dando dentelladas a diestro y siniestro, hasta que los primeros mordidos fueron arrancándose, y luego los otros, ante el temor, pararon la pelea. El perro había puesto fin a la querella humana.

Sólo un hombre no pudo levantarse del suelo ante la embestida

del fiero mastín. Se trataba de un tripulante del ballenero, al cual le habían dado una puñalada por la espalda, y estaba agonizando.

«Caña de medio», el anciano policía, sólo entonces asomó sus narices, cuando todo estaba consumado. Los marineros del «Pingüino» trasladaron al compañero moribundo hasta la cantina de la «casa de trato», y allí falleció. Vino el juez, hubo averiguaciones, pero no se pudo saber nunca quién había sido el autor de la artera puñalada, suponiéndose eso sí que había sido alguien de la «Nelson».

A Pedro Nauto le correspondió en su bote fletero, por ser el más liviano y barato, acarrear durante dos días a los tripulantes que fueron interrogados por el juez y el capitán de puerto. El ballenero tuvo que retrasar su salida y cuando se preparaba para zarpar, como le faltara un hombre a bordo, el piloto encargado de la gente ofreció al muchacho el puesto de ayudante de cocina, al verlo tan despierto en sus maniobras de fletero. Y así fue como Pedro Nauto, aprendiendo una lección más de la vida, que la desgracia de unos a veces es la suerte de otros, emprendió inesperadamente «el camino de la ballena».

Por suerte ya había vendido su caballo, que entregó a Montet, y recogiendo sus pocas cosas, entre las que se encontraba aquel anillo hallado en el fondo del mar con las iniciales J A, subió a la cubierta del «Pingüino» rumbo a caleta Samuel.

16

Bajando por un sendero de Huite, las cuatro mujeres se dirigían a mariscar detrás de la punta de arenas que, como una península de varios kilómetros, cierra la tranquila rada usada desde antiguo por los barcos de paso para carenarse. Llevaban grandes canastos de junquillo al brazo, bajo sus gruesos pañolones de lana, e iban en busca especialmente de los «huepos», una navajuela grande que abunda cuando las grandes mareas descubren la parte arenosa de la playa que da al golfo de Ancud.

Poco a poco las dos mujeres que cerraban la marcha empezaron a conversar, distanciándose de sus compañeras.

—Ese es un huinque[65], tiñe de color cáscara y sus hojas dan un morado claro —dijo Blanca Vidal a Rosalía Nahuelquén, y señalando otro árbol del camino, frondoso como un canelo, agregó —: La cáscara del raral sirve para teñir de café oscuro y sus hojas dan un verde claro… ¿Y sabes qué color se saca de la cáscara del muermo?

—Café —replicó Rosalía.

—¿Pero qué café?

—Igual que el de algunas ovejas negras.

—¡Si lo dejas podrir ocho días en el agua te da un café colorado!

—Pero la «barba de palo» da café claro.

—Si la mezclas con cadillo[66], avellano, menta y el barro que sale debajo de los pangues, te da plomo… Y mezclada con la lía, de flor lacre, te dará un café granate, y con la flor del palguín, un café anaranjado.

Blanca Vidal era una mujer de más de treinta años, alta, flaca, de tez pálida, que contrastaba con la menudez autóctona de Rosalía. En su locuacidad se mezclaban una auténtica sabiduría de la propiedad de las plantas para teñir y curar enfermedades y una imaginación donde no dejaban de intervenir las brujerías.

—¿Sabes para qué sirve el

boche-boche

? —continuó, mostrando un diminuto copihue rojo que se enredaba a las matas del camino; y sin esperar respuesta añadió—: Es bueno para la anemia de las niñas en desarrollo… Lo mismo que si alguna vez te pasa algo con un hombre machacas chaquihua [67], la haces hervir y te la tomas en ayunas durante tres días…; es el mejor abortivo. Pero no la vayas a confundir con el beo [68], que tiene la hoja casi como la «costilla de vaca» y sirve para matar ratones… La huilipinda sirve para el susto, es una hierba talluda, y tiene la flor como la alverjilla… Para las niñas en desarrollo también es bueno el hualco, o la flor del chilcón mezclada con carbonato de hierro y cascarilla molida. El lápiz, el lacre, el vino tinto, tres huevos y media taza de azúcar hacen un buen jarabe para un anemiado…

—¿Qué es un abortivo? —inquirió Rosalía.

—¿No sabes?… No te hagas la lesa; para botar un chiquillo, pues, si has estado con un hombre y te preña.

—¿Qué es eso de estar con un hombre?

—Hacer lo mismo que hacen las vacas cuando están con el toro en un potrero.

—A las vacas a veces hay que amarrarlas para echarles el toro encima.

—Eso es cuando el toro no sabe trabajar…; pero cuando sabe, como el «clavel» de don Pancho Montet, las empieza a lamer por las corvas y entonces las vacas se dejan.

—Yo no he estado nunca con un hombre…

—Pero te he visto andar con Pedro Nauto.

—Es un muchacho.

—Es casi un hombre.

—Sí, pero hemos andado jugando y besándonos no más.

—¿Quién sabe?… —díjole Blanca, mirando a la muchacha con picardía.

—De veras te lo digo; algo hemos hecho pero no eso todavía.

—¡Ah…, como lo sabías y te hacías la tonta! —exclamó riendo, mientras Rosalía agachaba la cabeza con rubor.

Ya habían desembocado en plena playa. Sobre la larga punta de arenas se recortaban el morro Lobos, y más allá se abría el golfo de Ancud hacia los contrafuertes cordilleranos. El día estaba luminoso y las cumbres de algunos volcanes andinos se mezclaban a vaporosas nubes que descendían fantásticamente hasta el biselado

borde del horizonte. Dos patos de plumaje verde tornasolado se besaban retozando, empujándose con los picos espatulados bajo el agua, y luego el macho se subió sobre la pata, produciéndose un violento chapoteo en el mar que duró varios minutos. Después se separaron recomponiendo sus plumas y la tersura marina volvió a su calma.

—¿En dónde estará ahora Pedro Nauto? —dijo maliciosamente Blanca Vidal, cuando se disponían a mariscar.

—No sé; algunos dicen que en Puerto Montt, otros que se fue en un barco para el sur. Nadie me ha podido dar una razón clara.

—Es mejor que se haya ido…

—¿Por qué?

—Te podría traer mala suerte…

—Yo lo quería, y ahora lo quiero más todavía.

—Pero era un hijo natural nunca nadie supo quién fue su padre.

—A mí no me importaba eso.

—Es que dicen que era hijo de un caleuchano… El viejo su abuelo, cuando empezó a hacer fortuna en Puerto Oscuro, tenía puros animales negros…, vieron muchas veces fondeado el «Caleuche» en la punta Millahuilo y una chalupa que atracaba a la cueva de la Culebra… Una tía mía, hermana de mi madre, cuenta que una vez pasando frente a la casa donde nació Pedro Nauto había un caballo negro y chiquito amarrado a la quincha, y cuando le miró las patas, vio que eran «champallas» [69] de lobo marino… Arrancó corriendo, muerta de susto.

—¿Crees tú que…?

—¡Que sí, que era hijo de un caleuchano!…

—Te preguntaba si crees que algún día volverá.

—Para ti es mejor que no vuelva, y, por lo demás, los que navegan en el «buque de arte» no desembarcan nunca más…, van por el mundo siempre errantes. Pero no te aflijas por eso, yo te voy a dar agua de la flor del yatui [70] para el olvido.

—¿Qué agua es esa?

—De una planta que crece en una calavera, y por eso borra los pensamientos en la cabeza de los vivos.

Arrodillándose en la arena, Rosalía empezó a agitarse convulsivamente. Luego cayó de bruces y se echó a gemir con un llanto sordo, soterrado, ocultando su cara bajo sus rollizos brazos

que temblaban como dos guiñachos, esas tiernas raíces de las nalcas que afloran cual grandes gusanos vivientes.

En lontananza, sobre las cabrilleantes aguas del golfo de Ancud, algodonosas nubes representaban una ciudad de oquedades y cúpulas tornasoladas, bajo las cuales se vislumbraban calles de plata y oro.

Para Blanca Vidal, aprendiz de machi, aquella era la Ciudad de los Césares, la base naval del «Caleuche», donde se «socorría» a los embrujados tripulantes y de donde el «buque de arte» obtenía el oro para sus correrías y fechorías, corrompiendo la conciencia de «los limpios».

Segunda Parte

¡Ballena a proa!

1

El capitán Julio Albarrán se despertó malhumorado de su obligada siesta detrás de los islotes del archipiélago de Melchior. Un vívido sueño lo había transportado por algunos instantes a miles de millas de distancia; pero la cruda realidad le había hecho sacar la cabeza de nuevo entre aquellos cantiles de roca y hielo en mitad del mar de Bellingshausen, el más tempestuoso de los que bordean el casquete polar antártico. Más que islas, aquellos eran verdaderos témpanos encaramados sobre los picachos de algún cráter emergido de las profundidades oceánicas. Aquellas moles de roca y hielo se entreveraban, dejando en su interior una guarecida bahía cuya superficie apenas se levantaba como la respiración de un pecho cuando las olas de la tormenta penetraban por los canalizos convertidas en hinchadas venas de agua. El «Leviatán», un ballenero con sus doce hombres de tripulación y su capitán, se mecía suavemente entre aquellas ondas como si estuviera en un lago, mientras a unos centenares de metros el temporal bramaba chocando contra el ruedo de las islas.

Permanecía fondeado con una sola ancla, dispuesto a levarla en el momento propicio; pero este hacía más de un día y una noche que no llegaba. Una vez que amainó un poco, al salir a mar abierto, otra tormenta de esa fábrica de tempestades que es la Antártida se dejó caer tan súbita y violentamente que el pequeño cazador de ballenas volvió a refugiarse como un perro apaleado. Sus trece hombres ya estaban nerviosos con la inacción en medio de esos sucesivos temporales; sólo Albarrán conservaba la calma, o aparentaba conservarla, como siempre lo hacía delante de su tripulación. El joven piloto Elías Yáñez subía y bajaba del entrepuente, donde se entretenía jugando a las cartas con los dos ingenieros. De vez en cuando dejaba caer una de esas maldiciones que si no se largan envenenan el alma de un marino, para que la oyeran de soslayo el capitán o el contramaestre Tomás Bárcena, quien también había apoyado la idea del capitán de ir a cazar

ballenas al oeste de las Shetland del Sur, teniéndolas más a mano —según él— en las cercanías de la isla Decepción, donde estaba instalada la planta de la Compañía Ballenera de Magallanes.

Sentándose en su litera, en la cabina que al mismo tiempo servía de sala de cartas, el capitán Albarrán hizo taconear sus gruesas botas balleneras como para contrarrestar ese rumor del mar que se oía como los pasos de un gigante que se acerca pero que nunca llega. Trató de recordar el placentero sueño, pero a medida que avanzaba, se le caían los retazos más gratos en un pozo de olvido y salían a la memoria otros de una realidad vivida que no encajaban en la atmósfera soñada. Recuerdos verdaderos que se mezclaban a la ficción del sueño, y que le hicieron pensar que no era lo mismo rememorar despierto lo que se había vivido dormido…

En su larga vida de ballenero, siguiendo año tras año la corriente de Humboldt, que va desde la Antártida hasta las islas Galápagos, cuyo plancton, nutrido por los limos de los ríos andinos, es el más fértil del planeta, se había acostado con muchas mujeres en Guayaquil, Callao, Antofagasta, Valparaíso, etc.; pero ninguna le recordaba aquella que parecía estar acostada sólo en su sangre, y que salía a retozar a la superficie de sus sueños como esos delfines que juegan al amor cuando el mar está más en calma.

La recordaba por primera vez en un prado bordeado de un bosque junto a un acantilado. Venía como una aparición blanca y azul, que lo tomó de la mano y juntos dieron un paseo bordeando el cantil boscoso, hasta que lo dejó abandonado esfumándose en una bruma tan profunda como sus inolvidables ojos.

Pero, ahora, durante la siesta había venido a retozar como esos dos delfines que en una ocasión viera detrás de la isla Tenglo, cercana a Puerto Montt. Eran una tonina azul y otra blanca, que saltaban varios metros fuera del agua y se dejaban caer en tirabuzón rasgando la sedosa piel del mar a la luz de la mañana.

Como aquellos dos delfines había bailado él con la mujer del sueño en una casa de la vida alegre en la calle Carampangue, en la ciudad lacustre de Valdivia. Esa calle pavimentada con gruesos tablones de alerce, y que resonaba como una guitarra al compás de la cueca que bailaba una pareja iluminada por otro tablón de luz que asomaba por la puerta entreabierta. Adentro se oían arpa, guitarras, tamboreo y huifas.

Él había entrado a la casa por el tablón de luz, como siempre, medio acoquinado, cuando se dirigía a esos lugares en los puertos. Dos hombres se le acercaron portando una gran damajuana de chicha de manzana. La damajuana era más grande que ellos y la inclinaron para que él pudiera beber. Trató de hacerlo cuando la sidra salió a borbotones; pero no tenía vaso. Dio un tarascón como un perro hambriento al líquido; pero sólo aspiró una espuma blanca, algodonosa, que lo atoraba. Los dos hombres se pusieron a reír burlonamente de su desesperación… Y le inclinaban el envase burbujeante como diciéndole: «bebe, bebe si puedes». Reían a carcajadas burlándose de su sed. Entonces una mujer que estaba parada entre el arpa y las guitarras se acercó compasiva y lo invitó a bailar. Desde más allá del tablón de luz, como el fanal de un faro, se oía venir una música lejana. Era el vals «Ángela mía», que con su madre escuchara desde la popa de un velero el día de su partida. El velero iba a Australia, cuando su padrastro lo sacó del puerto de Ancud con su remolcador a mar abierto. Las dos naves se desabracaron. Vio llorar a su madre a escondidas, sin saber por qué.

Por el tablón de luz se deslizó con la mujer hacia la música lejana. Iban por las calles entabladas de Valdivia, gozosos; después…, ¡oh!, danzaban sobre el río mismo. Él la miraba de alto abajo y por primera vez percibió que no tenía pies, sino aletas; sus piernas eran como pequeñas aletas finas de la cauda de la ballena de aleta. Y él no podía seguirla con esas gruesas botas balleneras que trataba de quitarse restregándolas una contra la otra, como lo hiciera en el naufragio de «La Pinto». Pero, con todo, la acompañó en la danza, aunque torpemente.

Las suaves colinas que daban al río estaban cubiertas de manzanos floridos. Iban deslizándose en un abrazo nupcial, gozoso, por las aguas, hasta que llegaron a la desembocadura, donde rompían las grandes olas del Pacífico con rumor de bordonas gigantescas. Pero no eran olas, sino ballenas azules, cuyos lomos se alineaban en dos filas que les daban paso, elevándose sus potentes chorros de agua hasta el cielo mismo.

Pero no podía, no podía seguir la danza de la bella mujer desnuda, con un cuerpo tan blanco como el nácar de la ballena franca. Se le llenaban las botas de agua. Se hundía, mientras la mujer intentaba desprenderse de sus brazos. Trató de dar una

brazada para alcanzar a la mujer nadando; pero esta se escapó en una bruma azulosa.

Al despertar, se encontró con las frazadas enrolladas entre las piernas, envueltas casi en el miembro. Con rabia, las lanzó fuera de la litera de un manotazo. En el piso de la cabina, aquellas mantas quedaron como una grisácea ola seca.

Al llegar a esta parte de sus recuerdos rióse de sí mismo. Un regusto grasoso, con olor a pescado, le vino del vientre, y se acordó del pingüino adelíe entero que se había comido a la hora de almuerzo.

Recordó que en la mañana había bajado con algunos tripulantes hasta una plataforma de hielo cubierta por una bandada de pingüinos adelíes. Estos, que no conocían al hombre, se acercaron meneando sus picos rojos y con sus vivos ojos envueltos en su característica orla amarilla. Parecían escolares en vacaciones. A remazos voltearon los primeros, y luego, como vieran tantos y tan confiados, empezaron a matarlos a patadas, con lo que hicieron una buena provisión para el barco. Ya a bordo, Fabián, el cocinero, le había asado uno entero, que se lo comió como el mejor pato asado, tan ansioso estaba de carne fresca que no fuera el filete de ballena o el lomo de la foca cangrejera, la única comestible en la Antártida.

Después se había tendido en su litera para hacer la digestión, y se fue quedando dormido con el ulular del viento en los obenques que se apernaban sobre el techo de la cabina. De vez en cuando venía entre el viento el croar de los pingüinos desde la lejanía, como si llamaran al congénere fondeado pesadamente en el vientre del capitán. Algo se removió en su conciencia, al imaginar a los pingüinos como una pequeña humanidad perdida entre los hielos, y tal vez por eso su conciencia había aleteado fugazmente a miles de millas de distancia, hacia regiones más benignas que esos inhóspitos hielos polares.

Rió con tristeza. Todo había sido a causa del pingüino. Y de ese temporal que bramaba afuera. Del viento haciendo vibrar los estayes de alambre de acero como si fueran las bordonas de una guitarra, y ululando, como un sordo órgano fantasmal, en la ancha boca de la chimenea, que quedaba detrás de la cabina.

Aguzó el oído para medir la fuerza de su eterno enemigo. Este, a ratos, parecía aquietarse; pero luego bajaba en bandazos violentos,

como si quisiera arrancar al «Leviatán» de cuajo de su escondrijo entre los islotes de Melchior.

Poniéndose su chaquetón de cuero forrado en lana, el capitán Albarrán bajó al retrete que compartía con sus oficiales de cubierta y máquinas. Alguien había dibujado sobre la pintura blanca una mujer desnuda; y tal vez otro, con la punta de su cigarrillo encendido, le había marcado el sexo. Por el orificio de la pintura deteriorada se asomaba el hierro oxidado, como un pequeño ojo opaco y triste.

Después de dos días con sus noches de capear el temporal, al tercero amaneció con esa paz de cristal, que sobreviene a las sucesivas tormentas antárticas que allí nacen, pero que adquieren su máxima intensidad cuando atraviesan el mar de Drake y barren las estepas de la Tierra del Fuego y la Patagonia.

Pero el capitán había mandado disminuir los fuegos de tal manera para ahorrar carbón, que la presión de las calderas se levantaba lentamente para poder salir de nuevo a alta mar. Todos andaban de mal humor con esto, pues podía dejárseles caer encima una nueva sucesión de temporales.

—¡El viejo está medio leso! —dijo uno de los más antiguos marineros, mirando de reojo hacia el puente de mando.

A escondidas llamaban «el viejo» a Albarrán, que tendría poco más de cincuenta años, pero que ya tenía la barba encanecida. Sin embargo, lo amaban como a un padre o a un dios a bordo, pues además de sus salarios cada tripulante tenía participación en el valor de una ballena cazada. «La mascada» como ellos la llamaban; iba desde los veinte pesos del capitán hasta los dos pesos del cocinero, por cada animal entregado en la rampa de la factoría de la isla Decepción. Por eso andaban de mal humor; los sacrificios que significaba ir a cazar ballenas a la Antártida sólo podían compensarse con una buena ganancia, y esta la daban exclusivamente las ballenas, y, sobre todo, el olfato del capitán para encontrarlas y su puntería para no errar con el arpón. Era, pues, como un padre que daba una mascada a todos sus hijos cada vez que él cogía la mayor, y un dios, para adivinar debajo de las aguas dónde se encontraban las manadas de ballenas azules, de aleta franca o cachalotes. Él tenía, asimismo, toda la responsabilidad de

lo que podía ocurrir a bordo del ballenero y de lo que pudiera ocurrirle a este sobre la inmensidad marina. Y de allí el mal humor, por esa inacción de dos días sin cazar una sola ballena, y luego, cuando el tiempo se había compuesto, los fuegos apagados para ahorrarle el carbón a la Compañía. Allí estaba el origen de las miradas torvas hacia el puente. Todos sabían que el capitán tenía una comisión en el ahorro de combustible y otros materiales del buque; así que en ese carbón ahorrado él también llevaba «su mascada» junto con el primer maquinista.

—¡Aguas celestes, muy frías! —exclamó el piloto, mirando los contornos donde se hallaba fondeado el ballenero.

—¡Color verde botella, menos frías! —le respondió el capitán.

—Y más posibilidades de encontrar ballenas —replicó Yáñez, con una mirada de soslayo.

—A mí no me enseña nadie dónde debo encontrar ballenas.

—Quién sabe…

Ambos hombres conocían el mar de una ojeada. Ambos también creían conocerse, aunque en una ocasión Albarrán había dejado caer una frase que había quedado dándole vueltas en la cabeza al joven Yáñez: «Nunca se llega a conocer del todo a un hombre», le había dicho.

Elías Yáñez era del mismo pueblo que el capitán, Ancud, la pintoresca capital del archipiélago de Chiloé. El único y más hermoso mar interior que hay en la larga costa occidental de Sudamérica. El piloto bordeaba los treinta años, y su contextura, más menuda, enjuta y nervuda, contrastaba con la corpulencia del capitán, que era más ancho de hombros, con cuello de toro y unas manazas hechas para hacer miriñaques con cables de acero. Una negra y rizada barba cubríale el cuello y el rostro; en cambio, en la cara gordiflona del capitán los pelos raleaban en las mejillas, y las canas le daban un aspecto de foca recién salida de los hielos. El uno parecía un elefante marino y el otro un leopardo de mar, foca fuerte y pesada la una, astuta y elástica la otra. Ambos arponeaban; pero una vez que al piloto y segundo de a bordo se le escapó una ballena alfaguara a treinta metros de la proa, la tripulación le pidió a Albarrán que no soltara más el cañón arponero. Este había aprovechado la ocasión de solidificar su prestigio del mejor capitán arponero de la flota de cinco balleneros de la isla Decepción, a

pesar de que había traspasado el umbral de los cincuenta años.

Sin embargo, en esta última temporada de caza le había ocurrido un hecho que guardaba como un intranquilo secreto en el fondo de su corazón: empezaba a latirle el ojo cada vez que iba a precisar el punto de mira en la ranura del cañón y esta sobre el escurridizo pedazo de lomo negro del cetáceo, que asomaba rodante entre las olas. Le latía y le lagrimeaba, y en más de una oportunidad había dado en el blanco sólo por ese gran instinto de cazador que por precisa puntería. En una ocasión había apuntado con el ojo izquierdo en vez del derecho, sin que nadie, por suerte, se diera exacta cuenta. Después de cazar diez o quince ballenas durante el largo día antártico, había sentido un intenso dolor de cabeza, que le agarraba el lado derecho hasta el oído.

Todo esto le hacía temblar, al pensar que podría entregar el cañón a su segundo o a algún otro. La Compañía exigía, y era la tradición que el capitán fuera el arponero. Ni quería suponer que aquello fuese el comienzo del fin de sus treinta y cinco años de ballenero.

Otro síntoma también empezaba a preocuparle. Cada vez se iba poniendo de más mal genio y soportaba menos la chambonada de un tripulante. Y una especie de idea criminal se le aposentaba como un gusano negro en la mente cuando se topaba con un torpe o un débil: le hubiera torcido el pescuezo como a una gallina y lo habría lanzado al mar como una basura. Pero no sólo era eso; otras veces tenía el temor de encontrarse cerca de un martillo o un fierro con el cual le daban deseos de asestarle un mazazo en la cabeza a alguien. Esto lo atormentaba, y pensaba que a lo mejor era la consecuencia de haberse pasado toda la vida matando ballenas. ¿O era en el fondo de sí mismo algo así como un criminal que trataba de esconderse de su propia conciencia y de los demás aparentando a veces bondad? No podía respondérselo. Ocasionalmente pensaba en Dios, pero no creía en él desde que en el Seminario donde se educara en Ancud lo hicieran confesarse y comulgar todos los días a las siete de la mañana. Después había hecho otras pruebas para que Dios concurriera en sus momentos de peligro o apuros, y como no le respondiera, no se preocupó más del asunto. Podría existir o no existir, para él era lo de menos: lo único que sabía es que desde los quince años, en que abandonara el internado del Seminario en el

tercer año de humanidades, había tenido que batírselas por su cuenta. Por todo eso le había salido esa frase desde adentro: «que nunca se conocía del todo a un hombre». Al decírselo a su piloto, se refería más que a nadie a sí mismo.

—Usted está empezando recién, Yáñez —dijo Albarrán a su piloto después de pasearse un rato por el puente.

—Y usted terminando —respondióle rápido, desde el ventanal abierto donde estaba acodado.

—¿Terminando?… —rugió el capitán—. ¿Quiere venir conmigo para enseñarle a usted algo sobre ballenas?

—¿A dónde?

—¡Allí… detrás de ese islote! —profirió, señalando una colina de hielo y roca aposentada en mitad de la bahía.

Yáñez lo miró no sabiendo si hablaba en serio o bromeaba. ¿Acaso lo estaba desafiando a pelear fuera del barco? Por un instante pasó por su mente lo que le había contado el capitán de sus tiempos de piloto. En una ocasión, el capitán de su ballenero lo había dejado a bordo en una guardia que no le correspondía, por fregarlo, y él se había ido a remoler al puerto. Cerca de la medianoche lo llamó con los pitazos de reglamento. El capitán llegó y le preguntó por qué lo llamaba tan urgente. «Para pegarte» le respondió, y se había trenzado con él a bofetada limpia. Después dejó el barco. Ahora, en esas soledades, no era posible dejar así no más un barco e irse por los muelles ciudad adentro. Aunque se agarraran a bofetadas, tendrían que hacerse frente por la eternidad de toda esa temporada de caza. ¿No estaría poniéndose un poco loco su capitán? Últimamente le había notado algunas actitudes raras, y el mal genio se le había agravado casi tanto como los ataques de ira de Fabián, el cocinero, que era el otro que hacía poner los pelos de punta a la gente a bordo.

—¿Qué vamos a hacer los dos allí? —dijo el piloto, con calma de macho que no tiene temor por el reto de nadie.

—Ya lo va a ver…, si es capaz de seguirme —repuso el capitán con dudoso acento.

—¿Por qué no? ¡Vamos no más!

Cuando la ballenera bordeaba el islote con sus cuatro remeros, el capitán a la bayona y de pasajero su piloto, aquel hizo parar la

boga y con la viada acercó la chalupa hacia una especie de ancón que se abría entre el hielo y la roca.

—¡Allí amarrábamos las ballenas con trapas de lona! —exclamó, señalando un hierro enmohecido encajado y cimentado en la grieta de una roca.

Era un riel de ferrocarril con un hoyo para pasar una maroma en un extremo; pero aquel fierro elaborado por la mano del hombre para otros fines, puesto allí, en esa desolada intemperie, en medio del mar seguramente más solitario del planeta, tenía una dramática presencia de insólito rastro humano.

—En vez de hacerlo con las caronas al costado del ballenero, veníamos a faenar aquí, sin temporales.

—¡Miren allá abajo! —gritó uno de los marineros, agachando la cabeza por sobre la borda.

Todos miraron al fondo marino, y poco a poco a sus asombrados ojos apareció un espectáculo fantástico y macabro: Cientos, quizás miles, de grandes esqueletos blancos se repartían por el veril o plataforma submarina de aquel archipiélago. Era otro rastro humano… del paso del hombre por aquellas soledades. Eran los innumerables cetáceos faenados en la pestaña de una roca, en ese riel apenas sobresalido para atar el seno de un cabo.

Los grandes cráneos semejaban carros romanos que hubieran ido a volcarse contra esos veriles después de una catastrófica cabalgata. Aunque descoyuntadas, las vértebras estructuraban aún la forma y la largura de los enormes cetáceos mondados al borde del islote como si fueran plátanos. Sólo las costillas se estibaban por doquier, como una flota de fantasmales navíos descuadernados después de un naufragio.

Había algo sobrecogedor en aquel fantasmal osario. Las aguas antárticas son muy transparentes y lúcidas y en su movimiento ondulatorio hacían moverse también aquellas osamentas como si adquirieran extraña vida. De una blancura espejeante, sus reflejos se mezclaban al celeste de aquellas ondas y toda la manada, en un ondular macabro, trataba como de ascender a la superficie. Desaparecida la carne de aquellos monstruos, quizás por cuantos años, los calcinados huesos habían adquirido una expresión de pureza como si testimoniaran algo. Era como si el tiempo estuviera preguntando algo al agua; como si el mamífero más grande que ha

producido el planeta en todos los tiempos, le estuviera preguntando a ese otro mamífero visitante ¿por qué había curvado esas tablas imitando sus costillas y echádose al mar en su persecución como la más fiera de las fieras? Porque en su pasado remoto la ballena había sido también un mamífero terrestre que acosado por otras fieras buscó el camino del mar para salvarse. ¿Acaso no lo estaban demostrando sus órganos tan iguales a los del hombre que hasta las manos y pies aún conservaban vestigios de falanges envueltos en los guantes de grasa de sus aletas? ¿No tenía que regresar acaso a la tierra, la patria de origen, cuando se sentía enferma o tenía que morir de vieja? El mar era su segunda patria, a él había adaptado hasta un órgano misterioso que transformaba el agua salada en dulce para beber como lo hacía antiguamente en la tierra. Pero ese otro pequeño mamífero había invertido el orden de la naturaleza acomodándolo a sus designios. Y como un pulgón venía a clavarle una lanceta sobre su lomo. Todos estos interrogantes parecían desprenderse de las ondulaciones de los mondos huesos blancos y subiendo en la transparencia de aquellas aguas lengüeteaban suavemente su resaca remota en los bordes de la obra viva de la chalupa ballenera. ¡Sí, era el tiempo el que interrogaba al agua, no pudiendo remover siquiera esas conciencias que flotaban sobre esas cuatro tablas curvadas!

En esos instantes una bandada azulada planeó por sobre el ballenero y fue a caer en abanico en el redoso del islote. Los tripulantes de la chalupa levantaron por unos momentos sus ojos al cielo para seguir el vuelo de los pájaros azules. Eran petreles Wilson, un poco más grandes que las golondrinas de mar y con ese mismo plumaje. Se sostenían sobre las aguas con sus membranas natatorias y con la vibración de un rápido aleteo. Parecía un milagro ver aquellos pajarillos sobre las aguas picoteando los corpúsculos del plancton, como la sombra más vívida de la vida en aquellos parajes.

—Los vascos fueron los primeros que cazaron la ballena en barcos —dijo el capitán, dirigiéndose a sus cuatro remeros, pero mirando de reojo a Yáñez, y prosiguió con sus opiniones y enseñanzas irrebatibles, como un profesor que se encontrara ante pequeños escolares—: Pero primero cazaron sólo las ballenas enfermas que iban a vararse a sus playas. Después se cebaron con su

carne y con su grasa para sus lámparas y se echaron en barco a la mar. La palabra arpón viene del vasco *arpoi*. Ellos llegaron cazando ballenas hasta Terranova, Escandinavia, y allí les enseñaron a los noruegos a cazar la ballena. Cuando estos aprendieron, los echaron peleando. Como los echaremos también nosotros cuando queramos. Después aprendieron los ingleses y los holandeses. Y peleaban también por los lugares de pesca. Siempre los hombres han peleado como perros por la comida. Iban barcos de guerra acompañando a los balleneros, y, como siempre, el más grande o más zorro se comía al más chico. Este mar en que nos encontramos ahora lo descubrió un tal Bellingshausen; dicen que era un explorador ruso, pero para mí que andaba detrás de las ballenas… En un libro de sus exploraciones leí que ese pingüino chico que comimos, ayer se llama «Adélie», porque se lo puso el ruso ese, y era el nombre de su mujer, que era francesa… ¡Cómo sería cuando la comparó con ese pingüino! —rió el capitán con una extraña carcajada, recordando el sueño que había tenido a propósito del pingüino ingurgitado, y rió su gente, como un eco, sin saber por qué, menos el piloto Yáñez, que permanecía con cara de aburrimiento—. Dicen que los japoneses también cazaban antiguamente subiéndose en pelotas al lomo de las ballenas. O largaban delante del animal arponeado una red con barriles de flotadores, entre los que la ballena se enredaba y se jodía. Allí la remataban y luego en la playa la destazaban, llevándose cada uno su lonja de carne y de grasa. Siempre ha sido lo mismo; ahora nosotros también llevamos nuestra lonja, pero en plata. Claro que la Compañía se lleva casi toda la ballena…; pero ella pone los barcos, el carbón, los aparejos y los víveres…

—¡Qué víveres! —refunfuñó uno—. ¡También los sacamos de la ballena!

—Pero todos comemos algo —dijo el capitán filosóficamente, y continuó entusiasmado con su charla—: Yo estuve aquí cuando tenía dieciséis años, en el «Justina», un ballenero aparejado de bricbarca de una señora Toro, de Talcahuano, viuda de un danés que le había dejado el barco. Era más jodida la mujer que un hombre para mandarnos a cazar ballenas… ¿Qué sería del «Justina»? —exclamó con nostalgia—. Era pintado de negro, con portalones blancos en la obra muerta, simulando baterías. Tres palos, trinquete y mayor con velas de verga, y atrás, en la mesana,

una de cuchilla. Salíamos en cuatro chalupas balleneras cuando avistábamos las ballenas y cada chalupa se iba detrás de un cetáceo. El arponero tenía que ser un gallo para enterrarlo de un viaje. El piloto trancaba el sedal con un pie en el barril donde estaba arrollado a popa, y él se cambiaba de lugar con él arponero para rematarlo. Todos tenían que andar muy listos. Entonces los huevones no cundían a bordo, pues con la chambonada de uno cualquiera la chalupa se enredaba en el sedal y la ballena se la llevaba bajo el agua… Y si era cachalote, entre sus colmillos iban a reemplazar a los pulpos que comen estos animales… Entonces no se cazaba casi la ballena azul y menos la *finback*, que es la más loba; anda veinte nudos por hora… Después de arponeadas, se llevaban al lado del velero, siempre por estribor, y se estrobaban con las caronas y se sostenían por las trapas de lona. Así se destazaba a la orilla del navío. Los pedazos de carne y grasa eran izados a cubierta por los chinguillos y metidos en grandes pailas de cobre sobre fogones de ladrillo. El fuego tenía que hacerse con los mismos chicharrones de ballena, a los que se les había sacado la grasa, pues la escasa leña que llevábamos se guardaba como oro para encender la primera llama. Los hombres de antes no se parecían a los de ahora. Tenían que ser muy listos para destazar sobre el lomo de la ballena al costado del barco y no caerse al agua, y los fogoneros y paileros derretir la grasa sin incendiar el barco. Estos barcos iban y venían por la corriente de Humboldt desde la Antártida hasta las islas Galápagos. Allá estuve también una vez en la vieja «Tinto», un bergantín de José Maritano, también de Talcahuano. Allí hay una cosa parecida a este riel, que muestra lo habilidosos que son los balleneros. Está en el fondeadero llamado Post Office Bay, en la isla Floriana. Es un barril donde todos los balleneros pasan a dejar sus cartas para que las recojan los barcos que puedan pasar en las direcciones que han puesto… Se pasaban meses y meses siguiendo el camino de las ballenas y no se tenían noticias de tierra. Después un noruego inventó el cañón arponero y todo eso se acabó. Pero el cañón arponero empezó a usarse en Chile del año diez para adelante, o sea, sólo hace otros diez años. Mi padrastro fue el primero que lo usó en la «Yelcho», un ballenero de la Compañía Ballenera de Corral, que después lo compró la Armada y salvó al explorador Shackleton, que se metió y no pudo salir de estos

lugares. Estaba al mando del piloto Pardo. Esa Compañía tenía su base en punta Calvario, al sur de Corral. Era un calvario eso; como lo es ahora Decepción para los que se joden destazando en tierra. Allí yo me hice ballenero. Me embarqué porque mi padrastro me había enseñado a timonear; así que no empecé de pelapapas; como casi todos… Y ya no salí más de esta jodienda… No he estado en tierra más que para desaguar lo que se amontona dentro de uno… Otros guardan su plata para hacerse una casa, buscar una mujer y hacer chicos… Yo, nada, como esos cachalotes viejos que quedan llenos de carroña entre los hielos… Harto mujeriego que he sido, y por eso mismo no he querido que me pongan el gorro… Creo que es natural que una mujer tanto tiempo sola en tierra tenga que meterse con un hombre. Si no, se le amohosa el meadero. Un estridente pitazo puso fin a la disertación del capitán. Era la señal del ingeniero de que había presión necesaria para partir. Los marineros fueron poniendo uno a uno sus remos en las chamuceras. Con un envión de la bayona, Albarrán dio la orden de regreso. Bajo las aguas, con la primera remada de los cuatro bogadores, quedaron temblando los fantasmas del cementerio submarino.

2

El «Leviatán» navegaba con su andar económico de siete millas por hora al sur de la isla de la Nieve rumbo a Decepción. Con su velocidad de caza sus máquinas podían dar el doble; pero iba así porque aún no había topado con una sola ballena. En el puente sólo estaban Yáñez y el timonel. Aquél acodado en el ventanal, que había abierto para otear mejor el mar, frío y grisáceo como el cielo, pero con una claridad espejeante para columbrar cualquier detalle. Era esa luz austral, metida entre mar y cielo como entre dos opacos espejos, y que como ahogada se extiende hacia el horizonte promisorio.

A Yáñez le gustaba navegar así. Desde el puente sentía las vibraciones del ballenero como si fuera una vigorosa ballena de hierro que cruzaba el mar. Inclinando su cuerpo hacia adelante, parecía ayudar en la viada al buque cazador, como si él fuera una proa más sutil, o un mascarón cuyos ojos se adelantaban por los escobenes. Resbalaba su mirada en abanico por aquellos horizontes. A veces el mar se ponía oscuro como un potrero arado, pequeñas olas en permanente aleteo, y sus ojos se clavaban en cualquier pequeño movimiento más oscuro. Sus pobladas cejas empezaban a palpitar creyendo distinguir el lomo de una ballena; pero nada, era sólo un cabrilleo más negro entre el hueco de las olas. De pronto el mar se abrió con innumerables puntos blancos, como si alguien jugara bajo las aguas con puñados de rosas. Se trataba de una bandada de pingüinos que jugaban saltando de las aguas como pequeños delfines. A la distancia, parecían innúmeras agujas dando puntadas sobre la sábana del mar.

Esto lo distrajo, y miró al serviola de guardia en el barril de la cofa. El vigía percibió la mirada de su piloto, y le hizo un gesto desganado con la mano, en relación con los pingüinos.

—Ponga la proa en la punta de aquella isla —dijo, señalando una especie de esquife de nieve que interrumpía la línea gris del horizonte.

El timonel gobernó presto.

—¡Así no más!… —exclamó al ver la proa en el rumbo.

—¡Así no más! —repitió el timonel.

Por un buen rato, el ballenero continuó dejando una estela recta en su camino. Generalmente navegan zigzagueando, como al azar, para abarcar la mayor área de superficie marina. Al ponerse en rumbo fijo, la mirada de Yáñez se clavó en el mar, hacia el horizonte, con desesperación rabiosa. ¿Qué les pasaba? ¿Estaban «meados de perros»?

—No se enrabie, piloto, somos trece a bordo… —dijo el timonel Barría, un supersticioso isleño de la isla Lemuy, que de cazador de lobos y nutrias había pasado a un ballenero.

—¿Trece?… —se interrogó el piloto como dudando, aunque como segundo de a bordo conocía mejor que nadie a todos los que andaban bajo su mando.

—Fabián ha echado a correr que esa es la mala suerte.

—Mala suerte… ¡patrañas! Lo que quiere Fabián es un pinche de cocina. Me lo ha pedido ya varias veces.

—¿Y por qué no se lo dan?

—Ha tenido ya tres, y todos han pedido cualquier trabajo antes que seguir con él.

—Tiene mal genio el viejo.

—Mantenga el rumbo —ordenó Yáñez, fijando otra vez la vista en la isla de la Nieve, como una fina ballena blanca recostada en el horizonte. Después se acodó en el ventanal, siempre oteando de babor a estribor el mar. Sin el más mínimo pensamiento ajeno a la finalidad única de su mente, de todos sus sentidos de cazador.

Estos vibraron cuando se oyó desde la cofa el grito de:

—¡Ballena a proa! —Resonó la voz del serviola, sacando la cara hacia el puente de mando con el dorso de la mano en la boca a modo de bocina.

—¡Ballena a proa! —gritó a su vez el piloto, moviendo al instante la palanca del

stand-by

, el telégrafo de campanilla a las máquinas, cuya aguja se detuvo en la palabra «a toda fuerza».

El tradicional grito lo recogió el contramaestre Bárcena, que enrolaba un cabo al pie del cabrestante, y se fue repitiendo de uno

en uno de quilla a perilla y de proa a popa. Hasta el mismo barco pareció recoger aquel grito secular, porque sus máquinas se movieron haciéndolo vibrar y sus dos hélices lo impulsaron hasta alcanzar catorce millas por hora, su máxima velocidad. La fina y alta proa del «Leviatán» abrió las olas en abanico, y atrás, bajo la popa, iban brotando grandes rosas de espuma.

En un instante todos los tripulantes estaban en sus puestos. El contramaestre revisaba en el castillo de proa el sedal que amarra el arpón a la línea, y un cabo manila[71] de siete pulgadas de grueso, que subía hasta la cruceta del palo trinquete, pasaba por un tecle y caía vertical en la bodega de proa, donde sus cientos de metros se enrollaban en un inmenso carrete de eje bien aceitado para dejarlo desenrollar rápidamente. El segundo ingeniero movió las palancas del winche sobre la cubierta de proa, rechinando cables y engranajes con la salida del vapor que lo accionaba.

El capitán Albarrán salió de su cabina con rapidez, pero tranquilamente descolgó del puente de mando un delantal negro, de lona encerada, que amarrándoselo al cuello y a la cintura lo dejó convertido en un despostador de carnicería cualquiera. En cuanto estuvo listo en el puente de mando, el piloto Yáñez corrió hacia el trinquete y ascendió con la agilidad de un gato hasta la cofa, donde reemplazó al serviola, que bajó a ocupar otro puesto en la maniobra.

Todos andaban tranquilos, pero en su interior estaban como pisando ascuas. Hay un instinto de cazador que se despierta extrañamente en todo hombre que va a bordo de un ballenero. Este instinto tiene su sublimación en el capitán arponero; sigue en los pilotos; trasciende en el contramaestre y sus hombres de cubierta; llega hasta la tranquilidad mecánica de los ingenieros, y hasta en el cocinero, que debe ritualmente cortar las aletas caudales para estrobar[72] la cola de la ballena, tiene un sentido de participación directa en la caza.

No es sólo la «mascada» lo que produce esta excitación, sino que es todo el cerebro, el corazón y el estómago de un ballenero. De trece hombres cuyos destinos se encajan apretándose dentro de un barco ballenero, para formar ese solo cerebro, ese solo corazón duro y valiente, esa sola máquina de precisión que es todo barco cazador cuando ha escuchado el grito de «¡ballena a proa!».

¿Ama el ballenero a la ballena o la odia cuando la persigue y la mata? ¡Nunca se conocerá el misterio de ese corazón humano! ¿Es sólo la paga lo que lo ha determinado a afrontar esa dura y riesgosa vida? ¿Por qué no se ha dedicado en una granja o en un matadero a matar un cordero, un cerdo o un buey? Los cazadores de ballenas desprecian a los que trabajan en tierra, sean destazadores o graseros. Consideran a la base una vulgar carnicería y cocinería, que no tendría trabajo si no fuera por la audacia de ellos, los de a bordo.

Pero debe haber algo más en esa extraña inquietud que produce la caza de la ballena: el hombre, en el universo, está entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. Es un mamífero mediano, y la ballena, el más grande que ha conocido el planeta; por eso tal vez la tierra le quedó chica, y buscó la amplitud del mar, que ocupa las tres cuartas partes del globo terráqueo. Y el hombre gusta desde clavar una mariposa hasta arponear una ballena.

Yáñez, en la cofa, era un manojo de nervios tensos, atados fuertemente por una cabeza fría. Ya no oteaba el horizonte, pues las ballenas se habían sumergido y el cazador se aproximaba al lugar donde se habían divisado los chorros de vapor que levanta su respiración caliente y que, luego se condensa en una fina lluvia como la de un delicado surtidor de una fuente que elevara sus chorros a quince metros. Ahora, el piloto, más que a la superficie, atisbaba las profundidades que se abarcaban desde la cofa a medida que avanzaba a toda velocidad el ballenero. Sus ojos de gato en acecho estaban adiestrados en percibir la sombra movediza que pudiera ascender desde las simas marinas.

De pronto, levantó una mano en dirección de la amura de estribor. Albarrán, atento al movimiento de esta mano, ordenó:

—Cayendo de a poco a estribor.

Casi no era necesario, pues el timonel estaba también atento a la mano del piloto.

—Cayendo de a poco a estribor —repitió la orden como un susurro, dando vueltas a las cabillas del timón.

La ballena azul y la *finback* son las que más permanecen sin respirar bajo el agua. A veces el doble que un cachalote, que sólo permanece unos veinte minutos.

A bordo del ballenero sólo se oía el zumbar de las máquinas.

Cuando nada le inquieta, la ballena acostumbra avanzar a una velocidad de seis millas; pero si presiente peligro duplica y triplica esta velocidad, sobre todo la azul, que es la más grande y veloz. Tiene un oído finísimo; en cambio, sus ojos, de un color café oscuro con reflejos azules, como los de un caballo zaino, son muy pequeños para su talla; situados a los costados de la cabeza, detrás de las comisuras de la enorme boca, sólo pueden mirar de lado, no ven lo que tienen al frente. Además, adaptados a las profundidades, al llegar a la superficie el cristalino concentra mucho los rayos luminosos y se ve obligada a cerrar sus pupilas.

Sacando medio cuerpo del barril de la cofa, el piloto hizo una nueva señal a su capitán. Este acercó su voz al oído del timonel, y el «Leviatán» empezó a caer rápidamente al lado contrario, a babor. Con otra seña de la cofa, movió la palanca del telégrafo y se paró el ruido de las máquinas. Al mismo tiempo, salió del puente de mando y se deslizó velozmente, a pesar de su macicez, por la pasarela que comunicaba el puente con el castillo de proa, donde ya dos marineros habían cargado silenciosamente el cañón. Al tomar el arma por la culata, el capitán sufrió una transfiguración. Toda la tripulación tenía puestos en él sus ojos, sus corazones palpitantes, su anhelosa mente. El hombre curvó su corpulencia sobre el punto de mira y movió horizontalmente en abanico como barriendo los contornos con la boca del cañón. Después lo hizo verticalmente, como buscando algo bajo las aguas. Miró hacia la cofa, donde una mano se movía con la majestad del ala de una gaviota. Había una coordinación perfecta entre capitán, piloto y timonel. La cofa orientaba al arponero, y este, a su vez, con una mano o con el propio movimiento del cañón, daba órdenes al timón. No era ya un hombre el capitán, sino un felino, un tigre o un zorro agarrado al cañón. Sus movimientos de cabeza eran rápidos, cortantes, ya hacia la cofa, ya hacia el mar, como si lo estuviera midiendo a trazos, de pulgada a pulgada.

De pronto se oyó un bufido por la amura de babor; luego, otros dos y tres, más potentes, y cuatro lomos oscuros, de reflejos violáceos, abrieron las aguas como afiladas colinas negras. Los resoplidos elevaron sus característicos chorros que se esparcieron como grandes helechos fluviales y una cola de enormes aletas, que parecían abrazar el horizonte, se hundió en el mar con un esguince

burlón.

Albarrán no hizo nada por disparar. Las cuatro ballenas habían emergido como a setenta metros del ballenero, y la precisión del tiro no es aconsejable a más de cincuenta.

—¡A toda fuerza la máquina! —se le oyó gritar fuera de sí.

El hombre del timón repitió la orden a las máquinas, esta vez por la bocina de bronce junto al telégrafo.

El «Leviatán» volvió a estremecerse con todo el poder de sus máquinas; como un corcel brioso volvió a tomar impulso y su proa empezó a trazar un surco más hondo en las aguas. Al cabo de un rato volvieron a transmitirse las órdenes de «media fuerza», «despacio» y «para la máquina». La tensión, que había dado un respiro, volvió a subir por el trinquete, bajar al cañón y al timonel. Sólo el ingeniero permanecía imperturbable junto a su winche, y también el cocinero, asomado en la puerta de su rancho con una cacerola en la mano.

De súbito, todos se tensaron al escuchar el fuerte estampido y una nube de pólvora envolvió al capitán y su cañón, como un dios en su trono del castillo de proa.

Desde el tecle amarrado en lo alto del palo trinquete, haciendo juego con otro apernado en la cubierta, empezaron a salir vertiginosamente la ceba[73] y la «línea», y por la proa se hundían en el mar con la misma velocidad.

—¡A toda fuerza la máquina, carajo! —bramó el capitán.

El ballenero se lanzó otra vez a toda su velocidad, mientras los carretes apernados en la carlinga continuaban largando la soga que subía hasta el tecle del trinquete, que se curvaba como una caña de pescar, y de allí directamente a la profundidad marina, donde la ballena herida tironeaba en su fuga pavorosa. Quinientos, mil, mil quinientos metros del grueso cabo manila salían haciendo zumbar los tecles.

Al rato, un rosal de espumas sanguinolentas se abrió a la distancia por la proa del «Leviatán»; dos aletas se sacudieron en medio de ella, y volvieron a hundirse para emerger en la misma forma tres o cuatro veces más…

Los tecles retiemblan, la ceba se estira como una cuerda elástica. Son los resortes de los amortiguadores bajo cubierta, que sostienen el chicote del cabo cuando éste se ha desarrollado íntegramente y el

cetáceo tironea desde la profundidad.

Sobre el plomizo espejo del mar vuelve a reventar la rosa de espuma y sangre a gran distancia; pero ahora, de sus pétalos sonrosados y burbujeantes se levanta un cuerpo negro que hace un esguince en el aire y se desploma parando las dos aletas caudales, que se abren como dos brazos al cielo, también gris, pero luminoso. Unos cuantos sacudones, cada vez más débiles, anuncian los estertores de la agonía.

—¡Cobrar la espía! —grita el capitán desde el castillo, y el impávido ingeniero mueve sus palancas con estrépito de vapor y hierros y el cabrestante comienza a recoger la ceba y la línea que empiezan a volver a su carrete.

El cazador y su presa acortan la distancia. La ballena no ha muerto del todo, pero, ya sin sus poderosas fuerzas, se la ve oscilar horizontalmente como un péndulo, saliendo a estribor y babor de la proa, suspendida de la espía. En cada sumergida saca su enorme trompa fuera del agua, se abren las mandíbulas gigantescas y por entre sus barbas saltan espumarajos de sangre que van cubriendo el mar de un manto violáceo, y una profunda nota de órgano se deja oír, como si saliera de las entreabiertas puertas de una iglesia.

Mordiendo así aún a su invisible enemigo entre el aire y el mar, la ballena es recogida hasta la proa misma del ballenero, donde el capitán va a cumplir el tradicional remate, rito que se conserva desde cuando en las chalupas balleneras el patrón cambiaba su puesto con el arponero. La espía ha acoderado el cuerpo de la ballena moribunda a las planchas mismas que quedan bajo la plataforma de la proa, en la línea de flotación. Dos marineros llevan al castillo una lanza de acero con un larguísimo mango de madera. Albarrán la toma con ambas manos como si fuera a dar un gran salto de garrocha desde la proa al horizonte marino. Los dos marineros se retiran respetuosos, como dos acólitos ante el rito. Toda la tripulación dirige sus miradas hacia el último oficio de su capitán. Este levanta los brazos y la arroja como si una ola le hubiera entrado en el pecho, y hunde, con todas sus fuerzas, desde la alta proa, el hierro que se va abriendo paso por la capa de grasa, de la carne; en busca de la región de los pulmones y el corazón. Un nuevo chorro de sangre sube como un surtidor que quisiera alcanzar al capitán. Este saca el pañuelo y se enjuga en la frente una corona

de sudor, y levantando la visera de su negra y sebosa gorra, se retira satisfecho.

La tripulación continúa la faena bajo las órdenes del piloto y el contramaestre. Dos hombres hunden otra lanza de hierro hueco hasta las entrañas del cetáceo, con una bomba; de aire a presión lo inflan como si fuera un flotador.

La ballena, que ha sido remolcada más a popa para inyectarle aire, muestra en su lomo, por el flanco izquierdo y cerca de la cabeza, un extremo del arpón de más de metro y medio en forma de horquilla de tres pulgadas de grueso, que no había alcanzado a penetrar del todo. Pero en el otro extremo, la granada atornillada había estallado, abriendo la espoleta cuyos garfios se habían agarrado a la carne del animal para no dejarlo salir con los tirones de la ceba. Con la inyección de aire, o bien por esa característica de los peces que una vez muertos ponen el vientre arriba, la enorme mole se fue dando vuelta y dejó en la superficie una gran panza blanca, de un blanco nacarado y espejeante, con estrías plomizas, que se abrían y cerraban como el fuelle de un inmenso acordeón. Este estómago elástico sirve a la ballena para almacenar las toneladas de plancton que necesita para su alimentación, especialmente del *Euphausia superba*, un diminuto camarón.

La cazada era un hermoso ejemplar de ballena *finback*, casi tan veloz como la azul y tan difícil de cazar. Los marineros le amarraron una boya de madera pintada de blanco con una leyenda que decía «Leviatán». El contramaestre Bárcena fue el último en oficiar sobre el cuerpo del enorme animal: trajo una bandera de cuadros negros y amarillos sobre un asta de madera con punta de hierro, y se la clavó en el blanco vientre, que se encogía y distendía como un acordeón. Era el gallardete del cazador.

—¡Listo! —exclamó, dirigiéndose al puente donde estaba el piloto.

—¡Desabracar! —ordenó Yáñez, y la mole gris y blanca quedó flotando entre dos aguas, con su banderín de sol y noche, mientras el ballenero partía otra vez a toda máquina detrás de las otras tres *finbacks*.

Poco más de media hora más tarde se volvió a escuchar la voz de la cofa que gritaba:

—¡Ballena a estribor!

La caza de la segunda ballena se realizó esencialmente casi en la misma forma que la anterior; no así en la tercera, en cuyo primer arponazo la granada no reventó en el interior del animal, y se produjo una maniobra bastante difícil de realizar: la ballena, prendida a la espía, pero con toda su vitalidad, empezó a correr paralelamente al barco, cuya proa siguió en lo posible al cetáceo para que no se desprendiera el arpón. Ambos, animal y barco, corrían ahora encima de la inmensidad marina una ruta común, ligados por el cabo manila que desde el tecle al cetáceo producía una gran onda que desflecaba a las olas cerca de la presa. Se cargó rápidamente el cañón con un nuevo arpón, cuyo sedal se amarraba a una nueva espía que pasaba por un segundo aparejo de tecles. La onda se hacía cada vez más pronunciada, a medida que el ballenero se acercaba a su presa. A unos treinta metros de distancia, el capitán Albarrán hizo el segundo disparo, que dio en medio del lomo de la ballena en forma muy precisa. A estas dos nuevas ballenas cobradas, en vez de gallardete se les puso en el asta clavada un farol de bote, y el capitán siguió como un perro de caza rabioso detrás de la cuarta.

Pero el largo día austral, de fines de enero, llegaba a su término. Un crepúsculo ceniciento se dejó caer y el mar empezó a picarse con un resplandor violáceo que venía del oeste. Quedaba una sola ballena *finback* del grupo de cuatro avistada por el serviola. El seguimiento se volvió dramático no sólo contra la ballena, sino por la cercanía de la noche. El piloto Yáñez en la cofa dirigía la persecución implacable del animal ahora solitario. Albarrán en persona al timón bajaba continuamente la vista de su piloto a las aguas cada vez más picadas y oscuras. El barómetro comenzó a bajar y un viento helado empezó a azotar a los hombres con sus cuchillos cercanos al punto de congelación. Casi todos esperaban que el capitán abandonara de una vez la persecución; pero Albarrán, como fuera de sí, estaba cada vez más empeñado en encontrar el solitario cetáceo en medio de la inmensidad, a medida que se acercaba la noche. De pronto, él mismo vio el chorro por la banda de babor, y cerró a ese lado la caña del timón. Cuando el barco puso proa al lugar donde se viera el «espauto»[74], como él llamaba en jerga ballenera el chorro de la respiración, dejó el timón al marinero y corrió por la pasarela hasta el cañón. Desde allí volvió

a conectarse con su piloto por señas.

—No se ve casi nada desde la cofa —le gritó Yáñez.

—Baje al puente y haga maniobrar las máquinas —ordenó Albarrán, mientras el viento, ya fuerte, le sacudía la ropa de agua y el sueste amarrado a la quijada con un barbiquejo.

De improviso, como a cuarenta metros, apareció un lomo rodante, confundido con las luces violáceas del crepúsculo. El capitán disparó el cañón; pero una ola pescó al arpón de plano cuando iba a dar en la línea de flotación del animal y resbaló haciendo un «patito», como llaman los muchachos cuando lanzan una piedrecilla muy plana que va patinando sobre el mar. Pero con el «patito», el arpón saltó por sobre el lomo de la ballena sin causarle el menor daño.

Albarrán ordenó recoger rápidamente la espía con el arpón y cargar con otro el cañón. Y prosiguió, obsesionado hasta la pasión, la búsqueda. El ojo derecho empezó a lagrimearle como si fuera el llanto copioso de un niño. Sintió un dolor de cabeza como un machetazo que le rajara desde la mollera hasta el oído derecho. De súbito, apretó la culata contra su pecho. Algo vio con su cerrado entrecejo por la proa. Estuvo a punto de disparar; pero no pudo distinguir si era el lomo de la ballena, una ola más negra o la noche que se había entrado por su ojo hacia su corazón. Una ballena más quedaba por el momento libre por los caminos del mar.

El «Leviatán» viró en redondo. Ubicó primero a la ballena del gallardete, después a las que llevaban sus faroles encendidos como barcos a la deriva, y estrobándolas a sus costados por la cola, puso rumbo a su base de la isla Decepción.

Fabián, el cocinero, fue el que cumplió el último ritual, con un cuchillo noruego cortó las aletas caudales, de varios metros de largo, que cayeron como las alas quebradas de un gran albatros, errante sobre el océano.

3

Con el remolque de las tres ballenas, el «Leviatán» no avanzaba más de cinco millas por hora por el mar de Bransfield, rumbo a Decepción. Las *finbacks*, estrobadas por la cola con gruesas cadenas empalletadas, levantaban una turbonada de olas y espumas, que sobrepasaba la regala, baldeaba la cubierta y se escurría por los imbornales. La fugaz noche antártica de verano ya había pasado, y los muñones sanguinolentos de las aletas caudales tronchadas dejaban al descubierto una ambarina grasa, de un reflejo tan frío como el de la opaca madrugada. Con el andar de la nave y el golpe de las olas contra sus costados, a pesar de que iban remolcadas de la cola, las ballenas muertas abrían sus grandes fauces como tolvas donde rebullía la espuma a la luz del amanecer. De vez en cuando se movían las mandíbulas accionadas por la fuerza de la corriente y daban la impresión de lanzar un grito tragado por el rumor de la espumosa estela.

—¡Otro témpano en los Fuelles de Neptuno! —dijo el contramaestre Bárcena, que hacía su guardia de piloto en el puente de mando.

—¡Si quiere me tiro al agua y le corro un poquito el témpano! —exclamó Téllez, un timonel entrado en años que a veces también hacía guardia de piloto.

—¡Anda a proponérselo al viejo!

Téllez era oriundo de un puerto carbonero del norte, Lebu, y se creía con derecho a hacerles chistes a los «chilotes», como llamaba despectivamente a los isleños del archipiélago de Chiloé, que tripulaban en su mayoría la flota ballenera. Bárcena era de Quetalmahue, la península que cierra por el Pacífico a la bahía de Ancud, y desde su más tierna infancia se había templado con la visión de las olas del océano más grande del planeta, y que también son las más grandes, pues sobrepasan en dos metros de altura a todas las de los otros mares. Era un hombre alto, que se destacaba entre la pequeñez de porte de la mayoría de sus conterráneos. Una

nariz grande le daba un aspecto de moais de la isla de Pascua. Su envergadura era la más imponente de toda la tripulación del ballenero; en especial cuando andaba con sus grandes zancadas, como si fuera montando olas, o daba brazadas potentes como si dos remos dúctiles estuvieran amarrando un cabo. Era de carácter tranquilo, de pocas palabras y sin las obscenidades con que acostumbraban a mandar a su gente los contramaestres balleneros. Esto hacía que tal vez fuera el hombre más estimado del barco, pues su opinión y su presencia arreglaban muchos conflictos entre la oficialidad y la tripulación. Era como el amortiguador de la ceba, cuando tironea la ballena, entre el capitán y su gente. Albarrán reconocía la capacidad de su contramaestre cuando decía: «Bárcena es el que a veces lleva todo el barco», sobre todo para enrostrarle indirectamente a Yáñez, el segundo de a bordo, cuando algo andaba mal en el entrepuente.

Pero Bárcena, asimismo, conservaba una honrada amistad con el piloto, y con una filosófica sonrisa maniobraba entre las quisquillosidades de capitán y piloto. A bordo no había más que un piloto, que debía reemplazar al capitán en toda ocasión, y que lo reemplazaría definitivamente en caso de que aquel dejara de arponear. De allí la disimulada competencia entre el macho viejo que adiestra al joven, y que sabe que tarde o temprano tendrá que entregarle su lugar. El contramaestre, con su solidez de carácter y buen juicio, era también un amortiguador entre ambos.

La isla Decepción es uno de los caprichos más extraordinarios de la naturaleza antártica. Toda su área es el anillo del cráter de un volcán semiextinguido. Sólo en una parte este anillo está abierto por un tajo colosal y ha dejado entrar el mar por una estrecha garganta entre altos acantilados, formándose allí una bahía donde puede fondear la flota más grande del mundo. En las playas de esta bahía, al escarbar la arena, la temperatura se va elevando hasta alcanzar cuarenta grados a los ochenta centímetros. El explorador francés Charcot, entre las dos exploraciones a la Antártida que realizara en el siglo pasado, encontró que el fondo de esa extraña bahía había bajado un metro. Lagunas de agua dulce formadas por las nieves derretidas en su interior se mantienen también temperadas. El anillo montañoso está cubierto por fuera por hielos eternos, que transmontan las cumbres, pero que sólo llegan a medio

faldeo interior, donde esta temperatura comienza a deshacerlos. Este contraste barométrico hace que se formen fuertes corrientes de aire que pasan como vendavales constantes por entre los peñones de la abertura, y que por ello se les ha dado el nombre de Fuelles de Neptuno, como quien dice los «pulmones» del dios del mar.

Aquí las corrientes polares a través del estrecho de Gerlach y del mar de Bransfield traían a menudo caravanas de témpanos, y más de alguna colina de hielo quedaba de vez en cuando taponeando la garganta de los Fuelles de Neptuno.

El capitán Albarrán subió al puente y se quedó mirando impaciente al témpano. Si el viento y la corriente lo empujaban hacia dentro por la estrecha bocana de la bahía, ya podía el ballenero prepararse para quedar al pairo una hora o más hasta que la lenta mole hubiera penetrado.

—Dile, ahora, al capitán lo que ibas a hacer —dijo Bárcena.

—¿Qué?

—Quería echarse a nado el ñato este para correr el témpano —comentó el contramaestre.

Albarrán hubiera reído de la salida chistosa si no hubiera tenido agriado el ánimo al mirar sus únicas tres ballenas a remolque, cuando siempre solía entrar con cinco u ocho a sus costados.

Pero la gran mole de hielo, con su volumen siete u ocho veces más grande bajo las aguas, siguió derivando por fuera de los cantiles de la isla y dejó por fin el paso libre. Lentamente también el «Leviatán» penetró por entre el tajo entre montañas. A estribor se levantaba un conjunto de picachos rocosos, cortados a pique, fieros, sombríos, desde cuyas grietas altas salieron como grandes gansos blancos una bandada de petreles de las nieves y algunos tableros[75] con su plumaje pardo, azul y blanco. A babor fue quedando un blanco escarpe más suave y bajo, cubierto de blanca nieve, que se iba tornando rosada al mezclarse con ciertos líquenes producidos por la temperatura volcánica del interior. Un estridente pitazo anunció la llegada del ballenero a la base enclavada en una playa de arena negra, en la margen suroeste de la bahía, bordeada de un rancherío y galpones de madera y zinc. El «Moloch», el «Diana» y el «Belerofonte», otros tres balleneros, hacían agua y víveres, disponiéndose a zarpar.

El «Leviatán» fue a echar el ancla frente al deslizadero, una

plataforma de gruesos tablones que se elevaba desde la orilla misma hasta la rampa de destazamiento, que se veía arriba como una pista de aterrizaje, pavimentada con el lodo sangriento de los cetáceos descuartizados.

A los pocos instantes, un bote con cuatro remeros se acercó al cazador. Los hombres del «Leviatán» desprendieron las cadenas que estrobaban las ballenas, y los del bote tomaron el seno de un cabo de remolque, lo amarraron en el banco de popa, y empezaron a remolcar la primera ballena hacia el deslizadero. Una nube de petreles; skúas[76] y fardelas[77] se dejaron caer por los contornos en espera del banquete de vísceras que les esperaba. Algunos, más audaces, se posaron sobre el vientre de la ballena y empezaron a picotear esa fina cutícula que como una suave gamuza envuelve la piel de las *finbacks*. Con el aire inyectado en sus entrañas y los sacudones del oleaje contra los costados del barco se le había salido la lengua fuera de las grandes mandíbulas. Semejaba un globo color rosa sobre el verdinegro marino, cual si la aurora austral que irrumpía gloriosa para dar algo de vida a aquellas muertas regiones del hielo hubiera dejado caer uno de sus pétalos.

—¿Cuántas ballenas trajeron los otros? —preguntó Yáñez a uno de los tripulantes del bote, cuando atracó al barco para llevarse otro de los cetáceos.

—El «Moloch», cinco alfaguaras. El «Diana», dos «seiguales»[78], tres «narices de botellas»[79] y una de joroba, El «Belerofonte», ocho cachalotes…

—¡Carajo…, por primera vez me pasa esto! —exclamó Albarrán, saliendo de la pequeña cámara donde acababa de servirse el desayuno.

—¡Andamos meados de perros! —dijo un marinero que pasaba el chicote del cabo para el remolque.

—Es que estuvimos cazando pingüinos en Melchior… —dijo riendo sardónicamente el piloto.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Pedro Nauto, que iba en el bote.

—¡Por allá…, cerca de Australia! —continuó chacoteando el piloto.

Haciéndose el desentendido, Albarrán subió de tres zancadas a su cabina.

—Para más recacha somos trece a bordo… —dijo el cocinero asomando la cabeza por la puerta de la cámara.

—Voy a tener que echar uno al agua —dijo Yáñez, mirándolo de soslayo.

—¿Tú, no querrías venirte para a bordo? —dijo el cocinero al muchacho.

—¿Por qué no pone «casa de trato» en tierra, mejor? —dijo Yáñez, algo molesto porque el cocinero se metía en sus atribuciones.

La palabra «casa de trato» trajo a Pedro Nauto el recuerdo de la taberna de don Sixto Mansilla, en el lejano puertecito de Quemchi, donde ocurriera la reyerta que le permitió que se contratara hacía poco más de un año en el ballenero que iba a Caleta Samuel, en la isla Guafo.

—¡Fue un palabreo, no más! —se disculpó Fabián.

—¿Te quieres venir para a bordo, vos? —inquirió el piloto.

—Depende… de lo que diga don Roberto o don Carlos… —replicó Pedro Nauto, refiriéndose al jefe de rampa, bajo cuyas órdenes trabajaba, y al administrador de la planta, don Carlos Hansen, y agregó, como insinuando al piloto—: Está de turno don Roberto en la rampa. En cuanto atraquemos las tres ballenas vendrá a dirigir el destazamiento.

—Las tres ballenas… —repitió Yáñez, y su corazón se llenó de rabia y vergüenza al escuchar el insólito número—. ¡Tres ballenas después de casi una semana de cacería!

En cuanto el bote hubo atracado la tercera ballena al borde del deslizadero, apareció arriba, entre la plataforma inclinada y la de la rampa, un hombre corpulento como un cachalote, de unos cincuenta años. Se subió a una tarima de donde dominaba desde el winche del cabrestante, al final de la rampa, hasta el borde del deslizadero, donde estaban los cetáceos. Se arremangó un poco los puños del grueso chaquetón de cuero, y como un director de orquesta que se dispone a empezar una sinfonía, movió los brazos y las manos hacia una y otra parte.

—¿Están listos con la mordaza? **[80]** —gritó, al mismo tiempo que empezó a rechinar el winche con sus explosiones de vapor. Por la rampa empezó a deslizarse la mordaza, un artefacto de hierro de varias toneladas con dos pinzas enormes, como las de un cangrejo.

Un tecle empotrado sobre una cabria de hierro al borde del deslizadero lo puso junto a las ballenas. Toda esta maniobra se hacía bajo la dirección de Roberto Aravena, el jefe de rampa, quien ordeñaba con una mano el winchero y con la otra a los del bote, que condujeron la «jaiba», como llamaban ellos a la mordaza, sobre la cola de una de las ballenas, tras cuyos muñones se cerraron las pinzas de la mordaza.

El cabrestante empezó a recoger el grueso cable de acero donde la maroma de hierro estaba apernada, y la enorme mole del cetáceo, con sus ochenta o más toneladas de peso, empezó a ser arrastrada por el deslizadero hacia la plataforma de la rampa. La tensión del cable era como la cuerda de un violín. Al menor descuido, si se resbalara la mordaza, el impacto de esas toneladas de hierro hubiera sido como el de un obús sobre hombres e instalaciones. De allí la responsabilidad de Roberto Aravena, y de cada uno de esos hombres bajo sus órdenes, pues en la habilidad de cada uno estaba la vida de todos.

Una vez que el Cetáceo estuvo instalado como un vagón de ferrocarril en la plataforma de su estación, dos destazadores comenzaron a hacer con sus cuchillos unos huecos en los costados del animal, como esos hoyos que se hacen en un acantilado a pique para poder treparlo. Así subieron agarrándose con manos y pies a la cima de la resbaladiza colina. Sus botas llevaban afilados clavos en la suela para aguantarse. Blandiendo grandes y afilados cuchillos curvos con un mango de metro y medio de largo, empezaron a cortar paralelamente y al unísono una tira de piel y grasa de más o menos cincuenta centímetros de ancho desde la cabeza hacia la cola.

—¡Dale más forro al cuchillo, que para eso el maestro tiene afilador! —gritó Aravena, al ver que uno de ellos no hundía bien el curvo filo.

De pronto parecían dos hábiles cirujanos con gigantescos bisturíes trazando los cortes de una operación quirúrgica, o bien dos apaleadores de heno, pues la hoja curva entraba en la grasa con un ruido fofo.

Los dos cuchillos siguieron trazando sus cortes paralelos a través de la capa de grasa, de quince centímetros de espesor, hasta la cola. Luego hicieron a la larga lonja una especie de ojal en el extremo de

la cabeza, y continuaron en la misma forma cortando más lonjas. Después, un aparejo de cables accionados por el winche trajo un gancho que fue puesto en el ojal, el cabrestante empezó a recoger el cable y la lonja de grasa se fue desprendiendo de la cabeza hasta la cola, como quien arranca una cáscara de plátano. La carne viva quedó al descubierto como una gigantesca herida expuesta a la intemperie. Burbujas grasientas se mezclaban a la sangre en esa mole roturada más o menos en su mitad. Después, con otros ganchos y maromas dieron vuelta el animal, que continuó siendo destazado en la misma forma hasta el final. Las lonjas, a su vez, fueron trozadas en tiras de tres metros de largo, y los graseros, con sus garfios de acero de medio metro de largo, con un gancho filudo en un extremo y un asa de madera en el otro, cogían estos trozos entre tres o cuatro y los llevaban para introducirlos en las bocas de los cocinadores, especie de cloacas abiertas al nivel de la rampa y que eran las bocas de los calderos donde se derretía la grasa en fogones de ladrillos combustionados por carbón.

La ballena continuó siendo destazada en la carne, y luego los huesos fueron conducidos hasta las sierras, y trozados para su cocción y extracción de aceite. Sólo el gran estómago y otras vísceras fueron arrojados al mar, para festín de skúas y petreles.

En esos momentos, por los Fuelles de Neptuno se vio entrar algo como dos grandes cascos negros de bomberos, que al mismo ritmo se zambullían y luego emergían en la superficie, destacando un espolón reluciente en mitad de la comba. Eran dos orcas, los mamíferos más voraces y crueles del océano, llamadas también «ballenas asesinas», de unos ocho y diez metros de largo, que al olor de la sangre venían a participar en el festín. Pasaron matemáticamente, con el mismo acompasado ritmo, por la popa del «Leviatán» y se lanzaron sobre las vísceras que en unos instantes desaparecieron bajo el agua con el consiguiente griterío de petreles y skúas, por suerte en el aire a salvo, ya que las orcas, entre dos, cuatro o cinco, acorralan hasta a grandes bandadas de pingüinos para exterminarlos.

El winche continuaba aullando como un gran cerdo herido para destazar a la segunda ballena *finback*. Era como si a él le doliera la forma en que se desprendían las largas lonjas de tocino de la carne de los cetáceos. En aquella relativa tibieza de la hoya volcánica, los

fuegos del hombre metido entre los hielos subían con sus vapores grasientos a la atmósfera, como si todo aquello fuera un inmenso caldero en la tierra, que aún permanece en el estado de la última edad glacial del planeta, como hace millares de años. Su destino, a través de las edades, había cambiado desde cuando era un pobre infeliz primitivo que tenía que andar detrás del tigre de dientes de sable para comer la carroña que la fiera despreciaba, hasta invadir esos hielos milenarios a caza del cetáceo, cuya carroña ahora era devorada por aquellos audaces tigres del mar, las orcas, sus parientes asesinos…

—¿Qué tal la faena? —dijo el piloto Yáñez, desembarcando en la rampa.

—¡Más se demora una dueña de casa en despresar una gallina que nosotros una de sus ballenas! —díjole Aravena, sonriendo maliciosamente, y agregó—: ¿Qué les pasó?

—Nada…, que a Albarrán se le ocurrió ir a cazar pingüinos al archipiélago de Melchior. Unas malditas islas allá donde el diablo perdió el poncho.

—Mal anda la cosa —dijo el jefe de rampa, y añadió—: El «Belerofonte», que partió ayer, trajo cuatro azules que sobrepasaban el peso de media docena de éstas. Creo que Albarrán perdió el record de tonelaje.

—Pero nadie nos ha quitado el del número de ballenas cazadas —dijo el piloto, defendiendo a su barco.

—Sí; pero lo que le interesa a la Compañía es el tonelaje… Y si siguen así…

—Oiga, Aravena, somos trece a bordo —dijo el piloto, entrando en el problema que lo había llevado a tierra.

—Echen uno al agua…

—¿A quién?

—Usted como segundo conoce mejor que yo a su gente… Alguno que se esté poniendo viejo… En los balleneros sólo sirve la gente joven… Yo también anduve arponeando, y me retiré a tiempo dedicándome a esto.

—El mal genio de Fabián hace que los ayudantes de cocina no aguanten.

—Échenlo a ése entonces.

—Es el mejor cocinero de la flota. Viera usted los pingüinos cómo los preparó en Melchior; si parecían patos adobados.

—Bueno… ¿y?

—Queríamos pedirle un favor.

—¿Qué? —dijo el jefe de rampa, como al descuido, pues seguía preocupado con un ojo del trabajo de su gente.

—Uno de los boteros, Pedro Nauto, quiere embarcarse.

—Ese muchacho es el mejor del bote. Es muy marinero… ¿Y quién me lo reemplaza? ¿Me baja usted uno de a bordo?

—No se puede; la gente es supersticiosa y no aguanta que andemos trece… Todos no hacen más que acordarse del monolito que hay en el cementerio.

El piloto se refería a un obelisco de mármol negro en el pequeño cementerio de la isla, donde estaban grabados los nombres de los trece tripulantes de un ballenero noruego perdido en 1912.

—Esas son leseras… desembarquen alguno. A lo mejor a Fabián con la vejez le ha ganado el gusto atrás, anda jodiendo a los muchachos y está fatalizando el barco.

—No; usted bien sabe que eso no ocurre a bordo de un ballenero. Fabián es un viejo machazo.

—Porque las mujeres, los frailes y los maricones fatalizan la caza cuando suben a un ballenero… Eso todo el mundo lo sabe… ¿Se acuerda del sueco loco ése que se le ocurrió andar trayendo a su mujer con su piano a bordo del barco?

—Johansen.

—Johansen o Jansen, no sé cómo se llamaba.

—Dicen que era una princesa rusa que huyó con el sueco por Vladivostok, cuando Lenin se tomó el poder.

—¡Qué princesa! ¡Para mí que era una polaca de la calle Errázuriz de Punta Arenas! El hecho es que al sueco empezaron a írsele las ballenas y la Compañía tuvo que desembarcarlos a los dos con piano y todo.

—Bien; pero en el caso nuestro es que somos trece hombres a bordo.

—Usted, un hombre joven, creyendo en esas leseras.

—Yo no creo, pero ¿qué hace usted con la gente que cree?

—Que la Compañía eche a Albarrán, que se está poniendo viejo, y pasa usted a capitanear el buque.

—No se trata de un capitán, Aravena; se trata de un simple pinche de cocina.

—Ese muchacho es algo más que un pinche. Se vino de timonel en uno de los barcos que se compraron a la Compañía de Caleta Samuel, en la isla Guafo.

—Bueno, en qué quedamos… ¿Nos pasa para a bordo al tal Nauto o no?

—Bien; que vaya no más para a bordo el muchacho ese; pero tiene que hablarle a Míster Hansen. Es él la cabeza en esto; y siempre que haya otra gente para el bote.

—Se andan tropezando en tierra; en cambio, a bordo siempre falta gente.

El piloto se dirigió inmediatamente a la oficina de la planta; una pequeña salita adjunta a la bodega de los víveres y materiales.

Allí se encontraban Hansen, que hacía de administrador, en compañía del que llevaba las cuentas de gastos y producción, Andrade, y que servía asimismo de bodeguero de la planta.

Hansen era un hombre alto, entrecano, de rostro tostado y ojos grises, donde se mezclaban reflejos de bondad y malicia. Andrade, un chilote mediano, cazurro, con suficiente fortaleza para llevar contabilidades entre los témpanos. Conversaban sobre el rendimiento del aceite de las últimas entregas de ballenas por los cazadores. Había tomado la delantera el «Wollapatuch», con tripulación exclusivamente noruega, que había entregado entre otras una alfaguara que por sus dimensiones había llamado la atención de Hansen, quien había hecho pesar los principales órganos, más por curiosidad que por investigación.

—Muéstrele al piloto los datos de la alfaguara —dijo el gerente después que lo hubo saludado.

—Los noruegos le tomaron la delantera al capitán Albarrán —comentó el contador, semblanteando al piloto, mientras le ponía un seboso registro frente a los ojos.

En el cuaderno, especie de bitácora de la planta ballenera, Yáñez leyó los siguientes datos:

Largo	30 metros
Altura	3,50 m.
Circunferencia	16 m.

Lengua	3.500 kilogramos.
Pulmones	1.400 kg.
Corazón	700 kg.
Riñones	600 kg.
Hígado	1.200 kg.
Cráneo	5.000 kg.
Columna vertebral	11.000 kg.
Costillas	5.000 kg.

El peso total de esta ballena azul, grasa, carne, vísceras, etc., se calcula en 135.000 kilogramos.

—Nosotros al comienzo de la temporada trajimos una alfaguara que sobrepasó los treinta y un metros y a nadie se le ocurrió pesarle las huevas —dijo Yáñez con sarcasmo.

—Sí, era un macho magnífico. De esos que se quedan solitarios entre los hielos del polo. Lo recuerdo… —agregó Hansen.

—Pero no lo midió como este que trajeron los noruegos…

Hansen se quedó mirando al piloto como si no comprendiera; pero en su fuero interno comprendía perfectamente: tal vez había cometido un error al haber consignado el ejemplar traído por el «Wollapatuch» en la forma que lo hizo y no así el macho azul del «Leviatán». Fue en los comienzos de la temporada; la planta ballenera empezaba a organizarse y no había tiempo para ello, sólo por eso no lo hizo; no era para destacar el trabajo de los noruegos. Estimaba a los chilenos, y sobre todo a los chilotes, igual que a los hombres de su raza.

—Usted sabe, Yáñez, que yo no tengo favoritos —díjole al piloto.

—Sí, lo sé; pero debió también darle alguna consideración a ese macho azul que cazamos.

—Se me fue, se lo confieso. Para mí no hay chilenos ni noruegos, hay sólo balleneros, y si separé dos barcos, el «Wollapatuch» y el «Moloch», para tripularlos exclusivamente por noruegos, usted sabe bien por qué fue, pues anduvo a bordo de uno de ellos.

—Claro que sí; no nos entendían los gringos cuando había que andar rápido en las maniobras.

—Era nada más que el idioma, Yáñez. Si hubiera una sola lengua universal, todos tendríamos la misma alma.

—No era sólo el idioma… Los gringos se creían superiores a nosotros y nos trataban como si fuéramos indios. Conocí eso desde que empecé de pelapapas. Las peloteras que se armaban entonces: a veces dejábamos la ballena por su cuenta y nos trenzábamos todos a bofetadas, entre chilenos y noruegos.

—Por eso tuve que separar a los noruegos en esos barcos.

—Pero yo vine aquí por otra cosa.

—¿Qué lo trae?

—Andamos trece a bordo, Míster Hansen, la gente es supersticiosa y cree que ese número nos ha traído la mala suerte en la caza de ballenas. Todos andan enrabiados, de capitán a cocinero, especialmente este último, que se lleva reclamando un pinche de cocina.

—Ha tenido dos y se le han ido por su mal trato.

—Está viejo el hombre, es jodido, pero es buen cocinero. No podemos desembarcar a nadie.

—¿Y qué propone?

—Hay un muchacho entre los boteros que quiere embarcarse.

—En eso manda el jefe de rampa.

—Ya está palabreando, lo mismo que el muchacho. Todo depende de que usted ordene inmediatamente el trasbordo.

—¿Y por qué Albarrán no bajó a tierra?

—¡Qué va a bajar! ¡Se pasa encerrado con su rabia en la cabina, sobre todo después que supo que lo han sobrepasado en el record de tonelaje! Además yo soy el segundo de a bordo, y tengo que ver con la gente.

—¿Cuándo zarpan ustedes?

—Mañana, en cuanto terminemos de hacer carbón y víveres.

—Dígale al capitán que se venga a comer conmigo esta noche… Es decir, que venga a las ocho y media de la tarde, porque si esperamos la noche tendríamos que comer después de las doce…, y usted también venga, piloto; abriremos una lata más de «filástica»[81] —dijo Hansen, refiriéndose a la carne en conserva, que así la llamaban en jerga ballenera.

La planta de la isla Decepción, única en la Antártida, había sido establecida primeramente por la Compañía Ballenera de Magallanes a comienzos de siglo; pero en la Guerra Mundial había sido dinamitada, se supone que por los barcos de guerra alemanes que

merodeaban por las islas Malvinas. Ahora, en 1920, había sido reconstruida y equipada gracias al espíritu emprendedor de Carlos Hansen, que logró entusiasmar a algunos capitalistas magallánicos que le confiaron sus dineros en la aventura que casi siempre entraña una empresa ballenera. Hansen amaba todo trabajo que se relacionara con el mar. Le habría gustado ser marinero, piloto o capitán en los buques de vela; pero su padre, que era pescador de arenques en su tierra natal, quiso que fuese médico y lo hizo ingresar en la Universidad de Oslo, donde no pudo terminar sus estudios por la muerte prematura de su progenitor. Un intento de colono ganadero en la península Pasteur, en las inmediaciones del cabo de Hornos, le había permitido conocer esas regiones como la palma de la mano, y su ambición siempre había sido ir a ver lo que había más allá, detrás de los tempestuosos horizontes del mar de Drake.

Como el inmenso osario en las profundidades del archipiélago de Melchior, quedaba del pasado ballenero de la isla Decepción un rústico cementerio sobre una planicie de arenas negras, donde reposaban los huesos de algunos audaces que habían perdido allí la vida. Eran unas cuantas tumbas cuyas cruces estaban derribadas por los vendavales. Una de ellas conservaba aún, a manera de lápida funeraria, una claraboya de buque, bajo cuyo cristal se veía intacta una rosa de género desteñida por la luz solar. En el centro del insólito camposanto se levantaba una columna de mármol negro donde se podían leer los nombres de Kristian Walbon, Evensen, Karsten Marka, Alfred Hansen, Alberto Johansen, Thorstein Trodsen, Erling Hansen, Karsten Andersen, Rubén Larsen, Haakon Strand, y otros cuyos nombres habían sido borrados por la cruel erosión de la intemperie. Pero sus huesos no reposaban en ese subsuelo volcánico, sino que, como los cetáceos de Melchior, habían ido a decorar las errantes profundidades marinas, pues se trataba de toda la tripulación de un cazador del cual no se habían tenido más noticias.

4

Los cuatro hombres se sentaron a la mesa donde solían comer el administrador y el contador. Era un cuarto pequeño junto al galpón donde comían todos los balleneros de la planta.

—Hoy no cometeré el error de preguntarle cómo ha ido la caza ni qué tiempo han tenido en el último crucero —dijo Hansen, ofreciendo asiento a sus invitados, y agregó—: No sé en qué libro leí que en los barcos exploradores del Polo Sur se daba autorización para hablar sólo una hora al día sobre temas como política y religión… y generalmente era después de comida, porque esas ideas producen menos exaltación en un estómago lleno…

—A bordo no se habla nunca de ballenas, sólo las cazamos —dijo Albarrán—. Y cuando nos preguntan los de tierra, les decimos cualquier cosa y se la creen…

—Así es como Buffon se equivocó al describir sus costumbres.

—¿Quién era ese Buffon? —inquirió Yáñez.

—Un naturalista francés, el más grande de su época. Sus conocimientos sobre el cetáceo estaban basados en relatos de balleneros, y parece que éstos eran un poco fantásticos.

—Nunca un buen ballenero debe contar dónde y cómo caza sus ballenas —dijo Albarrán.

—Siempre que no sea en el mar de Bellingshausen —dijo Hansen maliciosamente.

—Esta vez nos fue mal; pero ya verá usted cuando tenga que mandar otros cazadores que remolquen cuando demos con las manadas que merodean por Melchior —dijo el capitán.

—Lo que es ahora, sólo dimos con tres *finbacks* que estaban en la puerta de la casa.

—La cuarta se puso muy loba y se me escapó con la noche.

—¿Por qué algunas ballenas andan en parejas y otras en manadas? —inquirió el contador.

—Las más chicas siempre andan en manadas y las grandes en parejas; sobre todo cuando están en amoríos o la hembra va a parir

—explicó el capitán.

—¿Se enamoran las ballenas?

—Sí, se acoplan aquí en la Antártida y van a parir al norte, donde hay aguas menos frías.

A pesar de la advertencia de Hansen, el tema de los cuatro comensales no salió de las ballenas. La comida era servida por un mozo del comedor grande, y en vez de carne de búfalo o cerdo, hubo perdices en conserva, vino blanco y duraznos a los postres. De tarde en tarde, el administrador solía festejar a sus capitanes arponeros, disponiendo lo mejor de su despensa.

—Lo que más me duele de Buffon —dijo Hansen, retomando el tema— no es que se haya equivocado sobre las ballenas, sino que haya tenido que retractarse de sus teorías por los prejuicios de su época, aunque después fueron confirmados por los adelantos de la ciencia. Fue ante las autoridades de la Iglesia, que no aceptaban que los seres no tuvieran origen divino.

—Si Dios no hubiera creado la ballena, tampoco habría balleneros —comentó Yáñez.

—Precisamente a Jehová le debemos la primera descripción de una ballena, o un monstruo marino cuyo nombre lleva su buque —dijo Hansen.

—¿El «Leviatán»?

—Sí, saqué ese nombre de la Biblia, y si ustedes me permiten, les voy a mostrar por qué —dijo el administrador, levantándose hacia su dormitorio, que estaba contiguo al comedor.

De allí regresó con una Biblia en la mano y una botella de whisky en la otra.

—Esta Biblia es la protestante —dijo mientras llenaba los vasos —, la religión de mis padres y en la que me educaron… A ver, a ver, aquí está, en el Antiguo Testamento; es en el libro de Job —agregó hojeándola y poniéndose a leer algunos versos mientras bebían sus tragos de whisky:

> *¿Sacarás tú al leviatán con el anzuelo, o con la cuerda que le echares en su lengua?*
>
> *¿Pondrás tú el garfio en sus narices, y horadarás con espinas su quijada?*
>
> *¿Harán de él banquete los compañeros, partiránlo entre los mercaderes?*

¿Cortarás tú con cuchillo su cuero, o con asta de pescadores su cabeza?

Pon tu mano sobre él; te acordarás de la batalla, y nunca más tornarás.

De sus narices sale humo, como de una olla o caldero que hierve.

En su cerviz mora la fortaleza, espárcese el desaliento delante de él.

Su corazón es firme como una piedra y fuerte como la muela de abajo.

»Es la descripción que hizo Jehová a Job del leviatán; es más larga, pero yo he entresacado las frases en que se parece más a lo que cazamos.

—Más bien se parece un poco al cachalote —comentó Yáñez.

—Quién sabe…; la Biblia es a veces una poesía confusa de donde hay que interpretar las verdades —replicó Hansen, y sentándose cómodamente en su sillón, prosiguió largo y tendido, como si dictara una clase—: La verdad es que nadie sabe nada cierto sobre el origen de la ballena, que se confunde con el pasado insondable del planeta… Por una parte son, como las focas, mamíferos. Algunos han fijado su presencia geológica hace millones de años y creen que descienden directamente de los primitivos carnívoros del terciario, los llamados creodontes, que desaparecieron de la vida por la enérgica competencia de otros animales más organizados cerebralmente. A veces, cuanto más bruto es un ser, es más fuerte; pero al mismo tiempo puede perecer por la falta de inteligencia. Hay peces, como los pejesapos de las rocas, a los que se les puede golpear en la cabeza con una piedra, abrirlos, sacarles las vísceras y aún siguen viviendo. Ustedes habrán visto que mueren sólo cuando se les echa a una sartén de grasa hirviendo. El tiburón es un bruto de tanta vitalidad, que devora sus propias entrañas, como nosotros chupamos nuestra sangre cuando nos hemos herido; si lo tiran al mar después de sacarle el corazón, sigue nadando, y puede continuar viviendo varias horas después de habérsele cortado la cabeza; sin embargo, su cerebro es pequeñísimo, y aunque ávido y voraz, es extraordinariamente estúpido, y eso que es un pez y no un mamífero. ¿No han visto a las focas cangrejeras cuando les llega la menstruación como tiñen de rojo el témpano donde reposan? Son mamíferos que sólo pueden

respirar aire en la superficie; si no, se ahogan. Las ballenas tienen la propiedad de transformar el agua de mar en agua dulce y la beben como sus antepasados lo hacían en tierra firme. Posiblemente después de muchas generaciones carnívoras, en la desembocadura de los ríos o a orillas del mar, produjeron estos descendientes que penetraron en el océano sin regresar ya más a la tierra. Piensen que hasta el cocodrilo puede nadar debajo del agua con la boca abierta, sin que el agua pase a los pulmones.

—Los bueyes beben agua porque tienen el cuero duro, pero nosotros teniendo whisky… —intervino el contador, llevándose a la boca un trago.

—De todos los animales, a excepción del hombre —prosiguió Hansen—, y muy por encima de los monos, el orden de los cetáceos es el que posee el cerebro más desarrollado, con las circunvoluciones más extendidas. Aún en la actualidad tenemos especies anfibias, como el dungungo o manatí, de la desembocadura del Amazonas y del Orinoco y que a veces se encuentra por el mar Caribe o de las Antillas; también desciende de animales terrestres. La vaca marina tiene mamas pectorales, y cuando da de mamar yergue su cabeza y saca su pecho fuera del agua, sujetando a su cría con las aletas. Esto es posiblemente lo que ha dado origen a la leyenda de las sirenas, porque a cierta distancia tiene apariencia humana y semeja una mujer dando el pecho a su hijo.

—¿De qué tamaño nacen las crías de las ballenas? —inquirió el contador.

—De seis a siete metros. Otros, como los hijos de la *Balaenoptera borealis*, sólo nacen con cuatro metros; de seis a siete también los de la *finback*, y de cinco metros los de la *Megaptera longimana*. El del cachalote, de tres a tres y medio metros, es el más chico. Demoran en dar a luz doce meses, y siguen uno o dos años al nuevo período de preñez. Las ballenas azules son monógamas, y el macho acompaña a la hembra hasta el momento de parir. Los cachalotes son polígamos, y por eso andan en manadas capitaneadas por un solo macho. Cuando este se pone viejo, vienen cachalotes más jóvenes y lo atacan, quedándose el más fuerte con las hembras.

—En el norte había épocas en que cazábamos nada más que hembras —comentó Albarrán.

—En la época del celo, las manadas de hembras vienen del norte y los machos del sur —aclaró el administrador.

—¿Y cómo fabrican los hijitos? —preguntó el contador, con picardía.

—Se acoplan verticalmente.

—Yo no lo podría asegurar; pero he visto más de una pareja saltar fuera del agua como dos toninas y después rodar como una tromba entre las olas —agregó Albarrán.

—Yo solamente he visto a las focas cómo lo hacen en la arena; se ponen de espalda, tan enterradas, que apenas se les ve la cabeza con los forcejeos del macho encima —dijo el piloto Yáñez.

—Bueno, creo que es más saludable no preocuparse mucho de esos aspectos en estas latitudes —advirtió Hansen.

—¿Y qué me dice usted de ese tan mentado plancton, que nunca he podido saber bien de qué se trata? —interrogó el piloto.

—El plancton, mi amigo, está constituido por innumerables animalillos microscópicos que flotan en la superficie de las aguas y en una capa de hasta más o menos doscientos metros de hondura, o sea, hasta donde pueden llegar con su eficacia creadora los últimos efectos de la luz solar. Pues bien, la luz y los elementos minerales hacen que crezcan las plantas y los animales minúsculos del plancton. Las sales nutricias de la primera capa de aguas surpolares, por ejemplo, son continuamente repuestas por surgencias que emergen de las profundidades. Fosfatos y nitrógenos son los componentes de mayor importancia en el desarrollo de este plancton. El nitrógeno es la base de las moléculas del protoplasma que compone todo organismo viviente. Sólo estos compuestos del nitrógeno son aprovechables en el proceso de la fotosíntesis, esa acción de la luz que da la vida tanto en el mar como en la tierra. El conjunto de todos estos materiales para la vida se da en enormes cantidades en estas capas de aguas subpolares. Sólo se encuentra en parecida cantidad en las zonas de aguas surgentes de las corrientes de Humboldt, en Sudamérica, y de Bengala, en África. En la primavera caen las aguas frías y suben las cálidas, ricas en sales. El hierro y la sílice, transportados al mar por los témpanos y las correnteras de las neveras, sirven de base también para el desarrollo de plantas y animales del plancton.

»En la corriente de Humboldt, que es una rama de la corriente

general antártica, y que recorre los litorales de Chile, Perú y Ecuador, hasta las Galápagos, estos materiales nutricios son acarreados por los ríos de la cordillera de los Andes y por las surgencias de agua dulce submarina proveniente de la inmensa cordillera. Como ustedes seguramente saben, esta corriente al llegar al paralelo 20 se ensancha, apartándose de la costa, y al llegar al paralelo 5, se dirige hacia el oeste y noroeste en forma de dos corrientes secundarias que van a unirse a la corriente ecuatorial. La mayor anchura de la corriente de Humboldt es de ciento cincuenta millas y avanza a una velocidad de diez a quince millas diarias. Posiblemente sea el vergel más largo y más pródigo que haya en el mar.

—Así es —corroboró Albarrán—; después que el mar pierde su color verde botella y se vuelve enteramente azul, ya no hay ballenas.

—Las ballenas de barba siguen el desplazamiento de estas zonas más fértiles del plancton —prosiguió Hansen—. Las aguas del mar de Bellingshausen, situadas al oeste de la Tierra de Graham, son más pobres en minerales que las del mar de Weddell, que flanquea el lado este.

El piloto Yáñez miró al capitán; pero este, percibiendo de reojo la mirada malintencionada, se hizo el desentendido.

Ambos habían puesto el pensamiento en la fracasada gira al archipiélago de Melchior.

—Yo personalmente he rastreado a bordo de un cazador en el mar de Bransfield y en las vecindades de las Shetland del Sur, y es tan escasa la vida vegetal y animal, que hacen recordar a los desiertos terrestres. Las ballenas van, pues, detrás de la *Limacina antártica* y sobre todo de la *Euphausia superba*, camaroncito de no más de dos centímetros, que engullen por toneladas; ese minúsculo crustáceo es el que da la vida a la gran ballena de barba, y ella se pasa la vida en busca de él.

—Como nosotros detrás de la ballena —comentó Yáñez.

—Sí sólo que ella detrás del más chico, como es la ley de la tierra y el mar, y nosotros, los hombres, detrás del más grande.

—¿Cuánto vive una ballena? —inquirió él contador.

—De cincuenta a cien años.

—Y hágame el favor, Míster Hansen, ¿por qué diablos les puso

esos nombres tan enrevesados a los barcos de la flota?

—Belerofonte era hijo de Poseidón, el dios griego del mar, que destruía a los monstruos; Diana, la hermosa diosa cazadora; Moloch, un dios eslavo que exigía sacrificios humanos; Wollapatuch, el dios de los indios del canal Beagle, a quienes conocí mucho cuando viví cerca del cabo de Hornos. Esos indios yaganes creían que el primer hombre bajó del cielo a la tierra por una soga de cuero de foca, y Wollapatuch quiere decir en su lengua «Gran Asesino», tal vez porque no era capaz de preservarlos de la muerte.

—Todos esos dioses que usted ha nombrado, por lo que se ve, tenían un poco de asesinos —comentó Albarrán.

—Creo que los hombres han creado siempre a sus dioses un poco a su imagen y semejanza.

—Y también a sus monstruos —agregó el contador, que se había quedado leyendo el libro de Job—. Aquí dice, por ejemplo, continuando la descripción del leviatán:

> *La gloria de su vestido son escudos fuertes, cerrados entre sí estrechamente.*
>
> *El uno se junta con el otro, que viento no entra en ellos.*
>
> *Pegado está el uno con el otro, están trabados entre sí, que no se pueden apartar.*
>
> *Su aliento enciende los carbones, y de su boca sale llama…*

»Falta el capitán Albarrán, nada más, disparando su dardo de fuego contra la más grande pero inofensiva bestia de la creación… —terminó el contador, echándose otro trago de whisky al cuerpo.

Hansen hizo un gesto de satisfacción ante la salida de su contador, con quien acostumbraba de vez en cuando discutir asuntos de religión o de política.

—Por eso le puse al barco ese nombre… A mí me parece también ver en eso al planchaje del «Leviatán», por donde no penetra el viento, cerradas entre sí estrechamente por los remaches, y los fogoneros encendiendo los carbones en las calderas… ¡Es todo un símbolo el nombre de ese barco! —exclamó Hansen, y llevándose a la boca también su trago de whisky, prosiguió exaltándose—: ¿Acaso no somos nosotros los que vamos bien protegidos en el vientre del monstruo? ¡Somos su cerebro y su

corazón, y corremos seguros por sobre su lomo hasta el cañón arponero para lanzar nuestra llama mortal por su boca! ¡Sí, el hombre parece un monstruo que hubiera creado primero al «Leviatán» en su imaginación, y, luego, construyéndolo con sus manos, lo hubiera hecho una realidad!

—Sería bueno que un día también construyera con sus propias manos a Dios —dijo el contador.

—O al Gran Arquitecto, como ustedes los librepensadores llaman a su Dios —replicó con ironía Hansen.

—Yo no tengo más Dios que mis manos… —exclamó Albarrán, en un aparte.

—Dejemos a Dios tranquilo, en su lugar —agregó el piloto.

—Díganos, Míster Hansen, ¿y las ballenas también duermen? —dijo con tono intencionado el contador.

—Sí, duermen cada tres horas de noche, sobre las aguas…

—Se podría salir a cazarlas como a los congrios entonces…

—Tienen un oído muy fino, y al menor ruido despiertan.

—Duermen casi tanto como nosotros cuando estamos de guardia en la mar —dijo Yáñez.

—También se acostumbra dormir a horas determinadas en tierra… —añadió el contador, recalcando su intención de poner fin a la charla cuando ya vio terminada la segunda botella de whisky.

—¡Parece que nos hemos pasado del reglamento!… —exclamó Hansen, percatándose de la alusión.

—¿Y se arregló el asunto del embarco del muchacho para la cocina? —dijo de pronto Albarrán.

—Ya ordené el transbordo, capitán. Mañana a primera hora lo tendrá en su buque. ¡Espero que así termine su mala suerte! —le respondió riendo el administrador, mientras los dos oficiales del «Leviatán» se levantaban ya para retirarse.

—Yo no creo en esas patrañas, pero a veces hay que hacerle caso a la gente —replicó Albarrán.

Afuera, una luna en creciente rutilaba sobre las cumbres nevadas por el noroeste del inmenso ruedo de la isla Decepción. Una luna que caminaba a paso rápido entre claros de nubes algodonosas, y cuya asomada sobre aquella parte del globo terráqueo sería también así, muy breve.

Al llegar al borde del deslizadero para las ballenas, el capitán

Albarrán sacó su característico pito niquelado, y trinó, como un extraño petrel nocturno, llamando al bote del ballenero.

—Lo que es saber, ¿no? ¡Esta noche he aprendido más de ballenas con Míster Hansen que en toda mi vida de cazador! —dijo el piloto.

—Son cosas de libros… Si uno hiciera caso de eso, no podría ni arponear tranquilo una ballena —repuso el capitán.

—Pero sabe el hombre de ballenas…

—Por lo que ha leído, y yo por lo que he cazado.

5

Una veintena de hombres dormían profundamente cuando Pedro Nauto fue a acostarse, El dormitorio era un simple galpón de zinc acanalado con literas adosadas unas sobre otras junto a las paredes. Algunos ronquidos y respiraciones fatigosas daban dormida vida al destartalado recinto, como si aquellos cuerpos continuaran en su cansancio.

A medio desvestir, se metió en lo alto de la suya. Era un poco más de las ocho de la noche, de verano, que en esas latitudes empieza realmente con su oscuridad a eso de las doce. Una borrosa claridad se filtraba a través de los ventanucos que daban alguna luz al galpón, y por unos hoyuelos donde las viejas planchas de zinc habían sido claveteadas. Encima de su litera las planchas estaban oxidadas y despedían una penumbra rojiza como si remedaran el fuego, pero que hacían más destemplados los puntillazos del frío a cero grado que se colaba por todas partes. La paja de los jergones estaba húmeda, y ello hacía que la mayoría de los trabajadores de la planta no se desvistieran al acostarse.

No estaba cansado, pues el remolque no había sido mucho. Después que amarraron el bote, habían pasado a comerse un churrasco de *finback*, la ballena más agradable de las comestibles, siempre que su carne se haya cortado con un cuchillo que no haya tocado su grasa. Un buen jarro de café caliente lo había reconfortado, de tal manera que no tenía deseos de dormir.

Pensó que sería su última noche en tierra, y estaba contento. La vida en la planta era muy ruda, casi siempre mojado con aquellas ventiscas que no eran de nieve ni de agua por la temperatura del hoyo volcánico semiapagado; mal alojado y a veces hasta mal comido.

A bordo de un ballenero, con un buen capitán que se preocupara de su gente, todo eso cambiaba. Había más compañerismo, unión entre la tripulación. Además, se le había vuelto muy aburrido ese remolcar de ballenas muertas, y, después, tener que llevar esos

tripales defecantes mar adentro, para que no aumentaran el ya inaguantable olor producido por las faenas de destazamiento y las emanaciones de los cocinadores derritiendo la grasa.

Como quien se despide de una etapa de la vida para entrar en otra, empezó a recordar algunas cosas desde aquel día en que se embarcara en el ballenero de paso por Quemchi. Pensó que a no mediar aquella reyerta frente a la «casa de trato» de don Sixto Mansilla, entre los de la «Nelson» y los del «Pingüino», a lo mejor todavía estaría dándole vueltas a la manivela de la bomba de aire de la chalupa del buzo José Andrade.

Sin embargo, no dejaba de añorar la vida de las islas, tan diferente a esa ruda de los balleneros. Aquellos pequeños golfos tranquilos, brazos de mar y canalizos enredándose por entre las culebreantes islas, cubiertas de verdes papales, trigales y manzanares. Aquello le parecía un paraíso al lado del clima tempestuoso del archipiélago de las Guaitecas, de la fiereza de los canales magallánicos y luego de esa región antártica donde no brotaba ni una brizna de pasto.

Durante un año y medio había estado trabajando en la planta ballenera de Caleta Samuel, en la isla Guafo; a veces a bordo del mismo ballenero «Pingüino» que lo había embarcado de pinche, y otras veces en tierra, donde hiciera falta un muchacho para ayudar a los hombres más especializados en sus faenas. Había conocido ya desde el manejo de un cuchillo noruego, tan peligroso como una hoz al revés, hasta la pala carbonera para alimentar con chicharrones de ballena los fogones de los cocinadores.

Recordó que la isla Guafo era el pedazo de tierra más desamparado que había visto en pleno océano. De unas diez millas de largo por unas ocho de ancho, sus acantilados de doscientos cuarenta metros caían a pique al mar. Arriba, una meseta cubierta de una tupida cabellera de robles, tiques y cipreses que el viento sacudía constantemente.

Por el este, entre precipicios rocosos, algunos precarios desembarcaderos guarecidos del mar más tempestuoso de la tierra. En una somera playa estaban instalados los galpones de la planta; era Caleta Samuel.

Pero a pesar de las tempestades, tan o más fuertes que las de la Antártida, se veía allí el verde de la vida vegetal. Sus habitantes

eran sólo los tres fareros que cuidaban del fanal que dejaba caer sus bandazos de luz sobre los nocturnos lomos del mar, cuyas olas sobrepasan a menudo los veinte metros de altura al romper contra los redosos. Algunos perros salvajes eran también habitantes de la enmarañada selva; descendientes de alguna pareja náufraga, o enmontañados allí, desde algún bote de cazadores de nutrias y lobos que recalara para capear el tiempo. Por el oeste, los más altos paredones en constante resistencia contra los embates del mar, la lluvia y el viento. Erosionados como las coyunturas de un puño ciclópeo. Más allá, la infinita soledad tempestuosa del Pacífico Austral, que entre esos paralelos bordea todo el planeta.

El año y medio en Caleta Samuel le había templado las carnes, los músculos y hasta los huesos, para resistir después la intemperie antártica.

Cuando la nueva compañía ballenera de Magallanes había comprado uno de los cazadores, precisamente el «Pingüino», para que después cambiara su nombre por el de «Moloch», algunos tripulantes que no querían separarse mucho de sus familias en el cercano Chiloé, no quisieron seguir en el barco, y así fue como tuvo ocasión de embarcarse de nuevo en el socorrido puesto de pinche de cocina y aprendiz de timonel. Aprendizaje que ya había hecho en demasía, pues sólo era una figura del contrato de embarco para disimular un timonel más y pagarle menos.

Con emoción se acordó del día en que el barco zarpó de Caleta Samuel. Había marejada, y dos cazadores que estaban anclados al reparo despidieron con sus pitazos al excompañero de flota que emprendía la ruta a la Antártida. Al borde de la rampa se habían agrupado los balleneros de Caleta Samuel, y cuando el barco pasó a la cuadra, varios sacaron sus gorras y las agitaron en señal de adiós.

En vez de cruzar el golfo de Penas y entrar por el canal Messier, el ballenero se largó por mar afuera en una larga singladura que lo llevó hasta la boca del canal Trinidad, que queda en mitad de la ruta al estrecho de Magallanes. Durante toda la navegación, rafagales de lluvia sobre un mar picado habían cerrado los horizontes durante el día, y en la noche, el ballenero era apenas una sombra más densa en la oscura inmensidad.

De madrugada el barco disminuyó su andar acercándose a la costa para encontrar la entrada al canal. Había aclarado el día,

cuando las brumas dejaron al descubierto un paisaje de belleza sobrecogedora. Era como si la cordillera de los Andes se hubiera derrumbado hecha pedazos en el océano Pacífico. Un luminoso boquerón se abría entre el despedazado litoral, y daba paso al mar, que se internaba como una carretera cabrilleante entre grandes paredones que caían en quebrados perfiles a sus orillas. De las grietas de la roca emergía de vez en cuando una vegetación irregular de robles aparragados, musgos, helechos y turbales verdinegros que jaspeaba el grisáceo de la piedra hasta la mitad de las cumbres, donde la nieve resplandecía blanca y azulada en las vetas que ya se habían transformado en el cristal del hielo eterno. Era una belleza fría, cruel, pero cuya luz abría la esperanza de un posible más allá más promisorio.

El paso por esa región de los canales fue para Pedro Nauto como el tránsito de un mundo a otro que se iba abriendo grandioso y desconocido. Luces y sombras entre perfiles y oquedades pétreas sobre las aguas apenas movidas por alguna turbonada que como un fantasma suelto transitaba por esos canales.

Después de dos días y medió de navegación, la ancha vía del estrecho de Magallanes se abrió a través del tempestuoso cabo Tamar, y pasado el Froward, o Santa Agueda como antes que Drake nombrara Sarmiento de Gamboa al arisco peñón que señala el fin del continente americano, el clima se fue haciendo menos tormentoso y los lomos cordilleranos suavizándose.

En Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo, recalaron para repintar el barco y cambiarle matrícula y nombre. De allí emprendió la larga ruta hacia la isla Decepción, donde ya se encontraban los otros cuatro balleneros y otro barco con los materiales. El mismo que al final de la temporada iría a recoger el aceite elaborado.

La navegación por el canal Magdalena, el brazo noroeste del Beagle, con sus cordilleras veteadas de glaciares; el paso del cabo de Hornos y el mar de Drake fueron acentuando el desplazamiento de la cola del continente, aumentando el frío y los hielos y reduciéndose cada vez más la vegetación. En un mediodía más o menos despejado, se fueron revelando en el horizonte unas montañas de alburas espejeantes, con irisaciones doradas, como un mundo cálido y fantástico. Era el engañoso recibimiento que hacía

desde lejos la tierra antártica: helada y muerta, como hace millares de años.

Se le apretó un poco el corazón al recordar todo eso. Como un pájaro errante había llegado sin darse cuenta hasta esos hielos del fin del mundo. Por contrastes rememoró los sabrosos frutos de su tierra, sus casas de alerce con un buen fogón rústico entre las piedras, sus botes siempre listos para salir a pescar o mariscar por los redosos tranquilos, el dulce jugo del «cauchao» [82], el diminuto fruto de la luma, el poe de las doradas bromelias, los chupones [83] entre los quiscales, el tierno guiñacho enterrado en la arena al amparo de sus grandes hojas de pangue. Este ramalazo de recuerdos lo agrietó un poco por dentro. Hubiera querido llorar; pero desde la trágica muerte de su madre no sabía lo que era una lágrima.

Inmediatamente pensó que a la primera hora del día siguiente tenía que estar a bordo del «Leviatán». Otra vez estaría a pleno mar abierto, y esto lo alegraba, pues hasta las gaviotas juegan rozando las olas cuando se acerca la tempestad.

La breve noche austral intensificó de pronto sus sombras. A través de los hoyuelos de las planchas de zinc le pareció que había algo de luna afuera. Esa luna antártica, que sale por sobre los hielos para esconderse rápidamente como si también tuviera miedo a esa intemperie. Dio vuelta la cara hacia la pared, donde una plancha de zinc conservaba todavía algo del azarcón con que había sido pintada. Sintió que una ola de sombra le subió por los ojos hasta la mollera, apagándole, los recuerdos, y se quedó dormido, como junto a una llama detenida y muerta.

6

–Deje sus cacharpas a proa y luego se presenta en la cocina a trabajar —díjole el piloto Yáñez cuando a primera hora Pedro Nauto arribó al ballenero en el mismo bote en que había dejado de remolcar.

Saludando de paso a algunos tripulantes que conocía, descendió por el cubichete que llevaba al entrepuente, donde estaba el alojamiento de los marineros.

El entrepuente, ancho en la parte donde bajaba la escalerilla desde la cubierta, se enangostaba al seguir la forma del cuadernaje del barco hacia la proa. En el breve espacio que quedaba entre las literas adosadas al planchaje, había una mesa en la misma forma, ancha en una punta y angosta en la otra, con bancas apernadas al piso y sobre su cubierta marcos de listones para que los platos no fueran a resbalar con los balanceos. Ya conocía estos dormitorios-comedores de cualquier ballenero, donde todos quedaban amontonados, tanto para dormir como para comer, siendo casi siempre el mejor descanso la cubierta misma.

Una puerta de hierro, baja y estrecha, comunicaba con el pañol donde estaban los carretes de la ceba y sus resortes de amortiguadores, lo que demostraba que ningún marinero podía jamás dormir cuando se escuchaba el grito de «¡ballena a proa!» Otra puerta más amplia, bajo la escalerilla de hierro, comunicaba con el camarote del cocinero, único tripulante que tenía derecho a camarote a bordo, pues ese cargo era considerado casi como el de un oficial.

Al depositar su saco cacharpero en la litera que halló desocupada, notó que la cerradura del candado no estaba muy segura, y la forcejeó abriéndola sin la llave. Al hurgar en el interior del saco de lona, dio con el pequeño cofre de ciruelillo, que jamás había abandonado desde el día en que murió su madre. Lo abrió, y contempló en la penumbra sus únicos recuerdos queridos: la

pequeña fotografía de su madre, de rasgos enérgicos, aún muy joven; el mechón de pelo castaño claro de su niñez; el portamonedas con algunos pesos de plata y una libra esterlina, y el anillo de oro que encontrara fisgando erizos en el redoso de Puerto Oscuro. Hacía tiempo que no lo observaba. Se lo probó en los dedos de su mano izquierda, y ahora vio que le quedaba ajustado en el dedo del medio. Admiró una vez más los dos hermosos leones que se anillaban por la cola, sosteniendo el escudo entre sus fauces, con el monograma de la J y la A entrelazadas. Cerró el cofre y lo puso en el fondo del saco; en cambio, el anillo se lo dejó en la mano para más seguridad; en todo caso, era el mayor valor que poseía con su peso en oro macizo.

Subió a cubierta y se dirigió a la cocina para sus nuevas tareas. El viejo cocinero Fabián Martínez lo recibió con una desganada sonrisa.

—Cámbiese el paletó por una chaqueta de servir —díjole de entrada.

—No tengo otra.

—¿No sabía a lo que venía a bordo?

—Siempre he servido así, o con un jersey.

—Aunque estemos en este ballenero, cada cual debe andar como le corresponde. No se olvide que en la cocina mando yo y el capitán en el puente.

El muchacho se sonrojó un poco con tal recibimiento.

—Póngase a pelar papas, mientras llegan a tomar desayuno.

La cocina del ballenero compartía con una pequeña cámara una parte de la superestructura. Se entraba a la cámara por estribor y se salía hacia babor por la puerta de la cocina. La cámara, en la que comían el capitán, el piloto y los dos ingenieros, era más estrecha que la dependencia del cocinero. Tenía una pequeña mesa con marcos de listones para sostener el servicio y unas banquetas adosadas a las paredes. Junto a la puerta estaba la escalera que conducía al puente de mando, y desde el asiento del capitán se dominaba la regala de estribor hasta la popa. Un mamparo corredizo separaba ambos compartimientos; pero generalmente permanecía abierto, atisbando el cocinero la urgencia de los oficiales cuando bajaban a comer después de sus guardias, y por supuesto, todas sus conversaciones. De allí que el centro de toda

novedad o chisme a bordo era Fabián, el cocinero; un hombre chico pero fornido, ya sesentón, con la cabeza algo ladeada, picado de viruelas el rostro tumefacto, y siempre con una mirada de reojo entre sus párpados sin pestañas. Parecía no mirar, pero sus ojos, de un oscuro y perdido color, calaban con presteza todo detalle. Su vicio era el juego; pero el capitán había prohibido terminantemente los naipes a bordo, desde una vez que había despelucado casi a toda la tripulación y estuvieron a punto de echarlo por la borda al mar.

Al rato llegaron los dos ingenieros. Demetrio Díaz y José Rebolledo, que hacía de segundo. El primero era un hombre tranquilo, de cincuenta años, bajo, gordo y canoso, y el segundo, de unos cuarenta y cinco años, más delgado y alto.

—¿Churrascos?

—¡Siempre que sea de vaca! —exclamó Rebolledo.

—La están lechando, segundo… —replicó el chiste el cocinero.

Casi siempre, la gente a bordo estaba bromeando con alusiones a la vida de tierra adentro, del norte, cuyo recuerdo se hace tan querido en los mares antárticos.

—A mí me trae un churrasco —dijo Díaz, el primer ingeniero.

—¡Y a mí otro! —gritó Albarrán, que desde la escalera del puente había escuchado el ofrecimiento.

El cocinero cortó dos buenos trozos de filete de ballena y les dio unas vueltas sobre las candentes planchas de la cocina, y se los entregó en sendos platos a Pedro Nauto para que los sirviera.

—¡Ya no vamos a tomar agua parados!… —dijo Rebolledo.

—¿Qué es eso de tomar agua parado? —inquirió Díaz.

—Cuando uno se ahoga… Ya no somos trece a bordo… Fabián salió con la suya… Le tenía bronca al numerito ese.

—Yo pedía lo que corresponde, un ayudante, y allí lo tienen.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rebolledo.

—Pedro Nauto.

—¡Qué apellido más raro es ese!

—Es de Chiloé…

—Pero aquí casi todos son chilotes, y nunca antes lo he oído…

—Debe ser indígena —dijo Albarrán.

El muchacho sintió la mirada observadora de los tres hombres, y continuó en sus quehaceres hasta que les sirvió el café.

—¿De qué parte de Chiloé es usted? —díjole Albarrán.

—De Puerto Oscuro, cerca de Quemchi.

—¿Qué otro apellido tienes? —continuó inquiriendo Rebolledo.

—Nada más que ese, Nauto; soy hijo natural —contestó el muchacho, semblanteando por primera vez a sus interlocutores.

De pronto notó que el capitán inclinaba la cabeza por sobre la mesa y frunciendo el ceño fijaba la vista en su anillo.

—¿Y ese anillo? —le preguntó.

—Lo llevo aquí, mientras tanto.

—A ver, déjeme verlo.

Pedro Nauto se quitó el grueso anillo de oro y se lo pasó al capitán. El ingeniero Rebolledo también se acercó a observarlo.

—¿Cómo dijo que se llamaba usted? —volvió a preguntarle el capitán.

—Pedro Nauto, señor…

—¡Pero lo que se ve aquí es una J y una A!

—¡Julio Albarrán! —exclamó Rebolledo, riendo.

—De veras…, el anillo puede ser suyo —agregó el ingeniero Díaz.

Como una brasa reluciente, dorada, el capitán dio vueltas el anillo entre sus dedos, observando especialmente los dos leones tallados, unidos por las enroscadas colas. Frunció el ceño nuevamente, con un gesto mezcla de asombro y de duda.

—¿Dónde encontró esto? —inquirió con un acento raro, enronquecido, con algo de esas notas de órgano que emiten algunas ballenas cuando se sienten heridas.

—En el mar, señor…; lo encontré frente a Puerto Oscuro, la playa donde yo vivía, un día que estaba fisquiando erizos. De repente vi brillar algo debajo del agua, me zambullí y era este anillo. Al principio creí que lo había perdido un vecino mío, el buzo José Andrade pero no era de él. Desde entonces lo llevo conmigo, puede ser que algún día encuentre a su dueño…

—Mande a ponerle sus iniciales, porque cualquiera va a creer que se lo ha robado —aconsejó Rebolledo.

—A lo mejor el capitán se puede interesar por él —agregó Díaz.

—¿Dónde queda situado ese Puerto Oscuro? —dijo el capitán, como tratando de rememorar.

—Es una entradita muy chica, que queda entre la rada de Huite y Quemchi. Más que por Puerto Oscuro la gente lo conoce por el

lugar donde fondea el «Caleuche».

—¿Qué es eso del «Caleuche»? —inquirió Rebolledo.

—Cómo se ve que usted no es chilote —dijo Díaz, y agregó—: ¡Es el «buque de arte», hombre; el navío fantasma de las islas, que tiene pacto con el diablo y comercia con todos los brujos!

—¿Usted no lo habrá andado capitaneando por allí? —rió Rebolledo, aludiendo a Albarrán.

—Hay que levar anclas muy luego —dijo el capitán con seriedad, devolviendo el anillo a Pedro Nauto, y, levantándose, salió apresuradamente.

Ya en el puente de mando, respiró a pleno aire, hinchando el pecho. Luego, lo primero que hizo fue sacar su viejo Derrotero de un estante y empezó a hojearlo hasta encontrar la siguiente descripción:

> *DARSENA DE HUITE O PUERTO OSCURO. La embarcación destinada a tomar a Puerto Oscuro gobernará directamente sobre el morro Lobos y embocará el canal Caucahué barajando de cerca al citado morro y seguirá su costa hasta tanto que pueda gobernarse sobre la punta este de la dársena al ONO. o NO. Esta punta es muy acantilada, pero la costa occidental es cuidadosa, roqueña y somera hasta 90 metros de tierra. Se denomina Millahuilo y también Yauvilú o Culebra. Una cascada regular en una caverna puede servir de excelente aguada, pues es agua de vertiente y se puede atracar una chalupa en la alta marea.*

Se mesó la barba, cerrando el grueso Derrotero. Sí, el mismo había subrayado con un lápiz rojo el lugar de la aguada donde hacía tantos años había perdido su anillo al tratar de encajar el timón de la chalupa en el cáncamo del codaste, del cual se había salido por efectos de la carga de agua.

¿Qué geniecillo misterioso manipula el mecanismo de la memoria para que ésta olvide para siempre algunas cosas y determine el recuerdo de otras?

Como la sombra de una ballena que desde la cofa se percibe avanzar debajo de las aguas fue saliendo a su memoria un pequeño rostro entumecido por el tiempo, una blusa solferina a la orilla de la bajamar, un vestidillo precario y desteñido, los pies desnudos de una muchachita de unos quince años y sus jóvenes piernas, ya rollizas, como los tallos de las nalcas, bajo cuyas anchas hojas la

poseyera. Tembló. Aquel rostro venía en el tiempo y en el espacio como una gota de agua que se fuera agrandando y haciéndose cada vez más nítida. Una gota de agua cuyos reflejos, ahora, le parecía haber percibido en los ojos de aquel muchacho, cuando con aplomo había respondido: «Soy hijo natural»…

Pero no; pueden ser cosas nada más que de su imaginación… Lo del anillo lo recordó un tiempo, porque fue una pérdida que siempre sintió; pero lo otro lo había olvidado totalmente, tan pasajero y superficial había sido aquel acto brutal de sus instintos… ¿A ver? ¿A ver? No es lo mismo atisbar la sombra de una ballena bajo el agua, deseando que suba al instante para arponearla, que vislumbrar el reflejo de una verdad que viene a herir la conciencia. ¡Por algo la memoria lo había guardado en su cofre sellado! ¿A ver? ¿A ver? ¡Él es ahora la ballena huidiza bajo el reflejo de un arpón que lo busca despiadadamente bajo las sombras del tiempo y de las aguas! ¡El capitán es el arponeado por la luz de una verdad, de la verdad de un simple hecho de su vida!

Había sido en la primavera del año 1903… ¿Pero qué edad tendría el muchacho?… Navegaban por el noroeste del golfo de Ancud, cuando al capitán se le ocurrió pasar a hacer agua para las calderas. Él era el segundo a bordo y tuvo que ir con la chalupa a tierra para disponer la carga de agua y los viajes que tendría que hacer de la cascada al barco para completar la provisión. Estuvieron toda la tarde haciendo agua. Al dejar organizada la faena él se fue a dar una vuelta por aquellas playas. Fue un hecho fortuito sin mayor importancia…, como tantos otros acaecidos en los puertos y caletas donde recalan los balleneros…

¡Ah, de golpe ahora surge en su mente un color solferino entre el verde glauco de la lamilla descubierta por la baja marea! Es una mariscadora con su cesto de junquillo y su palde. Fue algo sin propósito. Le preguntó dónde podrían encontrar chicha de manzana para llevar a bordo. La muchachita lo guió por un sendero hasta una loma de donde se podía divisar la casa en que vendían chicha de manzana. Al pasar bajo unos helechos y unos pangues que cubrían como una bóveda al sendero, ella iba adelante, confiadamente, caminando rápida con sus pies desnudos. Él había levantado la vista desde el barro hasta aquellos pies que caminaban tan graciosa y hábilmente, mientras él se resbalaba con sus gruesas

botas. Al cruzar una cerca la muchachita la pasó de un salto, de costado, apoyándose sólo en una mano.

—¡Soy como el aire! —le había dicho jubilosa.

—¡Oh la memoria…, cómo guarda de vivos sus fantasmas!

En el salto, él le vio las corvas…, los muslos bajo el vestido que se abrió en abanico. Trató de pensar en lo que iba a cometer; pero un golpe de sangre le nubló la cabeza. El mismo golpe de sangre que había obstruido para siempre el recuerdo hacia la conciencia. La tomó primero a la fuerza. Después la niña se entregó bajo el aliento bestial como una pequeña alga entre los brazos del mar.

En el último viaje de la chalupa con agua, los marineros bogaban casi tendidos sobre las bancadas para no mojarse. La embarcación iba entre dos aguas. Al hundirse, un gancho del timón se soltó en el codaste. Su posición sobre la regala de la popa también era incómoda. Se arremangó el brazo para arreglar el timón. Al tratar de introducir el fierro en el hoyo del cáncamo de bronce, se le encajó el dedo con el anillo, y al querer sacarlo, dolorido, el anillo había caído al mar.

Todo estaba muy claro; pero siempre lo asaltaba una duda salvadora, como cuando el arpón resbala en el agua y con su impulso rebota sin dar en la ballena: ¿qué edad tendría ese muchacho?

—¡Piloto Yáñez! —bramó hacia la parte donde el segundo vigilaba la faena de carbón—. ¿Qué edad tendrá ese niño? —le dijo cuándo aquel estuvo en el puente.

—Como dieciséis años… ¿Y para eso me llama?

—No; para que revise el barco una vez más. Haga levar anclas en cuanto se llenen las carboneras.

Al rato, los eslabones de las cadenas, unos limpios y otros con fango del lecho marino, empezaron a resonar a su paso por los escobenes con tañidos de campana rota que las aguas y los hielos reproducían por el ámbito del volcán semiapagado. La cadena era demasiado gruesa para el pequeño barco, de sólo doscientas noventa toneladas de registro, y el ancla aún más pesada, para echarla al mar sin fondo y poderse sostener en la deriva en una noche tempestuosa.

—¡Atrinca para la mar! —se oyó de proa a popa la voz del contramaestre Bárcena, después que los ruidos del ancla se

hubieron apagado.

El capitán Julio Albarrán en su puente de mando avanzó hasta la manilla de bronce del *stand-by*, la campana que comunica con las máquinas. Cada vez que tomaba esta palanca para poner el barco en movimiento, tenía una sensación placentera, como si cortara un cordón umbilical que lo uniera a la tierra. Una vez que respondía el campanillazo desde las entrañas del barco, se acababa para él todo problema terrestre y sentía su espíritu libre y animoso para proseguir tras «el camino de la ballena»…

Mas, ahora, al escuchar la campanilla que puso en movimiento las máquinas del «Leviatán», no tuvo esa misma sensación, por primera vez en su larga vida de ballenero. Algo de tierra se le había embarcado en el corazón, abriéndose rumbo hacia su conciencia de hombre.

7

Cual si las predicciones de los supersticiosos hubieran obedecido a algo racional y lógico, las cacerías del «Leviatán» mejoraron desde el instante que hubo un hombre más a bordo, rompiendo aquella fatídica cifra de trece tripulantes contra la que algunos protestaban abiertamente y otros por lo bajo; pero todos con ese temor que a menudo despierta la despiadada naturaleza del mar, donde la vida con la muerte van cotejándose constantemente entre ola y ola.

Pedro Nauto fue acogido con satisfacción a bordo, por oficiales y marineros. Después de ayudar en la cocina, tenía que servir a unos, y a otros llevarles la garrafa de comida y los platos con que se servía en el entrepuente. De vez en cuando remplazaba a un timonel y también al cocinero en el desmochamiento de las aletas caudales al estrobar la ballena. Así fue conociendo rápidamente a su nuevo barco, «de quilla a perilla», como se decía en jerga marinera.

No existe el marino que no ame a su nave, ya sea consciente o inconscientemente, y, a veces, hasta cuando parece odiarlo, por la peligrosa y aporreada vida que lleva a su bordo, y en los balleneros esta vida es mucho más ruda y expuesta que en cualquier otro tipo de nave. Tal vez sea porque, como el albatros errante que goza planeando contra la tempestad, ese cascarón de hierro o madera permite al espíritu del hombre caminar seguro sobre el más vivo lomo de la muerte.

Casi un hombre entre los hombres, Pedro Nauto fue conociendo pedazos de la vida de sus nuevos compañeros. A bordo mismo esas vidas eran como ráfagas, que sólo bajaban por el entrepuente para comer o para un escaso sueño entre las guardias de cubiertas o máquinas. Vidas que, tal como había sucedido entre los remotos antepasados de la ballena, habían sido casi todas empujadas de la tierra al mar por los vientos de la necesidad.

Pelando papas; un día en la cocina, al calor del fuego, que era una especie de privilegio para el cocinero y su ayudante en esas

temperaturas, el viejo Fabián Martínez le había hecho un bosquejo de su propia vida.

—Soy del norte —le había dicho—, de Quillota. Allí se cosecha todo lo mejor que se pueda dar en la tierra… ¿Conoces los paltos?

—No.

—Son como los árboles más grandes que los robles o coigües que hay en tu tierra. Dan un fruto así de lindo, y es como una mantequilla verde que la pones en el pan y te la comes. Son como un pan también, y es como si comieras una crema de los árboles…; y las chirimoyas, para qué te digo, son como pelotas arriba en las copas. Partes una, y es una carne jugosa, dulce y perfumada. No te la alcanzas a comer. Si al vino blanco le echas una tajada de chirimoya, se pone tan rico… También allí se dan las uvas, y se hacen el vino y la chicha. Todo lo da la tierra allí, y Quillota en verano es como una gran canasta repleta con todos los frutos de la tierra… Yo tuve un fundo; lo heredé de mis padres, porque soy hijo de un hombre rico; pero por mi mala cabeza lo perdí todo… Me lo tomé con las mujeres y lo jugué a las carreras de caballos. Me gustó siempre comer bien y por eso me dediqué a la cocina. Cuando era rico yo mismo preparaba los platos para mis invitados. Después eso me sirvió: estuve en la costa de cocinero en un hotel de veraneo. El cocinero donde vaya encuentra trabajo, porque siempre son muchos los que comen y pocos los que saben hacer un plato de comida. Es el más necesitado de los oficios, ya sea en las cantinas, en las casas de cena o de remolienda, en los transatlánticos o en los hoteles. Donde tú vayas puedes parar el ajo. No sé por qué diablos me he quedado entre estos balleneros. Yo soy un cocinero para otra clase de gente; no para esta… He naufragado dos veces en estas porquerías de barcos, y otra vez en una goleta pesquera. Los muchachos se ríen porque también he tenido tres mujeres, una por cada naufragio… Ellas también me la han jugado mal. Un marino no debe casarse nunca, porque siempre alguien le come la color… La última me la jugó con el mejor amigo que tenía, pero me vengué bien. Primero lo iba a matar por poco hombre… Eso no se hace nunca con un amigo. Yo no me podría acostar ni con la puta con que se haya acostado un amigo; me da asco. ¿Sabes lo que hice? Me vengué bien vengado… Hice que se casaran, y si no lo hacían, los amenacé con matarlos. Yo era bueno para la «quisca»[84] en esos

tiempos y él un grandote cobardón, que me tenía miedo. Y se casaron…, para que a él le pusieran el gorro con la bendición de Dios. Y asistí a su casamiento. Cuando el cura preguntó si alguien se oponía a este matrimonio, se dieron vuelta a mirarme… Ellos sabían que yo me podría oponer. «Tienen mi consentimiento», le dije al cura. Agacharon la cabeza y el cura los bendijo… Yo me incliné, me persigné y salí de la iglesia, pero afuera los esperé… Él se asustó cuando me vio parado en el portal. Tenía miedo que yo sacara la quisca, pero en vez del cuchillo saqué de atrás un ramo de rosas y se las tiré a ella, que agachó la cabeza.

—¿Usted la quería todavía? —dijo Pedro Nauto.

—¡Qué la iba a querer con lo que me hizo! Eran rosas blancas…, que se le tiran a una novia, pura y virgen, cuando se casa… ¡Lo hice sólo por burlarme!

Mas, unos días después, cuando Pedro Nauto comentaba en el entrepuente el hecho de que el viejo cocinero había sido dueño de fundo en el norte, todos se echaron a reír, especialmente Ortega, un hombre también del norte, a quien Fabián, en una ocasión en que estaban borrachos, le había contado llorando la verdadera historia de su vida: era hijo huacho de un dueño de fundo de Quillota, quien en una ocasión arremetió de a caballo contra su madre, atropellándola. La mujer estuvo enferma durante cierto tiempo a consecuencia de los caballazos que recibiera y después murió. Él había visto a su madre cayendo y levantándose bajo las patas del caballo. Para que no le pasara lo mismo arrancó para los cerros. Los inquilinos de otro fundo lo recibieron y allí se crió ayudando en los trabajos del campo, hasta que bajó por las márgenes del río Aconcagua a Valparaíso, donde se embarcó para no volver nunca más a su tierra natal.

Pedro Nauto amaba naturalmente a toda la gente. Su sana juventud le impedía suponer la maldad y la mentira en los demás: pero poco a poco la vida lo fue amaestrando en el conocimiento de la verdad y el engaño, de la realidad y la ilusión, entre los hombres y las cosas.

Notó de inmediato que a bordo había cierta resistencia contra el cocinero, y que este mañoseaba con la gente haciéndole a veces malas comidas. Con el tiempo, tuvo que aprender a defenderse de las mañas de Fabián y de la resistencia de la gente, pues lo suponían

tomando parte en las maldades de aquél. El rancho de la tripulación generalmente era uno solo pero abundante plato a base de víveres secos o carne de ballena, un postre de huesillos dos o tres veces por semana y un jarro de café. En la cámara del capitán servían dos platos, pero también a veces los oficiales sufrían los temperamentales desaguisados del cocinero.

Albarrán en persona supervisaba los víveres, entre los que se contaba también el control de las mañas del viejo Fabián. Sabía por experiencia que la base de toda buena organización de la gente dependía en gran parte del estómago. Medía la importancia de su cocinero, y muchas veces era el único hombre a bordo que ponía a prueba su paciencia y autoridad. Así como de una mirada, por el titilar de las estrellas, conocía el viento que corría mar afuera, percibía el humor y las intenciones del viejo Fabián por la mirada que le surgía debajo de los párpados sin pestañas. A los demás hombres los manejaba como a los dedos de sus manos; «teniendo la cabeza fría y los pies calientes, no hay mayor cuidado», solía decir.

En el puente de mando tenían que ver nada más que él y el piloto Yáñez. Las cosas de cubierta descansaban en la reciedumbre y Criterio del contramaestre Bárcena, Yáñez era como la prolongación de su autoridad en todo lo que concernía a la navegación, arribo y zarpe; a la distribución y disciplina de los cuatro marineros, Mancilla, Vidal, Millaneri y Barrientos. De las máquinas le respondía el primer ingeniero Díaz. Allí se las arreglaba con el segundo Rebolledo y los fogoneros Ortega, Alarcón y Bórquez. En ocasiones todos esos hombres se comportaban como niños grandes, con sus diferencias de caracteres, fortaleza para resistir temporales y faenas de caza, o sus debilidades. Un solo grito los unía a todos: «¡Ballena a proa!» Terminada la caza del cetáceo, parecían como cortarse los lazos que los unían. Pero siempre él los concebía como un todo orgánico, como la sangre, el corazón, los músculos y los nervios del barco, y así sabía ubicarlos, separadamente, cada cual con su propia responsabilidad en la faena de la caza y durante la navegación. Se daba maña para que en el trabajo, dentro de la cooperación, hubiera siempre cierta competencia y mutua vigilancia. Consideraba que todo tripulante debía ser un hombre seguro, responsable, no debía mentir, pues de la falsedad de uno o de la oculta chambonada de otro dependía la vida del barco entero,

la suerte de todos. No concebía a la gente separada de su barco, eran una sola cosa para él. La férrea disciplina la imponía más el mismo trabajo que su propia autoridad. El que no andaba listo entorpecía la labor de los otros. La máxima destreza de cada uno se ponía a prueba en el momento de la caza. Allí se perfilaban el vigor y la habilidad de todos los tripulantes, de capitán a marinero, y la verdadera autoridad se adquiría allí, en la capacidad de cada cual para la maniobra; autoridad que quedaba flotando después, algo desmadejada, pero siempre latente en el resto de la vida del barco. Si él mandaba, era porque él solamente sabía arponear bien a la ballena, y con su olfato y su puntería para rastrear y matar al cetáceo daba de comer a todos. Veinte pesos le correspondían a él por cada ballena entregada en la planta y dos pesos al último tripulante. Por esos pesos andaban todos a bordo y aguantaban esa dura vida a la intemperie entre los hielos circumpolares. No importaba de dónde, cómo y quién era el marinero; lo importante era su contribución para dar caza a la ballena. Muchos de tierra adentro creían que andaban por aventuras, por ver tierras desconocidas; pero no, andaban detrás de la ballena lo mismo que la orca, «la ballena asesina», por una dentellada más que no habían podido dar en tierra y que la daban exponiendo sus vidas en plena mar. Después, claro, no hay hombre que no ennoblezca su propio trabajo, y la ruda vida del ballenero era como la síntesis de aquello en que siempre ha vivido la humanidad: buscando su comida.

Sólo en los grandes temporales el capitán Albarrán se guarecía en cualquier ancón entre los hielos, o a sotavento de un témpano a la deriva, que es lo más seguro para capear un temporal mar afuera. El resto del tiempo estaba siempre detrás de las ballenas. Otras veces, cuando se desencadenaba la tempestad y no se encontraban costa ni témpano donde sotaventarse, hacía cerrar las escotillas a machote, atornillar las claraboyas y emproar la mar toda la noche, dejando a la nave cerrada como una boya. Si la marejada y el viento no eran muy fuertes, largaba las anclas a cierta profundidad para mantenerse en la deriva y todos se echaban a dormir como en el mejor de los mundos. Sólo cuando los barquinazos eran demasiado violentos, o las olas bandeaban el techo de su cabina con estrépito, se levantaba, poníase su ropa de agua y subía al puente a emproar la tempestad.

En tales días de mal tiempo, cuando capeaban el temporal en algún fondeadero, o cuando el «Leviatán» a la deriva en la noche parecía otro cetáceo muerto, señalando su presencia con los faroles de tope y de posición en medio de la inmensidad, aquellos hombres recordaban…, ya charlando o cada uno en su interior, hechos y anécdotas que venían a aliviarles la monótona vida de a bordo. Hechos simples, de existencias sencillas que empezaban a abrirse paso por las orillas de la costa o tierra adentro, y que a veces por un acontecimiento fortuito se habían echado al mar. Algunos en sus relatos querían distinguirse de la vida común de los otros, y en ocasiones de seguro emulaban la exageración de la realidad, o simplemente inventaban o mentían, como lo había hecho el cocinero con Pedro Nauto, cambiando en sus fantasías la pobreza por la riqueza. Por algo el viejo le había dicho en una oportunidad un grosero refrán: «La pobreza es tan hedionda, como mierda de borracho; el perro que se la come, se pasa de buen muchacho». Así era: todos trataban de evitar la pobreza, y hasta en sus relatos la escondían como una cosa vergonzosa.

¿Pero qué es la fantasía, la ilusión, sino el escape a una dura realidad, el anhelo del corazón humano hacia una vida mejor? ¿Existiría acaso en la imaginación religiosa del hombre una venturosa vida ultraterrena si esta de aquí lo fuera? ¡El hombre puede tejer su existencia con hilos de luz o de sombra, en trama real, firme, desmadejada o suelta, pero todos sus hilos irán a dar finalmente, como los tallos de una enredadera, a su raíz terrestre, de donde nace toda vida hacia la luz!

Estas raíces, como el cordón umbilical invisible y ancestral que conduce al otro mamífero, la ballena, a la orilla de la tierra en la hora de su muerte, no dejaban jamás de subir por los hilos de la sangre o reflejar su luz en la mente de esos balleneros. Allí quedaba titilando, cual gota de rocío, la savia humana, única y verdadera, con sus más altas o más bajas categorías terrestres.

Por experiencia propia, el capitán Albarrán conocía el peligro que de vez en cuando se cernía sobre las cabezas de aquellos hombres cuyos pies habían sido descuajados de la tierra. En especial cuando se acercaba el final de la temporada de caza, donde se hacía casi inaguantable el prolongado aislamiento antártico. Sabía que era una especie de enfermedad de lejanía o nostalgia de las cosas

terrestres, que ensimismaba a sus hombres, los ponía tristes, susceptibles e irritables. A veces más de alguno no quería hablar con nadie y se llevaba en su litera con la cara vuelta para la pared. ¿Qué tenía? ¿En qué pensaba? Por su experiencia calculaba que aquella mente solitaria se entretenía en pensar sobre todo en la mujer. Algunos, tal vez en el regazo materno, del cual fueran arrancados a temprana edad; otros, en la temblorosa inocencia de un amor juvenil; pero los más repasaban y repasaban en su imaginación formas y rasgos femeninos que pudieron haber quedado prendidos a la memoria de los sentidos, en su paso fugaz por los burdeles. Imágenes de su rostro, de una cabellera, de unos labios o unos ojos, de unos muslos o de las fugitivas hondonadas del sexo. Siempre el sexo, con su azote angustioso y esencial, el instinto consciente o inconsciente de la propagación de la especie, tironeando como un potro oscuro las luminosas pero débiles riendas de la responsabilidad biológica, tascando el freno de la virilidad contenida, hasta a veces romperlo para dejar caer las manos sueltas de una simple bestia entontecida con sus propios órganos.

Por todo eso el capitán prefería desafiar los temporales a permanecer quieto al primer asomo de mal tiempo. Como el petrel o el albatros, le gustaba tener siempre las alas tensas planeando sobre la infinidad del horizonte marino y no replegadas o entumecidas en la oscura grieta de una roca o a la vera del cantil de un témpano.

Juan Alarcón, uno de los fogoneros, casi siempre tenía los ojos aguados y tristes al subir a cubierta, secándose el sudor con un envoltorio de guaipe que se anudaba a modo de bufanda al cuello. Eran unos ojos claros, como de gato, que contrastaban con la tez morena y curtida. La cabeza redonda, una barba rala y deslavada y unos cuantos pelos tiesos en el bigote reafirmaban esta asociación con el felino.

—¡Mi destino será palear carbón toda mi vida! —solía decir, refiriéndose a su pasado de minero en Coronel.

Este puerto es como una carbonera abierta debajo del mar, y los mineros no ven casi nunca la luz del sol, trabajando en oscuros socavones que avanzan durante kilómetros bajo el lecho oceánico. Aquellos hombres salen de la mina como pálidos fantasmas, sólo para dormir unas horas en la cama caliente que ha dejado el otro

compañero de turno, en las chozas que se hacinan junto a la orilla del mar. La vida sin sol, como la mala alimentación que permite el escaso salario, hacen que generalmente enfermen de tuberculosis y mueran jóvenes.

Alarcón comprendió muy luego el destino que le esperaba junto a sus fantasmales compañeros, y en cuanto pudo arrancó de la mina para trabajar de cargador en las faenas de los barcos carboneros. De allí a bordo hubo nada más que un paso, al embarcarse para seguir paleando carbón en las calderas de un ballenero. Pero Juan Alarcón no era de allí, del puerto de Coronel, sino de más adentro, de tierra muy adentro, pues había nacido detrás de las primeras estribaciones de la cordillera de Nahuelbuta.

Entrecerrándolos, las aguas de sus ojos regresaban en su memoria por Coronel, subían por la desembocadura del río Lebu, por el pueblecito de Contulmo, la ciudad de Angol y llegaban al lejano rincón cordillerano de Rucapillán, que en el idioma mapuche, de los araucanos, quería decir «ruca del diablo». En realidad, aquel lugar sólo podría ser habitado por el espíritu maléfico. Enclavado entre montañas inhóspitas, durante los malos inviernos no quedaba un hierbajo para alimentar a un animal, mientras los mejores terrenos, en grandes extensiones, pertenecían a millonarios de la capital, generalmente los políticos que gobernaban al país. Recordaba los días de infancia en que con sus hermanitos a menudo no tenía otro alimento que unos cuantos puñados de harina tostada revuelta con agua, y por toda vestimenta, un raído saco papero puesto a manera de poncho y amarrado a la cintura con un cordel de junquillo.

A menudo venía a su recuerdo la imagen de su madre: la veía caminando delante de él, bajo los cenicientos ramajes de los gualles, los robles desnudos de hojas por el invierno, llevando junto a su pecho la última ave para venderla en la ciudad de Angol y comprar harina tostada con la cual se podía prolongar la resistencia al hambre. La veía con su rebozo negro, que se había puesto verdoso como el musgo por el tiempo, sosteniendo con un brazo el gallo padre, el último del gallinero, con su plumaje tan brillante como un arco iris recostado en su seno. Los gualles también estaban hermosos con sus ganchos clamando al cielo, y allá en las cumbres nevadas de los Andes lejanos, una zona de luz celeste, como si a

espaldas de la gran cordillera se anunciara una vida mejor. Desde que se hiciera a la mar en aquel ballenero, nunca más pensó volver a sufrir las hambrunas de Rucapillán.

Casi nadie le creyó al marinero Luis Mancilla cuando contó por qué había abandonado su tierra por el mar. También era una historia de hambre, pero lo que no se le creía era lo del perro.

—Vivíamos en Hualaihué, y de allí íbamos a cortar alerce al interior de la cordillera —había contado—. Mi padre y mis hermanos mayores eran alerceros. Cuando yo empecé a trabajar en el alerce, le agarré miedo a ese trabajo. ¿Saben ustedes lo que es eso? ¡No conocen lo que es un alercero! Para encontrar un manchón de alerce hay que subirse a los altos montes de la cordillera. Allí se cortan los árboles. El tronco no necesita sierra para hacer las tablas. Se le entierra una cuña de fierro no más, siguiendo la veta de la madera, y de un combazo la tabla se parte sola, saliendo derecha y delgadita, Después se cortan como de a tres metros, y cada uno baja con siete tablas amarradas. En la bajada está lo bueno. Hay que poner el atado de tablas contra el pecho, parado, agarrándolo por abajo, y bajar con la espalda afirmada en la pared de piedra del precipicio, caminando por los hoyos que se han hecho como una escalera para subir. Hay cerros que caen casi a pique, y uno apenas logra encajar los talones en esos huecos. Si se resbala…, bueno, eso fue lo que le pasó a nuestro padre; iba delante de nosotros, resbaló y cayó. Abajo lo recogimos hecho un saco de huesos…

»Después que murió mi padre, nos fuimos de aquel lugar a otro más al sur, llamado Río Negro, que queda en los faldeos del volcán Hornopirén; pero también tuvimos que arrancar todos, después que en una ocasión el volcán estuvo vomitando piedras y lava durante una semana entera, arrasando con el papal y la huerta que habíamos cultivado en el valle. Casi nos morimos de hambre. Allí estábamos solos con mi madre, hermanos y hermanas. Tuvimos que comernos hasta los perros, dejando solamente uno que era muy bueno para cazar venados; pero un día este desapareció. Creíamos que se había escapado al olfatear lo que les había pasado a sus compañeros; pero después de tres días volvió trayéndonos un pequeño venado entre los dientes. Le habíamos enseñado que no se comiera la presa que cazaba, y la traía para sus amos. Así pudimos aguantarnos, con los venados que nos traía el perro de vez en

cuando, hasta que pasó una lancha por Río Negro y nos sacó de aquel maldito hoyo del volcán Hornopirén.

»Recuerdo también que había que balsear el alerce por el río Hualaihué…, balsas de tablas de alerce puestas de canto, y uno en la proa y otro en la popa de la balsa, con varas para empujarlas y dirigirlas para que no se estrellaran contra las paredes del cajón del río. Así se hacía la navegación por ese río, que corre encajonado y está lleno de rápidos. A veces bajaban treinta y hasta cuarenta balsas en un solo día… En las noches, cuando hay temporal, todavía sueño que voy con mi carga de alerce balanceándome contra la pared de un precipicio o corriendo peligrosamente por entre los remolinos del río Hualaihué. Le agarré, pues, miedo a ese trabajo, y por eso me hice a la mar.

8

Cascajal es una precaria playa detrás de la isla Llancahué en la orilla cordillerana del golfo de Ancud. De las abruptas laderas de esta isla caen vertientes de agua caliente directamente al mar.

De allí era Francisco Millaneri, un chilote de estirpe indígena, cuyos ojos oscuros, de mirada firme y recta, elevaban la humanidad de su cabeza de coipo en acecho, encajada por un corto cuello en unos hombros demasiado poderosos para su estatura.

—¡Carita de leso tiene uno, pero es preferible ser así! —dijo una tarde a Pedro Nauto, cuando descansaban después de una faena de caza en el entrepuente, y agregó—: ¡Me putió el piloto Yáñez porque creyó que yo no sabía enterrar la lanza para inflar la ballena en la parte donde se debe! ¡Habráse visto! ¡Yo que nací correteando a las toninas con arpón! ¡Y una vez, con mi hermano más chico, arponeamos hasta un cachalote!

—¡No te creo!

—Ahora sé que era un cachalote; pero entonces no supimos lo que era. Tendría yo unos diecisiete años y mi hermanito nueve.

—¿Cómo fue? ¡Cuenta!

Estaban los dos tripulantes tendidos en sus respectivas literas, que quedaban una sobre la otra. La de Pedro Nauto daba al techo, el piso de la cubierta de fierro, pintado de azarcón como una herida vieja. La de Millaneri quedaba abajo, mirando las tablas que sostenían el jergón y el cuerpo de su compañero. Entrecerrando los ojos, como evocando el pasado, empezó a contar. Pedro Nauto escuchaba en silencio, y sólo de vez en cuando profería alguna exclamación de asombro o de incredulidad:

—Habíamos fondeado nuestro trasmallo en el canal Llancahué y nos quedamos con mi hermanito en el bote mirando una luna que pasaba por entre grandes manchones de nubes blancas. Era tan bonita la luna, y tan alta. No como por acá, donde parece que pasa agachándose. Alumbraba todo el canal a veces, y más afuera se amontonaban en forma que no se sabía cuál era el cielo y cuál el

mar. Me acuerdo que era como al final de año y puchas que hay pescado en ese tiempo por allá. ¿Conoces los chancharros? [85]

—No.

—Son como robalos; más anchos, espinudos y rosados. ¿Y el colde [86], lo conoces?

—Tampoco.

—Es más grande que un pejerrey; rosado también. Así estábamos, dejándonos llevar por la vaciante. En el bote teníamos la vela envuelta en el palo, debajo de los bancos, y un arpón, con el que a veces cazábamos alguna tonina, que corren a los pejerreyes y robalos, ahuyentándolos de la red. Así estábamos, cuando de repente el mar se espesó de jibias. Era un cardumen de miles y miles de jibias, que cambiaban a ratos de color. Unas veces blancas como la luna, y otras veces verdosas o azules o cafés como el sargazo. Chocaban contra el bote como si la quilla hubiera dado en un bajo. Con el bichero sacamos dos o tres para carnada. Se ponían de todos colores a la luz de la luna sobre el empalletado.

—Dicen que cuando pasa el «Caleuche» se arrancan las jibias —comentó Nauto.

—Por allá no se asoma el «Caleuche». Ni hay brujos tampoco. Corre mucho viento y es tan abierto el mar del golfo que no se aguantaría. Esas son cosas del otro lado del golfo, donde están las islas. De repente, por la boca del canal Llancahué apareció entre dos aguas una cosa negra, detrás del cardumen de jibias. Lo primero que pensamos fue en nuestra red. Si el cardumen pasaba por el trasmallo, o esa cosa negra, podíamos despedirnos de ella. No hubiéramos podido tampoco levantarla, porque las jibias iban muy rápido. Le ordené a mi hermanito Gumercindo que se pusiera al remo. Estaba más blanco de miedo que una jibia. Yo también tenía miedo, pero hay que hacerse ánimo en la vida si no uno se jode. ¡Tenía que darle valor al chico, y no más miedo! Remamos no más en dirección de la cosa negra, y cuando estuvimos cerca me subí al empalletado de la proa con el arpón. Vi un lomo como de un tremendo toro negro. Y allí no más me afirmé con el arpón que era para las toninas y se lo enterré. No sé si por el miedo o la fuerza lo encontré tan blando que se lo encajé hasta el mango. Abrió una boca tremenda, como un balde repleto de jibias. Las estaba comiendo. Y dio una vuelta levantando dos enormes aletas con un

oleaje que hizo entrar agua en el bote. El arpón estaba amarrado con una soga a la proa, y allí vino lo bueno. La cuestión negra empezó a tirarnos y el bote corría como el diablo. Saqué mi cuchillo y no le perdí vista al cabo tirante. Estaba listo para cortarlo en cuanto viera que nos podía dar vuelta el bote o irnos por ojo debajo del agua. No quería perder el arpón ni la soga, lo único que teníamos. Además daba gusto ver correr el bote levantando una marejada de espumas por la proa. ¡La noche de luna era tan linda! ¡El mar estaba tranquilo como una taza de leche! Raro estaba el mar, y como caliente. Corríamos y corríamos más que una lancha a motor. Le ordené a mi hermanito que se tirara sobre el empalletado, en la popa. Estaba temblando de miedo. A mí también me iba entrando el miedo, pero me afirmaba dándole valor al chico. De repente empezamos a entrar en un banco de neblina. La luna desapareció, y una camanchaca arrastrada, como grandes cadejos de lana, se espesó tanto que parecía que no íbamos sobre el mar sino volando. Mi hermanito comenzó a llorar y a gritarme que cortara el cabo. Lo corté con rabia, perdiendo tanta soga y el único arpón.

»Quedamos allí en medio de la neblina, no sabiendo si el animal nos había arrastrado para el sur, el norte o el oeste. No había una gota de viento. Remamos en dirección contraria a la que habíamos sido remolcados por el animal debajo del agua; pero pronto nos pareció que dábamos vuelta en el mismo lugar. Cuando se oscureció demasiado, le dije a mi hermanito Gumercindo: “Pasemos la noche aquí hasta que aclare o corra viento”. Acomodé al chico en el empalletado tapándolo con la vela mayor, y yo me senté en la proa envuelto en el foque. Pronto se durmió Gumercindo, pero yo no pude cerrar los ojos. Dicen que las liebres duermen con los ojos abiertos, y así me quedé en medio de la niebla. Empezó a aclarar, pero no se podía saber por dónde había salido el sol. Y nada de viento, y la neblina más y más espesa. De repente me pareció oír como una campana. Desperté al chico. También la oía. Nos pusimos a los remos y fuimos en dirección de donde se oía; pero no dimos con ella. A ratos se nos alejaba y a ratos se acercaba. Parecía que estábamos jugando a la gallina ciega con la campana en el mar. Pero seguimos dándole a los remos en busca de la campana. Después de mucho rato de andar así, a las vueltas en siga de ella,

una tremenda sombra negra apareció en medio de la neblina. Era un barco muy grande, pero tenía más miedo que nosotros, porque estaba parado, no se atrevía a andar. Lo abordamos. Era un barco de pasajeros que iba para el norte y tenía la escalera arriada. Amarramos en ella el bote y subimos. El piloto nos llevó a la cocina y ordenó que nos dieran de comer. Comimos cosas tan requetebuenas como nunca habíamos comido, y tomamos café. Después nos dedicamos a conocer el barco. Se llamaba "Magallanes". Iba de Punta Arenas a Valparaíso. Toda la mañana estuvimos a bordo. Cuando salió viento y la neblina empezó a irse, el piloto nos ofreció llevarnos a un puerto; pero yo le dije que no, que nos dejara no más allí, que con nuestra vela podíamos llegar a cualquier parte. Y así fue no más. Los oficiales nos dieron unas latas de sardina y pan. Cuando bajamos al bote y le ordené a Gumercindo que pusiera el timón, se puso a llorar. Levanté el palo y aparejé la vela cuando el barco empezaba a hacer andar sus máquinas. Todos los pasajeros nos miraban desde la baranda de la cubierta, y algunos les decían a los oficiales que nos llevaran a un puerto. Yo me sentía firme y contento aparejando el bote para aprovechar la travesía, que empezaba a soplar fuerte llevándose toda la neblina. Lo único que me daba rabia era que el chico estuviera llorando; pero por lo bajo, para que no me oyeran los de arriba, le grité: "¡Cállate, mierda!" y se tragó el llanto. Me ayudó a izar la mayor, y cuando puse el foque, todos los de a bordo me hacían señas con las manos. Estábamos cerca de la isla grande de Chiloé, al otro lado del golfo. Hasta allí nos había arrastrado el cachalote. Navegando todo el día de un largo volvimos a Cascajal bastante entrada la noche. Los viejos estaban muertos de susto. Creían que nos habíamos ahogado.

»A Gumercindo parece que le hizo bien la experiencia. Se hizo después de ese viaje más hombre. Con otros tres mayores aparejamos un bote grande y nos largamos un verano al otro lado del golfo de Penas, a cazar nutrias y lobos. Llegamos hasta las gargantas del río Baker. ¡Puchas que cazamos nutrias! Pero muchas veces no teníamos qué comer. ¿Has comido cazuela de tiuque alguna vez?

—No.

—Había días en que era lo único que teníamos para echar en la olla. Nos jodimos bastante, pero ganamos plata. Después de eso me

embarqué y no he vuelto más a Cascajal, el lugar donde nací. A los viejos y mis hermanos chicos los corrieron de allí. Llegó un futre de la capital, de Santiago, y dijo que la isla era suya y que tenían que pagarle arriendo. Mi padre había vivido toda su vida allí, y tuvo que irse a Pichicolo, más al norte; es un lugar donde apenas pueden vivir los coipos. Prefiero la vida en los balleneros…

9

Un sol macilento, difuso, empezó a abrirse paso tras la línea brumosa del horizonte, y una débil luz otoñal sobrevino del mar hasta los mástiles.

—¡Solamente dos grados bajo cero! —exclamó el contramaestre Bárcena, mirando el barómetro en el puente de mando, y frotándose las manos agregó—: ¡Ya vamos a dejar estos peladeros de hielo!

—¿Cuándo cree usted? —inquirió Pedro Nauto desde el timón.

—En la primera quincena de abril viraremos para el norte.

Ya estamos a 23 de marzo —recordó el timonel, mirando un pequeño calendario en la pared, y sus ojos se detuvieron un momento en la fecha del año: 1920. La pieza de madera de caoba que sostenía el barómetro era de un color rojo cálido. Arriba estaba incrustado el barómetro, y sobre él un águila de bronce resplandecía con sus alas desplegadas en sobrerrelieve. Abajo dos manojos de gavillas bruñidas simbolizaban la acción del tiempo sobre toda simiente.

La noche entera el «Leviatán» había navegado por el cuadrante nordeste en la zona donde colindan los mares de Drake y de Weddell. «Manténgase en el rumbo», había ordenado el piloto Yáñez a Bárcena, cuando le hizo entrega de la guardia. Más durante la breve noche austral el viento había empezado a soplar desde ese mismo cuadrante, lo que tenía preocupado al contramaestre, pues mejor que nadie sabía que las ballenas generalmente acostumbran avanzar de madrugada contra el viento, es decir en la misma dirección que llevaba el barco. Esta inquietud se vio justificada cuando en el puente, cual un fantasma del alba, apareció Albarrán.

—Así da gusto navegar…, contra viento y marea y corriendo con las ballenas —dijo con ironía.

—Fue la orden dejada por el piloto, capitán.

—Qué orden ni qué orden. Usted sabe tanto o más que él en esto.

—Usted ha dicho que hay que respetar al oficial navegante,

capitán.

—¡Cuando usted vea hacer una chambonada hasta a mí me enmienda la plana!

—Hace poco cambió el viento. Ya iba a ir a consultar cuando usted llegó —y añadió con sequedad al timonel—: ¡Cierre toda la caña a estribor!

El «Leviatán» empezó a virar en redondo, como empujado por el viento de la aurora, que labraba biselando al mar.

—¡Así no más! —ordenó Bárcena, fijando el rumbo.

—¡Así no más! —repitió Pedro Nauto en tono más bajo.

—Despierte a un hombre para que suba a la cofa, y déjeme a mí no más en el puente —ordenó Albarrán.

La respiración y el calor de los cuerpos habían empañado levemente los ventanales. El capitán limpió con la manga de su chaquetón el que quedaba frente al timonel y se apartó para dejarle visibilidad. La luz de la mañana entró con su juego entre los cristales. De pronto, el hombre vio el rostro del muchacho reflejado en uno de los ventanales, y tembló cuando, un poco más empañado, percibió a su vez el suyo. Dos o tres veces, con miradas tan rápidas como cuando solía atisbar bajo las aguas el lomo de una ballena, trató de percibir lo que no quería encontrar en los reflejos de esos cristales jugando con la luz de la mañana antártica.

De súbito, le pareció ver en esos rasgos algo así como un retrato suyo antiguo, de su lejana juventud; pero cerró los ojos, porque en el mismo instante un fuerte dolor de cabeza, como le ocurría a veces al precisar la mira del cañón arponero, le hizo fruncir el ceño. Adentro, por un momento fugaz, bajo ese ceño apretado, quedaron flotando tenues, temblorosos, unos arabescos luminosos producidos por la luz de la aurora, pero que poco a poco fueron adquiriendo un matiz solferino, como un trapo o un gallardete suelto batido por las olas en un horizonte acuoso y lejano.

—¿Le duele la cabeza, capitán?

—No, hombre; los pies los tengo fríos, y eso es mucho peor.

Como el reflejo de aquel rostro en los cristales, la voz resonó en sus oídos con un eco algo trizado, que también lo hizo estremecer al percibir en esa trizadura de la voz adolescente algo de su propia voz. Se dio vuelta a mirarlo, como quien no soporta más los atisbos de un peligro y se decide a afrontarlo.

El muchacho, con inocente seguridad, enfrentó la mirada del capitán. La mañana, con la misma luminosidad, iluminaba ambos rostros; pero el tiempo se había agarrado más sombríamente en el uno que en el otro. Inesperadamente —¡oh misterio sostenido por las gotas de rocío en las fibras de la memoria!—, como quien sueña un paisaje que se le ha olvidado, un rostro que se le ha ido como una piedra bajo las aguas, desde la luz de aquellos ojos, como un arpón que avanzara en el tiempo y en el espacio, al capitán Albarrán se le precisaron los rasgos, la nariz, la boca, los ojos de la muchachita que tomara en sus brazos como un alga muerta en aquella playa lejana.

—¡Quince grados más a babor! —ordenó, más bien por decir algo.

—¡Quince grados más a babor! —le replicó el timonel como un eco.

El compás estaba situado frente a la rueda del timón, y al mirar el giro de la brújula, sus ojos se posaron en las manos que daban vueltas a las cabillas.

—¡Bah!, ¿ya no tiene el anillo?

—Lo tengo guardado en mi saco cacharpero.

—Podría mandar a cambiarle esas iniciales.

—No sé. Pensé hacerlo en el primer momento; pero me he encaprichado de encontrar a su dueño.

—Todo lo que se encuentra abandonado en el mar es de uno. Así se trate de un barco o de un anillo.

—¿Y de quién podría ser? ¡A lo mejor de alguien que no era ni de las islas! ¿Usted no se interesaría por él? ¡Tiene sus iniciales!

—A lo mejor me gustaría quedarme con él. ¿Cuánto valdría?

—No se preocupe por eso. Ya nos pondremos de acuerdo. Creo que pesa unos veinte gramos.

—Ese es el valor del oro; pero ese trabajo de joyería Vale mucho más.

—Bueno, si es así, para mí también tiene otro valor.

—¿Cuál?

—¡El haberlo encontrado en el mar!

—Bueno, si usted quiere no me lo vende…

—No, capitán; se lo voy a traer en cuanto deje el timón.

—Pero tiene que decirme el precio.

—Eso lo trataremos después; en sus manos está más seguro que mi saco cacharpero en el entrepuente.

—Sí, no hay que confiar nunca del todo en la gente.

Cuando Julio Albarrán tuvo a solas su anillo entre los dedos empezó a darle vueltas como si fuera una brasa ardiente; pero en seguida trató de apagarla colocándoselo en el dedo como cosa propia.

Sin embargo, en su conciencia aquella brasa continuó encendiéndose de vez en cuando, como un faro que alumbrara las sombrías y lejanas corrientes de su sangre.

Levantó varias veces el dorso de su mano izquierda para contemplar su reluciente anillo, y no darle ya mayor importancia. Pero lo que no dejaba de inquietarle era la extraña forma en que había vuelto a su poder. Perdido estaba y olvidado como todo objeto caído en el fondo del mar, pero un extraño azar lo había rescatado de nuevo hacia sus manos. De pronto le pareció como un símbolo de su vida. Como si aquel objeto brillante hubiera pertenecido a otro hombre, y nunca a él. Un hombre también olvidado en el tiempo, y a quien por un azar del destino se le vuelve a encontrar. Más, en ese instante, resonó desde la cofa el grito del serviola:

—¡Ballena a proa!

—¿No decía yo? ¡Si no viramos en redondo, todavía vendríamos arreándolas! ¡A estribor la caña! ¡A toda fuerza la máquina!

Las voces de mando resonaron en el puente del ballenero mientras su proa caía en la dirección en que se vieron los espautos. Toda la tripulación había saltado de sus camastros a la cubierta y no faltaba uno solo en su puesto. El último en llegar fue el piloto Yáñez, quien desperezándose exclamó, con un bostezo:

—¿Vamos a desayunarnos primero con las ballenas?

—El que quiera tomar un poco de café que pase por la cocina.

—Por los espautos parecen ser cachalotes —dijo Yáñez, al ver que las rociadas de vapor emergían hacia un lado en vez de subir verticales, como ocurre con las ballenas de aleta.

Cual si la naturaleza tratara de amparar a sus hijos, el sol mañanero se ocultó por entre un cielo amenazante y se dejaron sentir los primeros bandazos del viento, y una mar arbolada empezó a rodar desde el horizonte. Con todo su andar, el «Leviatán» estuvo

luego en el área donde se avistaron los chorros de los cetáceos.

—¿Quiere usted dedicarse a matar chanchos? —dijo Albarrán al piloto, refiriéndose a la facilidad con que se lograban cazar los cachalotes en comparación con las veloces alfaguaras.

—Si usted no quiere arponear… —respondió el piloto, sorprendido por el inesperado ofrecimiento de Albarrán.

—Con algo hay que aprender, y esta es una buena ocasión.

El capitán mandó a parar las máquinas cuando creyó estar sobre los cachalotes, pues estos tienen un oído tan fino que escapan al oír el batir de las palas de la hélice. El contramaestre Bárcena, tan experto como Yáñez o Albarrán para atisbar ballenas, se subió a la cofa. Y todos se extrañaron cuando vieron al piloto atravesar la pasarela desde el puente de mando y desenfundar el cañón arponero.

La coordinación entre los tres hombres para iniciar la cacería era perfecta. En realidad el mejor hombre estaba en la cofa; el piloto se veía como un zorro joven en el cañón, el segundo ingeniero en el cabrestante y la tripulación tensa en sus puestos. Sólo en el puente de mando, por primera vez en su vida, el capitán Julio Albarrán se paseaba silencioso como si estuviera profundamente interesado en la faena que de un momento a otro se iba a comenzar.

De pronto, varios chorros de vapor emergieron casi en la misma proa, y el impacto seco del cañón resonó al instante, cubriendo al piloto en una nube de pólvora.

—¡A toda fuerza la máquina! —gritó Albarrán, y el «Leviatán», impulsado por su hélice y remolcado por la espía que salía a tirones desde el tecle del trinquete, adquirió su máxima velocidad.

Pero sólo alcanzaron a salir quinientos metros entre ceba y línea por la amura de estribor, pues luego se vio en la superficie marina el negro lomo de un animal revolviéndose en su rosal sanguinolento. La cola se levantó por el aire dos o tres veces, como grandes brazos que pidieran clemencia al cielo, bajo y opaco. Después se vio el chapoteo de un gigantesco estertor y la panza blanquecina del animal quedó tranquila entre las olas. El cachalote estaba definitivamente muerto. No hubo necesidad de rematarlo. El arpón había penetrado profundo en el costado izquierdo detrás de la cabeza, que ocupa una tercera parte del cuerpo. La granada había estallado entre los pulmones y el corazón, porque la respiración se

convirtió en un chorro de sangre que se levantaba de la negra cabeza como una chimenea en llamas en medio del mar.

Con la misma espía que sostenía el arpón, la presa fue cobrada hasta ponerla junto a la regala, se le insufló aire y, colocándosele un asta con el gallardete de la nave, se la dejó a la deriva, después que Pedro Nauto, en vez del cocinero, le desmochó las enormes aletas caudales.

Este corte ritual no sólo se hacía para facilitar después el remolque del cetáceo desde los muñones, sino por una vieja superstición ballenera que dice que si a una ballena no se le cortan las aletas de la cola se vuelve a perder en el mar…

La manada de cachalotes volvió a perderse en las profundidades, pero el «Leviatán» prosiguió tras ella esperando que después de veinte o treinta minutos se vieran obligados a salir a respirar sobre la superficie. Lo importante, dadas la hondura y la velocidad con que estos cetáceos se deslizan, era gobernar hasta el lugar de la nueva emergida.

Exactamente como a la media hora volvió a resonar el grito del contramaestre desde la cofa, esta vez señalando los cachalotes por las aletas de babor. La manada no se había disgregado; por el contrario, parecía que emergían más solidarios desde las profundidades en reconocimiento del compañero muerto, y en vez de huir convergían a la zona donde el mar estaba sanguinolento.

—¡No le decía yo, son como chanchos! —le gritó desde el puente Albarrán al piloto.

—¡Son doce o quince! —gritó desde la cofa el contramaestre.

Los marineros ayudantes del piloto habían ya cargado de nuevo el cañón y dispuesto en forma la ceba y la línea recogida. La cacería empezó a entusiasmar a Albarrán.

—¡Vaya a proa, porque habrá necesidad de más gente! —le ordenó al timonel, tomando él en sus propias manos la rueda del timón.

Sintió un impulso como en sus años juveniles, cuando empezó de timonel. A veces con una mano sostenía las cabillas y con la otra hacía funcionar las campanas de las máquinas, o gritaba por la bocina de bronce para facilitar la maniobra y dar la mejor ocasión al disparo de su piloto. Sólo de vez en cuando levantaba la vista hacia las manos del contramaestre, que, como las de un dios

omnipotente sobre la cofa, se elevaban señalando la vida o la muerte de los cetáceos que cual sombras más densas podrían aparecer de un momento a otro bajo las aguas. Pero estos, tan estúpidos o tan heroicos, avanzaban juntándose cada vez más en torno del compañero muerto.

—¡Parece que el que matamos era el macho jefe! —exclamó Bárcena desde la cofa.

Al rato, el «Leviatán» estuvo nuevamente sobre ellos, y a sólo veinte metros, Yáñez hizo su segundo disparo, tan eficaz como el primero. Casi en la misma forma que el anterior, el animal herido se tiró de pique hacia las profundidades. Luego salió tres o cuatro veces envuelto en mantos de sangre. Finalmente paró la cola, emergió la panza y el cabrestante lo recogió junto a la proa, donde dos lanzazos de su victimario pusieron fin a la jornada de su muerte.

Así prosiguió la caza, con la misma coordinación de los tres hombres. La gente parecía estar contenta de ver a su capitán haciendo de simple timonel, a su contramaestre de serviola y a su piloto estrenándose como futuro gran capitán arponero. A menudo las grandes mares arboladas tomaban el barco de través y la cofa oscilaba en lo alto del trinquete como un péndulo al revés. Entonces Bárcena dejaba de dirigir la sinfonía mortífera y, acordándose de haber visto a más de un grumete lanzado al mar o caído sobre la cubierta, se aferraba a dos manos en los bordes de su tonel.

—¡Saque un dedo siquiera! —le gritó con ironía Albarrán.

—¡Cuando se vean ballenas! —le contestó.

—¡Pero si allí están, casi en sus narices! ¿Que no las ve?

En realidad, el mar se había puesto malo y por los barrancos de agua aparecían y desaparecían de vez en cuando como extraños arrecifes los lomos rodantes de los cetáceos. El «Leviatán» avanzaba dando tumbos entre marejada y marejada, y Yáñez ya no se sentía muy seguro sobre el castillo de proa, teniendo que abrazarse a veces a su cañón. También pasaba por su mente el caso de un capitán noruego que agarrado a la culata apretó el gatillo en un barquinazo y disparó el cañón, siendo arrastrado por la soga como una brizna hacia los abismos. A otro arponero con las piernas quebradas al soltarse la soga del tecle y arrollarlo junto al cañón. Con un poco de frialdad, pero sin crueldad, el capitán Albarrán seguía desde el

timón maniobrando para el mejor trabajo de su gente. «Sólo así aprenderás», decía para sus adentros, al ver que el piloto hubiera deseado su remplazo en el arpón.

Cuando llevaban seis cachalotes cazados, Albarrán le gritó ofreciéndose para remplazarlo; pero Yáñez le hizo un lento gesto negativo con la mano. Así como se había pasado el desayuno, también se pasó en blanco el almuerzo. Ninguno de esos hombres arredraba; parecía como si estuvieran alimentados con aquella sangre que a veces venía a rociarlos hasta en la misma cubierta en una ola sanguinolenta o con el propio chorro de la respiración del cetáceo cuando era rematado por la lanza atravesándole pulmones y corazón. La maniobra de acoderarlo al borde de la regala para inyectarle aire se hacía cada vez más peligrosa. El propio contramaestre bajaba desde la cofa y se tendía con medio cuerpo fuera de la cubierta, mientras dos marineros de bruces lo sostenían por los pies para que no se cayera al mar.

A media tarde había ocho cachalotes dispersos por la zona de caza. La orgía de sangre parecía llegar a su término.

—¡Allá se ve algo, pero no sopla! —gritó el contramaestre desde la cofa, al mismo tiempo que con el filo de la mano mostraba hacia el horizonte, por babor.

El «Leviatán» tomó el rumbo señalado.

—¡Este es el último, piloto; después empezamos a recoger! —gritó Albarrán, sacando medio cuerpo hacia la pasarela.

—Yo no veo nada —replicó Yáñez, haciendo un gesto desganado con la mano.

—¡Allí, piloto, como a una media milla! ¡No espauta, pero sube y baja entre las olas!

—¡Ya! —gritó Yáñez.

—¿Estamos listos? —rugió Albarrán.

—¡Listos!

El ballenero endilgó rectamente hacia una ola más negra que subía y bajaba entre las otras. Toda la tripulación estaba en suspenso, cansada, pero aún como ebria de sangre. Albarrán, en el puente, se quitó la gorra rascándose la cabeza.

—¡Parar las máquinas! —ordenó con voz sigilosa por la bocina.

Nuevamente el «Leviatán» fue montando las grandes marejadas con su sola viada, De pronto, la ola negra emergió en las cercanías

de la proa y luego resonó el disparo. Hubo un momento como de paralogización del cetáceo. La tripulación creyó que el piloto no había dado en el blanco, pero al instante la masa negra se perdió por las profundidades arrastrando ceba y línea.

—¡Parece que lo jodí de un viaje! —exclamó Yáñez.

—¡Para mí que no era un cachalote, sino una alfaguara! —dijo Bárcena, bajando desde la cofa.

La línea seguía corriendo a mayor velocidad con quinientos, ochocientos, mil, mil quinientos metros de soga de siete pulgadas de mena, que salía humeando por los carretes de los tecles.

—A mí también me pareció una alfaguara —ratificó el capitán.

—La remató bien el piloto —comentó Pedro Nauto, desde la escalerilla que llevaba a la cámara.

Albarrán le pegó un silbido y le dejó de nuevo al timón.

La línea seguía desarrollando toda su extensión, y al final sólo quedó aguantada por los resortes amortiguadores en el fondo de la cala. El barco, a toda máquina, empezó a aumentar su velocidad remolcado desde las profundidades.

—¡Dura para morir, pero ya empieza a salir! —dijo el capitán al ver que aumentaba el ángulo de la espía desde el trinquete al mar.

Al rato, efectivamente, un gigantesco lomo emergió azul en la lejanía, y se encorvó siempre tesando la línea. Cuando los tirones disminuyeron y el cabrestante la fue recogiendo con su gran presa que se movía entre las mares arboladas, el característico chapoteo sanguinolento se hizo formidable. Era un enorme animal que se debatía entre los estertores de la muerte; pero, de súbito, todos, con los ojos muy abiertos por el asombro, vieron otro cetáceo más pequeño que rondaba en derredor asistiendo a la agonía. Ya cerca de la proa se vio el hermoso ejemplar de ballena azul con los últimos temblores de la agonía, y, a su lado, como un reflejo de su propia sombra, su hijo, un ballenato recién nacido, de alrededor de siete metros de largo.

De la madre muerta y desde su pequeño hijo nadando entre su sangre, las miradas de toda la tripulación cayeron sobre el piloto. Albarrán volvió a sacarse la gorra y a rascarse la cabeza, Bárcena bajó la mirada como buscando un cabo sobre la regala.

—¡No lo alcancé a ver; debe de haber estado mamando del otro lado! —dijo el piloto, cuando le llevaron la lanza para rematar al

cetáceo.

Con desabrimiento tomó la tradicional arma del arponero, y cuando le colocaron el animal en disposición de recibir el lanzazo junto a la proa que subía y bajaba entre las olas, la hundió aprovechando la viada de una de ellas. Pero luego, al escuchar el sordo quejido lanzado por la ballena en su último estertor y al ver al ballenato que acudía con su trompa a topetear el pecho de la madre muerta, el piloto Yáñez se arrodilló en el castillo de proa, se quitó la gorra y se persignó ante la expectación de todos, que por primera vez veían a un ballenato en tan extraña actitud.

—¿Qué le pasa al piloto? —preguntó Pedro Nauto desde el timón.

—Ha muerto una ballena madre, recién parida —díjole el capitán, y agregó—: ¡Eso no lo debe hacer nunca un ballenero que se precie!

En la noche, cuando regresaban con el andar muy reducido por la manada de cachalotes y la alfaguara a remolque, alrededor de esta última parecía seguir rondando algo bajo las aguas, cuya sombra venía a proyectarse en la conciencia de los balleneros.

10

El capitán Albarrán tenía el hábito de evocar los hechos de su vida como si nadara entre dos aguas. Había un sombrío, mundo vital, subconsciente, por entre el cual acostumbraba deslizarse a veces a su entero gusto. Como el cachalote o la ballena, que necesitan cada veinte o treinta minutos ascender a la superficie para echar aire a sus pulmones y oxigenar la sangre, él ascendía de vez en cuando a la luz de la conciencia y hacía un breve examen de sus más íntimos recuerdos.

Ahora, sobre todo, desde el momento en que aquel muchacho había puesto pie a bordo y le había traído el insólito hallazgo de su anillo, necesitaba respirar aire más puro en las zambullidas de su vida pasada. ¿Qué había hecho él de esa vida, al fin de cuentas, cumplido ya el medio siglo de su existencia? ¿Un madero a la deriva, un resto humano perdido en el mar o simplemente un mamífero, como ese otro que cazaba, en busca del alimento para su existencia?

Estaba en su cabina, pensando en esto, mientras remolcaba los cachalotes y la alfaguara rumbo a Decepción, a no más de tres o cuatro millas por hora.

«Todos tienen algo —se dijo—: un pariente, una mujer, niños, una familia, una idea, Dios. Alguien a quien echarle la culpa de sus faltas, de su buena o mala suerte. Ese alguien a veces los salva o los pierde; se hace un viaje por él, se trabaja, se regresa o se naufraga». Pero él no tenía a nadie, ni un pariente lejano. Sus dos tías viejas a lo mejor habían muerto; hacía tiempo que no sabía de ellas… No se sentía ligado ni siquiera a su tierra, a una comarca o a un país. Su patria, como la ballena, era el mar, y su futuro, lo que había más allá del horizonte marino. Una sola cosa clara surgía en su cabeza: que durante sus treinta y tantos años de ballenero había estado trabajando para que se enriquecieran otros; para que el dueño de un bricbarca en los antiguos tiempos, un armador o una compañía ballenera, es decir, hombres que nunca habían salido de la orilla de

la tierra, vivieran y se enriquecieran a costa de su trabajo. La idea era más simple y clara que la de Dios, que la del sentido de la vida. En medio de todo, el dinero, el único dios real, tangible y poderoso, para comprar un vaso de vino o la gloria de una mujer.

Un poco tarde se venía a dar cuenta de todo esto. Se sentía empequeñecido, sin ninguna grandeza personal en su gigantesca labor de cazador de ballenas. «Tal vez —pensaba— habría que ligarse de otra manera a otros hombres; formar también, unidos unos pocos, una empresa, una compañía para explotar a otros y para que no lo explotaran a uno».

El impulso más vital en su vida íntima había sido siempre el sexo, en ocasiones como una gloria y en otras como un azote. Creía que el amor no era muchas veces más que eso: el instinto de la procreación. Como quien tiene hambre, sed, y las sacia. Pero en dos o tres oportunidades había sentido algo mágico, un anhelo superior, infinito en compañía humana junto a una mujer, que le desmentía que aquello, el amor, pudiera ser puro sexo, aunque generalmente, pensándolo bien, todo había terminado en eso. Hasta ese recuerdo encantador, que a menudo solazaba su mente, de esa muchachita de sus juegos de once años, cuando en Ancud, entre bosques de camelias, correteaban juntos y con el hermanito más o menos de la misma edad.

Era un bosque de camelias blancas, rojas y jaspeadas, que atravesaba el patio de la casa de sus tías de una calle a otra. Recordaba las tardes de correteos infantiles y las noches de luna jugando al escondido con Susana y Artemio, los tres más o menos de la misma edad. Él temblaba de emoción al esconderse detrás de la niña, tomado de su cintura. Le parecía ver aún la pollerita azul plisada y la blusa blanca de piqué. A veces le cruzaba los brazos por la cintura y era como si fuera a lanzarse al mar de una zambullida.

Respiró el aire frío de su cabina ballenera y le pareció sentir un lejano y umbroso olor a tierra húmeda, percibir el verde ceroso de las hojas de los camelios y sus flores tan potentes y abiertas, pero sin perfume, o a lo más como una tenue semejanza de aquel aroma umbroso.

Había sido por culpa de Artemio lo que había ocurrido con Susana en el bosque de camelias y lo que determinó su internado en el Seminario Jesuita de Ancud. Lo recordaba como si acabara de

suceder: Se le ocurrió a Artemio poner a Susana de espaldas sobre unos sacos de heno, con la pollerita levantada, como una camelia jaspeada de azul y blanco. Ellos corrían alrededor de un coposo árbol de camelias blancas bajo la luna y en cada ronda pasaban a echarse de bruces sobre la niña, que se dejaba estar como dormida. La tía Guacolda, oculta desde otros camelios, había observado un rato aquel juego, y se dejó caer furibunda sobre los niños.

—Voy a decirle a todo el mundo que usted se abraza con el fraile del Seminario que viene a enseñarle a tocar el piano —le gritó él cuando la tía los hubo entrado a pescozones.

Fue toda una desgracia. Sus otras dos tías, Fresia y Carmen Rosa, determinaron que el demonio estaba entrando en el cuerpo de aquel niño, lo hicieron confesarse, hacer su primera comunión e ingresar en el Seminario Jesuita.

Allí estuvo tres años y pasó el primer ciclo de humanidades. La disciplina de los jesuitas era muy estricta y exigente en los estudios. El internado quedaba al pie de un barranco, lejos de los estudiantes con sotana. En las clases también estaban separados y tanto a unos como a otros se les prohibía hablar. Los patios de los recreos también estaban separados. Así, ellos se sentían un poco como pequeños demonios, y los que estudiaban para curas, en camino hacia la santidad.

Debían levantarse a las siete de la mañana y todos los días confesarse y comulgar. La confesión era voluntaria, supeditada al propio examen de conciencia, y de allí que los rapazuelos tomaran un poco a la chacota la comunión diaria, sobre todo cuando veían a más de un hipócrita que, compungido, se acercaba al confesionario… ¿Qué pecado tremendo habría cometido durante el sueño?

Durante las vacaciones se escapaba a menudo de la casa y se iba de aventuras con los pescadores de ostras o con los campesinos que vivían al otro lado de la bahía de Ancud, en Quetalmahue o Lechagua. De allí regresaba cargado de jaibas o de erizos para que sus tías no lo apalearan. Estas escapadas le fueron dando precozmente un conocimiento de la vida y la noción de un mundo más amplio y más libre, donde el hombre tenía que valerse por sí mismo.

Un verano, su padrastro, don Agustín Subiabre, lo llevó en su

remolcador de alta mar que sacaba a los veleros que partían de Ancud con maderas hacia el norte, hacia el Atlántico o que atravesaban el inmenso Pacífico hasta Australia.

En una ocasión le puso un cajón parafinero junto al gobernalle y trepado en él tomó por primera vez las cabillas de la rueda. Le enseñó a relacionar los grados del compás, hasta que un día pudo sacar por su cuenta y riesgo al remolcador «Victoria» desde la bahía, por entre las islas Sebastiana y Cochinos, tomar la desembocadura del canal de Chacao y endilgar la proa hacia Punta Calvario, la planta ballenera.

En uno de esos viajes, advirtiéndoselo a su padrastro, se había embarcado en un bricbarca que salía a cazar ballenas siguiendo la corriente de Humboldt hacia el Ecuador. Allí fue donde había conocido las islas Galápagos y aquel barril de Post Office Bay en la isla Floriana.

Conservaba un buen recuerdo de su padrastro, que había muerto a los cincuenta y cuatro años. Lo había ayudado económicamente mientras estudió en el Seminario, y era el que más lo comprendía, pues sus tías lo consideraban «un niño difícil», del cual «se podría esperar lo peor» o «lo mejor», como les rebatía el padrastro. En dos ocasiones había pasado a visitarlas; en la última, había muerto la tía Fresia. Quedaban doña Guacolda y Carmen haciendo tortas y dulces para respetables personajes de Ancud, y dando pensión a algunos estudiantes del Seminario. Después, no había vuelto a saber de esos únicos parientes que tuvo sobre la tierra en que nació, porque lo de su madre… ¡Este era el recuerdo más confuso y doloroso que anidó para siempre en su corazón! ¿Dónde estaba?

Al tratar de recordarla, confusamente le sobrevenía su graciosa imagen, de hermosos rasgos, ojos vivos y acariciantes, y unos mechones ondulados cayendo coquetonamente sobre su frente.

Así la tenía presente cuando la vio despedirse del capitán del velero que su padrastro remolcaba mar afuera. En el momento en que se desabracaron las naves, el capitán, mientras los pilotos y la tripulación izaban las velas y el barco tomaba su andar lentamente, había traído un gramófono a popa y se había puesto a tocarle el vals «Angela mía». Tiempo después había abandonado al padrastro, y como una lejana música llevada por un viento, se había ido también en un velero a mar abierto y con rumbo desconocido.

Porque… ¿Dónde estaba?

En una de las visitas hechas a sus tías, estas le habían mostrado la fotografía de una señora baja, gorda, con las características crenchas encrespadas sobre la frente, dándoles de comer a sus gallinas en una pequeña granja de San Francisco de California. Él había mirado más a las gallinas que a ese rostro ya borroso en su memoria.

Después, su vida de ballenero lo había llevado de uno a otro puerto, siempre de paso, sin pensar jamás en afincarse en tierra. A veces había logrado ahorrar unos pesos pensando en su vejez; pero luego se los había gastado en juergas. Jamás había pensado en una mujer definitiva, mientras no estuviera en tierra firme. ¿Por qué? No lo sabía; le parecía más seguro…

¿Amor? Tenía algunos recuerdos de algo que pudo haber sido, pero que siempre de una manera u otra había terminado abruptamente.

¿Era acaso el amor el de esos tres días de gloriosa aventura pasados en su juventud en la ciudad de Valdivia?

El ballenero había quedado efectuando algunas reparaciones en el puerto de Corral. Era un tres palos de casco de madera, viejo y ancho, pero firme como una batea para la mar. Él era muy joven, pero ya hacía de patrón en una de las chalupas balleneras de la «Pumalín». Junto a otros compañeros obtuvieron tres días de permiso y fueron a pasarlos a Valdivia, la ciudad que quedaba a algunas horas en remolcador río adentro.

A menudo solía recordar placenteramente los detalles de aquella aventura. ¡Los tres eran tan jóvenes! Habían almorzado en el mercado de la ciudad una cazuela de gallina y empanadas. El vino con frutillas había aumentado el júbilo de los tres balleneros. A media tarde se habían dedicado a recorrer la ciudad. El chistoso de Villarroel había sido el de la idea: doblando una esquina, una hermosa joven había aparecido en la misma vereda detrás de ellos. «Apuesto un almuerzo al que sea capaz de hablarle y acompañarla más que no sea una cuadra», exclamó Villarroel al ver que la joven avanzaba en la misma dirección que ellos. Acortaron disimuladamente el paso. Era una mujer alta, de tranco firme y apresurado, de plenas formas. Le cedieron la vereda cuando pasó al lado de ellos. Los tres titubearon; pero él tomó súbitamente la

delantera y se desprendió del grupo para alcanzarla.

La mujer se dio vuelta a mirarlo, con cierta fijeza en la mirada, pero con tranquilidad. Él le sonrió, casi estúpidamente. «Estaba borracho», debe de haber pensado la mujer. Iba vestida con un impermeable verde tornasolado. Él llevaba el suyo, nuevo y azul al brazo.

Humildemente como quien se arrodilla, le balbuceó:

—Señorita, no se moleste…; mire…, con los amigos hemos hecho una apuesta de quién se atrevería a hablarla y acompañarla aunque sea unos pasos… Yo me he atrevido…, déjeme ganar la apuesta… Es un almuerzo… Si quiere, la invitamos… Perdone, no se enoje…

La mujer lo miró de arriba abajo, calándolo.

—Bueno —dijo—, vamos juntos —sonrió accediendo.

No recordaba bien lo que le había dicho después… Caminaron juntos una y dos cuadras… Todavía le parecía sentir un embrujo perfumado que venía de su andar, de su cuerpo tan vigoroso, De sus ojos bajaban sombríos bandazos de luz, como si fuera una especie de diosa caminando, envuelta en su propio halo.

Su corazón le saltaba en el pecho. Ni una sola vez se dio vuelta para ver a sus amigos. Le parecía que todo lo había olvidado, hasta su barco. Sólo le interesaba seguir caminando eternamente al lado de esa hermosa mujer. Doblaron una esquina y siguieron por otra calle. Sólo allí se volvió a mirar si sus compañeros habían desaparecido.

—¡Yo vivo aquí! —le dijo, de pronto, parándose en seco frente a la puerta de un edificio de madera de dos pisos.

—Entonces…, —balbuceó.

—Ha ganado la apuesta.

—Sí…, gracias, pero ¿no podría seguir acompañándola?

—Si usted quiere…, puede pasar un momento —díjole sorpresivamente, poniendo la llave y abriendo.

La puerta daba directamente a una escalera que llevaba al segundo piso. La siguió. Al verla subir se le dibujó plena la hermosa silueta, las piernas torneadas a la perfección. Subió casi sin aliento. Arriba, en medio de un pasillo, abrió otra puerta. Era un cuarto como de casa de pensión.

—Vivo sola —le dijo, y agregó quitando unas ropas íntimas de

una silla—: Tome asiento.

La mujer hablaba con voz resuelta, hasta con cierto desenfado. Él, en cambio, se hallaba cohibido; sin saber cómo comportarse ni qué decir.

—Voy a tener que salir luego —le dijo sentándose a un peinador con tres espejos, dos de ellos en batientes, que le encuadraron de perfil el rostro y el busto.

Al deslizar la peineta por la cabellera suelta, la belleza de la mujer adquirió todo su esplendor. Era un cabello castaño, ondulados que caía como una ola enmarcando aquel rostro algo moreno, de labios gruesos, sobre todo el inferior, que se abría como un pétalo carnoso. Los grandes ojos oscuros parecían envolver los contornos con sus ondeantes miradas. Había una robustez juvenil en esa mujer de unos treinta o poco más años que ascendía por el busto, los hombros y se desparramaba en esa cabellera y esas miradas.

—¿Puedo seguir acompañándola? —inquirió tratando de aplomar la voz.

—Si usted quiere…, voy a tener que hacer algunas compras.

—La acompañaré, y después, si le parece, podemos comer juntos —dijo con mayor seguridad en el acento.

—¿Marino? —inquirió, de pronto, como si no esperara respuesta.

—Sí, marino.

—¿De la armada?

—No, mercante.

—¿De algún barco de pasajeros?

—No; de un ballenero que viene del sur…

—¡Hem!…, ballenero… —dijo la mujer con cierto desgano, y agregó muy vivaz—: ¿Oficial?

—Sí, piloto.

La mujer continuó peinándose; al levantar el brazo, el busto se le removía en un esguince que acentuaba la plenitud de su belleza con algo de animalidad.

Él la contemplaba ya completamente enardecido. De pronto, sintió el despiadado latigazo del sexo en su sangre; su corazón adquirió un ritmo ligero y sordo. Entrecerró los ojos y vio ante sí algo como un resplandor purpúreo; un regusto extraño le pasó por

la boca que le hizo recordar el instante en que se erguía en la proa de la chalupa ballenera con el arpón en alto, en busca del lomo escurridizo del cetáceo para ensartárselo. Sacó la lengua y se humedeció los labios.

—¿Nos vamos? —dijo ella, como distraídamente, levantándose.

—¡Vamos! —le respondió él con una voz profunda y hueca.

La vio ponerse de pie; tal vez fue el instante en que más había amado y odiado al mismo tiempo a una mujer…

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó cuando dejaban el cuarto.

—Elsa… —repuso susurrando la ese casi en un silbido—. ¿Y usted?

—Albarrán, Julio Albarrán, para servirle… —y agregó—: ¿Usted es de aquí?

—No; estoy de paso; soy del norte.

En la noche volvieron a subir como dos sombras por la misma escalera. Habían comido, bebido y bailado juntos; pero la posesión de aquella hermosa no había tenido la grandeza presentida en el primer encuentro. Sólo después se afinaron sus sexos, y volvió algo de aquel primer embrujo.

Durante tres días anduvieron juntos. A él le pareció amarla con todo el ímpetu de su juventud. Se habría casado con ella, si hubiera podido quedarse toda la vida a su lado, pero ¿en qué podía trabajar en tierra? ¿Qué iba a arponear en las tranquilas aguas de ese río? Nunca se había sentido antes tan intensamente feliz; hasta que tuvo que partir…

—Bueno…, ¿y? —interrogó ella cuando se disponía a despedirse.

—Ya me voy… —dijo él, tratando de no sospechar lo que encerraba el tono dudoso de ella.

—¡La plata para mí!… —díjole, con un gesto característico de los dedos.

—¿Plata? ¡Si me la he gastado toda contigo! ¡Me queda lo justo para el pasaje a Corral!

—No; no puede ser —dijo en un extraño tono duro—. Entonces, tienes que dejarme algo.

—¿Qué te puedo dejar?

—Ese impermeable.

—Bueno, tómalo.

Y bajó por la escalera como una furtiva sombra solitaria.

Así fue rememorando otros hechos de su vida de paso en los diferentes puertos. No le agradaban los prostíbulos; pero no quedaba otro camino al término de un largo viaje, cuando toda la tripulación bajaba a tierra sólo deseosa de mujer y vino. Después, ya de segundo en los barcos y como tal encargado de la gente, había notado que después de prolongadas continencias, la tripulación se ponía arisca; la primera noche que bajaba a tierra, generalmente era de reyertas; pero en cuanto habían saciado su hambre de mujer, se volvían los seres más pacíficos.

Meditando sobre el significado de sus sentimientos a través de esos hechos de su vida, le parecía haber amado a todas, las mujeres con las cuales había tenido algún contacto. ¡Hasta a la prostituta alquilada por una noche la hubiera hecho al día siguiente definitivamente su esposa! ¿Qué era aquello? ¿Amor, sexo? ¡No sabía bien!

Recordó a Josefina, aquella limeña encontrada en el restaurant El Chalaquito, en el puerto del Callao. Ella estaba sentada sola junto a una pequeña mesa, cuando él se sentó ante otra a su frente para pedir un plato de «seviche», ese tierno pescado crudo con limón y ají. «Es muy picante», le advirtió ella al darse cuenta por el uniforme de que no era un marino peruano. Sus miradas se encontraron. Fue una mirada intensa que aún la recordaba como la más extraña fuerza de atracción que hubiera encontrado en unos ojos en su vida. Una mirada que lo hizo tomarse en el borde de la mesa. Después ella, en la intimidad, le dijo que le había acontecido lo mismo.

Era una mujer muy blanca, de pelo y ojos muy negros. La recordaba también porque fue a insinuación de ella que vio por primera y única vez en su vida una corrida de toros.

Fue al día siguiente, en la Plaza de Acho, en Lima. Se presentaban tres famosos toreros, Durante la corrida del primero no entendió bien de qué se trataba. Le pareció una crueldad sin sentido picanear aquel hermoso animal desde un caballo protegido por colchones, y luego ese hostigamiento en el testuz clavándole flechas con banderillas que le hicieron recordar los gallardetes con que se dejan señaladas las ballenas a la deriva. Herir por herir, para

enfurecer a un animal, y ver su sangre chorreando como una larga herida abierta sobre el cuello negro, reluciente de sangre y sudor. Le pareció que tenía mucho más sentido y grandeza arponear una ballena en medio de las olas desde una frágil chalupa.

Pero en la segunda corrida comprendió la valentía de aquel hombre que se jugaba la vida ante miles de espectadores rugientes, como otras bestias. Vaciló en sus opiniones. Nunca había sospechado que fuera un individuo tan cambiante como un trapo suelto al viento. Primero estuvo con el toro, en defensa del animal y en contra del torero, y sobre todo con los espectadores…, aunque en medio de ellos se hallaban él y Josefina, está arrobada como ante un altar… Después fue cogido por la audacia y valor de aquel hombre. Y así estuvo en la segunda corrida; del toro al hombre y del hombre al toro, desatado como una fuerza de la naturaleza. Él también conocía eso: cuando los elementos de la naturaleza se desatan. Sólo que en medio del océano no hay espectadores, ni un refugio donde guarecerse de la embestida de una tempestad desatada. Sólo el corazón del hombre y su resistencia a los despiadados elementos que no obedecen a ley divina ni humana. Es como si toda la naturaleza, como aquel toro, odiara al hombre por haberse aventurado a desafiar su fuerza. Sabía bien lo que era eso, cuando ni una imprecación ni una plegaria son capaces de surgir frente a las descargas de agua y viento sobre cuatro frágiles tablas. Solo el hombre, y su pequeño corazón apretado como un puño. Así veía al torero, y por eso al final estuvo con él.

Ocurrió también en la tercera corrida un accidente que decidió la definición por el hombre. Faenaba el torero más famoso de la tarde; aún recordaba su apellido, Bienvenido. Era un hombre bajo, que hacía más imponente la figura del toro. Iba vestido de un verde refulgente, como si fuera una gran noctiluca jugando con una ola negra que tratara de cogerlo. De pronto, entre sus arriesgados pases de capa y espada, el afilado cuerno le dio en la frente y lo lanzó al suelo. Corrieron los ayudantes y, mientras unos atraían al toro, otros lo sacaron al parecer inconsciente del ruedo. Hubo una larga expectación. La fiera de miles de cabezas del público pareció respirar de angustia o satisfacción. Después de un cuarto de hora o veinte minutos, bramó de nuevo al ver que Bienvenido volvía vendado al ruedo. El asta del animal le había volado una ceja, pero

el torero quería rematar su faena. Y así fue; hundió la espada en el testuz y el toro cayó arrodillado a sus pies, pero con las patas traseras aún firmes. Así se arrastró tratando de cornearlo; con las delanteras dobladas y afirmándose en las corvas. El valiente se elevó de puntillas junto a los belfos mismos de la bestia agonizante, y en cada cornada daba un saltito como de baile, hasta que, de pronto, el toro se desplomó como una masa inerte enterrando la cabeza ante él. Entonces el torero se elevó aún más sobre las puntillas y sacó su gorra saludando en un gesto de gloria. Toda la Plaza de Acho estaba rugiente de pie, y él también bramó, como una bestia, por el triunfo de su especie.

Después de la corrida de toros, en la noche, Josefina lo llevó a una riña de gallos. El local, sórdido, tenía algo de circo cerrado; su atmósfera viciada contrastaba con el anchuroso redondel al aire libre de la Plaza de Acho. Un alto cierro de alambres encerraba el ruedo donde se iban a realizar las riñas y a los promotores del espectáculo y de las apuestas. Alrededor, sentados en bancos de madera o de pie, se apiñaba una multitud ávida e inquieta, que apostaba a los gallos que luchaban hasta la muerte en el redondel. Por entre la malla de alambre, los organizadores recogían el dinero de las apuestas y entregaban las boletas de comprobantes. Por incitación de Josefina jugó y ganó con increíble suerte.

Pero desde el comienzo le desagradó aquel espectáculo tan distinto del de la corrida de toros. Era aquello de una pequeñez y mezquindad escalofriante, como si hasta la crueldad del hombre hubiera descendido desde el porte de un toro furioso al de un asqueroso ratón. En la corrida no había apuestas; en cambio, aquí estaba al desnudo la avaricia del alma humana por esos mugrientos billetes que iban y venían de unas a otras manos en las apuestas. En cinco riñas, sólo una vez había perdido.

Luego llevaron un hermoso gallo rojo y otro negro con reflejos azules al medio del redondel. Eran unas aves más bien chicas, pero que denotaban un extraordinario vigor. Antes de largarlos en la arena, los dos individuos que los llevaban verificaron las amarras de dos puñalitos acondicionados como una prolongación de los espolones. Eran unas navajuelas de cinco o siete centímetros, cuyo delgado acero refulgía como el alma de aquellos hombres en las patas de las inocentes aves.

Dos temblorosos nudos de nervios erizados de plumas quedaron el uno frente al otro, con las patas firmemente afincadas en la arena. Los ojos, inyectados de cólera, parecían dos chispas, y los cuellos, como dos tensas cuerdas, se estiraban tratando de medir alguna misteriosa distancia.

De pronto, como dos elásticos que se desprendieran, saltaron el uno contra el otro, y en un momento los picotazos y espolonazos se confundieron en un remolino de plumas negras y rojas. Mas, el encontrón fue muy breve, como si sólo hubiera sido una maniobra táctica para reconocer las fuerzas del enemigo. Volvieron a quedar el uno frente al otro, con una o dos plumas por parte y parte desgarradas. En el segundo salto, una pluma roja pareció quedar engarzada en el gallo negro; pero los partidarios de uno y otro percibieron con alegría y temor unas gotas de sangre. Al tercer asalto, el rojo cayó al suelo, y el negro trató de bailar sobre él, pero fue rápidamente rechazado. Sus trancos sobre la arena se hicieron más cautelosos, y alguno que otro, vacilante. La sangre seguía brotando como un rocío sobre las plumas del negro. Luego, gotas de sangre se hicieron notar también en las extremidades del gallo rojo, que al parecer habían sido disimuladas por el plumaje. Una parte de la concurrencia pareció agitarse. Todos aquellos hombres y algunas mujeres permanecían como otras grandes aves o animales de cuello estirado y ojos ávidos en torno al redondel.

De otro encontrón, el gallo negro salió más descompaginado, y ya vacilante, dio algunos pasos en derredor de su contrario tratando de atacarlo de flanco. Los pequeños puñales ahora relucían a medias, jaspeados de sangre. Los asaltos se espaciaron, y al rato ambos quedaron frente a frente como mareados, sus cogotes menos erizados, pero con los ojillos siempre centelleantes de odio. Así y todo, volvieron al combate, hasta que los dos cayeron sobre la arena maltrechos. La concurrencia entera se agitaba ahora, presa de la duda. Era una sola bestia de mil cabezas atormentada por el azar que iba y venía entre la vida y la muerte de esas pobrecillas aves.

La sangre seguía aumentando en el plumaje negro y en un momento el centelleo de los ojos pareció eclipsarse. El gallo rojo, más entero, aparentaba más bien estar descansando echado, sólo ganando fuerzas para un nuevo ataque. Al rato, el negro empezó a inclinar la cabeza de lado, como entrando en agonía. El rojo aleteó,

tratando de volar hacia su enemigo, pero no hizo más que arrastrarse un breve espacio.

La expectación creció, esperando la mayoría la muerte del negro. Josefina se apretó al brazo de Albarrán, pues habían apostado fuerte al de plumaje negro. De pronto, uno del jurado avanzó portando una tabla, que a modo de biombo puso entre ambos gallos, y cuando todos esperaban de un instante a otro la muerte del gallo negro, el rojo, que parecía estar tan entero, se desplomó como un plumón deshecho, dando un postrer picotazo que lo dejó con el pico enterrado sobre la arena y la cola grotescamente levantada sobre las extremidades inertes. Con toda solemnidad, el hombre levantó la tablilla que los separaba, y a la vista del cadáver de su rival, el negro trató de dar algunos aletazos para alcanzarlo una vez más, pero luego empezó también a inclinar la cabeza hasta que clavó el pico en la arena. Mas ya una buena parte de la concurrencia rugía, levantando como banderas de triunfo los comprobantes de las apuestas.

—Has tenido la suerte del novicio —le había dicho Josefina cuando salieron a la calle contentos de la ganancia.

Afuera, las luces de la ciudad iluminaban un cielo algodonoso y bajo. Albarrán hinchó sus pulmones con el aire puro de la noche; tanteó en el bolsillo del pantalón la sebosa billetera recogida en el juego, y, a no ser por Josefina, hubiera partido inmediatamente al Callao en busca de su barco, pues cazando ballenas se sentía como un ángel al lado de la crueldad y avaricia demostradas por esos hombres de tierra adentro.

Pero de súbito se dejó oír la música de una marcha lenta y lejana. Al doblar la bocacalle, los sones de una banda se precisaron a la cabeza de una multitud que marchaba con un resplandor difuso de antorchas y faroles chinescos.

—Es el Señor de los Milagros —le dijo Josefina.

—¿Qué milagros ha hecho?

—Dicen que en tiempos de la Colonia un esclavo negro lo pintó en un muro de los corralones donde los tenían… Un día se sublevaron y el gobierno mandó sus soldados para atacarlos; pero en ese momento vino un terremoto y los atacantes huyeron al ver que los muros del corralón se caían al suelo. Solamente quedó parada la parte del muro en que estaba pintado el Cristo.

Cientos de miles de hombres, mujeres y niños avanzaban entre cánticos y luminarias llenando de calzada a calzada la gran avenida. Sobre los hombros de varios fieles se llevaba a aquel Cristo en andas. Ellos también se incorporaron a la procesión. En las veredas se levantaban puestos con bebidas y comestibles, pintorescas ramadas con banderines y faroles de papel donde la gente se sentaba al paso de la procesión. Allí comieron el sabroso «anticucho»[87], pedazos de corazón de buey ensartados en pequeños asadores sobre las brasas, y bebieron chicha de «jora»[88], una fermentación alcohólica hecha de maíz, y otros licores, como el famoso pisco de Locumba. La muchedumbre toda parecía como embriagada tanto por la chicha como por el fervor religioso.

Cerca de la medianoche, el Cristo fue depositado en una de las iglesias de Lima, pues la procesión dura varios días, y noche a noche la imagen venerada duerme en una iglesia distinta, hasta que vuelve a la suya. También ellos cobijaron su amor en uno de esos hoteles de paso que, como templos del placer, aguardan a las parejas en las grandes ciudades.

Cuando tuvo que embarcarse, Josefina lo acompañó de nuevo hasta el puerto del Callao. Allí, en El Chalaquito, bebieron la última copa de la despedida. Su memoria la recordaba cuando afirmada al pie de la torre del faro, en el extremo del muelle, levantó por última vez su mano en señal de adiós. Quedó allí, con sus manos cruzadas a la cintura y tomadas a una cartera negra, afirmada en el faro, como esperando alguien.

Se escribieron tres o cuatro cartas. Él no volvió a remontar la corriente de Humboldt hasta el Perú; pero le había ofrecido enviarle dinero para que se viniera a Chile. Ella no contestó, y él se sintió liberado, porque en su fuero interno la duda de una infidelidad siempre ponía término a las huellas de estos amores.

Así, en dos o tres ocasiones había estado a punto de casarse con alguna de las mujeres que le salían al paso en los puertos; pero sus propias experiencias lo contenían.

Otras veces le ocurrió que al bajar a un puerto y entremezclarse en una calle a la gente, le parecía que de pronto iba a divisar un rostro de mujer predestinado a su amor. Era como si hubiera perdido algo entre esa multitud y que de súbito pudiera

encontrarlo. Así fue cómo en Valparaíso al pasar en un tranvía vio a una joven sentada en un banco de la calle. Su corazón se sobresaltó al ver su rostro. ¡Era la mujer buscada! El tranvía había seguido de largo y al bajar en la otra cuadra corrió hacia la mujer; pero esta ya no estaba. Esta impresión le había quedado para toda la vida. Pensaba que si la hubiera encontrado, le habría hablado para hacerla la mujer definitiva en su vida. ¿Qué sería?, se preguntaba.

En plena juventud lo había obsesionado más de una vez la idea de un hijo. Consideraba que el amor; el sexo o lo que fuera, tenía esa finalidad suprema: reproducirse, dar la vida y protegerla… ¿Acaso toda la naturaleza no estaba dando constantemente esa lección al hombre?

El capitán Julio Albarrán, en la soledad de su cabina, percibió de pronto ciertos tumbos que lo arrancaron de sus reflexiones íntimas. Como siempre, percibía de inmediato todo rumor extraño que se producía en la nave, como si el barco fuera un solo cuerpo vivo con él. Los tumbos se volvieron a repetir blanda y sordamente. Eran los cuerpos de los enormes cetáceos que con el oleaje y la corriente producida por el andar iban y venían asidos a sus estrobos estrellándose contra los costados del «Leviatán».

Entrecerró los ojos, y por unos instantes le pareció percibir un golpe más sordo y profundo contra el costado del barco. Se imaginó que provenía de la ballena azul, cuyo ballenato posiblemente aún seguía nadando tras las últimas huellas de sangre de su madre. Y el golpe también lo estremeció a él, honda y sordamente, cuando sintió los pasos de un tripulante que bajaba por la escalera del puente. Levantó su mano y contempló por algunos momentos su anillo recuperado en forma tan extraña, como si un fantasma de sí mismo lo hubiera ido a rescatar en el fondo marino para venir a depositárselo en el dedo; pero el fulgor de aquel metal ya no era el mismo en la penumbra de la cabina.

11

—El resultado no nos va a compensar el mayor gasto de combustible para llegar a Bahía Margarita —dijo Hansen en su oficina de la planta ballenera.

—El mismo carbón se gasta dando vueltas alrededor de esta isla —replicó Albarrán.

—No es precisamente alrededor de esta isla que andan dando vueltas… Usted ha ido hasta las cercanías del mar de Weddell, y, si mal no recuerdo, hasta las del Bellingshausen —dijo el administrador con cierta ironía, y prosiguió—: ¡Recuerde que Bahía Margarita es el punto más cercano al Polo Sur al cual se puede llegar por barco!

—Precisamente, es por eso que los machos azules se aconchan en esta época por allí —replicó el capitán—. Mi plan es entrar por el canal Gerlach y salir hacia el archipiélago de Biscoe. No olvidemos que el tal Biscoe era también un ballenero, y por algo andaría en esas islas cuando las descubrió y les dio su nombre. Si hay caza abundante, bueno, de allí me vengo. Si no… llego hasta la misma Bahía Margarita.

Hansen miró en la carta marina que tenía clavada en la pared, y entre los paralelos 65 y 75, más allá del Círculo Polar Antártico, recorrió con un lápiz la ruta de que hablaba Albarrán. Era una carta amarillenta, puesta al día con los datos de las últimas exploraciones polares; pero las islas, bahía, golfos y canales apenas se veían bosquejados, sin mayores sondajes, y, muchas veces, la práctica de los balleneros había demostrado que con los deshielos se producía un fiordo donde estaba indicado un cabo. Más que el combustible, era el peligro de encallar en esas aguas desconocidas lo que atemorizaba al administrador cuando alguno de sus cazadores se alejaba por esas rutas.

—Mi plan era otro… —murmuró Hansen.

—Siempre a los administradores les gusta planear en tierra lo que uno no sabe cómo va a resultar en el mar —le replicó Albarrán.

—Por último, es cosa suya…; yo no sé para dónde va a cortar una vez que esté al otro lado de los Fuelles de Neptuno…; tampoco voy a salir a sujetarlo en alta mar…

—Así es, Míster Hansen, y será siempre, para todo el que tenga que mojarse el trasero detrás de las ballenas.

—Bien, ¿cuántos días cree usted que durará este crucero de caza?

—Ocho o diez días, a lo más; los mismos que a veces nos llevamos mordiéndonos la cola por aquí.

En cuanto hubo repletado sus carboneras y cargado víveres, el «Leviatán» levó anclas, pasó los paredones de los Fuelles de Neptuno, e inmediatamente puso proa al sur.

El capitán Albarrán se sobó las manos de satisfacción cuando se vio ya libre, en pleno mar de Bransfield, ¡libre de poder llevar adelante su oculta ambición!

Al llegar hasta las inmediaciones de Bahía Margarita no era una tozudez más de su carácter algo arbitrario; pero lo que lo llevaba no podía tampoco decírselo al administrador ni a nadie, porque habría sido como confesar algo así como el pueril capricho de un niño. Esa ambición era la de dar alguna vez con un ejemplar de ballena azul que sobrepasara el record del capitán noruego. Había oído decir que los machos viejos, con su piel recubierta de colpas y madréporas, se quedaban merodeando por las cercanías del Polo, como nacarados fantasmas ya aislados de los de su especie. Con uno de esos gigantescos machos azules daría término con dignidad a su temporada de caza en la Antártida, y quedaría, como siempre a la cabeza de todos los capitanes arponeros.

Cuando a media tarde fueron penetrando por el canal Gerlach, toda la tripulación se mantuvo en cubierta atraída por el espectáculo de los fantásticos témpanos que suelen desprenderse de los paredones de hielo en esas márgenes. Acostumbrados estaban a las grandes masas de hielo flotante, ya en forma de cerros o de extensas mesetas, a cuya vera muchas veces se sotaventaban cuando se les venía encima un temporal en mar abierto. Pero ahora estos hielos, descuajados de las orillas del canal Gerlach o traídos a sus aguas por las corrientes que vienen de más al sur, tenían todas las formas imaginables. La disminución del volumen submarino, por

efecto de la erosión, había hecho que se dieran vuelta paulatinamente, mostrando en la superficie las onduladas oquedades que el océano había burilado, combinándolas a los volúmenes de recientes nieves, como si el mar y el cielo hubieran tratado de competir en un fantástico trabajo de ciclópeos escultores.

Las formas animadas de la naturaleza estaban representadas por cisnes de cuellos retorcidos o elefantes con trompas en espirales y extremidades engarzadas de la misma manera a sus pesados volúmenes. El viento también había introducido sus inquietos buriles en aquellas fantasmagóricas formas, y sus bandazos habían derribado paredones dejando a veces una o dos velas de cuchilla clavadas ya en la proa, ya en el centro o en la popa de esos veleros tan retorcidos y deformes como las imágenes de un «Caleuche».

Uno de los témpanos llamó especialmente a todos la atención: era remedo de un enorme cetáceo que se había quedado casi de punta en un colosal coletazo y sus aletas caudales parecían impulsar el rumbo de su navegación. Cuando pasó lentamente a la cuadra del «Leviatán», Albarrán no pudo menos que maravillarse ante la extraordinaria semejanza con una gigantesca ballena y por unos momentos pensó que así volvería él hacia el norte, con un gran macho azul abarloado.

De vez en cuando, sobre las plataformas que caían en declive en algunos témpanos, cual someras playas flotantes, se veían oscuros cuerpos que a la distancia semejaban grandes gusanos: eran focas cangrejeras, leopardos, leones o elefantes marinos. En uno que otro, más de alguna hembra había teñido de sangre el azulado cristal a su alrededor, tal vez como consecuencia de un festín o de una maternidad frustrada.

El canal Gerlach zigzagueaba de vez en cuando como si fuera un seno sin salida. Los paredones de hielo a menudo estaban veteados de roca desnuda, pero el fondo profundo permitía una navegación tranquila.

La gente del entrepuente, empezó a divertirse sin tener esa tensión permanente que les producía la espera del consabido grito de «¡ballena a proa!».

Uno de los marineros, Olegario Vidal, empezó a tocar su guitarra, y el fogonero Alfonso Ortega su acordeón. Ambos competían a menudo para el solaz de sus compañeros, y a veces

tocaban también a dúo, lo cual era más solicitado por todos, pues el acordeón y la guitarra llegaban hasta esos oídos, en aquellas soledades, con el encantamiento que posiblemente no habrá alcanzado orquesta alguna en otro lugar del mundo.

Sólo en una ocasión aquel dúo se había roto en forma abrupta: Vidal y Ortega estaban solos en sus literas del entrepuente tratando de acompañarse en una extraña canción de amor que este último había aprendido en la isla de Pascua, y que quería enseñársela a su amigo. Este tropezaba en las cuerdas de su guitarra peor que subiendo en un temporal por los cordajes hacia la cofa. Por primera vez los dos músicos no se podían entender. Afligidos, se quedaron un rato mirándose, con los últimos y destemplados sones de la guitarra y el maullido del acordeón, que se replegó como una pequeña ola derrotada. Algo dijo Ortega que molestó a Vidal; pero fue lo suficiente para que ambos lanzaran lejos sus instrumentos, e incorporándose se trenzaran furiosamente a bofetadas. Cuando otros tripulantes acudieron al ruido de la batahola, los contrincantes estaban ya agotados; pero aunque la sangre les manaba en abundancia, seguían trenzados golpeándose. La cabeza de Ortega había dado contra un remache de la pared y, si no llegan a separarlos a tiempo, posiblemente el chilote hubiera dado cuenta del nortino.

Durante un buen tiempo no volvieron a tocar sus instrumentos, ni separados ni juntos; hasta que, a requerimiento de toda la tripulación, lograron restañar aquella insólita herida.

El capitán Albarrán no intervenía en querellas que no tenían nada que ver con la marcha del buque o las faenas de caza; pero en esa ocasión llamó a su cabina a los dos tripulantes y los increpó duramente:

—Es cosa de maricones eso de agarrarse a puñetes por una música…; en las casas de putas yo he visto agarrarse a guitarrazos, pero a bordo de un ballenero… ¡Ya, pónganse bien; todos necesitamos otra vez un poco de esa música!…

—Parece que las trompadas les hubieran hecho bien —comentó el contramaestre Bárcena al oírlos de nuevo tocar juntos, y, según él, mucho mejor que antes…

Aquella noche, después que el «Leviatán» fondeó en Puerto Lockroy, hasta el capitán y los ingenieros bajaron al entrepuente a

escuchar el concierto de guitarra y acordeón.

El capitán, entusiasmado, ordenó descorchar unas botellas de aguardiente de la provisión que se mantenía para las faenas de carbón o caza, cuando eran demasiado duras. Fabián preparó un buen café, y Pedro Nauto sirvió los jarros con «chica»[89]; así llamaban en jerga marinera una buena dosis de aguardiente en el café.

Puerto Lockroy, al final de la margen sur del canal Gerlach, se halla protegido de todos los vientos. El café con chica entonó los ánimos, y, así, en medio de esas soledades se dejó oír la canción de esos hombres:

En la playa de Calbuco
perdí mi bote,
con siete chiguas de papa
y cinco chilotes…
Cinco chilotes, ay, sí,
bien marineros…,
al puerto que lleguemos
desembarquemos…
En la torre de Huillinco
cayó la luna,
se hizo diez mil pedazos,
muerte ninguna.
Muerte ninguna, ay, sí,
soy marinero…,
toda caleta es puerto,
mi fondeadero.

De las cuecas chilotas se pasaron a las del norte, donde Ortega llevaba la voz cantante:

Tengo una lancha en el mar,
dos navíos y un vapor:
uno cargando salitre
y otro cargando carbón.

Tengo un navío en el mar,
dos lanchas y un vapor:
uno cargando salitre
y otro cargando mi amor.

De las chispeantes cuecas se sucedieron los románticos y sentimentales valses:

Mañana, cuando lejos…
de la mujer querida
entonces este vals
cual una despedida…

Fue el contramaestre el primero en percibir el súbito y extraño movimiento del barco.

—¡Chist!… —profirió, poniendo fin a las canciones.

De cuatro zancadas el piloto Yáñez estuvo sobre cubierta, seguido del capitán y algunos marineros. Un gran témpano, redondo como una boya, al parecer una especie de bola de hielo y nieve que se desprendió rodando de los altos picachos que circulan a Puerto Lockroy, había emergido bajo la línea de flotación escorando al ballenero.

Unos con bicheros y otros con remos empezaron a apartar la mole de hielo, por suerte blanducha, mientras el contramaestre colocaba un pallete para amortiguar la presión del témpano impulsado por una fuerte correntada contra el costado estribor del buque.

Cuando el peligro hubo pasado, prosiguiendo el témpano su camino a la deriva, capitán, y contramaestre se miraron, y; tácitamente, acordaron que uno de ellos debía quedarse una vez más una noche sin dormir a bordo…

Al día siguiente, dos veces el vigía de la cofa anunció algunos espautos percibidos en las lejanías, a la cuadra de las islas Biscoe; pero todos se quedaron sorprendidos cuando Albarrán, en vez de ordenar seguir las aguas de las ballenas, dispuso continuar siempre rumbo al sur.

—No he venido hasta aquí para ver unos cuantos cachalotes —manifestó, cuando hubo comprobado con sus catalejos la inclinación de aquellos precarios chorros de agua.

El ballenero continuó por mar afuera hasta que, al promediar la tarde, se divisaron grandes témpanos. Sorteándolos, avanzó hacia el interior de una bahía tan abierta y extensa como un golfo; se trataba de Bahía Margarita.

En su sebosa carta de navegación, el capitán Albarrán tenía

marcada un ancla con lápiz rojo detrás de una isla llamada Nenny, descubierta por el explorador Charcot y bautizada así en homenaje a su esposa. Allí el ballenero dejó caer su ancla, entre la isla y un ancón, también llamado Nenny Fiord, desde cuyas cumbres se divisaban rodados de nieve que habían dejado al descubierto vetas verdosas y de un ocre metalífero, en desintegración, semejantes a las que se encuentran en otras regiones de la cordillera de los Andes. El lugar era más seguro que Puerto Lockroy para pasar la noche, y aquellos cerros de piedra al descubierto mostraban por primera vez algo del rostro de la tierra, cordial para aquellos hombres cansados de ver nada más que hielo que permanecía igual desde hace millares de años.

La noche se notó más corta aún que en la isla Decepción, y fue el contramaestre, asimismo, el primero que dio la voz de alarma cuando despuntaron los primeros párpados de la aurora: la bocana de Bahía Margarita estaba cubierta de un horizonte de murallones de hielo, y el mar cercano, helado.

—Vaya a despertar al capitán y al piloto —dijo Bárcena a Pedro Nauto, que le servía un jarro de café. Éste bajó de dos saltos del puente de mando donde el reloj marcaba las dos de la madrugada y el mercurio del barómetro se había deslizado varios grados bajo cero.

—No hay que afligirse —dijo Albarrán, cuando estuvo en el puente—. Es sólo una caravana de grandes témpanos que se ha desprendido de la barrera polar.

Todo estaba en silencio y calma, un gran silencio de cristal, como ha estado durante millones de años la naturaleza en aquel lugar. El sol polar empezó a reverberar de soslayo sobre la lámina de hielo que se extendía hasta el horizonte; pero cuando el ballenero levó anclas, se resquebrajó como un anuncio del grueso *pack ice* que, a no mediar la época del año, lo hubiera aprisionado para siempre.

El «Leviatán» continuó abriéndose paso, con su alta proa cual si fuera un rompehielos, y cuando llegó a la zona de los témpanos, navegó por entre los canalizos, como si fuera sorteando islas.

Aquello era tan fantástico como las solitarias islas del archipiélago de Melchior en pleno mar de Bellingshausen; pero con la agravante de que allá esas islas no se movían lentamente llevadas

por el viento y la corriente, estrechando sus canalizos que de un momento a otro podrían cerrarle la salida al barco y hasta triturarlo, como había ocurrido hacía años con el «Antártico», del explorador Otto Nordenskjöld.

De pronto, como si aquel vasto silencio sólo hubiera estado preparado para hacer su ruidosa aparición, una movediza masa blanquecina y azulada emergió como otro témpano más vivo bajo las aguas. Irrumpió con un fragoso rumor de cristalerías rotas.

El propio Albarrán corrió un poco espantado al ver la aparición, creyendo que se trataba de otra mole de hielo rodante que venía desde las profundidades a amenazar al barco; pero luego saltó de felicidad al ver dos poderosos espautos que se elevaron como frondosos surtidores por entre los témpanos.

El piloto también quedó paralogizado. El contramaestre corrió hacia la proa revisando cabos y tecles; los tripulantes permanecían asimismo como atemorizados por la súbita irrupción de aquel enorme cetáceo.

—¿Quién es el de los platos rotos? —exclamó Fabián, saliendo por la puerta de la cocina seguido de Pedro Nauto.

Pero el ayudante del cocinero se contuvo en la puerta con los ojos asombrados cuando por la amura de estribor vio elevarse dos aletas que sobrepasaron la proa del barco y luego se hundieron con un coletazo que dejó un chapaleo como si alguien hubiera quebrado al mar helado cual si fuera una inmensa vitrina de cristal.

Hubo un prolongado momento de vacilación desde capitán a marinero. Albarrán no pudo lanzar su grito de «¡A toda fuerza la máquina!» pues el zigzagueo entre los témpanos no permitía el mayor andar. Por primera vez también desde el barril de la cofa no había salido la voz de «¡ballena a proa!». Sólo el piloto atinó a correr por la pasarela a cargar el cañón con el arpón. Un frío viento empezó a venir del sur, como para serenar el rostro de aquellos hombres sorprendidos.

—¿Por dónde diablos cree usted que se metió? —inquirió el piloto, cuando estuvo de nuevo en el puente.

—A veces estos llegan hasta los mil metros de profundidad… —replicó Albarrán, con tono de suficiencia, y agregó—: ¡No tema que vaya a levantarnos por los aires como si fuéramos una paja!

En cuanto pudo contener su excitación, ordenó aumentar de a

poco el andar.

«¡No puedes quedarte más tiempo solo por aquí, viejito! —murmuraba entre dientes—. ¡Tienes que salir conmigo; vine sólo a eso, a buscarte, vivito o muerto!».

Su instinto hizo que por seguridad tratara de pasar luego la barrera de los témpanos.

«¡Se habrá pasado toda la noche entre los hielos, pero al fin tiene que salir a buscar su comida a mar abierto, el pobrecito!», prosiguió como si hablara por lo bajo con alguien.

—¡Capitán, capitán! —gritó de súbito el vigía, y añadió con raro acento—: ¡Allí, allí, se está rascando como si fuera una vaca contra un témpano!

—¡Una vaca!… —rió con larga carcajada Albarrán—. ¡Quinientas, mil vacas; querrás decir!

Con el viento polar, el cielo se cubrió de variadas formas de nubes. Hacia el este, algodonosos bancos cubrían con una sombra nacarada al sol resplandeciente; arriba, jirones alargados semejaban manadas de delfines en fuga, y en otras partes aparecían caravanas de témpanos aéreos que copiaban las formas de sus congéneres. Toda la naturaleza del cielo y mar, de hielo y nubes, parecía jugar placentera, como si despertara de su sueño de millones de años.

—Tome usted la caña —ordenó casi con sigilo el capitán a su piloto. Después corrió como un bólido por la pasarela hasta la proa.

El vigía hablaba sólo con sus manos, elevándolas al cielo como si se sintiera impotente y elevara una desesperada plegaria. El ballenero avanzó cautelosamente por los canalizos, y su capitán, ya firmemente aferrado al cañón, miraba con gestos rápidos de los témpanos al mar helado, a las manos del vigía que, a veces, parecía señalar algún lugar del cielo por donde pudiera haberse escondido el cetáceo.

Al capitán empezó a dolerle un poco el pecho, y más se angustió cuando al probar la mira del cañón le lagrimeó el ojo. Su alegría entonces se desplomó, y luego, ya más serenamente, «con la cabeza fría y los pies calientes» como decía él, pensó en las dificultades que se le podrían presentar si después del disparo aquel macho azul se metía llevando la ceba y la línea por debajo de los témpanos, arrastrando al ballenero contra las aristas del hielo.

Pero no tuvo oportunidad de disparar inmediatamente, pues

cuando el barco salió hacia un claro del mar, el cetáceo estaba como a doscientos metros de la proa, muy distante para dar en el blanco. Se encontraba frente a frente de la proa del ballenero, y como la ballena azul tiene los ojos muy separados y no puede ver de frente, no la veía. Entonces dio órdenes a las máquinas para avanzar muy despacio. Por un instante añoró sus lejanos tiempos de patrón de chalupa ballenera, cuando al abordar al cetáceo en esa misma posición, se acercaban cambiando sigilosamente los remos por unos más chicos, para que el débil ruido de éstos no se sintiera. Pero el rumor de la hélice sí fue percibido por el fino oído del macho azul, que se hundió tranquilamente, alejándose de los bordes de la masa de hielo.

—¡Viejo zorro! —bramó Julio Albarrán.

Como un ojo de buey, el sol se asomó por entre un desgarrón de las nubes, y el capitán, cegado por la súbita luz, retuvo por unos instantes más la visión del cetáceo encerrada en su entrecejo. En verdad, se trataba de un macho azul colosal, cuya piel, recubierta de microscópicos moluscos, diatomeas y madréporas, cual un arrecife de madreperla, resplandecía a trechos como un manto enjoyado y fantasmal. A pesar de la desazón que le produjo su inmersión, cierta gloriosa grandeza halló el capitán al ver que no se entregaba así no más. Hinchó el pecho, lleno de satisfacción, como si de pronto también él hubiera aspirado libremente todo el aire del mar y hasta los mismos rayos del sol en aquella luminosa mañana austral.

Luego prosiguió con más calma su afanosa búsqueda por entre los hielos. De repente, volvió a oírse el grito del vigía:

—¡Allá está soplando! —y señalaba con la mano extendida por la aleta de babor.

Mas la nave tuvo que seguir su ruta por el estrecho canalizo en que se había metido, hasta que pudo virar alrededor de un témpano y poner la proa en la dirección indicada. Albarrán bufaba de desesperación. El segundo ingeniero, en el cabrestante, de vez en cuando daba unos saltos como para espantar el frío. En cuanto el capitán encontró una salida por los témpanos, gritó:

—¡A toda fuerza la máquina!

El «Leviatán» pareció saltar como un animal de caza, y luego se vio en el mar libre de témpanos; pero el macho azul había

desaparecido ya del lugar señalado.

La excitación del capitán se había comunicado a toda la tripulación; hasta la gente de máquina, donde los de guardia mantenían las calderas a toda presión, esperaba expectante el estampido del lanzamiento del arpón.

Pasado el peligro de los témpanos, el piloto entregó la rueda a un timonel, y fue en persona a reemplazar al serviola de la cofa. El mismo contramaestre, subido hasta la mitad de la escalerilla del trinquete, con la mano puesta a manera de visera entre los estayes, mantenía su vigilancia sobre el mar, que empezaba a florecer de pequeñas olas rizadas. De pronto, una bandada de tableros se dejó caer como una nube, labrando las aguas de blanco y negro.

«Está buena la sopa», dijo para sus adentros Albarrán al ver cómo las avecillas rastrojeaban en el plancton, detrás del cual también merodeaba el macho de ballena azul, que llevaba como un cuarto de hora sumergido. El capitán pensó que no podría seguir más de cinco o diez minutos bajo las aguas. Así fue; sus pensamientos se cortaron al ver una bocaza enorme que subió a la superficie como dos grandes esquifes superpuestos. Al parecer expulsaba el agua por entre sus barbas levantadas, para engullir sus toneladas de camarones. De aquellas fauces a ratos se desprendían espumarajos tornasolados, como si la bestia estuviera comiéndose un arco iris en plena mar. Destacó por unos momentos más su poderoso lomo blanquecino azulado, jaspeado a trechos como de madreperlas, y luego volvió a hundirse con su característico y formidable coletazo.

Albarrán parecía un viejo zorro barbón acosado por extraña inquietud. A veces se tomaba de la culata del cañón arponero y se doblaba para atrás mirando a las manos del piloto, y como clamándole: «¡Hasta cuándo!»… Este y el contramaestre parecían contestarle con sus manos: «No hay apuro», «ya lo tendrá…»

Y lo tuvo, casi inesperadamente, cuando el macho azul emergió por la amura de estribor. Apuntó y disparó a la distancia precisa. El animal, al recibir el impacto, se hundió tan vertiginosamente, que en unos momentos desarrolló toda la línea, y desde el fondo empezó a tironear remeciendo al barco de quilla a perilla. Al rato, el grueso cabo empezó a salir a la superficie con un temblor paralítico, y, luego, el espejeante monstruo apareció debatiéndose envuelto en

cendales de su propia sangre. Pero la granada de la espoleta no había dado en un órgano vital, y el cetáceo volvió a sumergirse remolcando al ballenero. Todos estaban asombrados de tanta vitalidad y fuerza. El capitán ordenó maniobrar con presteza, mientras le cargaban de nuevo el cañón. Teniendo toda la línea fuera de sus carretes, trataba de avanzar, evitando que el cabo pudiera enredarse en la hélice, lo cual habría resultado fatal. Así anduvieron unidos ballena y barco unos momentos más, hasta que ordenó a toda fuerza la máquina, empezando a dejar el cabo por estribor. Este fue formando un seno, la característica onda, como la cuerda que toma un niño para saltar. En un extremo el barco y en el otro el cetáceo, aún a media profundidad. Pero la herida y el debilitamiento por la pérdida de sangre no le permitieron estar mucho tiempo sumergido, y salió, ya muy cerca del barco. Entonces se vio al poderoso lomo brillar al sol como otra nave azul y nácar, y correr paralelamente con su perseguidor. Este fue disminuyendo el ángulo, hasta que Albarrán, con toda comodidad y precisión, le lanzó el segundo arponazo, que esta vez penetró hacia el cuarto superior del cuerpo. El espejeante coloso rebotó como un pez sobre el florido océano; luchó un rato más entre dos aguas, el nácar se tornó rojo, en llamaradas de sangre, hasta que levantó las aletas caudales en su último estertor y lanzó un coletazo cuyo chapoteo elevó una ola que llegó hasta la regala de la amura de estribor. Todos respiraron, sobrecogidos ante el fin de la titánica lucha.

Empezaron a recoger la línea hasta que lo abarloaron entre el castillo y el puente. Cuando le llevaron a proa la jabalina para que lo rematara con el tradicional lanzazo, el capitán la tomó como si fuera un sagrado cetro que alguna divinidad ponía en sus manos, a las que pareció besar cuando se las escupió frotándoselas. Levantó el dardo por sobre el horizonte y buscó el cuerpo de la ballena; pero al hundirlo, la punta acerada resbaló sobre la blanquecina costra calcárea y todos vieron que trastabillaba como si se fuera a caer al agua; pero se contuvo oscilando al borde de la proa, y, con toda su fuerza, buscando un lugar libre de protozoarios y moluscos, hundió el hierro hasta el mango, atravesándole los pulmones y el corazón. Toda la tripulación pareció dar un gran suspiro de descanso y aprobación; hasta la nave misma detuvo el jadeo de sus máquinas. Muchos agacharon la cabeza con una especie de cansancio, y,

cuando el cocinero avanzó con su espel a cortarle las aletas, por primera vez el capitán Albarrán no permitió que cumpliera su oficio de monaguillo… Dejó al enorme ejemplar, que algunos calcularon cercano a los treinta y cinco metros, abarloado con todo el esplendor de sus enormes aletas caudales que abrazaban el barco y el horizonte.

—¡Hay que llevársela enterita a Míster Hansen, para que le tome una fotografía y se la ponga en su oficina con un buen marco! —exclamó gozoso.

—Usted no creerá en eso; pero, posiblemente… —dijo Fabián.

—¿En qué?

—¡Que las ballenas a las que no se les corta la cola vuelven al mar y se pierden!…

—¡Esta ya no se arranca más de mí, la llevaré enterita…; de ese estrobo no saldrá hasta que la entreguemos en la isla Decepción!

—Tendremos que soltarla más de una vez para poder seguir cazando —dijo Bárcena.

—¡Sí! —gritó Albarrán como si no quisiera cazar una sola ballena más—; la soltaremos, pero hasta allí no más, bien abalizada con un farol de bote y estaremos cazando siempre a su lado.

—¿Y quién le dice si no encontramos otra igual?

—¿Otra? —volvió a gritar lleno de júbilo—. ¡No, como ésta no habrá ninguna otra jamás! —y miró como con ojos de poseído a la enorme mole blanca y azulada, que ya había dado vuelta su panza en la superficie, que se angostaba y aflojaba como un gran acordeón entre las olas. El manto de concha de perlas **[90]** había quedado vuelto hacia las profundidades, pero de vez en cuando emergía cabrilleante y rozaba la obra muerta del «Leviatán», como si tratara de rasguñarlo…

12

—«¡Barómetro que baja lentamente es que gran viento presiente!» —exclamó el piloto Yáñez, como una advertencia, al entregar su guardia a Bárcena.

—«¡Nubes barbadas, viento a carretadas!» —le replicó el contramaestre, mirando hacia el suroeste, por donde se divisaba un horizonte cargado de nubarrones como toros cerriles con las crines sueltas al viento.

—¿Temporal? —inquirió Pedro Nauto, que hacía una guardia en el timón.

—Así parece —dijo Bárcena—. Y a nosotros nos va a tocar hasta la medianoche.

La lenta tarde antártica empezaba a caer con una penumbra opresora cuando se inició de lleno el mal tiempo, Desde el puente de mando, el propio contramaestre ordenó con su voz de trueno:

—¡Atrinquen para la mar! —grito que recorrió a la nave de proa a popa y de quilla a perilla.

Cuando llegó la noche, el mar aumentó su braveza, y por la aleta de babor empezó a encapillar las primeras grandes olas. Sólo entonces apareció en el puente, como un lobo de mar reluciente, el capitán Albarrán con su ropa de agua puesta.

—¿Ha hecho revisar las escotillas? —inquirió con voz grave.

—¡Las cerré yo mismo a machote! —replicó el contramaestre.

—Déjeme a mí un rato en la guardia y vaya de todas maneras a verme los cubichetes y lumbreas. Refuerce con otro estrobo el remolque de la ballena.

Capitán y timonel se miraron un instante y luego ambos volvieron su vista hacia una de las aletas del cetáceo, abarloado por babor, cuya blancura espejeaba como el filo de una guadaña cada vez que el farol de tope se inclinaba en lo alto del palo trinquete como tratando de atisbar las cenicientas tinieblas que se espesaban a cada rato sobre el mar tempestuoso.

—¿Sabe emproar el barco para que no se atraviese en medio del

temporal? —preguntó al muchacho.

—¡Lo aprendí desde chico, señor, andando en bote! —replicó.

—¿Hasta qué hora va a estar de guardia?

—¡Hasta las doce, capitán!

—¿Y el timonel que le correspondía esta guardia?

—Se descoyuntó un tobillo al saltar del puente para pasar un nivelai[91], cuando estrobamos la ballena.

—Andaría con taco alto, la señorita… —dijo en tono burlón, y agregó—: ¿Puede atinar cuando llegan las tres olas grandes?

—Después de un rato, sí; uno se acostumbra a calcular cuándo llegan esas tres olas.

Abajo, en la pequeña cámara de oficiales, el ingeniero Díaz inquiría al piloto sobre las decisiones del capitán.

—¿Por qué no se buscó un fondeadero en vez de seguir de noche con este tiempo?

—Se lo propuse…; me contestó que por nada del mundo volvía a meterse entre los hielos, y yo le encuentro razón; con ese tremendo animal es difícil maniobrar a través de los témpanos.

—Lo deja mar afuera, con un gallardete, y al otro día lo pasamos a buscar.

—No quiere soltarlo ni a cañón…; me dijo que no creía en esa superstición de las aletas, pero yo creo que es eso precisamente lo que hace que no lo largue; teme que la ballena se vaya a perder.

—Está bastante chiflado este hombre…

—Un poco, yo creo… Parece que le dio por venir a cazar uno de estos machos azules y ahora está apurado por regresar… Nos quedarán varios días de navegación por mar afuera, así, con este andar.

—Pero ésta es una noche de mil demonios para navegar…

—El temporal nos viene pegando por la aleta de babor y el barco está encapillando ya algunas olas…; con el peso del animal la popa no logra montarlas, menos adelantarlas con la velocidad que llevamos.

—Los fogoneros no descuidan la presión.

—Si sé; es la mole que nos quita por lo menos tres o cuatro millas de andar.

Yáñez durmió un poco, y a las doce de la noche entró de guardia, con otro timonel. Albarrán todavía se encontraba,

vigilante, en el puente; pero cuando vio a su piloto, se dispuso a irse a acostar. La medianoche se había transformado en un penumbroso y tormentoso caos de agua y viento; las rachas bajaban descrestando a las olas y no se distinguía si la ventisca venía del mar o del cielo. Los bandazos del barco y su remolque removían a ratos toda la superestructura.

—Se va poniendo peligroso el remolque —dijo el piloto al capitán, cuando éste se disponía a retirarse del puente.

—Le servirá de flotador…

—No se olvide que lo llevamos del mismo lado que el temporal…

—De amortiguador, entonces…

—Algunas olas ya han bandeado las cabinas.

—¿Qué tiene? ¡Que pasen no más!… ¡Cuántas veces no hemos estado como una boya afrontando temporales peores que éste!

—Es que si sigue así, voy a tener que emproarlo, y para eso vamos a tener que soltar la ballena.

—Lo emproa con ballena y todo…

—Nos podemos aconchar, y con dos o tres de las olas grandes podemos irnos por ojo.

—Siga avante no más, no sea miedoso… ¡Con este viento, que debe tener fuerza doce, hasta las aletas de la ballena sirven de vela! —exclamó Albarrán, retirándose a su cabina.

En el entrepuente, Pedro Nauto ya se quitaba las botas para echarse a dormir en su litera.

—¡Habrá que acostarse con las botas puestas por si tenemos que tomar agua parados! —dijo el fogonero Bórquez, que había terminado también su cuarto de guardia.

Pedro Nauto creyó que se trataba de un chiste, pero algo desabrido pasó por él cuando vio que en realidad el fogonero se acostaba sin quitarse las gruesas botas balleneras.

Por unos momentos se puso a escuchar los silbidos del viento en los obenques, mezclados al fragor de las olas que bandeaban el puente, la cubierta, y, encapillándose, se escurrían por los imbornales. De vez en cuando percibía una sacudida más fuerte del barco y un temblor que recorría toda la estructura.

Pasada la medianoche el contramaestre apareció de nuevo en el puente. Era un hombre que siempre montaba guardia en los

momentos de mayor peligro.

—¿Y no se fue a acostar? —díjole el piloto.

—Siento unos machucones demasiado fuertes entre la ballena y el barco —respondió.

—Hace rato que vengo preocupándome de lo mismo; el barco se queda tiritando después de esos encontrones.

—Se está poniendo mala la cosa…

—Mala…; pero si vamos a despertarlo va a creer que nos hemos convertido en gallinas… ¡Él se ríe de esto!

—¡No es para reírse!

—¡Sí, se fue a dormir como si lo esperara una novia en la cama!

—En estos casos yo obro por cuenta propia… El ingeniero está alarmado en las máquinas, dice que a veces el casco retumba como si fuera a abollarse; yo creo que sería bueno avisarle.

—Me va a recibir como si fuera un niño de teta… ¿No lo conoce usted?

—El oleaje está rompiendo cada vez más sobre la aleta, y con el peso de esta maldita ballena el barco no puede correr las olas.

—Voy a empezar a emproarlas.

—Puede ser para peor; nos podemos atravesar con la ballena.

—¡Maldito sea! ¡Vaya a despertarlo usted entonces!

—Creo que es conveniente advertirle también a la gente que se vaya poniendo la ropa de agua.

Era la una y veinte de la mañana; los despiadados elementos de la naturaleza antártica se habían desatado con todas sus fuerzas sobre el pequeño ballenero y su remolque. A ratos todo era un caos, menos esos tres hombres en el puente que, aunque temerosos, mantenían aún seguros la marcha y el rumbo de su barco.

—¡Déjenme solo en el puente y váyanse a acostar! —les ordenó, autoritario, Albarrán, cuando entró restregándose los ojos cargados de sueño aún.

—Se dispuso que la gente se coloque la ropa de agua, capitán —dijo Yáñez.

—¿Con qué objeto? ¿Para qué?

—Por precaución…, señor. Por lo que nos pueda suceder…

—¿Qué nos puede suceder?

—Que todos tengamos que tomar agua de pie…

—Acuéstense no más; yo solo voy a emproar la mar.

—Habría que soltar antes la ballena, capitán —intercedió el contramaestre.

—¡Eso no! —bramó Albarrán—. ¡Déjenme a mí solo, yo sabré hacer las cosas!

Un golpe de agua y viento pareció arrancarle la voz y empujar al piloto y al contramaestre obedeciendo rápidamente sus órdenes. Estos, antes de desaparecer, lo miraron por última vez, contrariados.

El capitán, por sí mismo, agarró la caña del timón y empezó a virar con lentitud contra el temporal. El «Leviatán», como si obedeciera más a sus manos que a otras, comenzó cautelosamente a montar las olas de medio costado. Los barquinazos se sintieron más fuertes, el farol de tope oscilaba de bordo a bordo como un péndulo al revés. Por los ventanales del puente, Albarrán, cual un lobo de mar acosado en su madriguera, trataba de vislumbrar en cada vaivén del farol el lomo de su presa asida por la cola a la amura; pero alcanzaba a ver sólo una aleta caudal que sobrepasaba el estrobo y se batía a menudo como una guadaña loca, cuyo filo iluminado buscara a alguien en medio de la noche.

La gente, que se había puesto su ropa de agua, ya no dormía en el entrepuente. Los ingenieros y Fabián también se habían vestido con esa ropa encerada, de emergencia. Sólo podían oírse en el entrepuente los ronquidos de unos cuantos que, agotados por la penosa guardia recién entregada, dormían ajenos a todo.

De pronto, el «Leviatán» se recostó entre dos grandes marejadas y toda su superestructura pareció gemir en un crujido. Solitario en su puente de mando, sólo asistido por el silencioso timonel, el capitán Albarrán empezó a poner proa decididamente al temporal. Cuando sintió el crujido de su barco y el remezón le hizo recordar el peso del cetáceo abarloado, surgieron en su mente las características tres grandes olas que de tarde en tarde se dejan caer en medio de toda tempestad… «Las tres olas… el sueño, la vida y la muerte…», reflexionó.

Muchas veces se había enfrentado con peores momentos que ésos, con el timón aferrado en sus propias y seguras manos… ¡Esto no era para tanto, caramba! ¡No soltaría por tan poco la presa que tanto le había costado ir a buscar en ese extremo rincón antártico! ¡Por un temporal así no más no iba a soltar la mayor ballena azul

con que un ballenero se había topado alguna vez en su vida! Pero… ¿por qué su gente ahora le discutía y parecía no tener en él la seguridad que antes siempre había demostrado en torno suyo?

Recordó que en más de una noche como ésa, peores tal vez, había timoneado solo su barco cazador, mientras toda la gente dormía tranquila, confiada en sus manos, en su infalible instinto de capitán ballenero… Una de aquellas noches —la recordaba ahora patéticamente— hasta él había sentido miedo de naufragar. Pero no despertó a nadie. ¿Para qué? ¡Si se hundían, su gente pasaría también durmiendo confiada hasta el otro mundo, sin sufrir las cobardías ni la agonía de la catástrofe! ¡Y en aquella ocasión había salvado él solo, por su cuenta, al barco y a la gente! Al otro día no contó a nadie el susto que había pasado; pero al salvarlos así, silenciosamente, sin que lo supieran, se sintió como un padre para todos ellos. Ahora haría lo mismo. Se batiría solo con la noche y el mar, y así recuperaría, como entonces, su propia autoridad.

En medio de la oscuridad vio surgir un muro negro más alto que los otros. Era una ola como una montaña rodante. Cerró toda la caña a babor, y, de soslayo, el ballenero fue trepando por sobre el faldeo de agua que se le venía encima; pero la ola levantó el barco y a la ballena sobre su cresta, y, reventando, se desplomó en un estrepitoso abismo. El cetáceo y el barco se azotaron uno contra el otro como si fueran dos piltrafas sueltas. En el fondo de la sima, al entrechocarse una vez más, se oyó un sordo retumbo. Pero Albarrán maniobró a la desesperada, y barco y ballena volvieron a salir airosos.

La cresta de la tercera ola rompió los cristales del puente mismo y el agua bañó el rostro del capitán y del timonel como si fuera un poderoso espauto, un aliento frío que viniera de lo más hondo del mar, Albarrán sacó un pañuelo y se secó la frente; se rechupó el bigote y las barbas con un gusto salobre en que se confundían su propio sudor con el sabor salado, frío y amargo del mar.

Sobrevino uno de esos extraños respiros que a veces se producen en medio de la tempestad; pero él mar siempre quedó bailando alrededor de la nave, como si la cresta de las olas se hubiera convertido en innumerables dedos que jugueteaban con el barco y la ballena aupándolos como a un niño.

Una vez más percibió una extraña escorada de babor, y dos o

tres retumbos secos entre el barco y la ballena, uno de los cuales llegó a sus oídos con un débil pero raro acento metálico.

—Mantenga así la caña —ordenó al timonel entregándole la rueda, y saliendo del puente agregó—: ¡Voy a disponer que se suelte la ballena!

Pero no alcanzó a bajar del puente. En ese mismo instante el primer ingeniero Díaz encabezaba un loco tropel de gente de máquinas que subía corriendo hacia los botes.

—¿Qué ocurre? —alcanzó a gritarles.

—¡Una vía de agua se ha abierto en el compartimiento de máquinas! —le gritó de paso el primer ingeniero.

—¡Toda la gente a los botes!… —oyó que clamaba abajo el piloto.

Sólo el contramaestre subía la escalerilla en forma más tranquila que otros.

Capitán, ocupe su puesto en la ballenera… No hay tiempo que perder; de un momento a otro el barco se hunde o va a estallar… —dijo, al ver que Albarrán volvía a aferrarse a la rueda del gobernalle, que había sido abandonada en un acto de súbita indisciplina por el timonel.

Fueron las últimas palabras cuerdas escuchadas en la cubierta del «Leviatán» antes de que el caos de los hombres se sumara al de la naturaleza.

El capitán corrió a su cabina en busca del salvavidas de chaleco que siempre mantenía bajo su almohada. No había tiempo de quitarse el encerado y se lo amarró a medias encima. Ya toda la gente se había distribuido entre la chalupa ballenera y el bote salvavidas. Todos, menos uno de los tripulantes: Pedro Nauto, que seguía en el entrepuente durmiendo su cansancio y ajeno a la catástrofe.

—¡Largaaa!… —se oyeron varias voces clamando que se arriaran cuanto antes los botes salvavidas desde sus pescantes.

—¿En qué bote está Pedro Nauto? —gritó, de pronto, Albarrán, acercándose.

—¡Aquí no está! —contestaron los de la ballenera.

—¡Aquí tampoco! —los del salvavidas.

Un golpe de ola y viento hizo desaparecer al capitán, que corrió como un loco en dirección al entrepuente; pero a la salida misma

del cubichete se encontró con el muchacho que trepaba corriendo asustado.

—¿Dónde estabas? —le dijo.

—¡Me había quedado dormido en el entrepuente, señor!

Mientras le lanzaba la pregunta, ya se había desprendido de su chaleco salvavidas y, colocándoselo al muchacho, se lo amarró con sus propias manos al pecho.

Pedro Nauto se quedó titubeante ante el gesto de Albarrán; iba a balbucear algo, pero éste profirió con un desgarrante grito:

—¡Hijo mío, te andaba buscando!… ¡Corre a los botes! ¡No hay tiempo que perder!

—¿Y usted…, capitán?

—¡Te lo ordeno…; soy tu padre, caramba! —y lo empujó hacia los botes, dándole una palmada en la espalda.

Pedro Nauto corrió, sin darse cuenta de lo que había ocurrido ni de lo que hacía, hasta el puente donde estaba la ballenera, que ya empezaba a descolgarse de los pescantes. Alcanzó apenas a aferrarse a un cabo de los montones, y, con la misma viada, cayó al fondo de la chalupa, que se apartó de inmediato llevada por el faldeo de una ola.

No hubo tiempo para nada más. Se vio salir violentamente un vapor blanco por entre las lumbreras, y, luego, un estallido que pareció quebrar el barco en dos.

En medio de la tormentosa oscuridad los tripulantes alcanzaron a divisar parte del castillo que permaneció un rato más luchando sobre la cresta de las olas, y a su lado otra proa más blanquecina, como si el viejo macho de ballena azul se hubiera convertido en una nave fantasma que forcejeara por llevar a la otra hacia las profundidades oceánicas.

Como a una semana del naufragio, los dos botes fueron encontrados por otro ballenero con todos sus tripulantes a salvo. Habían avanzado a fuerza de remo costeando hacia el norte, guareciéndose en las noches en cualquier pedazo de playa que se les ofrecía entre los hielos. Los pingüinos y las focas cangrejeras, tan mansas como para matarlas a remazos o a cuchillo, los salvaron de morir de hambre, y la grasa de estas últimas les proporcionó el combustible necesario para no perecer de frío.

Después, en el comedor de la planta ballenera, los tripulantes de los otros cazadores se congregaron para escuchar estas peripecias.

La mayoría, sobre todo la gente de máquinas, supuso que uno de los extremos salientes de los arpones fue el que abrió como a codazos la vía de agua en el planchaje.

Pero la salvada milagrosa de Pedro Nauto fue lo que más conmovió a todos.

—Yo creí que el capitán se había vuelto loco cuando me gritó: «¡Soy tu padre, caramba!»

—¡Es que el capitán es como un padre de todos a bordo! —comentó otro marinero, como en un suspiro.

—¡Bah!… —profirió el piloto Yáñez, y con desgano agregó—: ¡Eso lo hace cualquier capitán!

Quintero, 1962.

Glosario

AGUAS QUE BRINCAN: Manantial.

AGUATERO: El que sostiene la cuerda de la red en la orilla.

ALFAGUARA: Ballena azul.

ANTICUCHO: Trozos de corazón de buey asados en un alambre.

BOCHE-BOCHE: Enredadera de flores rojas.

BOLA DE TORBELLINO DE LA TIERRA: Bolas redondas, del tamaño de una pelota de tenis, que se encuentran en el subsuelo, al parecer confeccionadas por un insecto que las usa de habitación.

BAUDA: Ave marina zancuda, de plumaje pardo y casi del tamaño de una garza; pájaro de mal agüero.

BOQUI: Enredadera, cuyos tallos, flexibles y fuertes, se usan como cuerda.

BARBA DE PALO: Líquenes que crecen en la corteza de los árboles en forma de barbas.

BEO: Planta medicinal.

CACHIGUA: Arbusto de la región.

CAMAHUETO: Animal mitológico, unicornio.

COSTILLA DE VACA: Variedad de helecho.

COO: Lechuza pequeña.

CASEMITA: Edificio contiguo a la iglesia, destinado al alojamiento del cura.

CURANTO: Comida de mariscos, papas, pan y carnes, cocidos al

vapor sobre piedras calientes, en hoyo en la tierra cubierto con helechos y terrones con césped.

COICOPIÚ: Enredadera de flores rojas.

CABUZADA: Zambullida.

CADILLO: Especie de clonqui o arzolla.

CEBA: La cuerda más delgada que une el arpón con la más gruesa, llamada línea o espía.

CABO MANILA: Cuerda de fibra de henequén.

CONCHA DE PERLA: Nácar.

CAMPANARIO: Cobertizo en forma de cono, techado en paja, donde se guardan los animales.

CAUCHAO: Fruto de la luma, pequeña y jugosa baya negra.

CAHUEL: Delfín.

COLDE: Canasto para mariscar.

CHEYES: Especie de gaviota más pequeña, blanca.

CHILEHUEQUE: Especie de llama que domesticaban los aborígenes a la llegada de los españoles.

CHIRLE: Fango acuoso.

CHINGUILLO: Canastillo de alambre.

CHUFLAY: Bebida de aguardiente mezclada con refrescos.

CHIMPOLAZO: Turbonada.

CHAQUIHUA: Arbusto regional.

CHAMPALLA: Aleta de foca.

CHILCON: Fucsia silvestre.

CHUPONES: Frutos del quiscal, bromeliácea.

CHANCHARRO: Pez de regular tamaño.

CHECA: Medida de aguardiente que se da en el café.

DORNAJO: Artesa excavada en un tronco de árbol.

EMPALLETADO: Enrejado de listones de madera en la popa del bote. (Empaletado: localismo).

ESTROBAR: Amarrar con un estrobo, soga en forma de argolla.

ESPAUTO: Chorro de vapor y agua por el que se reconoce la ballena.

FISQUIA: Fisga, tridente de madera.

FISQUIAR: Fisgar, mariscar con el tridente.

FARDELA: Ave antártica.

FILÁSTICA: Estopa; por asociación, carne dura, desabrida o en conserva.

GARGAL: Hongo comestible que brota en la corteza de algunos árboles.

GUIÑACHO: Raíz tierna y comestible del pangue.

HUILIPINDA: Planta medicinal.

HUALCO: Planta medicinal.

HUEPO: Molusco con la concha en forma de navaja.

HUALATO: Azadón.

HUIQUE: Árbol de la región.

HUALHUE: Tremedal.

HUINQUE: Árbol de la región.

HUELLA: Árbol de grandes flores blancas.

IMBUNCHE: Ser mitológico, portero en las cuevas de los brujos.

IRSE POR OJO: Cuando el barco se hunde de proa.

JORA: Maíz.

LIA: Planta de la región.

MECHAY: «Michay», espino de flores amarillas.

MANAGUÁ: Marinero de la Armada de Chile.

MILCAO: Pan de papas con chicharrones de cerdo.

MORDAZA: Tenazas de hierro para halar la ballena por la cola.

NARIZ DE BOTELLA: Especie de ballena de tamaño menor.

NIVELAI: Cordel delgado que se lanza amarrado a otro más grueso para atracar el barco o un remolque.

ÑACHI: Sangre cruda, con aliños.

PALDE: Fierro plano para mariscar.

PINCOYA: Ser mitológico, sirena.

PINUCA: Holoturia, equinodermo.

PETA: Arbusto de ramajes frondosos.

PATRANCA: Pingüino.

POE: Fruto de una bromiliácea parasitaria que crece en árboles viejos.

PALGUÍN: Planta de la región.

QUISCA: Cuchilla.

QUILMAHUE: Chorito o mejillón.

RAFAGALES: Ráfagas de agua y viento.

RESTINGA: Cantil de una escollera.

REPOLLO DEL MONTE: Hongo comestible que brota como repollo en algunos árboles.

RARAL: Arbusto de la región.

REDOSO: Fondo de una bahía cercano a la costa.

SKÚA: Ave de rapiña de la Antártida, de color pardo oscuro, más grande que una gaviota.

SEIGUALES: Especie de ballena; posible deformación de vocablo inglés.

TIOUE: Árbol de la región.

TRAUCO: Ser mitológico, especie de gnomo, travieso y a veces dañino.

TROPÓN: Pan de fécula de papa, asado en las brasas.

TEPES: Trozos de césped con tierra para cubrir el «curanto».

TABLERO: Ave de la Antártida, cuyo plumaje semeja un tablero de ajedrez.

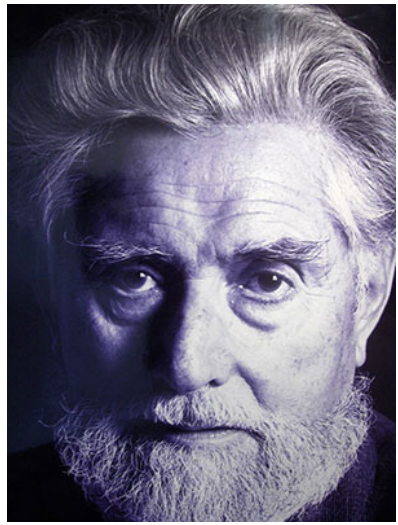
TONINA: Delfín.

TRAPALES: Pan cocido al vapor.

TRAIGUEN: Paraje cenagoso, cubierto de selva.

ULPADA: Harina de trigo tostada, servida con agua.

YATUI: Planta usada por los brujos en sus maleficios.



FRANCISCO COLOANE CÁRDENAS, escritor chileno, (Quemchi, Región de Los Lagos; 19 de julio de 1910 - Santiago, 5 de agosto de 2002)

Nació en Quemchi (Chiloé) el 19 de julio de 1910. Según cuenta en sus memorias, vino al mundo «en una casa construida sobre pilotes de madera alquitranados», agregando que su madre, «Humiliana Cárdenas Vera, campesina de Huite… me dio a luz a las cinco y media de la mañana… En esos días mi padre, Juan Agustín Coloane Muñoz, andaba navegando de capitán de barco de cabotaje». Su infancia transcurrió entre las dos islas del archipiélago de Chiloé y aprendió sus primeras palabras en una escuelita rural en la localidad de Huite hacia donde se desplazaba montado en un mampato negro llamado Huaso. La escuela estaba ubicada en una península arenosa que con la marea alta quedaba aislada, por lo que solo podía pasar junto a sus compañeros cuando la marea estaba baja. Más tarde, prosigue sus estudios secundarios en Ancud y Punta Arenas. En el colegio de los salesianos de esta ciudad conoce a Roque Esteban Scarpa, que más tarde sería un destacado intelectual chileno. Dos años después, en 1925, pasa al liceo fiscal donde acaba su enseñanza secundaria. En 1924, Coloane trabaja como escribiente en el gabinete de un abogado. En las memorias, el

escritor recuerda que Santiago Toro Lorca le «pagaba tres pesos cincuenta por cada carilla tamaño oficio que yo llenaba. No era mala paga. Con ese dinero pude comprar mis libros, y de hecho continuar mis estudios».

Coloane hizo su servicio militar voluntariamente siendo destinado a la sección montada de ametralladoras. Sin embargo, él evoca con singular afecto las clases que dio a conscriptos en su estadía en el regimiento. Dejado el uniforme, Coloane encuentra trabajo como ovejero y capataz de estancias de la Patagonia, entre estas la de «doña Sara Braun, poderosa estanciero de fama legendaria en la región».

A comienzos de la década del treinta, en el ir y venir desde el extremo sur hasta la capital, Coloane comienza su oficio como periodista de diarios y revistas. En sus interesantes memorias tituladas *Los pasos del hombre*, el escritor manifiesta que gracias a un «periodista de inolvidable generosidad» llamado José Bosch, pudo conocer al director del diario *Las Últimas Noticias* de Santiago de Chile, Byron Gigoux James, quien a instancias de aquel le dio un empleo como reportero policial en una ciudad que, según él confiesa, le pareció hostil.

En 1940 publica su primer relato, *Lobo de dos pelos* que luego se convierte en *Cabo de Hornos*, título que dará origen al volumen de cuentos que en 1941 obtendrá el Premio Cuarto Centenario de la ciudad de Santiago. El mismo año recibe otro galardón al ganar el concurso de la Editorial
Zig-Zag
con su novela *El último grumete de La Baquedano*. Coloane relata en sus memorias: «Pensé que podría escribir un relato novelesco basado en mis experiencias de aquel viaje de Punta Arenas a Valparaíso a bordo del
buque-escuela
Baquedano. En quince días escribí a mano, en dos cuadernos, mi pequeña novela». En 1945 publica *Golfo de penas* y al año siguiente, *Los conquistadores de la Antártica*.

A fines de 1946 es invitado por la Armada de Chile a participar en la primera expedición antártica. En 1956 es galardonado con el

Premio Municipal de Literatura por su libro *Tierra del fuego*. Posteriormente se editan *El camino de la Ballena* (1962), *Rastros del guanaco blanco* (1980), *Velero anclado* (1991), *Los pasos del hombre* (2000) y *Naufragios y rescates* (2002).

Francisco Coloane durante su larga vida se hizo acreedor de diferentes premios y distinciones por la calidad y originalidad de su obra centrada fundamentalmente en el extremo sur de Chile. Así, en 1964, obtuvo el Premio Nacional de Literatura, y en 1980 es designado Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. En 1996, el Gobierno de Francia lo nombró «Caballero de las Artes y las Letras» y la Universidad de Magallanes le dio el grado de Doctor *Honoris Causa*. En su vida participó en diversos congresos de escritores en varios países. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, italiano, ruso, holandés, alemán, polaco, griego, checo, sueco, noruego, turco y portugués.

Fallece en Santiago de Chile el 5 de agosto de 2002 a los 92 años. Sus restos fueron incinerados y posteriormente lanzados al mar de Quemchi, la Patagonia y Quintero.

OBRAS:

NOVELAS: *El último grumete de la Baquedano*,
Zig-Zag,
Santiago (1941); *Los Conquistadores de la Antártica*,
Zig-Zag,
Santiago (1945); *El Camino de la Ballena*,
Zig-Zag,
Santiago (1962); *El Guanaco Blanco*,
Zig-Zag,
Santiago (1980).

CUENTOS: *Cabo de Hornos*, Orbe, Santiago (1941). Contiene 14 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El «Flamenco»; El australiano; El páramo; Palo al medio; El último contrabando; El vellonero; «Cururo»; El suplicio de agua y luna; Perros, caballos, hombres; La venganza del mar; La gallina de los huevos de luz*.

Golfo de Penas, Cultura, Santiago (1945). Reeditado en 1995 Contiene 18 cuentos: *Golfo de Penas; Paso del Abismo; Madera Seca; Mar de travesías; Cazadores de Focas; Estelas del Caleuche; Noche en la isla negra; Pascua Salvaje; El amigo Pat; Galope de Esqueletos; Un tablón entarugado; Don Oscar y el fantasma; Proceso al Trauco; El Sabelotodo; Pedro Soldado; Teresa Tekenika; De la región Antártica famosa; Balleneros de Quintay*.

Tierra del Fuego, Editorial del Pacífico, Santiago (1956). Contiene 9 cuentos: *Tierra del Fuego; En el caballo de la aurora; De cómo murió el chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del Faro*.

Antártico, Editorial Alfaguara, Santiago (2008). Edición Póstuma, Contiene 15 cuentos: *La campana navegante; En un caballo llamado Patria; El lobo de Cabo Domingo; El cormorán; Alfaguara; Un veterano del cabo de Hornos; El fantasma del elefante marino; Tripulantes del Caleuche; El inglés de Lockroy; Albatros errantes; La loca de Rolecha; El lamparero alucinado; El perro de a bordo; Regreso a esa Patagonia; Realidad y embrujo de las islas Chauquis*.

Cuentos Escogidos, Editorial Alfaguara, Santiago (2020). Recopilación, Contiene 25 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El Flamenco; El Australiano; El Vellonero; La venganza del Mar; La gallina de los huevos de luz; Golfo de Penas; Paso del abismo; Madera seca; Cazadores de focas; Don Oscar y el fantasma; Pedro soldado; Balleneros de Quintay; Tierra del Fuego; De cómo murió el Chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del faro; El inglés de Lockroy; Galope en la Patagonia*.

TEATRO: *La Tierra del Fuego se apaga*, Cultura, Santiago (1945).

CRÓNICAS: *Viaje al Este* (1958); *Crónicas de la India*, Nascimento, Santiago (1983); *Velero anclado* (1995); *Papeles recortados*

(escritos sobre su vida en China) LOM (2004), con prólogo de Armando Uribe; *Galápagos*, Navegación e Ideas, (2010)

MEMORIAS: *Los pasos del hombre*, Mondadori, Barcelona (2000); *Última carta*, Editorial Universidad de Santiago, (2005).

Notas

[1] *Rafagales*: Ráfagas de agua y viento. *(N. del E.d.)* < <

[2] *Restinga*: Cantil de una escollera. *(N. del E.d.)* < <

[3] *Empalletado*: Enrejado de listones de madera en la popa del bote. (Empaletado: localismo). *(N. del E.d.)* < <

[4] *Tonina*: Delfín. *(N. del E.d.)* < <

[5] *Mechay*: «Michay», espino de flores amarillas. *(N. del E.d.)* < <

[6] *Tique*: Árbol de la región. *(N. del E.d.)* < <

[7] *Peta*: Arbusto de ramajes frondosos. *(N. del E.d.)* < <

[8] *Cheyes*: Especie de gaviota más pequeña, blanca. *(N. del E.d.)* < <

[9] *Campanario*: Cobertizo en forma de cono, techado en paja, donde se guardan los animales. *(N. del E.d.)* < <

[10] *Cahuel*: Delfín. *(N. del E.d.)* < <

[11] *Pinuca*: Holoturia, equinodermo. *(N. del E.d.)* < <

[12] *Ñachi*: Sangre cruda, con aliños. *(N. del E.d.)* < <

[13] *Bauda*: Ave marina zancuda, de plumaje pardo y casi del tamaño de una garza; pájaro de mal agüero. *(N. del E.d.)* < <

[14] *Chilcon*: Fucsia silvestre. *(N. del E.d.)* < <

[15] *Patranca*: Pingüino. *(N. del E.d.)* < <

[16] *Gargal*: Hongo comestible que brota en la corteza de algunos árboles. *(N. del E.d.)* < <

[17] *Repollo del monte*: Hongo comestible que brota como repollo en algunos árboles. *(N. del E.d.)* < <

[18] *Poe*: Fruto de una bromiliácea parasitaria que crece en árboles viejos. *(N. del E.d.)* < <

[19] *Cachigua*: Arbusto de la región. *(N. del E.d.)* < <

[20] *Quilmahue*: Chorito o mejillón. *(N. del E.d.)* < <

[21] *Huepo*: Molusco con la concha en forma de navaja. *(N. del E.d.)* < <

[22] *Palde*: Fierro plano para mariscar. *(N. del E.d.)* < <

[23] *Aguatero*: El que sostiene la cuerda de la red en la orilla. *(N. del E.d.)* < <

[24] *Alfaguara*: Ballena azul. *(N. del E.d.)* <<

[25] *Tropón*: Pan de fécula de papa, asado en las brasas. *(N. del E.d.)* < <

[26] *Camahueto*: Animal mitológico, unicornio. *(N. del E.d.)* < <

[27] *Huilipinda*: Planta medicinal. *(N. del E.d.)* < <

[28] *Boche-boche*: Enredadera de flores rojas. *(N. del E.d.)* < <

[29] *Hualco*: Planta medicinal. *(N. del E.d.)* < <

[30] *Bola de torbellino de la tierra*: Bolas redondas, del tamaño de una pelota de tenis, que se encuentran en el subsuelo, al parecer confeccionadas por un insecto que las usa de habitación. *(N. del E.d.)* < <

[31] *Aguas que brincan*: Manantial. *(N. del E.d.)* < <

[32] *Trauco*: Ser mitológico, especie de gnomo, travieso y a veces dañino. *(N. del E.d.)* < <

[33] *Costilla de vaca*: Variedad de helecho. *(N. del E.d.)* < <

[34] *Coo*: Lechuza pequeña. *(N. del E.d.)* < <

[35] *Guiñacho*: Raíz tierna y comestible del pangue. *(N. del E.d.)* < <

[36] *Imbunche*: Ser mitológico, portero en las cuevas de los brujos. *(N. del E.d.)* < <

[37] *Pincoya*: Ser mitológico, sirena. *(N. del E.d.)* < <

[38] *Managuá*: Marinero de la Armada de Chile. *(N. del E.d.)* < <

[39] *Trapaleles*: Pan cocido al vapor. *(N. del E.d.)* < <

[40] *Traiguen*: Paraje cenagoso, cubierto de selva. *(N. del E.d.)* < <

[41] *Casemita*: Edificio contiguo a la iglesia, destinado al alojamiento del cura. *(N. del E.d.)* <<

[42] *Curanto*: Comida de mariscos, papas, pan y carnes, cocidos al vapor sobre piedras calientes, en hoyo en la tierra cubierto con helechos y terrones con césped. *(N. del E.d.)* < <

[43] *Tepes*: Trozos de césped con tierra para cubrir el «curanto». *(N. del E.d.)* < <

[44] *Milcao*: Pan de papas con chicharrones de cerdo. *(N. del E.d.)*
< <

[45] *Hualato*: Azadón. *(N. del E.d.)* < <

[46] *Ulpada*: Harina de trigo tostada, servida con agua. *(N. del E.d.)*
< <

[47] *Coicupiú*: Enredadera de flores rojas. *(N. del E.d.)* < <

[48] *Raral*: Arbusto de la región. *(N. del E.d.)* < <

[49] *Huique*: Árbol de la región. *(N. del E.d.)* < <

[50] *Barba de palo*: Líquenes que crecen en la corteza de los árboles en forma de barbas. *(N. del E.d.)* < <

[51] *Palguín*: Planta de la región. *(N. del E.d.)* < <

[52] *Boqui*: Enredadera, cuyos tallos, flexibles y fuertes, se usan como cuerda. *(N. del E.d.)* < <

[53] *Dornajo*: Artesa excavada en un tronco de árbol. *(N. del E.d.)*
< <

[54] *Chirle*: Fango acuoso. *(N. del E.d.)* < <

[55] *Hualhue*: Tremedal. *(N. del E.d.)* < <

[56] *Fisquia*: Fisga, tridente de madera. *Fisquiar*: Fisgar, mariscar con el tridente. *(N. del E.d.)* < <

[57] *Redoso*: Fondo de una bahía cercano a la costa. *(N. del E.d.)*
<<

[58] *Chilehueque*: Especie de llama que domesticaban los aborígenes a la llegada de los españoles. *(N. del E.d.)* < <

[59] *Irse por ojo*: Cuando el barco se hunde de proa. *(N. del E.d.)* < <

[60] *Cabuzada*: Zambullida. *(N. del E.d.)* < <

[61] *Chinguillo*: Canastillo de alambre. *(N. del E.d.)* < <

[62] *Chuflay*: Bebida de aguardiente mezclada con refrescos. *(N. del E.d.)* < <

[63] *Chimpolazo*: Turbonada. *(N. del E.d.)* < <

[64] *Huella*: Árbol de grandes flores blancas. *(N. del E.d.)* < <

[65] *Huinque*: Árbol de la región. *(N. del E.d.)* < <

[66] *Cadillo*: Especie de clonqui o arzolla. *(N. del E.d.)* < <

[67] *Chaquihua*: Arbusto regional. *(N. del E.d.)* < <

[68] *Beo*: Planta medicinal. *(N. del E.d.)* < <

[69] *Champalla*: Aleta de foca. *(N. del E.d.)* < <

[70] *Yatui*: Planta usada por los brujos en sus maleficios. *(N. del E.d.)* < <

[71] *Cabo manila*: Cuerda de fibra de henequén. *(N. del E.d.)* < <

[72] *Estrobar*: Amarrar con un estrobo, soga en forma de argolla. *(N. del E.d.)* < <

[73] *Ceba*: La cuerda más delgada que une el arpón con la más gruesa, llamada línea o espía. *(N. del E.d.)* < <

[74] *Espauto*: Chorro de vapor y agua por el que se reconoce la ballena. *(N. del E.d.)* < <

[75] *Tablero*: Ave de la Antártida, cuyo plumaje semeja un tablero de ajedrez. *(N. del E.d.)* < <

[76] *Skúa*: Ave de rapiña de la Antártida, de color pardo oscuro, más grande que una gaviota. *(N. del E.d.)* < <

[77] *Fardela*: Ave antártica. *(N. del E.d.)* < <

[78] *Seiguales*: Especie de ballena; posible deformación de vocablo inglés. *(N. del E.d.)* < <

[79] *Nariz de botella*: Especie de ballena de tamaño menor. *(N. del E.d.)* < <

[80] *Mordaza*: Tenazas de hierro para halar la ballena por la cola. *(N. del E.d.)* < <

[81] *Filástica*: Estopa; por asociación, carne dura, desabrida o en conserva. *(N. del E.d.)* < <

[82] *Cauchao*: Fruto de la luma, pequeña y jugosa baya negra. *(N. del E.d.)* < <

[83] *Chupones*: Frutos del quiscal, bromeliácea. *(N. del E.d.)* < <

[84] *Quisca*: Cuchilla. *(N. del E.d.)* < <

[85] *Chancharro*: Pez de regular tamaño. *(N. del E.d.)* < <

[86] *Colde*: Canasto para mariscar. *(N. del E.d.)* < <

[87] *Anticucho*: Trozos de corazón de buey asados en un alambre. *(N. del E.d.)* < <

[88] *Jora*: Maíz. *(N. del E.d.)* < <

[89] *Chica*: Medida de aguardiente que se da en el café. *(N. del E.d.)* < <

[90] *Concha de perla*: Nácar. *(N. del E.d.)* <<

[91] *Nivelai*: Cordel delgado que se lanza amarrado a otro más grueso para atracar el barco o un remolque. *(N. del E.d.)* < <